RADICALITZEM la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit
sense quota

Càpsida

Replicant

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN

CAPITALISMO (FINANCIERO) GLOBAL Y GUERRA PERMANENTE

El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak

VIRUS editorial

A todas las personas afectadas por las brutales dinámicas del poder del dinero en el mundo entero, y especialmente a las que luchan contra su dictadura y por recuperar el control social sobre el mismo

Título:
Capitalismo (financiero) global y guerra permanente
El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak

Ilustración de la cubierta: Chusa Lamarca

Maquetación: Virus editorial

Primera edición: marzo de 2003

Copyright © Ramón Fernández Durán
Copyright © de la presente edición:
Lallevir S.L./VIRUS editorial
C/Aurora, 23 baixos
08001 Barcelona
T./Fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
http: www.viruseditorial.net

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbo
Tef.: 94 416 75 18
Fax: 94 415 32 98

I.S.B.N.: 84-96044-17-3
Depósito legal:

Índice

Presentación 9

El fin de la «globalización feliz»: cede el *glamour*, se extiende la guerra permanente (a modo de introducción) 17
Tres acontecimientos certifican el fin de la «globalización feliz» 27
Los intereses que se mueven detrás del nuevo Nuevo Orden Mundial 32
El fin del mito del desarrollo 35
Caminando hacia el «choque de civilizaciones» (y posibles «soluciones finales») 39
Se refuerza el dominio patriarcal y se acaba el multiculturalismo 44
La «inevitabilidad» de una guerra global permanente «insostenible» 46
Crisis de hegemonía o crisis del proyecto modernizador 52
La necesidad de enfrentar la crisis de la Modernidad 57

EL CAPITALISMO (FINANCIERO) GLOBAL Y LA GUERRA PERMANENTE

I. El capital financiero, en el puente de mando de la «globalización» 67
El fin de la Segunda Guerra Mundial alumbra la «represión financiera» 69

Quiebra del sistema de Bretton Woods y auge del Régimen Dólar-Wall Street 74
El gobierno corporativo: la dictadura de los prestamistas 83
Los *hedge funds* (fondos de alto riesgo): los grandes especuladores internacionales . . 87

II. FMI, BM y OMC: la triple alianza del capitalismo (financiero) global 91
Los planes de ajuste estructural: una estrategia para dominar el «Tercer Mundo»... y el «Este» 93
Los países periféricos se vuelven crecientemente dependientes del capital exterior 99
Especulación capitaneada por los *hegde funds* y crisis monetario-financieras 102
El FMI: un bombero pirómano al servicio del capital financiero 107
Los «paraísos fiscales»: la rótula entre la «economía criminal» y el capitalismo global . 112
La OMC: el poder en la sombra de las transnacionales y las finanzas 116

III. Hacia la «guerra global permanente» de la mano del capital financiero 125
Límites a la actuación del FMI, conflictos con el BM y tensiones entre sus socios del «Norte» 127
Cacofonía en el G-7 respecto de la «nueva arquitectura financiera internacional» 134
Dolarizaciones, fin de la burbuja, 11-S y colapso de Argentina 141
Ley de Quiebras Internacional, Consenso de Monterrey y «Guerra Global Permanente» . . 149

IV. De la crisis del Régimen Dólar-Wall Street a la guerra contra Irak 155
Enronitis, caída de las bolsas, crisis del dólar y la «amenaza» de Sadam 157
El reto del euro, la subida del oro y la crisis generalizada de confianza 173
El FMI se «salta» sus (nuevos) «principios» en Brasil por temor a una crisis global 183
El Régimen Dólar-Wall Street: ¿un proyecto de EE UU contra el resto del mundo? 190

V. Capitalismo (financiero) global: sociedad, ecología, ciberespacio y Estado 203
Culto al dinero y «aceptación» de la degradación laboral y social: el nuevo espíritu del capitalismo 205
Auge de tensiones, desigualdades y resistencias: crisis de legitimidad del capitalismo (financiero) global 212
El capitalismo (financiero) global acelera la crisis ecológica planetaria 220
El dinero al entrar el siglo XXI: un huracán sin control de potencial devastador 232
El dinero: una «sustancia» multifacética en proceso de fuerte transformación 245

Un apunte de última hora 255

Bibliografía general 269

Presentación

*«Pero conseguir que **nunca más** se repitan estos desastres ecológicos exige también plantearnos sus causas últimas. Porque si hoy siguen existiendo **barcos basura** como el Prestige* [propiedad de un armador griego y que navega con bandera de conveniencia liberiana y certificado de navegabilidad concedido por Estados Unidos]*, es porque se permite fletarlo a una subsidiaria, afincada en Suiza, de un grupo ruso registrado en las Bahamas. Y todo ese galimatías para evitar pago de impuestos, burlar cualquier inspección y escamotear todo tipo de responsabilidad.»*

«Prestige, la crónica de otra tragedia anunciada»,
comunicado unitario de grupos de Madrid

El material que ha dado lugar al presente libro iba a formar parte de un proyecto editorial más amplio sobre la crisis del capitalismo global y cómo los acontecimientos del 11-S están acelerando los cambios en las formas de dominio del capital a escala planetaria (de las formas de «dominio dulce» a las formas de «dominio fuerte»); lo cual está haciendo cada día más patente —a mi entender—, junto con la constatación de los límites ecológicos a la expansión del capitalismo global, que estamos entrando en escenarios de crisis del proyecto modernizador en su conjunto, con todos los interrogantes que ello abre. Dicho proyecto editorial más ambicioso, del que se intentarán esbozar algunos de sus aspectos más relevantes en la Introducción («El fin de la "globalización feliz": cede el *glamour*, se extiende la guerra permanente») que acom-

paña al texto principal, tenía (y tiene) unos ritmos de elaboración más lentos. Y una parte del mismo —como digo— iba a ser el presente texto principal, hoy convertido en el libro del mismo título. La idea de este cambio surge tras sopesar que el proyecto editorial más extenso iba para largo, y pensar, tras una cena en Barcelona con Patric de Virus y Manolo de Baladre, en el viaje de vuelta a Madrid, que quizás valía la pena entresacar esta parte (el texto principal, que indudablemente ha sido ampliado) y publicarla como libro. La razón es que pensaba que tenía entidad en sí misma, y que quizás podría aportar algo de cara a los tiempos de «guerra global permanente» en los que hemos entrado claramente tras el 11-S, y especialmente en relación con la futura intervención contra Irak (que seguramente será una realidad, una masacre demencial, cuando este libro esté en la calle). Puesto al habla con los compañeros y compañeras de Virus, les pareció bien el cambio propuesto, y me animaron a ello, con la idea de tener el texto listo para antes de que estallara la guerra contra Irak, si es que era posible.

Así pues, es preciso entender el texto principal como parte de ese trabajo más vasto, con el fin de situar también el ámbito en el que fundamentalmente se mueve: el marco de las cuestiones monetario-financieras en el presente capitalismo global. Un capitalismo global que es de base crecientemente financiera. De ahí que en el título haya puesto el término «financiero» entre paréntesis, pues el actual capitalismo global camina hacia una creciente financiarización, pero aún no está plenamente financiarizado, sobre todo en importantes zonas del mundo (India y China, p. ej., entre otras), y en distintos ámbitos de su funcionamiento, las cuales tienden progresivamente a encogerse. Pienso que no se ha prestado la debida atención a cómo la progresiva hegemonía del capital financiero (en especial de aquél con carácter más especulativo), y las crisis que lo acompañan, en concreto en los últimos años, están condicionando también de forma muy importante las presentes estrategias de «guerra global permanente», o la propia intervención en Irak y todo lo que ella supone. Por lo que a esto se refiere, se ha hablado bastante de los intereses económicos, políticos y geoestratégicos que explicarían estos cambios en las formas de dominio del capital; pero —a mi entender— poco o quizás casi nada se ha dicho sobre de qué forma los intereses que se mueven en la esfera del capital financiero, en concreto en EE UU y Gran Bretaña (los dos centros geográficos de mayor trascendencia en el capitalismo financiero), están contribuyendo a dichos cambios de enorme importancia y repercusión. El presente texto pretende ser una pequeña contribución al respecto.

En el texto no se aborda el papel que el propio Estado y el capital español están cumpliendo como actores, secundarios pero relevantes, en los procesos del capitalismo (financiero) global, a los que se han sumado de forma activa en los últimos años. Hoy en día las transnacionales «españolas»[1] (Repsol, Endesa, Telefónica, Aguas de Barcelona, etc.), la casi totalidad de ellas provenientes del sector público privatizado, están jugando un importante papel en América Latina. Y lo mismo se podría decir de los principales grupos financieros «españoles», muy especialmente el Banco Santander y el BBVA, que han desembarcado asimismo en el continente americano al sur de Río Grande. La razón de no entrar en esa casuística es porque el texto se mueve en un marco más global. Pero, indudablemente, es una labor de enorme importancia desvelar la responsabilidad de estos conglomera-

1. La razón de poner «españolas» entre comillas es debido a que el capital de dichas empresas está participado, en muchos casos, por fondos de pensiones y de inversión de capital extranjero o por otras modalidades de capital foráneo.

dos empresariales y financieros en la situación brutal que hoy en día atraviesa ese enorme espacio geográfico con el que nos unen tantos lazos culturales. Sin embargo, ya hay colectivos que lo están haciendo, a los cuales espero que este trabajo les pueda ser de utilidad.

Del mismo modo, el Estado español forma parte ya desde hace años de las estructuras principales del poder occidental en el espacio europeo (UE y OTAN); y mantiene una fuerte relación militar (dependiente y servil) con EE UU, que ha reforzado el Gobierno Aznar, saltándose los términos del Referéndum sobre la OTAN de 1986, al tiempo que está incrementando fuertemente el gasto de «Defensa», mientras que recorta el gasto social. Aznar se ha sumado a la primera línea mundial de la lucha contra el «terrorismo internacional» (y por supuesto «nacional») y a las políticas de «tolerancia cero» (celebradas también desde el PSOE), que le reportan una considerable legitimidad interna. Estas políticas limitan fuertemente las libertades y los derechos ciudadanos, dotan al Estado de nuevas herramientas para reprimir las disidencias internas de todo tipo y distraen la atención de la «opinión pública», ocultando el endurecimiento neoliberal del Gobierno. Igualmente, el Gobierno español está apoyando activamente toda la estrategia militarista de EE UU y es uno de sus defensores más firmes (junto con Gran Bretaña e Italia) dentro de la UE, incluido el respaldo a la intervención contra Irak. Y ello a pesar de que existe un amplísimo rechazo en la llamada opinión pública española a la guerra contra Irak, que esperemos que se traduzca en un importante movimiento contra la guerra y el militarismo en general en el próximo futuro. Este libro pretende ser también un aporte más a la extensión y consolidación de dicho rechazo ciudadano, que esperemos que contribuya a poner contra las cuerdas al arrogante (y ridículo) Aznar; igual que ayudó a hacerlo la huelga general del 20-J y las movilizaciones contra la Europa del Capital y la Guerra, durante el semestre de la presidencia española de la UE; y de la misma manera que lo está haciendo ahora el chapapote y la marea de solidaridad ciudadana con los afectados, que se ha organizado al margen del Estado (*¡Nunca Mais!*).

En este sentido, he elegido como cita de inicio de esta presentación un párrafo de un comunicado sobre la crisis del Prestige, para relacionar la «inevitabilidad» de estos «desastres naturales» con las formas de funcionamiento del actual capitalismo (financiero) global; pues todo está organizado, y todo se permite, con el fin de conseguir los máximos beneficios y tener las mínimas responsabilidades. El caso del Prestige es un caso de libro de lo que es el llamado «gobierno corporativo» en el mundo del petróleo[2], cuyos rasgos de funcionamiento general se analizarán en el texto principal. Esta crisis ha sido un ejemplo «perfecto» de toda esta sinrazón que nos ha tocado en este caso muy de cerca, y muy especialmente al pueblo gallego que la sufre directamente.

Quisiera, por último, agradecer en esta presentación las críticas, comentarios y aportaciones que me han formulado una serie de personas, de muy diversas procedencias, a un borrador previo (del texto principal) que les hice llegar con no mucho tiempo: Kolya Abramsky, Stefan Armborst, Belén Balanyá, Iñaki Bárcena, Agnés Bertrand, Ángel Calle, Florentina Carrasco, Manuel Del-

2. Las grandes petroleras mundiales «externalizan» todas sus responsabilidades fuera de su marco corporativo, con el fin de reducir posibles reclamaciones en caso de accidentes. Después del accidente del Exxon Valdez, y de las «altas» indemnizaciones que tuvo que pagar en su día la industria del petróleo, hoy en día prácticamente ninguna de las grandes compañías petroleras tiene barcos de su propiedad, y subcontrata todos los aspectos relativos al transporte del crudo y sus derivados a ese galimatías de empresas, sociedades pantalla y «paraísos fiscales» que se comenta en la cita.

gado, Javier Encina, Luis Fañanás, Borja Fernández, José Andrés Fernández, Reyes Fernández, José María Galante, Luis González, Fernando Hernández, Ana Hernando, Víctor Izquierdo, Tom Kucharz, Chusa Lamarca, Daniel López, José Manuel Naredo, Mario Ortí, Carlos Pereda, Tomás Pintó, Miguel Ángel de Prada, Miguel Romero, Manolo Sáez, José Antonio Sanhauja, Pedro Solé, Chema Vera, Carlos Vidania y Dani Wagman. Sus contribuciones han sido de gran interés, y les agradezco de corazón el esfuerzo que les ha supuesto, pues me han ayudado e incentivado a lograr una versión final mucho más rica y completa que el borrador que les circulé, aunque no sé si he podido expresar o recoger en todos los casos sus reflexiones[3]. De cualquier modo, la responsabilidad del producto final, especialmente en lo que se refiere a posibles lagunas, fallos, imprecisiones o valoraciones erróneas que pueda contener, es sólo del autor.

Finalmente, quisiera agradecer especialmente a Patric de Virus, y por extensión a todo el colectivo editorial, el interés que siempre ha mostrado en este libro, las sugerencias que me ha manifestado, el apoyo que me ha expresado en todo momento y la paciencia que ha evidenciado en relación al incumplimiento de plazos previstos. Del mismo modo, desearía muy especialmente hacer extensivos los agradecimientos a Chusa Lamarca, que como siempre se anima a hacer la corrección final de estilo de mis trabajos, que está al tanto continuamente, como una muy buena amiga, de todas las demandas que le pueda formular (incluidas las numerosas llamadas para asesoría informática); y que, además, en este caso se ha enrollado a colaborar en el diseño de la portada —y

3. Una vez cerrado el texto, me han llegado los comentarios de mi buen amigo Pere López que no he podido incorporar. Espero que la nueva redacción pueda dar respuesta, en parte, a sus sugerencias.

en el escaneo de los gráficos—, una cuestión fundamental para hacer el libro atractivo a primera vista, sintetizando, en una imagen con fuerza, el contenido del mismo. Igualmente, quiero dar las gracias a EL ROTO por habernos permitido ilustrar el libro con algunas de sus viñetas, lo que pensamos que contribuirá a hacer más atrayente e incisiva la publicación. Asimismo, quisiera reflejar aquí que este libro se ha ido gestando a lo largo de varios meses y que ha habido una persona, Ana, que me ha ayudado enormemente durante todo ese periodo. Como compañera, como alguien con quien debatir y contrastar constantemente los temas que aborda el texto, como alguien que me ha ayudado siempre con su cariño y con todo lo que me aporta el ser su amante. Los fines de semana de trabajo en su casa de Leganés, y nuestras estancias conjuntas en Pelegrina, han sido fundamentales para que este libro vea la luz. Muchas gracias, desde aquí, por tu ayuda invalorable.

Por último, desde aquí también un recuerdo profundísimo y amantísimo a mi madre, una magnífica mujer, de gran humanidad, que nos está abandonando en estos días.

Ramón Fernández Durán,
miembro de Ecologistas en Acción
Madrid, enero de 2003

P.D.: Tras el cierre del texto, el 19 de enero, se han precipitado los acontecimientos respecto a la guerra contra Irak. Por lo que a esto se refiere, he incorporado al final del texto final un «apunte de última hora», en donde se intentan analizar dichos acontecimientos, que abundan —pensamos— en las tesis que se defienden en el presente libro.

Compramos Su Libertad

Cambie su Fondo de Inversión a Citibank

Nosotros le pagamos los impuestos

Si desea más información, llame a CitiPhone Banking 24h. 900 11 11 10

Citibank le abonará los costes fiscales derivados del reembolso de su actual Fondo de Inversión y siempre que sean Fondos comercializados por una entidad diferente de Citibank y que el periodo de permanencia de la inversión en el Fondo reembolsado supere 1 año. Sólo se abonará un importe equivalente a las retenciones correspondientes como máximo a una ganancia de capital acumulada durante todo el periodo de permanencia de la inversión en el Fondo de un 10% y sobre un máximo de 20 millones de capital invertido, siempre que contrate uno de los siguientes Fondos de Inversión: Citi Select 200 A, 300 A, 400 A, Citi Euroland Equity A2 o CitiEuro Bond A2. Se le abonará la parte proporcional a la cantidad invertida en el nuevo Fondo de Inversión Citibank. Oferta no acumulable a otras promociones y válida hasta el 30 de noviembre de 2000. Sólo para residentes fiscales en España.

Los Fondos Citi Select 200 A, 300 A, 400 A y Citi Euroland son compartimentos de CitiSelect, una SICAV luxemburguesa que invierte en mercado monetario, renta fija y renta variable, registrada en la C.N.M.V. con el nº 125. Entidad Gestora: Citibank N.A. New York. Entidad Depositaria: Credit Agricole Indosuez Luxembourg. Rentabilidades pasadas no implican rentabilidades futuras. No son depósitos ni suponen una obligación para Citibank. Conllevan además riesgo de inversión incluyendo la posibilidad de pérdida del capital invertido. Consulte el folleto informativo inscrito en la C.N.M.V. y a disposición del público en la entidad comercializadora: Citibank España, S.A.

A member of citigroup

CITIBANK

where money lives

El País, 20de octubre de 2000

El fin de la «globalización feliz»: cede el *glamour*, se extiende la guerra permanente (a modo de introducción)

EL ROTO *El País*, 8 de enero de 2003

«La senilidad del sistema capitalista no es la antecámara de una muerte de la que se podría esperar tranquilamente que llegara su hora. Al contrario, se manifiesta un resurgimiento de la violencia mediante la cual el sistema intentará perpetuarse, cueste lo que cueste, aunque sea al precio de imponerle a la humanidad una barbarie extrema [...] *La clase dirigente de EE UU sabe que la economía de su país es vulnerable, que el nivel de su consumo sobrepasa de lejos sus medios, y que el principal instrumento de que dispone para forzar al resto del mundo a cubrir su déficit es imponiéndole el despliegue de su poder militar. No tiene elección. Ha escogido la huida hacia delante mediante esta nueva forma de hegemonismo. Moviliza a su pueblo —a sus clases medias— proclamando su intención de "defender a cualquier precio el modo de vida americano". Este precio puede implicar el exterminio de partes enteras de la humanidad.»*

«El capitalismo senil», Samir Amin

«Efectivamente, ha desaparecido de nuestro campo visual la idea de futuro. [El futuro] *ya no es el territorio imaginario en el que habitan los proyectos, intenciones o sueños de la humanidad, sino el lugar donde lo que hay persevera en su ser* [...] *Los sectores progresistas* [...] *han ido girando sus propuestas, de manera creciente hacia el pasado. Como si no quedara más proyecto posible que el de mantener lo mejor de lo que hubo. Como si nada "otro"* [que no sea terrorífico] *pudiera ni tan siquiera ser pensado».*

«El Futuro ha Muerto. ¡A por el Pasado!», Manuel Cruz, *El País*, 5-1-1998

Tras la caída del muro de Berlín (1989) y la desaparición de la ex Unión Soviética (1991), el capitalismo volvió a ser otra vez global, como antes de la Primera Guerra Mundial. Pero con una dimensión y potencia sustancialmente superior a la de entonces, en cuanto a su implantación y alcance, sobre todo en lo que al capital financiero se refiere (el objeto principal de análisis de este

libro); dado que la «globalización financiera» ha alcanzado un grado muy superior a la cada vez mayor también «globalización productiva». Además, la desaparición del «enemigo comunista» posibilitaba una desregulación a ultranza del nuevo capitalismo global, pues ya no había «contrapesos» que lo impidieran. Se inauguraba la época (la década, más bien) de lo que se ha llegado a conocer como la «globalización feliz», en la que la tremenda potencia mediática de la Aldea Global (el poder de la imagen) pasaría a cumplir un papel trascendental en la creación de una «realidad virtual» que iba a imbuir al mundo entero, con su *glamour*, de las bondades sin límite del capitalismo global. Fukuyama nos anunciaba el «Fin de la Historia» y ya sólo quedaba ir perfeccionando el «único mundo posible», que se iría desarrollando, sin fin, y sin contradicciones y antagonismos importantes, hasta el final de los tiempos. Dicha época iba a quedar marcada también por el desarrollo espectacular de las nuevas tecnologías de la información y comunicación, que fue trascendental para hacer factibles, y reforzar, los procesos de «globalización» económica y financiera mencionados. Y fueron los años también de una prodigiosa explosión de los mercados financieros a ambos lados del Atlántico norte, y en especial en EE UU, que catapultaron hacia arriba el «efecto riqueza» de sus «clases medias». Unos mercados financieros, con *brokers* y analistas de sueldos fabulosos, que ya dominaban la política mundial, comandada también por el *glamour* de las Terceras Vías de Clinton y Blair; Terceras Vías que —como decía EL ROTO en una viñeta— conducen siempre a Wall Street (y a la City de Londres, cabría quizás añadir).

Éste era el mundo irreal, o más bien, absolutamente parcial que proyectaban como modelo universal, incuestionable, los *mass media* a los cuatro rincones del globo. Esta imagen especular lograba ocultar las abundantes facetas oscuras, por no decir tenebrosas, brutales e «insostenibles» sobre las que este modelo se sustentaba. El poder de la imagen, de su *glamour*, era tal, que conseguía acallar todo aquello que pudiera poner en cuestión la bondad e ineluctabilidad del capitalismo (financiero) global. Además, en este periodo el capitalismo adopta principalmente formas de «dominio dulce», a pesar de ciertos episodios «coyunturales» de mayor o menor dimensión (Guerra del Golfo, guerras balcánicas, matanzas en Ruanda, etc.)[1], que sirvieron para recordarnos (a través de la CNN) que se había acabado un orden viejo (el de la Guerra Fría) y que se inauguraba el Nuevo Orden Mundial, tal y como nos anunció en su día George Bush padre (el «papá» al que intentó matar, según nos dice hoy su hijo, el dictador Sadam Hussein). George Bush *senior* nos comunicó esta buena nueva, tras derrotar a Irak (un antiguo aliado contra Irán) en 1991, después de su invasión de Kuwait, y empezar a sentar sus posaderas sobre los santos lugares del petróleo. Se ampliaba el control de Occidente, y en concreto de EE UU, sobre un espacio geográfico, Oriente Medio, que alberga dos terceras partes de las reservas mundiales de crudo.

Pero el encanto de las formas de «dominio dulce» era capaz de imponerse sobre estos episodios bélicos «coyunturales», que venían a empañar la imagen edulcorada del capitalismo global. Y es más, en esos años se da un cierto «repliegue» del poder político y hasta militar (se reducen los presupuestos militares en muchos países del mundo como resultado del fin de la «Guerra Fría»), pues triunfaba el mercado, dominado por el capital transnacional productivo y, especialmente, por el finan-

1. En esos años las NN UU participan, mediante sus «cascos azules», en una diversidad de guerras locales de «baja intensidad» de carácter intraestatal en los países periféricos, muchas de ellas resultado de los rescoldos del antiguo conflicto entre bloques.

ciero especulativo. Se hablaba del «Estado mínimo» (sobre todo en la Periferia) y de transformar el «exceso» de gastos militares en «dividendos para la paz». Además, «triunfaba» la democracia en todo el mundo, salvo ciertos reductos cada vez más «marginales» —se nos decía—, y era la época del «protagonismo» de la llamada «sociedad civil», del multiculturalismo y de una retórica a favor de la igualdad de géneros, que parecía limar las aristas más duras de las formas de dominio patriarcal[2].

Las formas de «dominio dulce» se asentaban, y se asientan hoy en día (aunque estén ya en regresión), en la «ingeniería del consenso» y en interiorizar, por parte del capital, gran parte del discurso (metamorfoseado) de la «izquierda» y de los nuevos movimientos sociales que surgen a partir de los sesenta (el ecologismo, el feminismo, la solidaridad internacional, etc.). Un verdadero lavado de imagen, llevado a cabo a través de potentes agencias de comunicación, que logra enmascarar el verdadero funcionamiento del capitalismo. De esta forma, se acuña el «desarrollo sostenible» como el mantra que permite seguir ejercitando el *business as usual* (es decir, el seguir haciendo lo mismo), en muchos casos aún más intensificado, pero simulando tener en cuenta la necesidad de cuidar del entorno natural e incorporando medidas marginales al respecto puramente cosméticas. Se vuelve pues competitivo «tener en cuenta» el medio ambiente y hasta los derechos humanos y las relaciones de género. El programa *Global Compact* (algo así como el contrato global), impulsado hacia el final de la década por las principales transnacionales del mundo, bajo el manto protector de

2. En la década de los noventa se celebran un gran número de cumbres de las NN UU que abordan muy diversos temas (desarrollo sostenible, población, mujer, problemas sociales, infancia, derechos humanos, etc.), en las que participan activamente una gran diversidad de ONGs y que contribuyen a difundir este tipo de discurso.

NN UU, es una buena muestra de ello. Aquéllas se presentan ante los ojos del planeta como las defensoras del equilibrio ecológico y de la «responsabilidad social corporativa», sin ningún compromiso que las vincule ni ningún mecanismo de control; y las NN UU, a cambio de prestar su imagen (ya seriamente deteriorada, entonces, pero todavía positiva), obtienen los recursos económicos necesarios para seguir funcionando, cubriendo de esta manera el crónico déficit económico que les resulta cada vez más oneroso satisfacer a los Estados (CEO, 2002).

La gran industria se presenta como parte de la solución de los problemas mundiales, promoviendo fórmulas de partenariado público-privado; y hasta derraman dinero sobre las ONGs, si éstas se prestan también a cederles su apoyo con el fin de mejorar su imagen corporativa. Llama la atención cómo dos de las principales petroleras del mundo, BP y Shell, pasaron en la década de los noventa de oponerse a cualquier demanda medioambiental (y hasta negar el cambio climático en marcha), a presentarse a los ojos de la opinión pública mundial como importantes actores que promueven la responsabilidad en relación con el entorno natural, dedicando importantísimos recursos económicos a este fin (comunicacional) y cambiando toda su imagen corporativa. El punto culminante de todo este proceso, pero también quizás el canto del cisne del mismo —pues ya hemos entrado claramente en otra etapa— sería la reciente Cumbre de Johannesburgo (Río+10). Esta cumbre se estuvo preparando por el capital transnacional productivo durante varios años con el objetivo de presentarse con todo este nuevo ropaje[3]. En ella no sólo se quería transmitir que los problemas

3. El World Business Council for Sustainable Development, el Business Action for Sustainable Development y hasta la propia Cámara de Comercio Internacional, la máxima representación del capital transnacional productivo, abrazaron con ardor el «desarrollo sostenible».

medioambientales estaban en vías de solución (aunque todos los indicadores indican justo lo contrario y la situación mundial en este terreno ha empeorado sustancialmente desde la Cumbre de Río), sino que las principales transnacionales serían las protagonistas de este proceso a través de la «acción voluntaria» y de las estrategias corporativas en las que ganan todos los actores implicados, al tiempo que se mejoran los desequilibrios ecológicos (la cuadratura del círculo, las llamadas «*win-win strategies*»). Y en paralelo, se rechazaba el intervencionismo estatal como forma de hacer frente a los problemas ecológicos planetarios. Todo esto permite a las empresas transnacionales presentarse como verdaderos «ciudadanos globales» (como les gusta ahora llamarse, con el beneplácito y apoyo de NN UU). Es (era) el sueño del sistema capitalista: borrarse como fuerza de explotación, coerción y destrucción, e intentar infiltrarse en nuestra existencia como una dinámica natural con componentes benefactores (CEO, 2002).

A pesar de todo, estas formas de «dominio dulce» coexisten, por supuesto, con episodios concretos de comportamiento mafioso, como represión y asesinatos de sindicalistas en países periféricos o progresivo exterminio de pueblos indígenas, pues es difícil ocultar, tras el falso *glamour*, los verdaderos comportamientos del capital transnacional en aquellos espacios periféricos donde se dan condiciones de hiperexplotación y expolio de recursos naturales (combustibles fósiles, minería, biodivesidad, etc.). Sin embargo, el capital transnacional productivo se decanta en general, mientras ello sea posible, por las formas de «dominio dulce». Este tipo de capital invierte en muchos casos a medio y largo plazo[4], y está claramente interesado en la estabilidad política en los espacios donde

[4]. La industria petrolera, por ejemplo, invierte a 30 ó 40 años.

interviene, pues lo contrario se traduce en altos costes de gobernabilidad que tiene que asumir (ejércitos mercenarios, policías privadas, etc.). Amén del interés en cuidar su imagen, de cara a los consumidores potenciales (en especial de los países centrales). Éste no es el caso del capital transnacional financiero especulativo que opera en el muy corto plazo (sus inversiones en un país pueden ser de semanas, de días o hasta, en algunos casos, de horas) y cuya actuación provoca, en general, una fuerte desestabilización política. De esta forma, durante la década de los noventa, en pleno «triunfo» de la «globalización feliz», la actividad del capital especulativo en los espacios periféricos —ya duramente castigados por los programas de ajuste estructural del FMI y el BM de los ochenta (para garantizar el pago de la deuda externa)— fue provocando crisis monetario-financieras en ascenso, las cuales se analizan en el texto principal. Estas crisis suscitaron gravísimos impactos económicos, políticos y sociales en dichos territorios, lo que iba a contribuir decisivamente a poner fin al falso brillo del nuevo capitalismo global.

Al mismo tiempo, también detrás del aparente «retraimiento» de los Estados se asistía asimismo en todo el mundo —incluidos los propios espacios del «Norte»— a un progresivo endurecimiento de los mismos[5]. El Estado no desaparecía, sino que se reestructuraba y se iba esfumando su «cara blanda» (allí donde la había desarrollado), la del Estado social, como resultado de las políticas neoliberales; y se reforzaba su «cara dura», la de la restricción de libertades y la directamente represiva. En plena década de la «globalización feliz» la población carcelaria de EE UU —el espacio geográfico más «beneficiado»

[5]. El propio BM pasa en pocos años de propugnar el «Estado mínimo» a impulsar la necesidad de un Estado fuerte que garantice los intereses del capital transnacional y la gobernabilidad. De repente, se revela una falacia que el Estado ya no era necesario.

por la globalización financiera— se duplica, el número de excluidos (*homeless*) se dispara y se inicia una verdadera criminalización de la pobreza. El objetivo era «volver "inivisibles" los problemas sociales más inabordables del país [...] y su creciente ruina humana» (Wacquant, 2002). Igualmente, los Estados centrales perfilan instrumentos cada vez más restrictivos contra los crecientes flujos migratorios de la Periferia que estaban incentivando los procesos de «globalización» económica y financiera.

Del mismo modo, a pesar de la disminución de los gastos militares, la estructura militar por excelencia de Occidente, la OTAN, velaba sus armas y se adaptaba al Nuevo Orden Mundial. No sólo no se disolvía, una vez que había sucumbido por muerte natural su antiguo enemigo, la «amenaza comunista», sino que ampliaba (todavía de forma tímida —cumbre de Roma, en 1991—) su posible ámbito de actuación y consagraba en Kosovo, al final de la década, su posibilidad de actuar al margen de las NN UU; eso sí, en «defensa de los derechos humanos» y a través de la legitimidad que le otorgaba el que la intervención fuera una «injerencia humanitaria». Esta doctrina quedaría recogida en la Cumbre de Washington, en abril de 1999, con ocasión del 50 aniversario de la Alianza; una alianza ya ampliada a algunos países del Este (Polonia, República Checa y Hungría), que establecía acuerdos de cooperación con el resto de los países miembros del Pacto de Varsovia y hasta con la propia Rusia. Se da una situación verdaderamente esquizofrénica. Por un lado, el colapso del llamado «socialismo real» provoca una verdadera ruina y bancarrota de estos países, que se ven obligados a integrarse en el capitalismo global en una situación muy marginal y dependiente. Y por otro, su capacidad militar hace que Occidente (y en concreto EE UU) los mime y los integre en su estructura de «defensa», o los atraiga hacia ella, con el fin de desactivar su potencial conflictividad.

Tres acontecimientos certifican el fin de la «globalización feliz»

Pero el siglo XX se acababa irremisiblemente y con él, la década de la «globalización feliz»; el *glamour* cada vez era más incapaz de acallar el desorden (y la contestación) mundial que el despliegue del capitalismo (financiero) global provocaba. Y tres importantes acontecimientos iban a terminar de certificar su muerte prematura y el inicio de una nueva etapa del capitalismo global y de sus nuevas formas de dominio (fuerte): la «guerra global permanente». Estos tres acontecimientos iban a ser la irrupción del movimiento «antiglobalización» en Seattle en noviembre de 1999, el inicio del estallido de la burbuja financiero-especulativa en marzo de 2000 y los atentados del 11-S. Analicemos, aunque sea muy someramente, cada uno de estos acontecimientos.

El llamado movimiento «antiglobalización» nace «oficialmente», mejor dicho mediáticamente, en Seattle, cuando una verdadera «nube de mosquitos», como se le ha llegado a caracterizar, logra paralizar el inicio de la celebración de la Cumbre del Milenio de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que dos días después acabaría en un completo fracaso. Las estructuras de poder se quedan estupefactas. Y el aldabonazo, gracias a los *mass media* también sonaría en el mundo entero. Por primera vez en más de treinta años (desde los años sesenta —1968—) una verdadera contestación global se gesta contra los centros del poder constituido, y asoma la cabeza un verdadero poder constituyente que ya venía gestándose desde hacía años[6], pero que no irrumpe

6. Actividades de contestación contra el FMI y el BM en Berlín (1988), creación de Vía Campesina (1991), 500 años de Resistencia

abiertamente en escena hasta Seattle. A partir de ahí una verdadera marea de contestación global se cierne contra las reuniones de las instituciones globales: el FMI, el BM y la OMC, que alcanza también a las cumbres de la UE (Gotemburgo, Niza… Barcelona), a las convenciones republicanas y demócratas en EE UU, y al propio G-7 (G-8) en Génova[7]. En Génova más de 300.000 personas se lanzan a la calle para denunciar el capitalismo (financiero) global, a pesar del clima de terror que había creado la policía de Berlusconi desde hacía días y que había acabado previamente con la muerte de Carlo Giuliani. Igualmente, la creación del Foro Social Mundial (FSM) en Porto Alegre (Brasil), en enero de 2000, como contrapunto a la reunión de la elite económica mundial en Davos (Suiza), iba a tener una enorme repercusión internacional, que se consolidó en su edición de 2001, a pesar de los intentos de la socialdemocracia por capitalizar este foro[8]. A partir de entonces, el FSM se ha ido diseminando por los distintos continentes a través de foros regionales, como el reciente Foro Social Europeo de Florencia. Todo ello iba a ocasionar una profunda deslegitimación

(1992), contestación a la Cumbre de Río (1992), oposición al TLC (1992-94), Campaña contra la Ronda Uruguay del GATT (1993-4), 50 Años Bastan —campaña contra el FMI y el BM— (1994), Rebelión Zapatista (1994), campaña contra el AMI (1997-8), Encuentros Intergalácticos contra el Neoliberalismo y por la Humanidad (1996-7), constitución de la AGP en 1998, Días de Acción Global (18-6-1998), campañas contra transnacionales —Monsanto, Nestlé, Nike, Bayer, McDonalds…— , movilizaciones contra la cumbre de Ámsterdam (Marchas Europeas contra el Paro), etc.

7. En la convocatoria de estas movilizaciones iba a cumplir un papel importante la llamada Acción Global de los Pueblos (AGP), una coordinadora anticapitalista de movimientos de todo el mundo que se crea en 1998 en Ginebra.

8. Finalmente, el tema de la guerra, es decir, la condena de la intervención en Afganistán, marcó una línea que no pudieron superar los pocos, pero significados, representantes de la socialdemocracia europea en el llamado Foro de los Parlamentarios de Porto Alegre.

de las instituciones globales y una grave quiebra de la imagen benefactora de la «globalización» que había proyectado la Aldea Global.

En paralelo, desde marzo de 2000 (hasta ahora), los mercados financieros empiezan a desinflarse, pinchándose el globo especulativo cuyo centro mundial era (y es) Wall Street. Primero empieza el Nasdaq, quebrándose la burbuja financiera de la «nueva economía», y ésta arrastra a Wall Street y a las bolsas de todo el mundo, en especial a las europeas. En Japón ya venía sucediendo este proceso desde principios de los noventa. Todo esto destruye la riqueza ficticia generada por la «exuberancia irracional» (como la caracterizaría Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal) de los mercados financieros. Y ello afecta de lleno (aunque era tan sólo el inicio) al «efecto riqueza» que habían disfrutado, especialmente durante los noventa, las «clases medias» de EE UU y «Europa», mientras los países periféricos eran azotados por las crisis monetario-financieras. Éste es un importante elemento adicional que contribuye a disolver el *glamour* de la «globalización feliz», pues repercute en el «bolsillo» de sus principales «beneficiados».

Y en estas circunstancias tienen lugar los acontecimientos del 11-S, cuando Occidente (y en concreto EE UU) es atacado en su corazón financiero, un hecho de enorme trascendencia, por un nuevo actor que cuestiona el orden global: sectores (radicales y fanáticos) del fundamentalismo islámico. Estos sectores habían sido apoyados, en su día, por el propio EE UU, en su lucha contra la URSS y su ocupación de Afganistán. Esto crea, podríamos decir, un conflicto «postmoderno» lanzado desde la «premodernidad», en el que se ha utilizado «el suicidio como arma de lucha en el mayor acto nihilista de la historia […] La dimensión "absoluta" del acontecimiento nos deja ante una radical desfundamentación del orden […], [pues

interrumpe], como lo hace todo verdadero acontecimiento, las relaciones de sentido y poder» (López Petit, 2001). El 11-S marca, pues, un verdadero punto de inflexión, y a partir de entonces las formas de «dominio fuerte» del capital (cuyo epicentro se sitúa en EE UU y, en un segundo nivel, en el Reino Unido; curiosamente los dos centros principales del capital financiero global) se están imponiendo decisivamente sobre las formas de «dominio dulce», que no desaparecen, pero que se empiezan a retraer sustancialmente, condicionadas por las nuevas estrategias de «guerra global permanente».

Esta «guerra global permanente» se justifica en nombre de la lucha contra el «terrorismo internacional», el nuevo enemigo de carácter difuso, una vez que ha desaparecido la «amenaza comunista». Y detrás de una definición conscientemente vaga y ambigua de lo que es el «terrorismo internacional», asistimos a la proclamación de un verdadero estado de excepción planetario en la lucha contra el mismo. Lo cual está significando la progresiva instauración de una verdadera política interna estatal única mundial, que es aprovechada para intentar arrasar con cualquier disidencia que cuestione las estructuras de poder; incluidos por supuesto todos los movimientos sociales que signifiquen un peligro para el orden vigente y, especialmente, el llamado movimiento «antiglobalización», el movimiento de movimientos. Al mismo tiempo, se difuminan las fronteras entre el enemigo externo e interno, y se configura al «otro» (el inmigrante) como el nuevo enemigo interior a batir. Y en paralelo, se profundiza en la lucha contra la delincuencia y la criminalización de la pobreza, dentro del clima de «tolerancia cero» que se instaura, que rinde sustanciosos réditos electorales y que permite una relegitimización del poder político, seriamente cuestionado en la etapa previa. Como resultado del 11-S, el poder político-militar

se toma, por así decir, la revancha y plantea que el capitalismo (financiero) global no puede ser gestionado sin una implicación creciente del mismo. El mercado global no puede funcionar de manera «autorregulada» sin contar con el poder político y, en concreto, con la mano de hierro del poder militar. Hemos entrado de lleno en la fase de militarización de la «globalización», en la que EE UU y, en menor medida, Gran Bretaña son su brazo armado; y en la que EE UU actúa de forma unilateral, sin voluntad de compartir ni negociar el poder[9].

Todo ello se reviste de un nuevo discurso, simplista y maniqueo, de lucha del Bien (los intereses de EE UU) contra el Mal (todo aquello que lo cuestione), bajo la rúbrica de que todo aquel que no esté con el «Nosotros» de la hiperpotencia, está claramente contra ella. Se ha llegado a definir hasta un Eje del Mal (Irak, Irán y Corea del Norte). Además, contra el Mal absoluto no cabe negociación alguna. Y en esta lucha épica, los Derechos Humanos (etnocéntricos y masculinizados) se convierten en una rémora del pasado que es preciso eliminar progresivamente. Todo está permitido en esta lucha sin cuartel de la «guerra global permanente»: desde la tortura (y la creación de «Guantánamos») al cuestionamiento del derecho internacional, pasando por la puesta en tela de juicio de la «democracia». Quien esté contra el «terrorismo internacional» está con «Nosotros», sea el régimen que sea. No estamos ya en un ciclo de gobernación mundial que defienda la «democracia». Se consolida un discurso que se intenta legitimar exclusivamente en base a la fuerza y al miedo colectivo, en el que se defiende hasta el terrorismo de Estado. La CIA ha vuelto a recuperar su licencia para matar. El Estado de derecho,

9. De ahí su rechazo a todo marco multilateral: Tribunal Penal Internacional, Protocolo de Kioto, etc.

una construcción de siglos, está saltando por los aires. Y también un orden internacional basado, en principio, en el respeto a la soberanía estatal. Un viejo orden internacional cuyos principios rectores se establecieron con la Paz de Westfalia (1648), hace ahora más de trescientos cincuenta años.

Los intereses que se mueven detrás del nuevo Nuevo Orden Mundial

Esta concepción del nuevo Nuevo Orden Mundial queda meridianamente establecida en la nueva concepción militar estratégica diseñada por EE UU, en septiembre de 2002, después de que George Bush adelantara en su discurso de West Point, en junio de dicho año, la posibilidad de lanzar «guerras preventivas» contra aquellos Estados que considerase un peligro para su seguridad; lo cual no es sino una globalización del terrorismo de Estado contra cualquier posible «exceso de soberanía» estatal. Pero esa nueva estrategia militar va aún más allá, pues se plantea, de forma explícita, impedir (de la forma que sea) el desarrollo de cualquier potencia militar que pueda cuestionar su hegemonía. Y toda esta nueva concepción ha sido trasladada, para su aceptación, a la nueva estrategia militar de la OTAN en la cumbre de Praga de noviembre de 2002 (en la que han ingresado siete nuevos países del Este, algunos de los cuales llegaron a estar en la ex URSS); una nueva OTAN a la que se había vinculado ya a Rusia (aunque no como miembro de pleno derecho) en Roma, en junio de 2002. En la nueva estrategia de la OTAN, que se considera tan sólo una prolongación (en caso de necesidad) del poderío militar estadounidense y una manera de supeditar a los países miembros (y muy en concreto a

las principales potencias de la UE) a su hegemonía, se contempla un ámbito de intervención de la Alianza que ya es claramente el mundo entero; y se establece que un objetivo de su intervencionismo es también la lucha contra el «terrorismo internacional», cuyo contenido no se especifica. No habrá pues fronteras que frenen la lucha contra el «terror», sea éste la amenaza que sea. Y en Praga también se crea una Fuerza de Intervención Rápida[10] para que pueda actuar en cualquier parte del mundo siempre que la situación (esto es, que EE UU) lo requiera.

¿Pero a qué poderosas razones se debe todo este cambio de estrategia? ¿Cuáles son los intereses que se mueven detrás de todo este brutal cuestionamiento del orden internacional? ¿Responde sólo a los locos designios de la nueva Administración Bush? ¿O están en juego poderosos intereses económicos y, sobre todo, monetario-financieros? Se ha hablado mucho de los intereses de EE UU por controlar los recursos naturales estratégicos y, muy en concreto, el petróleo, pues todo indica que entre 2010 y 2020 la demanda mundial de crudo superará la capacidad de oferta que haya en ese momento, a pesar de las costosas inversiones que se puedan realizar para incrementar la capacidad de extracción (rentable) (Rifkin, 2002). Indudablemente, las guerras por la apropiación de recursos básicos para la expansión del capitalismo global serán una constante en las próximas décadas, y la mayoría de esos recursos se encuentran hoy en los espacios periféricos, por lo que es de prever que el intervencionismo en los países periféricos se acentúe si Occidente, y en concreto EE UU, lo considera necesario (Klare, 2001). Sin embargo: ¿explica esta necesidad de control de los recursos petrolíferos las nuevas estrategias de la hiperpotencia, de corte

10. De claro contenido agresivo y que compite con la Fuerza de Reacción Rápida de la UE, de carácter más vinculado a misiones de «mantenimiento de paz».

fuertemente militarista[11], o existen otros factores que permiten elaborar una comprensión más compleja de lo que realmente está en juego? Esto es: ¿se puede explicar la futura guerra contra Irak (seguramente presente cuando este texto vea la luz) en base exclusivamente a la necesidad por parte de EE UU de controlar las fuentes del oro negro y de rediseñar también geopolíticamente Oriente Medio? Personalmente pienso que no, a pesar de que Irak sea el segundo país en reservas de petróleo del mundo, después de Arabia Saudí. Y opino que existen otros factores de enorme importancia, entre los cuales destacan los aspectos monetario-financieros y, muy en concreto, el apuntalamiento del llamado Régimen Dólar-Wall Street (cuyo funcionamiento y crisis se intentan analizar en este libro), que permiten completar la comprensión de esta huida hacia adelante de EE UU (y el Reino Unido).

Las nuevas estrategias de «guerra global permanente» no se pueden comprender en todas sus dimensiones sin considerar el importantísimo papel que hoy, más que nunca, juegan los aspectos monetario-financieros en la evolución del capitalismo (financiero) global. El creciente unilateralismo de EE UU no podría entenderse sin considerar también la amenaza que significa para el Régimen Dólar-Wall Street la irrupción del euro, pues la moneda única puede cuestionar la hegemonía del dólar a medio plazo, de hecho

11. En el caso del crudo, EE UU depende en un 50%, aproxidamente, para sus necesidades de consumo interno del exterior, la UE en torno a un 70%, y Japón, el más dependiente, en un 90%. Estos porcentajes se irán incrementando por supuesto en el futuro, como resultado del incremento de la demanda, y al mismo tiempo se consolidarán nuevos demandantes masivos de petróleo como China. Es por eso por lo que se está intensificando la explotación de recursos petrolíferos en muchas áreas del globo: Rusia, África Occidental, América Latina, Asia Central, pero a pesar de las nuevas prospecciones son los países de Oriente Medio los que disponen de las reservas más importantes del mundo —dos terceras partes— (Castro Soto, 2001; CE, 2000).

lo está empezando a hacer ya. Y es dentro de esta nueva perspectiva que la intervención contra Irak cobra nuevos significados. Esto es, como un intento de reforzar, como veremos, el Régimen Dólar-Wall Street, al tiempo que se intenta desactivar también, de alguna forma, la amenaza del euro. Es por eso por lo que por primera vez en los últimos sesenta años surgen serias tensiones entre los principales centros de poder occidental. Acompañados, indudablemente, por un creciente abismo que separa a los Estados centrales de los espacios periféricos, que será preciso gobernar, de cara al futuro, *manu militari*. Y aquí también los aspectos monetario-financieros cumplen un papel cada día más importante, y permiten elaborar igualmente una explicación más compleja que la «simple» (pero muy importante) necesidad de control de los recursos básicos (y de los corredores de transporte por donde transitan) para la expansión del capitalismo global; pues dichos límites ecológicos no son un escenario acuciante en el muy corto plazo, aunque lo serán indudablemente a medio y largo plazo. De esta forma, la previsible quiebra de Estados periféricos, incapaces de hacer frente a su deuda exterior (Argentina es un buen ejemplo de ello), y la necesidad de arbitrar, en el próximo futuro, fórmulas de intervencionismo exterior para resarcir los intereses de los acreedores son otros componentes más de gran importancia, como se analizará, que permiten complementar la «necesidad» de EE UU de embarcarse en estrategias de «guerra global permanente».

El fin del mito del desarrollo

Las tensiones Centro(s)-Periferia(s) no harán más que agudizarse de cara al futuro. El nuevo capitalismo (financiero) global está provocando una verdadera caída en el

abismo de las Periferias, que además son abandonadas a su triste suerte. Lo acontecido en los últimos años demuestra que se puede excluir a naciones enteras (caso de Argentina, p. ej.) e incluso continentes enteros como África. Antes, el capitalismo en su expansión incluía a territorios y hasta (en parte) a sus poblaciones, eso sí, destruyendo sus formas de vida tradicionales; pero el nuevo capitalismo (financiero) global excluye más que integra, tanto en el Centro como en las Periferias, pero muy especialmente en estas últimas. Así, por ejemplo, «la expansión de la agricultura industrializada pone en peligro la existencia de la mitad de la humanidad», aquella que todavía pervive en el mundo rural desarrollando formas de agricultura tradicional. «El capitalismo global ha iniciado una gran ofensiva mundial contra la agricultura campesina [...] La lógica que dirige este sistema no está ya en condiciones de asegurar la simple supervivencia de la mitad de la humanidad» (Amin, 2002)[12]. Además, es de resaltar la importancia geopolítica que tiene la agricultura y el control que los países centrales tienen sobre la producción mundial de alimentos básicos, que se está utilizando también como un arma política de primer orden.

Se podría pues afirmar que la mitad de la humanidad es absolutamente «inútil» para el capitalismo global actual (pues no cuenta ya ni como productora ni como consumidora), y que se quiera o no se quiera más de tres mil millones de personas están condenadas, a medio y largo plazo, a ser excluidas. Hoy en día, la amenaza mayor es la exclusión absoluta más que la explotación. Además, ya no hay espacios «vírgenes» en el mundo para

12. La relación de productividad de la agricultura mejor equipada y la agricultura campesina pobre, que era de diez a uno antes de 1940, es hoy de 2.000 a 1 (Amin, 2002). Eso sí, esa alta productividad se basa en un alto consumo de derivados del petróleo y un elevado impacto ambiental.

que toda esta población emigre, como ocurrió a finales del siglo XIX y primeros del XX, cuando la población europea expulsada por la modernización de sus respectivos países emigró en masa hacia «nuevos» territorios. Hoy las migraciones masivas son un componente fundamental de la expansión del nuevo capitalismo. La inmensa mayoría de los movimientos migratorios se da dentro de las propias Periferias (es decir, son Sur-Sur o Este-Este), pero también crecientes volúmenes de población inmigrante pugnan por penetrar, como sea, en las fortalezas del «Norte», intentando escapar de la exclusión masiva. Y es entonces, sólo entonces, cuando estos excluidos se hacen visibles, irrumpiendo en la cultura de la satisfacción de Occidente.

La ilusión del «desarrollo» para todos, y en particular para los países periféricos, hacía tiempo que estaba en crisis; y la situación brutal creada por las crisis monetario-financieras en las Periferias Sur y Este a lo largo de los noventa ha hecho que el mito del desarrollo se termine de desmoronar. La era del «desarrollo» que inauguró el presidente Harry Truman, en 1949, en su famoso discurso de toma de posesión, como señuelo ideológico para los países periféricos, de cara a atraerlos al área de influencia occidental, ha demostrado ser un espejismo o, mejor dicho, una verdadera pesadilla (Esteva, 1994). Es imposible el «desarrollo» para todos, pues el «desarrollo» continuo del Centro conlleva indefectiblemente el «subdesarrollo» de las Periferias, aunque haya pequeñas islas en éstas que se «desarrollen» de forma frágil y absolutamente dependiente. El «desarrollo» y el «subdesarrollo» son la cara y la cruz de la misma moneda (el proyecto modernizador capitalista); y no puede existir el uno sin el otro, sobre todo en el mundo del nuevo capitalismo (financiero) global que impulsa un nuevo tipo de «desarrollo» con bastantes más náufragos que navegantes.

A pesar del fuerte crecimiento de la economía mundial en los últimos sesenta años[13], y de la aún mayor intensificación de los flujos comerciales planetarios, los países periféricos no hacen sino caer en una sima que parece no tener fondo. El caso de Argentina, uno de los principales exportadores mundiales agropecuarios con su población muriendo literalmente de hambre, es paradigmático. Tan sólo sus elites económicas y políticas se salvan (y son la causa) de su precipitación en el abismo, pues sus intereses no están vinculados a los de sus pueblos, sino a los del capitalismo (financiero) global. Las elites son el único sector social que se ha beneficiado del «desarrollo», pues sus reducidas «clases medias» (allí donde se formaron) están desapareciendo como consecuencia de las crisis monetario-financieras que provoca el nuevo capitalismo especulativo. De esta forma, los Estados periféricos, en general, obedecen más a los intereses externos que a las demandas internas, que son absolutamente marginadas. Todo ello está provocando una aguda crisis de legitimidad de las estructuras estatales periféricas —cuando no directamente la quiebra de las mismas—, muchas de las cuales tienen menos de cincuenta años y fueron diseñadas durante el proceso descolonizador, copiando el modelo del Estado-nación occidental, sobre realidades étnicas y culturales muy complejas. No por casualidad, desde los centros de poder occidental cada vez se habla más de Estados «frágiles» o «fallidos» para referirse eufemísticamente a estas realidades, plagadas por lo general de conflictos étnicos.

13. En la segunda mitad del siglo XX el comercio mundial ha crecido tres veces más que la producción (Naredo y Valero, 1999).

Caminando hacia el «choque de civilizaciones» (y posibles «soluciones finales»)

Y es en este sentido en el que —desde los centros de poder occidental— se está desarrollando la configuración de un nuevo enemigo: las Periferias; pues éstas se perciben como el espacio de donde pueden provenir los retos principales para el dominio del Centro sobre el conjunto del planeta. Se está desarrollando toda una nueva concepción de la «manera de vivir y estar en el mundo. De pensarse a sí mismo —a las poblaciones de los países occidentales, en este caso— y a los demás: al Otro culturalmente hablando». Y en esta deriva se recurre al «choque de civilizaciones» para aglutinar a la población occidental contra esta «nueva amenaza». «Se proyecta tal mirada sobre el Otro que se camina hacia la grosera profecía de Huntington, como si se pretendiera conscientemente hacerla realidad» (Hernández Holgado, 2003). Y hay que tomarse muy en serio la amenaza de Huntington, pues la amenaza puede cumplirse, como ya ha ocurrido en otros momentos de la Historia. El discurso de Huntington, al contrario que el de Fukuyama, no pretende ser universalista, «ya no apunta a la occidentalización del mundo, sino a la encastillada defensa de Occidente frente al resto del mundo» (Pérez Tapias, 2003); y se adapta como anillo al dedo a las nuevas formas de «dominio fuerte» que impulsa en la actualidad EE UU, como director incuestionable (e incuestionado) de la política internacional de Occidente, y a la nueva realidad de creciente exclusión de espacios geográficos cada vez más amplios y de conflictos en ascenso entre el Centro y las Periferias.

A este respecto, la guerra que desarrolla ya desde hace años Israel (un volcán fuera de control) contra el pueblo

palestino, que se ha recrudecido sustancialmente desde que el tándem Bush-Sharon está en el poder, y la dinámica en que han entrado sectores (radicales y fanáticos) del fundamentalismo islámico amenazan con ser una pinza mortal que convierta el «choque de civilizaciones» en una profecía autocumplida de un etnocentrismo a la defensiva. Máxime tras la situación que va a provocar con toda seguridad la guerra contra Irak en todo el mundo árabe-musulmán, pues va a resultar muy difícil convencer a sus poblaciones de que Occidente no está contra el mundo islámico en su conjunto; especialmente si Israel aprovecha la situación para un aplastamiento definitivo del pueblo palestino, forzando su expulsión de lo que le queda aún de sus territorios. Además, el hecho de que la nueva OTAN ampliada recoja prácticamente a todo el mundo judeo-cristiano de los países centrales (al haber incorporado a su área ortodoxa) y que su área de intervención sea ya el resto del mundo —y muy probablemente enclaves del mundo islámico (debido a sus recursos estratégicos)— puede traducirse en que los futuros conflictos entre el Centro y dicha Periferia islámica se lleguen a convertir en unas nuevas «guerras de religión del siglo XXI»; sobre todo por el discurso que está imprimiendo EE UU a su actitud cada vez más agresiva, en la que la apelación a «Dios» («Dios bendiga a América») está cumpliendo un papel cada día más relevante.

Todo ello permite avecinar una brutal guerra de propaganda. El Pentágono está montando una verdadera Oficina de la Mentira. La mentira, la intoxicación y la irracionalidad se van a industrializar. Ésta es la «nueva» forma en la que el poder va intentar (vanamente) legitimarse. El nuevo discurso de la Aldea Global será el de la guerra, marginando cada vez más al del *glamour*, aunque no al de la imbecilidad colectiva programada que se ha expandido sin límite en los últimos años. Bush ha reclamado que

Hollywood adapte sus nuevos productos culturales a estos nuevos escenarios y recrudezca aún más su mensaje de que la solución de los problemas mundiales sólo se podrá hacer *manu militari*. Una vía militar que conducirá EE UU con el apoyo explícito o tácito, parece, del conjunto de los países del mundo. En este contexto, las NN UU o se adaptan a este nuevo orden (que lo está haciendo, aunque sea a regañadientes) o —como ha dicho Bush— se volverán irrelevantes. Se pretende, pues, la normalización de la guerra como forma de resolución de los conflictos internacionales. Pero este nuevo discurso es difícilmente legitimable para amplísimos sectores de la población mundial, pues sus intereses quedan absolutamente al margen (es más, directamente amenazados) por este nuevo «hegemonismo» de Occidente, liderado sin contemplaciones por EE UU. Y aún hay más, y es que determinados sectores del capital (especialmente el capital productivo) y ciertos países occidentales pueden sentir que no es ésta la forma, todavía, de garantizar sus intereses, sino que los puede poner en entredicho.

A este respecto, llama la atención cómo el Foro Económico Mundial de Davos, que agrupa principalmente a la flor y nata del capital productivo y a la «mejor» *intelligentia* del sistema, se desmarca del supuesto «choque de civilizaciones» y apuesta por el diálogo entre las mismas. Su edición de este año, a finales de enero de 2003, se plantea bajo el título «Crear Confianza» y apuesta por la creación de un Consejo de Cien Líderes Mundiales, que ayude principalmente a soldar la línea divisoria entre Occidente y el Mundo Islámico, la cual se ha agrandado a partir del 11-S. Y ya en su edición de 2002 se distanciaba del militarismo de la Administración Bush y se acercaba a las posiciones más «atemperadas» de «Europa». Al mismo tiempo que desde hace dos años lanza guiños a distintos líderes del Foro Social Mundial, a los que invita

a sus encuentros, con el fin de intentar desactivar antagonismos y promover puentes, pues sabe que (como decía Max Weber) es mejor (y más barato) intentar gobernar desde la legitimidad que desde las bayonetas. Y diferentes empresas transnacionales estadounidenses (Starbucks Caffées, McDonalds, Ralph Lauren y hasta Coca Cola) han mostrado su preocupación por cómo la estrategia belicista de Bush está afectando (y afectará) a su imagen y a sus ventas en el mundo (Verdú, 2003). No en vano sus marcas están asociadas al *american way of life*, y si crece el «antiamericanismo» caerán sus beneficios.

La misma «Europa» es incapaz de expresar un rechazo claro a esta actitud «imperial» de EE UU, pues existe una importante división interna en torno a la postura a adoptar ante la hiperpotencia, en especial respecto a la intervención contra Irak. Gran Bretaña, Italia y España ya se han posicionado claramente del lado del «amigo americano», y muy especialmente el Gobierno Blair, que comparte las ansias belicistas con EE UU. Tan sólo Francia y Alemania tendrían el peso específico suficiente para mantener una postura independiente. Sin embargo, Francia vacila respecto a un posible apoyo (eso sí, si se da la intervención bajo la cobertura de las NN UU, dice), y Alemania, en principio opuesta, sopesa la actitud a mantener en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, en las últimas semanas (antes del cierre de esta edición) se están observando pronunciamientos contra la guerra contra Irak en las más altas instancias de la UE. Prodi ha manifestado su oposición a la intervención, y Solana (mister PESC) ha planteado que se están dando «las semillas de una posible ruptura entre EE UU y Europa» (Solana, 2003). De cualquier forma, Washington utilizará, llegado el caso, su capacidad para imponer la decisión que tome a los posibles países díscolos de la UE a través de la estructura militar de la OTAN; de hecho, ya ha reclamado su apoyo, con lo cual se demostrará una

vez más, muy probablemente, el dicho de que la UE es «un gigante económico, un enano político y un gusano militar». En todo caso, los países de la UE (que sean de la OTAN) serán llamados (aparte de para brindar apoyo logístico) para ayudar a la «reconstrucción» y al «mantenimiento de la paz», una vez realizada la intervención.

De cualquier forma, mucho nos tememos que la lógica de la «guerra global permanente» ya está totalmente lanzada, y que muy probablemente derivará en formas de gestión del capitalismo (financiero) global cada vez más autoritarias (una especie de «fascismo dulce»), en las que no son en absoluto descartables soluciones de corte directamente totalitario (caminamos velozmente hacia ellas) y ni tan siquiera nuevos episodios de genocidios masivos. George Bush ya ha amenazado con la posibilidad de recurrir al uso «preventivo» (también) del arma nuclear contra posibles enemigos. El Holocausto o Hiroshima y Nagasaki no han sido «accidentes» en la historia del capitalismo, y pueden convertirse otra vez en una nueva y cruda realidad. Se están dando las condiciones para que vuelvan a resurgir como una forma de gestionar un mundo donde sobra mucha gente. Muchísima. Especialmente en sitios donde hay mucho petróleo (que se puede extraer con poca mano de obra) y mucha población («indeseable»). Y sobre todo en un contexto en el que el poder actúa ya de forma absolutamente despótica y sin ninguna moral, a pesar de que el Gobierno Bush (lleno de plutócratas multimillonarios sin escrúpulos) rece al principio de cada reunión (según nos cuenta la prensa), pues está permitida cualquier cosa en el camino hacia la obtención de beneficios. El capitalismo (financiero) global, el único realmente existente hoy en día, se está convirtiendo «en un modelo próximo al de la mafia, que parece que está llamado a tomar el relevo tanto en el mundo de los negocios como en el de la política» (Amin, 2002).

Se refuerza el dominio patriarcal y se acaba el multiculturalismo

Las formas de «dominio fuerte», las estrategias de «guerra global permanente», están rediseñando las relaciones de género en todo el mundo, permitiendo un endurecimiento de las formas de dominio patriarcal. Después de unos años en que la movilización y concienciación de las mujeres en el conjunto del planeta había conseguido ciertos logros e impuesto una cierta dulcificación, al menos en las formas y en la retórica, del dominio patriarcal, hoy en día asistimos a una remitologización del modelo masculino («Vuelve el Hombre» o «Vuelve el Héroe») en el nuevo discurso del poder. Se procede a la gestación de un nuevo estereotipo masculino que sirva como modelo ideológico de referencia. El objetivo es frenar la expansión del cuestionamiento del modelo de dominio patriarcal que había impulsado el movimiento feminista en las últimas décadas, y poner coto a la propagación de las ideologías «pacifistas» que habían ganado espacio desde los ochenta, en un momento en que el modelo necesita operar cada vez más violentamente para intentar controlar el progresivo desorden que su propio despliegue comporta e imponer sus intereses militarmente.

El capitalismo (financiero) global de los noventa, bajo una retórica pretendidamente igualitaria respecto de las relaciones de género, ocultaba su carácter patriarcal. Como dice Chusa Lamarca (2001): «A pesar de los logros de las mujeres, las reglas del juego siguen siendo masculinas y a esto se suma que la globalización es en sí misma androcéntrica. Sus valores son la competencia, el egoísmo, el individualismo, la compraventa, el beneficio por encima de todo, la razón instrumental y la ausencia

de ética. La globalización obedece a la lógica de un solo género, induce a pensar, sentir y funcionar en clave típicamente masculina». Aparte de que las políticas neoliberales estaban agudizando la situación de dependencia, precariedad y pobreza de las mujeres. Pero la irrupción de la nueva lógica de guerra permanente está significando un verdadero terremoto en las parcas conquistas logradas por las mujeres, su presencia en el espacio público, la regresión de los valores «femeninos», la degradación de los sentimientos, etc. La situación periférica de las mujeres se está intensificando en el nuevo mundo de la guerra global permanente, al tiempo que se recrudece el dominio patriarcal, agigantándose la brecha entre géneros.

La nueva lógica de guerra no sólo desprecia a la gran mayoría de la humanidad, desprecia muy especialmente a las mujeres, «esa inmensa minoría silenciada que constituye la mitad de dicha humanidad» (Lamarca, 2001). El discurso bélico impone la violencia como forma de resolución de conflictos. Caen las visiones más modernistas de la vida y vuelven, con redoblada intensidad, los discursos más conservadores, religiosos y tradicionalistas, con concepciones reaccionarias por lo que a las relaciones de género se refiere. En este discurso la mujer es, en todo caso, el «descanso del guerrero». Y en un mundo donde se expande el caos y la ingobernabilidad (no antagonista), la guerra civil a todos los niveles —en donde predomina la ley del más fuerte y la violencia, en donde la desestructuración social margina a los más débiles—, los escenarios se vuelven particularmente tenebrosos para las mujeres. Y esto es especialmente así en los espacios periféricos más degradados, donde reinan los «señores de la guerra» y las bandas del crimen organizado; pues en ellos, si eres un hombre y tienes un arma, tienes bastantes más probabilidades de sobrevivir.

En el mismo altar de la lógica de guerra se está sacrificando el multiculturalismo, el cual, sin poner abiertamente en cuestión la colonialidad del poder, al menos había significado un tímido intento (logrado tras décadas de lucha por los derechos civiles) de cara a que cada cultura y grupo étnico tuviera un espacio reconocido (eso sí, jerarquizado, limitado y en gran medida cerrado) durante la «globalización feliz». Hoy en día eso está dejando abiertamente de ser así. No sólo se recrudece a todos los niveles abiertamente el racismo (fomentado por el auge de la extrema derecha), sino que determinados colores de piel y determinados lugares de procedencia son directamente criminalizados, de forma muy especial todas aquellas personas provenientes del mundo árabe-musulmán. En este sentido, «el discurso del "Choque de Civilizaciones", bien armado, está destinado a fomentar el racismo "occidental", y a hacer aceptar a la opinión pública el inicio de un [verdadero] *apartheid* a escala mundial» (Amin, 2002).

La «inevitabilidad» de una guerra global permanente «insostenible»

Desde las principales estructuras de poder del capitalismo (financiero) global se nos intenta presentar la lógica de guerra permanente como algo irremediable o inevitable y, es más, como un verdadero destino inexorable. Se nos ha llegado a decir que la guerra contra el «terrorismo» es una guerra sin fin, que puede que no acabe nunca. Es decir, que nunca habrá un desfile de la Victoria dentro del nuevo marco del «dominio fuerte» del capital. Entramos pues en un universo de guerra (social) constante. Pero el capitalismo siempre se ha basado,

para su expansión, en lógicas de guerra, aunque también en la capacidad para integrar conflictos, pues la guerra era un instrumento al que había que recurrir, pero, en general, relativamente excepcional («la continuación de la política por otros medios», según Clausewitz). ¿Qué hay pues de nuevo en la situación actual? ¿Por qué la necesidad de la guerra permanente? ¿Hemos entrado en una nueva fase del capitalismo que es consustancial con la lógica de guerra, es decir, que es inconcebible sin la misma? Y si esto es así: ¿es este escenario «sostenible»? ¿No augura este escenario algo absolutamente nuevo en la historia de siglos del capitalismo? Y si ello es de esta forma: ¿en qué consiste tal novedad? ¿Es acaso una crisis estructural? Intentemos contestar, de forma no ordenada y forzosamente escueta a algunas de estas cuestiones.

La hegemonía estadounidense en el nuevo capitalismo global, y en especial el Régimen Dólar-Wall Street, se está convirtiendo, como apuntaremos en el texto principal, en un proyecto de EE UU contra el resto del mundo. Dicha hegemonía está atravesando por una profunda crisis, aunque las apariencias (el superpoderío militar estadounidense) nos intenten mostrar lo contrario. Arrighi y Silver (2001) nos alertan acerca de cómo a lo largo de la historia del capitalismo las crisis de hegemonía siempre han manifestado una etapa final, una *belle epoque* (caracterizada por una fuerte expansión financiera), que aparenta ser un resurgir o apuntalamiento de su hegemonía, cuando lo que anuncia es su crisis final. Las crisis de hegemonía siempre se han resuelto, de forma convulsa, con fuertes conflictos político-militares en el sistema-mundo capitalista e intensificación de la conflictividad social antagonista, hasta que una nueva potencia ha sido capaz de desbancar al hegemón en declive, e imponer y garantizar una nueva hegemonía que es aceptada por el

conjunto de países del sistema-mundo capitalista[14]. Esta nueva hegemonía se legitima porque es capaz de promover un nuevo periodo de expansión mundial de las fuerzas del capital, y de ello se benefician también, aunque en menor medida y en distintos grados, los países y sectores no hegemónicos. En cada una de las hegemonías habidas, el área de dominio del capital y la intensidad de dicho dominio se han ampliado, al tiempo también que ha crecido la escala (y la fortaleza) de las estructuras estatales que han propiciado dichas nuevas hegemonías.

El problema que se plantea ahora es que la hegemonía de EE UU está en crisis, en una fuerte crisis diríamos, pero no se vislumbra en el horizonte ningún Estado o grupo de Estados (salvo quizás, muy de lejos, la UE), es decir ningún nuevo hegemón potencial que sea capaz de poner en cuestión la hegemonía de EE UU; y no tanto en términos económicos y monetarios, en donde la potencia económica (que no todavía financiera) y monetaria de la UE es una verdadera amenaza para EE UU, sino sobre todo en el plano militar, en donde la supremacía de EE UU es incuestionable[15]. Y además, por primera vez, aparecen en el horizonte (se están empezando a hacer ya realidad en muchos terrenos) los límites ecológicos planetarios, que

14. Hegemonías española y portuguesa en los siglos XV y XVI que acaban en el siglo XVII con las guerras de religión y la Paz de Westfalia; hegemonía holandesa durante el resto del siglo XVII y el XVIII, que acaba con las guerras napoleónicas, de donde surge el nuevo hegemón: Gran Bretaña; hegemonía británica que se desarrolla a lo largo de todo el siglo XIX y hasta la I Guerra Mundial; y hegemonía estadounidense que termina de consolidarse tras el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad (Arrighi, 1999).

15. EE UU tiene un gasto militar que es casi la mitad del gasto militar mundial, dedica un porcentaje de su PIB a «Defensa» que es algo más del doble que el del conjunto de los países de la UE (el Reino Unido es la excepción), con una población mayor, y manifiesta un desarrollo tecnológico en materia de armamento sustancialmente superior, sobre todo en cuanto al dominio espacial se refiere (Kennedy, 2002).

pueden hacer inviable un nuevo periodo de expansión continuada, cuando además el propio capitalismo ya ha adquirido una dimensión verdaderamente global. La necesidad de crecimiento y acumulación constante empieza a chocar ya con los límites geográficos y ambientales. De ahí que hoy en día el crecimiento se intente impulsar principalmente a través de una reestructuración salvaje de lo existente, aunque sea a costa de agudizar las contradicciones[16]. Ello abre la posibilidad de que entremos en un largo periodo de desintegración de la organización sistémica existente, en donde se intensifique la lucha interestatal por el poder, en especial dentro de los espacios centrales o en relación con algunas de los nuevos centros de poder emergente (¿China?), al tiempo que se intensifica a todos los niveles la ingobernabilidad antagonista y también, concretamente, la no antagonista.

Y es tal vez por eso por lo que EE UU (apoyado por el Reino Unido) intenta mantener contra viento y marea su hegemonía, conservando y reforzando los instrumentos monetario-financieros característicos de su dominio, a través de una guerra permanente que nos augura que no tendrá fin. Pero esta estrategia, se quiera o no se quiera, está condenada al fracaso a medio y largo plazo. Es sencillamente «insostenible». Es un signo de debilidad más que de fortaleza:

– *En primer lugar,* por su altísimo coste económico, que una potencia como EE UU altamente endeudada no puede mantener indefinidamente en el tiempo. En el

16. Hoy en día el crecimiento se pretende garantizar bajando los impuestos (es decir, dando aún más dinero a los ricos), desregulando los mercados laborales (para abaratar todavía más la fuerza de trabajo), privatizando los servicios públicos existentes (esto es, ampliando el área del mercado a costa de la del Estado), obligando a los Estados a endeudarse (con el capital financiero) para seguir manteniendo la inversión pública e intentando crear las condiciones para que suban (o al menos no bajen más) los mercados financieros.

momento en el que quiebre la confianza de los inversores internacionales en la hiperpotencia, ésta se mostrará tal cual es: «un emperador desnudo».

– *En segundo lugar,* por la incapacidad del sistema para mantener una mínima legitimidad, pues ningún sistema de dominio se ha mantenido a lo largo de la historia sin una legitimidad que lo consolide. La imagen de EE UU en el mundo ha experimentado un muy profundo deterioro en todo el planeta desde la intervención en Afganistán, a pesar de la «solidaridad» que pudo apreciarse tras los atentados del 11-S. Y una hegemonía que tiene que recurrir a imponerse al resto del mundo a través del dominio militar y represivo es una hegemonía muy frágil. Ya antes de que haya empezado la guerra contra Irak, que supone un cambio verdaderamente cualitativo en la imposición militar de la hegemonía de EE UU, el rechazo de la «opinión pública» mundial es altamente significativo, incluidas las propias «opiniones públicas» europeas. Y hasta el propio poder hegemónico, a pesar de su arrogancia, tiene miedo y muestra tensiones internas en relación con los pasos que está dando.

Es fácil suponer lo que puede acontecer cuando la situación en Oriente Medio (y toda su área de influencia) se empiece a complicar y a empantanar, y sea necesario recurrir a cada vez mayores dosis de militarismo para garantizar el orden no sólo en ese espacio geográfico, sino también en lugares cada vez más numerosos del planeta (Plan Colombia, Plan Puebla Panamá, etc.). Además, será muy difícil garantizar el «cero muertos» («propios», por supuesto) característico de las guerras que ha librado la hiperpotencia en el pasado más reciente, debido al alto desarrollo tecnológico que había adquirido su industria de guerra (y de muerte); sobre todo cuando sea necesario ocupar de forma estable un territorio tan complejo y hostil como Oriente Medio para garantizar su

dominio. Ello puede contribuir a erosionar el apoyo (hasta ahora) incondicional de la «opinión pública» estadounidense, especialmente cuando al mismo tiempo sea preciso acometer recortes adicionales de lo que queda del gasto social en EE UU con el fin de mantener el esfuerzo bélico. Es difícil imaginar lo que puede acontecer en una sociedad tan desestructurada como la estadounidense, si la guerra (las guerras) se convierte(n) en una escabechina propia, si la situación económica se deteriora fuertemente a causa de la guerra (es posible, como veremos en el texto, una depresión-deflación mundial cuyo epicentro puede ser muy probablemente EE UU), y si todo ello incide en un deterioro del sentimiento patriótico (el único cemento que une a la población de EE UU) y de la fe en las instituciones y en sus dirigentes. Las guerras se sabe cómo empiezan, pero nunca cómo acaban; y no hace falta escarbar mucho en la historia para constatar el fuerte auge que experimenta el antimilitarismo cuando se encallan los conflictos bélicos y las guerras muestran toda su verdadera crueldad, y no el carácter aséptico y banal con el que se nos quieren vender a las poblaciones occidentales.

– *Y en tercer lugar,* porque el nuevo capitalismo global para su despliegue requiere de muy importantes dosis de flexibilidad. La *nueva división internacional del trabajo*, altamente «globalizada», las nuevas formas de organización del mismo de tipo postfordista, el funcionamiento en red de las nuevas estructuras productivas y decisionales, etc., requieren de una enorme flexibilidad para funcionar y desarrollar todo su potencial. En este sentido, el carácter cada vez más controlador y represivo de las nuevas formas de «dominio fuerte» está introduciendo ya importantes restricciones a esta flexibilidad, que pueden redundar en una progresiva esclerosis de sus estructuras, al tiempo que incrementa los costes de su funcionamien-

to[17]. Algo similar, salvando por supuesto las distancias, le ocurrió a la ex URSS, altamente burocratizada e incapaz de adaptarse a los nuevos requerimientos tecnológicos para poder competir con Occidente.

Crisis de hegemonía o crisis del proyecto modernizador

De esta forma, nos encontramos en una importante coyuntura histórica en la evolución del capitalismo, en la que parece que entramos en escenarios no sólo de crisis de hegemonía (lo que ya ha ocurrido en distintas ocasiones), sino también, muy probablemente, de crisis del proyecto modernizador en su conjunto. Es decir, podríamos concluir, siguiendo a Wallerstein (1998), que estamos entrando ya en una verdadera crisis sistémica —esto es, en una crisis estructural del sistema-mundo capitalista— y que nos encontramos «en el periodo inmediatamente precedente a una bifurcación. El sistema histórico actual [el capitalismo] está, de hecho, en una crisis terminal. [Este sistema tiene una] necesidad imperiosa de expansión en términos de producción total y en términos geográficos, a fin de mantener su objetivo principal, la acumulación constante [...] El capitalismo histórico está, de hecho, en crisis precisamente porque no puede encontrar soluciones razonables a sus dilemas actuales, entre los que la incapacidad para contener la destrucción ecológica es uno de los mayores, aunque no el único. [Y] no hay salida dentro de la estructura del sistema histórico vigente [...] El problema que se nos plantea es qué es lo que lo reemplazará. Ésta es [y será] la discusión política central de los próximos 25-50 años».

17. El incremento de los costes de seguridad es ya un hecho después del 11-S, que es especialmente significativo en todo aquello relativo al transporte de contenedores y de mercancías en general.

La crisis de Occidente (como estructura central del capitalismo global) parece, pues, que entra en su fase final. Todo indica que las próximas décadas serán muy probablemente el momento histórico de desintegración del sistema-mundo capitalista, tal y como lo conocemos. El presente modelo de acumulación no podrá seguir desarrollándose mucho más tiempo sin crear desequilibrios sociales, económicos, culturales, de género, ecológicos, políticos y militares en ascenso, que serán progresivamente inmanejables. Ya lo son hoy en día y lo serán aún mucho más en las próximas décadas. La barbarie, que es intrínseca al actual sistema, se reforzará hasta límites insospechados bajo la dictadura del dinero, al igual que su imperativo de necesidad de crecimiento y acumulación continuo. El crecimiento económico sin fin no sólo está agotando las existencias de recursos no renovables (sin los cuales no puede subsistir, en concreto los combustibles fósiles), sino que también está transformando recursos renovables en no renovables (pesquerías, bosques, agricultura), debido a las prácticas «insostenibles» que impulsa el mercado y la competitividad. Al mismo tiempo, el mundo entero se convierte en un gigantesco vertedero y sumidero. Las bases mismas de la vida humana y de gran número de especies están amenazadas. La lógica del capital está empezando a chocar con los límites ecológicos planetarios. El despliegue del capitalismo global ya sólo puede realizarse profundizando en la lógica de la «guerra global permanente» y en la destrucción sin fin del entorno natural. Todo ello, se nos decía, era la condición previa para crear la abundancia («necesaria») que luego nos alcanzaría a toda la humanidad.

Pero el sueño del «progreso» y «desarrollo» sin límites, que beneficiaría a todos los pueblos y rincones del

globo, se ha venido definitivamente abajo; a pesar de que se intentan subrayar los cada vez más limitados signos positivos del mismo y ocultar (sin conseguirlo) la avalancha creciente de efectos colaterales regresivos que comporta. Se retraen, pues, las formas de «dominio dulce» del capital, y sólo cabe recurrir ya a las formas de «dominio fuerte» (a la lógica de la guerra y la represión a todos los niveles) para garantizar la expansión de la economía monetaria, de base crecientemente financiera. El dominio del capital muestra cada vez de forma más patente su brutalidad. El poder se exhibe cada día de forma más represiva evaporándose poco a poco su legitimidad. Todos los componentes del proyecto modernizador están en crisis: el Estado-nación, el mercado autorregulador y la fe en el mito del Progreso (la nueva religión occidental desde el siglo XVIII), que se camufla bajo apariencias «racionales» y que se sustenta en la potencialidad del desarrollo sin fin de la ciencia y la tecnología. El sueño de la «máquina del crecimiento perpetuo» ha entrado en crisis. El desorden se propaga a velocidad de vértigo, pues se está generando una «civilización» (universal) cada vez más entrópica, incapaz de corregir su camino hacia el caos. Ha desaparecido la idea de futuro, que ha devenido un repertorio de temores más que de esperanzas en un mundo mejor. La flecha del tiempo está rota. Las utopías parece que han muerto. Se impone la lógica inexorable del «tiempo real», en la que operan los mercados financieros. El tiempo parece abolido por el instante. Ha perdido sentido, parece, cualquier proyecto colectivo a largo plazo. El capitalismo (financiero) global, liderado por EE UU, se ha instalado en un (intento vano de) presente perpetuo.

Los valores de la Modernidad, ya en crisis antes del 11-S, se han terminado de desmoronar junto con las Torres Gemelas, certificando al mismo tiempo dicho

acontecimiento también el fin de la postmodernidad (López Petit, 2001). El simulacro se ha acabado y el poder manifiesta su perfil más feroz. Se refuerzan el militarismo, la policialización de nuestras sociedades y los mecanismos de opresión patriarcal. Y con ello ha naufragado cualquier atisbo de que el sistema tenga la más mínima capacidad de reformarse para hacer frente a las crisis que le acosan, pues su propia lógica se lo impide. Occidente ha acabado por perder el sentido de la realidad, y la miseria «espiritual» propia de la Modernidad ha quedado patente. Máxime ahora que han nacido generaciones que ya no distinguen la realidad de la ficción, hecho especialmente grave en un momento histórico en que la realidad virtual desplaza cada día más a «lo real», ocupando más espacio real «lo falso» que «lo verdadero». Se está a punto de abolir el ser humano autónomo y, sobre todo, su dimensión interior. A ello se suma el que la lógica del capital ha roto en gran medida los lazos sociales y comunitarios; al tiempo que nos inculcaba que la mano invisible nos conduciría al «bien común», aun cuando todos los miembros de la sociedad se entregasen al egoísmo personal, es decir, a perseguir el beneficio propio individual. Ello hace aún más difícil que se tenga capacidad colectiva para enfrentar la crisis de la Modernidad, a pesar de las esperanzas que pueda suscitar el auge de las resistencias al capitalismo global. Especialmente cuando está llegando hasta el paroxismo la negación (y criminalización) del «otro» que acompaña a la Modernidad occidental, así como el desprecio por otras culturas, pues, además, este «otro» y sus culturas ya están abiertamente entre «nosotros»; y cuando asistimos a la proliferación de actitudes desde el poder cada día más «irracionales». El propio Occidente parece como si estuviera disolviendo la razón en nombre de la cual se fundó, lo que sin duda profundizará su crisis. «La tan cacareada

Modernidad ha dejado atrás hace tiempo su impulso ascendente y creador, para entrar en un ciclo declinante y nihilista» (Saña, 1994).

Esta crisis de la Modernidad, es decir, del capitalismo realmente existente, va a durar seguramente décadas. Hasta ahora los escenarios de crisis profundas, o colapsos, han afectado (y están afectando) fundamentalmente a territorios de la Periferia, aunque alcanzarán también, antes o después, a los propios espacios centrales, en especial a sus metrópolis. El Occidente moderno nació en las ciudades (y en concreto, en las ciudades-Estado), desde donde el dominio del dinero se fue imponiendo paulatinamente (con la ayuda del Estado) al mundo entero. Y allí muy probablemente sucumbirá. El proyecto modernizador consiste en someter todo al dominio de las ciudades, que hoy en día se han convertido ya en metrópolis, regiones metropolitanas y «ciudades globales». La explosión del desorden que implicará (que está implicando ya) la crisis del capitalismo global se manifestará primordialmente en las metrópolis. Serán los espacios altamente urbanizados, es decir, los más modernizados y más dependientes de la economía monetaria, donde se manifestará con más intensidad la crisis del capitalismo global. Y seguramente serán los territorios menos modernizados los que puedan resistir mejor el previsible colapso. La quiebra del proyecto modernizador supondrá la crisis de lo urbano (sobre todo en su dimensión metropolitana) e implicará la necesidad de revitalizar el mundo rural, se quiera o no se quiera; con toda la enorme dificultad que ello conlleva, pues, como Cortés, se han quemado las naves para posibilitar una posible transición no traumática; sobre todo cuando el imaginario colectivo actual tiene un fortísimo componente urbano-metropolitano y un desprecio absoluto hacia el mundo rural.

La necesidad de enfrentar la crisis de la Modernidad

El ser humano moderno construido desde Occidente, bajo la lógica del capital, ha fracasado en su pretensión de ser dios. Ha llegado el momento de recuperar el sentido de la realidad. Hace falta mirarse en otras culturas que tienen (o mejor dicho han tenido, pues muchas han desaparecido o lo están haciendo) una relación más equilibrada con el entorno. Será imprescindible acometer una regeneración «postmoderna» de la tradición, sabiendo recuperar sus aspectos positivos (las «culturas de la tierra») y sometiendo a crítica sus aspectos opresores, sobre todo en lo que a las relaciones de género se refiere. Hace falta salir del «desarrollo» y de la «globalización» impuesta por la dinámica del dinero, que se ha emancipado totalmente de cualquier control social. Es preciso construir nuevos ámbitos de comunidad, de apoyo mutuo, de relaciones de género y de regeneración social, sin oponerse al «otro», sin rechazarle y sin odiarle. Para ello será imprescindible reducir el ámbito de la economía monetaria, de la producción de mercancías, acercando la producción al consumo y creando nuevas formas autogestionadas para ambos, al tiempo que se intenta desde las estructuras locales volver a retomar el control social sobre el dinero.

Todo esto no será posible sin crear verdaderas formas de contrapoder social desde «lo local», y sin desertar de la lógica de la guerra y de «lo político», lo institucional, que no de la política. Pero también será necesario resistir desde el espacio de la producción actual y desde las metrópolis, teniendo en cuenta su necesidad de transformación absoluta, si queremos caminar hacia estructuras más autónomas, justas y «sostenibles». No se trata de

ocupar el poder, tarea por otro lado imposible, sino de intentar controlarlo, dentro de la enorme dificultad que ello supone, desde una sociedad que deberá intentar reconstituirse, para iniciar una vía de transformación colectiva cuya ruta no está en absoluto fijada, y que deberá ser generada día a día. En este camino, la urgencia de una descolonización intelectual de nuestro imaginario individual y colectivo es insoslayable, para reconstruir nuestra historia y para darle un sentido de futuro. Y como parte de ello es urgente elaborar un pensamiento crítico en torno a la ciencia y la tecnología, a su carácter no neutro, y acometer una revisión en profundidad en torno a la apología del desarrollo de las fuerzas productivas de la izquierda tradicional, que, aunque en crisis, aún está bien presente en nuestros medios. Pues, sobre todo en Occidente, no existe, en general, la más mínima conciencia de que las formas de vida y consumo que posibilitan para una amplia mayoría social el desarrollo científico y tecnológico, que promueve el capital, se producen a expensas de los recursos del resto del mundo y a costa de los equilibrios ecológicos planetarios.

Finalmente, decir que cuando se cierra este texto, el 19 de enero de 2003, unos días antes de que se reúna el Consejo de Seguridad para «evaluar» la labor de los inspectores de las NN UU, estamos asistiendo a un auténtico resurgir de las movilizaciones contra la guerra en gran parte del mundo. Ayer, día 18, centenares de miles de personas se echaron a la calle en Washington, San Francisco, Londres, Roma, Moscú, Yakarta, Hong Kong, etc. Y hoy más de veinte mil personas hemos marchado, una vez más, después de doce años, desde Madrid a Torrejón, a lo largo de doce kilómetros, bajo el lema «Paremos la Guerra contra Irak. No a la participación del Estado español. OTAN no, bases fuera. Contra la Europa del capital y la guerra». La gente está perdiendo el miedo y se está lan-

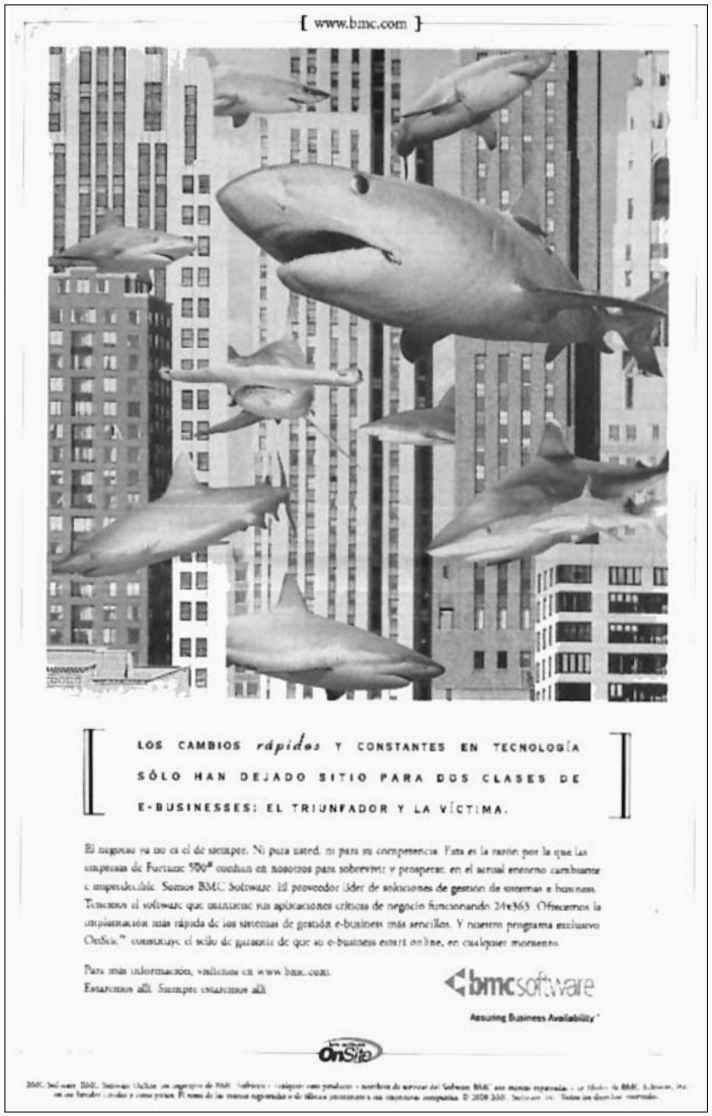
zando a denunciar la sinrazón de la loca dinámica en que nos quieren meter a todos y todas EE UU, seguido del Reino Unido. El movimiento global, después de un cierto repliegue tras la feroz represión de Génova, y sobre todo tras el 11-S, está volviendo a resurgir con fuerza.

Se avecinan tiempos enormemente turbulentos, y todos estamos en el punto de mira. Pero el poder está también dentro de nosotros, si sabemos aunar voluntades, para detener la barbarie. Y el Emperador, como hemos dicho, se está quedando cada día más desnudo. Su multimillonario aparato de propaganda y su enorme capacidad represiva (intensificada de forma tremenda tras el 11-S) no son capaces de tapar su creciente desnudez. Sobre todo cuando no tiene nada que ofrecer. El poder empieza a manifestar que se asienta en el vacío, especialmente si se empeña en imponer un poder tiránico al conjunto del mundo y la gente pierde el miedo. Y es preciso recordar cómo la tremenda capacidad de control y represión de la ex URSS, de repente, casi de la noche a la mañana, fue incapaz de detener el desmoronamiento del gigante soviético. Y cómo en la ex RDA la población penetraba en las oficinas de la tan temida Stasi (la policía política) tirando los fichas policiales por las ventanas, cuando el régimen colapsó, tras multitudinarias manifestaciones diarias. Y es preciso recordarle al poder, aquí en Occidente y en todo el mundo, que la gente ha perdido ya el miedo y que parece que no está dispuesta a suicidarse así como así. Pues tal y como gritaban los manifestantes en la Cabilia cuando las fuerzas de seguridad del Estado argelino masacraban a la población: «No nos podéis matar, porque ya estamos muertos». Pero esos muertos parece que gozaban de una «excelente» salud: su rebeldía, que el poder siempre ha temido, y por eso se quedaba inerme, cuando irrumpía, sin saber qué hacer. Y ahora que se empieza a dar cuen-

ta de que el factor humano se ha puesto otra vez en funcionamiento en todo el planeta tiene miedo. Mucho miedo. Pensaba que podía gobernar el mundo explotando, marginando y menospreciando a la población mundial, y sin tener en cuenta los límites y los equilibrios ecológicos planetarios, sólo pensando en sus ansias de beneficio sin fin y mirando a las pantallas de Wall Street, pero eso parece que ya no puede seguir siendo así. O al menos, no por mucho tiempo más, pues la lógica de la vida empieza a chocar frontalmente con la lógica militar y policíaca del capital.

Y esperemos que en este proceso, si no sucumbimos a la vorágine, y dentro de la enorme dificultad que ello comporta, los diferentes sujetos sociales puedan ir recuperando su capacidad autónoma de pensar, para poder reconstruir su futuro sobre las cenizas que deja a su paso la expansión del proyecto modernizador.

El capitaslismo (financiero) Global y la guerra permanente



El País, 11 de septiembre de 2000

«Está bien que la gente de esta nación no entienda nuestro sistema bancario y monetario, porque si lo hiciera, creo que habría una revolución antes de mañana por la mañana.»

Henry Ford, citado por William Greider en *Los Secretos del Templo*

En las dos últimas décadas se ha producido una verdadera «gran transformación» (diríamos emulando a Polanyi), que ha provocado un tremendo cambio en las formas que adopta el dominio del capital a escala mundial. Se ha establecido un régimen de acumulación progresivamente financiarizado, cuyo funcionamiento es preciso desentrañar para comprender las dinámicas de «guerra global permanente» hacia las que su hegemonía nos conduce. Es imprescindible intentar analizar en profundidad los complejos mecanismos que dominan el actual acontecer del mundo financiero internacional, sus sistemas monetarios y sus instituciones globales, a los que no se ha prestado la debida atención por lo complejo que puede resultar su comprensión. El conocimiento de lo que sucede en todo aquello que se relaciona con el dinero (su creación y apropiación) es algo fundamental, pues éste ha sido y por supuesto es, mucho más ahora, la fuente en última instancia de poder y organización social que condiciona el despliegue del capitalismo a escala global, sus mecanismos de dominio, sus formas y estructuras productivas y de consumo, su repercusión ambiental y, en definitiva, todos los ámbitos de nuestra vida.

Este texto pretende ser una modesta aportación en este sentido. Intenta ser un cuadro impresionista, de trazo grueso, que ayude a abrir nuevas puertas a la comprensión del mundo actual y sus conflictos, con el fin de orientarnos en los procesos de transformación del mismo. Su objetivo es engarzar piezas que muchas veces

observamos de forma inconexa, de tal manera que nos ayude a hacernos una idea general, probablemente incompleta e imprecisa, del funcionamiento del presente capitalismo (financiero) global. Como se ha apuntado, la razón de poner entre paréntesis lo de «financiero» es que —a mi entender— su funcionamiento no está aún plenamente financiarizado, aunque el capital financiero manifiesta ya un enorme poder, de carácter determinante, en el devenir del presente capitalismo global. Al final del texto he incorporado un capítulo relativo a cuestiones más de reflexión «teórica» sobre el funcionamiento del dinero, en sus diferentes manifestaciones, en el mundo actual. La razón de incluirlo como parte concluyente del texto es que quizás todo lo anterior puede ayudar a una mejor comprensión de estos aspectos más «teóricos», que siempre son más abstractos y difíciles de entender, posibilitando nuevos abordajes de ese tema tan complejo que es el dinero. Y como parte de dicho capítulo se incorpora tan sólo un reducido apunte de alternativas sociales al funcionamiento del dinero y al poder hegemónico de los mercados financieros, pues éste no era el objetivo principal del texto, aunque espero poder desarrollarlo con más detalle en el futuro en otros trabajos.

Debido a lo intrincado del mundo de «lo financiero», y al oscurantismo «técnico» y mistificación existente respecto a todo aquello relativo al dinero, me he visto obligado a tener que recurrir, más de lo que hubiera querido, a incorporar una gran cantidad de notas a pie de página para aclarar, detallar o ampliar aspectos que se apuntan en el texto principal. El objetivo, a mi entender, era aligerar el texto principal para hacerlo más accesible. Espero que eso no entorpezca la lectura del mismo, sino que en todo caso ayude a la gente que pretenda acceder a un conocimiento más exhaustivo de los temas que aquí se abordan. Por último, decir que he intentado hacer un texto que no

caiga en el academicismo, sin que ello suponga que no intente ser un producto sólido, pues está orientado principalmente a todas aquellas personas que, desde muy distintas perspectivas, luchan contra el carácter brutal, injusto e «insostenible» del presente capitalismo (financiero) global, y por una transformación en profundidad, de arriba a abajo, o mejor dicho, de abajo a arriba, del mundo actual. A todas ellas espero que este libro les pueda aportar algunas herramientas para ese arduo camino.

I.

El capital financiero, en el puente de mando de la «globalización»

EL ROTO *El País*, 18 de enero de 2003

«*El estrato superior* [el mundo de las altas finanzas] *es el "hogar real del capitalismo" y al mismo tiempo es el menos transparente y se halla menos explorado que el estrato intermedio de la economía de mercado.* [Y éste se asienta a su vez sobre el estrato inferior de la vida material] [...] *Pocos han sido los que se han aventurado en el análisis del estrato superior del "anti-mercado" en el que, en palabras de* [...] *Braudel, "merodean los grandes depredadores e impera la ley de la selva" y en donde se dice que se ocultan los secretos de la* longue durée *del capitalismo histórico.»*
Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*

El fin de la Segunda Guerra Mundial alumbra la «represión financiera»

El capitalismo global de principios del siglo XXI es muy diferente al que se desarrolló en el área dominada por Occidente desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta, bajo la hegemonía de EE UU. En dicho periodo, se podría decir que, por primera vez en la historia del capitalismo, hubo un predominio del poder político sobre el poder financiero, no sólo en los países centrales, sino asimismo en los países periféricos que se situaban, en mayor o menor medida, dentro de la órbita de influencia occidental. Dicho poder político expresaba, a través de distintas mediaciones por supuesto, ciertos intereses sociales populares que no eran los del capital; es más, en muchos casos entraban en conflicto, más o menos abierto, con sus dinámicas, aunque eso sí, sin chocar frontalmente con ellas. Todo ello era el resultado de unas condiciones históricas muy concretas: la existencia de un mundo bipolar, donde la «amenaza comunista» (externa e interna) era un hecho, en concreto en Europa occidental y en distintos países periféricos —muchos de

ellos de reciente creación tras haber roto con el vínculo colonial— a los que se trataba de ganar para el campo occidental; la necesidad de incorporar a la gestión del capitalismo postbélico, a través de un pacto entre el capital y el trabajo, a los sectores de la socialdemocracia y, en ocasiones, hasta a los partidos comunistas, con el fin de desactivar la capacidad de antagonismo de un fuerte movimiento obrero; el interés de promover un crecimiento económico intenso, que permitiera la creación del «Estado social» y que posibilitara al mismo tiempo, por supuesto, la acumulación de capital; y el hecho de que era preciso meter en cintura a un capital financiero, cuya actividad sin control había sido la causa principal de la debacle de Wall Street en 1929 y la posterior «Gran Depresión» de los años treinta, que ayudó a impulsar el nazismo y el fascismo, así como a crear las condiciones para el estallido de una brutal guerra intercapitalista de alcance mundial. Tres Estados «postergados» por el anterior orden mundial (Alemania, Italia y Japón), en especial respecto al reparto colonial, habían aunado vanamente sus esfuerzos para provocar un cambio en el orden capitalista internacional. El desenlace de la contienda mundial propiciaría la expansión del área de dominio del enemigo «comunista» (de la ex URSS en Europa del este y central, a la que se sumó más tarde la irrupción de la China comunista).

Es por eso por lo que se establece un entorno de «represión financiera» (Gowan, 2000) en los diferentes Estados capitalistas centrales, que queda también reflejado a nivel internacional en el sistema monetario y financiero que se define en Bretton Woods[1], y que regiría en

1. La conferencia de Bretton Woods tiene lugar en julio de 1944, tras el desembarco de Normandía, y a ella asisten 44 países. En dicha conferencia se impondrían las tesis de EE UU sobre las británicas (cuya delegación encabezaba Keynes), al tiempo que se decide la creación

el área de dominio del mundo occidental postbélico. Los bancos centrales serían nacionalizados en la mayoría de los países, y si no, pasarían a depender de forma importante del poder político (caso de EE UU). Y a escala internacional se establecería un sistema monetario, el patrón dólar-oro, que aunque indudablemente reflejaba la nueva realidad hegemónica de EE UU, esta superpotencia se comprometía a una cierta disciplina, pues se obligaba a mantener una paridad fija del dólar con el oro (35 dólares la onza). Al mismo tiempo, se establecía un sistema de cambios fijos (pero ajustables) entre todas las divisas y se restringía la libre circulación mundial de capitales[2], con el objetivo de evitar las devaluaciones competitivas de los años treinta y reducir los desequilibrios que la libre movilidad de capitales había causado. Tal «represión financiera» iba a significar que los recursos que se iban a destinar a la inversión productiva iban a «nacer» fundamentalmente dentro de los propios Estados; y que los Estados iban a cumplir un papel decisivo en impulsar la (gran) actividad económica, en muchos casos de carácter público, sobre todo en Europa occidental.

Dentro de este marco, los países centrales —y especialmente Europa occidental y Japón— iban a establecer un modelo de crecimiento (y acumulación) de tipo fordista, basado en la negociación colectiva y el pleno empleo (masculino), con relativamente «altos» niveles retributivos

del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio). De cualquier forma, el orden que se define en Bretton Woods se podría caracterizar como anglo-estadounidense.

2. Los países podían controlar (y de hecho lo hicieron plenamente) lo que se denomina la cuenta de capital. Keynes estaba totalmente a favor de restringir el libre movimiento internacional de capitales, que existió sin ninguna restricción en los cincuenta años previos a la Primera Guerra Mundial, durante la época del llamado patrón-oro, en plena hegemonía británica a escala internacional (Singh, 2000).

medios, que evolucionaban con el incremento de la productividad, abanicos salariales limitados, una producción centrada en bienes de consumo duraderos y una considerable protección social estatal, complementaria al trabajo «invisible» de las mujeres dentro de la esfera familiar. Esto es, un capitalismo de rostro humano. En este modelo, los gestores empresariales tenían una importante independencia respecto de los accionistas, porque además la financiación de las empresas se realizaba a partir de la actividad bancaria, cumpliendo los mercados financieros, esto es, las bolsas, un papel secundario. Los bancos centrales (mediante la emisión y supervisión de la creación de dinero) cooperaban estrechamente con los Gobiernos para conseguir la política de pleno empleo y protección social, a través de políticas keynesianas, y para controlar a los bancos comerciales. La regulación, pues, tenía un fuerte contenido estatal, y el marco de funcionamiento principal era el del Estado-nación, a pesar de la creciente importancia del mercado mundial. Por tanto, la «represión financiera» era también, en lo que se refiere al control del movimiento internacional de capitales, una necesidad del régimen de acumulación fordista, centrado en los Estados-nación, que el sistema de Bretton Woods permitía.

En los países periféricos los Estados, de reciente creación salvo en América Latina, procedían a crear sus sistemas monetarios y financieros, en donde el peso y el control del Estado era manifiesto. Y se intentaba garantizar una cierta vía de desarrollo (capitalista) propia a partir del control (y nacionalización, en muchos casos) de sus recursos naturales y productivos, así como mediante el cierre de sus mercados a la competencia exterior. El dinero que emitían permitía la financiación y el funcionamiento de una considerable actividad económica interna, con una fuerte presencia estatal. Si bien, conforme el «desarrollo» se iba afianzando (o para

que se afianzara), era preciso recurrir a la obtención de bienes de equipo de los países centrales y a recursos energéticos, que había que comprar en el mercado mundial y que era preciso pagar en divisas fuertes (y muy en concreto, en dólares). Para ello, era también necesario continuar con las antiguas actividades típicas del dominio colonial, la exportación de materias primas y productos agropecuarios, y en muchos casos intensificarlas, pues éstas eran las que aportarían las divisas fuertes necesarias para impulsar el desarrollo (industrial) interno. A tal fin, es decir, para operar en el mercado mundial, no les quedaba más remedio que echarse en brazos del FMI y del BM. El FMI, aparte de obligarles a que su divisa fuera convertible, limitándoles por tanto la capacidad de creación de dinero interno, les iba a «ayudar» a garantizar el equilibrio de la balanza de pagos (caso de incurrir en déficit comercial, lo que normalmente era el caso al perseguir el «desarrollo»[3]) por medio de préstamos a corto plazo («*stand by*»). El BM les iba a «ayudar» también a la intensificación de sus actividades relacionadas con la antigua división internacional del trabajo, aportándoles la financiación necesaria para desarrollarlas, a través de la construcción de infraestructuras; al tiempo que les ponía en contacto con grandes empresas del Norte interesadas en participar en ellas, en solitario o conjuntamente con los nuevos Estados recién creados, si era preciso. Ambas «ayudas» iban a sentar las bases para el endeudamiento de los países periféricos en su búsqueda del «desarrollo».

3. La razón de ello era que los bienes que exportaban estaban poco valorados, en términos monetarios, en los mercados mundiales, mientras que los que debían importar de los países centrales para impulsar el desarrollo industrial (bienes de equipo, tecnología...) estaban sobrevalorados en términos monetarios. De ahí que incurrieran normalmente en déficits comerciales.

Quiebra del sistema de Bretton Woods y auge del Régimen Dólar-Wall Street

Desde el principio, tanto EE UU como Gran Bretaña se mostraron reticentes al sistema que ellos mismos habían diseñado (Gowan, 2000); o cabría mejor decir que la oposición partía de Wall Street y la City de Londres, desde donde operaban los principales sectores financieros. De hecho, la City se las ingenió para conseguir un *status* que le permitiese funcionar a lo largo de los cincuenta y sesenta como un centro financiero fuertemente desregulado, a través de lo que se llegó a denominar el mercado de «eurodólares», lo que le posibilitó tener una proyección financiera internacional cada vez mayor. En él operaban los bancos estadounidenses sin tener que someterse a las restricciones que se les imponían en su propio país, pues también en EE UU el poder político (Washington) se había impuesto sobre el poder financiero (Wall Street) (Arrighi, 1999); y también se orientaban hacia este mercado distintas instituciones financieras y empresas europeas para eludir el control político de sus Gobiernos respectivos. La City, pues, se convirtió en un mercado crecientemente desregulado que permitía conseguir una financiación más amplia y más barata. La práctica ausencia de normas dio alas igualmente a la especulación. Y los intereses especulativos presionaron, junto con otros factores, para terminar con el sistema de Bretton Woods. Entre ellos, el principal fue la decisión de Nixon, en agosto de 1971, de acabar con la vinculación del dólar con el oro, al no poder garantizar la paridad oficial —ante las demandas de otros países de cambiar sus reservas de dólares por oro[4]— y

[4]. Cuando se decide la creación del sistema de Bretton Woods, en 1944, EE UU controlaba el 80% de las reservas de oro del mundo (Gravina, 1994). Es por eso por lo que pudo imponer el patrón dólar-oro,

querer también desembarazarse de ese compromiso y de la disciplina que ello suponía. Todo esto empujaba al mundo a un patrón monetario internacional basado exclusivamente en el dólar, sin ningún límite para EE UU en lo que a creación de moneda se refería (pues ya no existía el vínculo con el oro), cosa que no podía ser aceptada por el resto de los países centrales, al ser el dólar la moneda de referencia internacional. Es por eso por lo que, tras dos años de fuertes tensiones y al calor del *shock* que produce la subida de los precios del petróleo en 1973, salta por los aires otro de los elementos centrales del sistema de Bretton Woods: el sistema de cambios fijos.

A partir de ese momento, asistimos a la creación de una especie de «no sistema» monetario internacional, en el que otras monedas centrales, tales como el marco[5] o el yen, cobraron un gran protagonismo, aunque, por supuesto, con carácter subordinado y sin amenazar en ningún momento el papel hegemónico del dólar. Este protagonismo fue especialmente importante durante la década de los

frente a la propuesta de Keynes de crear una nueva moneda internacional: el bancor. Más tarde, como consecuencia del fuerte crecimiento económico y comercial de Europa occidental y Japón, estas reservas de oro se fueron redistribuyendo entre los principales países centrales. Al mismo tiempo, EE UU aprovechando el hecho de que el dólar era la divisa de referencia en el mercado mundial, la moneda internacional por excelencia, le había ido dando a la «máquina de imprimir billetes» para financiar su expansión exterior y para financiar sus actividades militares, en concreto la guerra del Vietnam. Todo ello provocó una gran circulación de dólares a nivel internacional, que no tenía el suficiente respaldo de reservas de oro internas para mantener la paridad fijada en Bretton Woods. Y es por eso por lo que en 1971 Nixon decide unilateralmente romper ese compromiso.

[5]. El marco actuaba como una divisa ancla a la que se «ataban» las distintas monedas del «proyecto europeo», primero a través de la Serpiente Monetaria Europea (1972) y más tarde mediante un sistema más elaborado: el Sistema Monetario Europeo (1979), como forma de vincular entre sí las monedas de un mercado cada día más unificado que no podía coexistir con divisas que evolucionasen erráticamente.

setenta, pues en esos años se produce una fuerte debilidad del dólar. Dicha debilidad era consecuencia de la quiebra de la confianza internacional en EE UU que la decisión de Nixon había causado, pues en realidad era una especie de *default* (incapacidad de hacer frente a los compromisos de pago) de EE UU de cara al exterior, así como un reflejo de la erosión de su hegemonía a escala internacional. Erosión ocasionada tanto por la irrupción de dos polos de economía capitalista muy potentes: Europa occidental y Japón, como por los distintos reveses que EE UU estaba cosechando en el escenario internacional (Vietnam, Centroamérica, Irán...). A esta crisis de hegemonía se le quiso hacer frente desde EE UU mediante el poder que le proporcionaba la utilización del dólar como divisa hegemónica mundial, que ahora ya podía evolucionar sin ninguna atadura externa, y sobre todo el poder que se podía derivar de utilizar Wall Street como principal centro financiero mundial; principalmente de cara a una etapa, todavía por llegar, en la que se pretendía situar al capital financiero (y él presionaba al poder político para que así fuera) en el puente de mando de la economía mundial.

El nuevo papel del dólar podía estimular enormemente (mediante las reformas oportunas) el volumen y la dimensión de los mercados financieros estadounidenses. Y la fortaleza de Wall Street como principal centro financiero podía, a su vez, reforzar el papel del dólar, al tiempo que iba a marcar la pauta de todos los mercados financieros del mundo. A este nuevo sistema se le ha llegado a conocer como «Régimen Dólar-Wall Street» (Gowan, 2000), y es el que se ha ido consolidando, a través de distintas etapas, hasta la actualidad, en la que está atravesando por una fuerte crisis. De esta forma, la respuesta a los acontecimientos del 11-S no se puede comprender sin analizar su funcionamiento, las razones de su crisis y los escenarios que se abren.

Así pues, después de la ruptura del sistema de Bretton Woods, se iban a adoptar una serie de decisiones que iban a crear un régimen de acumulación diferente, de base crecientemente financiera, cuyos puntos nodales iban a ser los mercados de capitales angloestadounidenses, bajo la primacía incontestable de Wall Street y el creciente dominio del dólar en las relaciones monetarias internacionales. En 1974, EE UU abre sus fronteras a la circulación de todo tipo de capitales para propiciar que éstos llegaran a Wall Street procedentes de todo el mundo. Más tarde, en 1979, tras la debacle de la crisis de los rehenes en Irán y la invasión soviética de Afganistán, EE UU intenta relanzar y apuntalar la hegemonía del dólar; y la Reserva Federal estadounidense acomete una brusca subida de los tipos de interés (que llegarían a situarse en el 20%), con el propósito de hacer atractivas las inversiones del resto del mundo en activos denominados en dólares y, en especial, en deuda pública estadounidense (Marazzi, 1998). Esto era importante, además, en un momento en que EE UU pasaba de ser acreedor respecto al resto del mundo, lo que ocurrió hasta finales de los setenta, a una nueva etapa en que EE UU se iba a convertir poco a poco en el principal deudor mundial (Strange, 1999). Máxime cuando durante la presidencia de Ronald Reagan se iba a propiciar un intenso programa armamentista que requería, para su financiación, de capitales del conjunto del planeta.

Pero para que EE UU pudiera captar capitales del resto del mundo, y en especial de los países centrales, sin tener que recurrir a mantener unos tipos de interés altos, que sofocasen el crecimiento económico interno, Washington propicia, en el seno de la OCDE, que los países centrales aboliesen los controles a la libre circulación de capitales. Esto fue lo que le posibilitó más tar-

de ir bajando los tipos de interés, al tiempo que afluían en tropel capitales de todos los rincones del globo a invertir en Wall Street: el mercado de mayor volumen y, por tanto, el más líquido del mundo; es decir, donde es más fácil comprar y, sobre todo, vender. Un enorme atractivo también para las principales empresas de todo el mundo que buscan de forma ardiente cotizar en Wall Street. Todo ello iba a fomentar la creciente emancipación de los capitales respecto a las ataduras que los mantenían sujetos a los territorios nacionales, proceso que se iba a ver favorecido por el intenso y espectacular desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación. Es más, la actual dimensión de la globalización financiera sería imposible de entender sin el desarrollo de dichas tecnologías.

Además, Wall Street se convierte también, en 1981, con Ronald Reagan como presidente de EE UU, en el mercado financiero más desregulado del planeta. En él se desarrollan todo tipo de nuevos productos financieros que iban a posibilitar el creciente predominio de la «economía financiero-especulativa» sobre la llamada «economía real». Es lo que algunos autores han definido como un régimen de acumulación de base (crecientemente) financiera o financiarizado (Chesnais, 2001), que se impulsa primordialmente en EE UU y Gran Bretaña, y que desde esos centros se va imponiendo paulatinamente al resto del mundo. Sus rasgos principales serían la fuerte centralización del ahorro colectivo —pues, como dice Chesnais (2001), «el ahorro de los ahorradores no es nada, el ahorro concentrado lo es todo»—, el cual se canaliza a través de nuevas instituciones financieras como los fondos de pensiones y los fondos de inversión, verdaderas terminales de los conglomerados financieros; aunque en algunas ocasiones los crean las principales empresas transnacionales (General Electric Capital, UPS

Capital, etc.) (Singh, 2000). Éstos forman el núcleo duro del actual «capital financiero»[6].

Para que todo esto fuera posible era preciso, indudablemente, haber creado las condiciones que permitieran la emergencia de ese ahorro individual y, sobre todo, su orientación hacia los mercados financieros. Lo cual se consiguió principalmente a partir de la privatización de los sistemas públicos de pensiones, la puesta en venta de numerosas empresas estatales —que impulsasen el llamado «capitalismo popular»—, la desregulación de los mercados financieros y la creación de las instancias correspondientes (los fondos de pensiones y de inversión) para que ese ahorro popular pudiese orientarse hacia los mercados de capitales, aportándoles la munición que necesitaban para imponer su ley. Todo ello, junto a la llamada «desintermediación» bancaria[7], iba a convertir a los mercados financieros en el elemento central

6. «El dinero que proviene del ahorro se transforma en capital a través de su centralización en manos de las sociedades gestoras [...] Centralizándose de esta manera el ahorro experimenta un cambio de naturaleza [...] Esta gestión del ahorro [colectivo] se convierte en una poderosa palanca de centralización y acumulación financiera» (Chesnais, 2001). Estas instituciones operan de forma que si hay beneficio se reparte entre gestores y partícipes, mientras que si hay pérdidas, son sólo los partícipes los que las sufren, cobrándoles en cualquier caso una comisión alta por la gestión de los fondos; aparte de que en sus operaciones diarias pueden distribuir las ganancias a sus principales socios y cargar las pérdidas al pequeño inversor. Estos fondos, que disparan con «pólvora del rey», representan ya un volumen superior al PIB mundial.

7. Por «desintermediación» bancaria se entiende el hecho de que el sistema bancario deja de cumplir un papel central en la financiación de la actividad productiva por medio de la creación del denominado «dinero bancario». Este tipo de dinero lo crean los bancos cuando generan crédito a partir de sus «depósitos a la vista» (cuentas corrientes), engendrando dinero *ex nihilo* (es decir, de la nada), pues, de acuerdo con su regulación, pueden ampliar el crédito en cascada conservando inmovilizada tan sólo una fracción reducida de dichos depósitos.

de la financiación de la actividad productiva, aparte de transformar estos nodos de actividad financiera en centros de actividad especulativa, sobre todo algunos de sus mercados como el mercado de divisas.

La lógica de funcionamiento de los fondos de inversión y los fondos de pensiones es distinta. Así, los fondos de inversión captan el ahorro de aquellos sectores de las «clases medias» con una cierta capacidad de ahorro, valga la redundancia, que anteriormente lo tenían en imposiciones a plazo fijo en los bancos, con el fin de orientarlos a los mercados financieros. Pero en el caso de los fondos de pensiones lo que se pretende, principalmente, es obligar a que sectores populares que tenían sus jubilaciones garantizadas por el Estado se vean obligados, como resultado de la privatización de los sistemas de pensiones, a operar de forma forzosa en los mercados financieros, pues el Estado se desentiende de ese compromiso, bajo la presión del capital financiero (o de ciertas grandes empresas) que capta(n) de esta manera, de repente, una enorme cantidad de fondos adicionales. Fondos que no sólo suponen una financiación adicional de las instituciones financieras y grandes empresas (pues es un ahorro cautivo, del que no se puede disponer en años), sino que además devengan importantes beneficios para las mismas, pues además se les carga por su custodia —así como por cualquier operación que se realice con los mismos— unas considerables comisiones (del orden del 2%).

En paralelo, se promueve una creciente independencia de los bancos centrales respecto del poder político y se impulsa que la financiación de los Estados también dependa de los mercados financieros, con el objetivo de yugular la inflación y generar nuevo volumen de negocio para el capital financiero. Los Estados pasan, pues, a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales, restringiéndose abruptamente la capacidad para su financiación

interna que antes tenían recurriendo a los bancos centrales. Ello les hace depender de la calificación de riesgo que dictan las llamadas agencias de *rating* internacional (Standard&Poors, Moody's), y les obliga a llevar a cabo políticas monetarias y fiscales ortodoxas (en concreto, de reducción del gasto social) para no verse penalizados por los mercados financieros. La política nacional pasa, pues, a estar condicionada de forma progresiva por el funcionamiento e intereses del capital financiero transnacional. Al mismo tiempo, los grandes bancos privados internacionales (principalmente de EE UU y Reino Unido) van a reconvertir su actividad, orientándose de forma manifiesta hacia la llamada banca privada y de inversión (mucho menos regulada estatalmente), que gestiona los grandes patrimonios privados; y van a ofertar como servicio a las grandes empresas organizar el creciente número de fusiones y adquisiciones característico de esta nueva etapa. Y la banca va a ver ampliado también su campo de actuación por la desregulación del sector inmobiliario, en especial en lo que a la construcción de viviendas se refiere, que pasa a estar dominada cada vez más por la lógica del mercado, retirándose el Estado de este sector, lo que permite un importante desarrollo del mercado hipotecario.

Y al mismo tiempo, en los ochenta, también EE UU y el Reino Unido impulsan una intensa contrarreforma fiscal, un importante desmantelamiento del Estado del Bienestar y una fuerte desregulación del mercado laboral, medidas que más tarde se irán trasladando a otros países centrales. Se propicia, pues, una aguda reducción de la carga fiscal a los sectores de rentas más altas, a las grandes empresas transnacionales (a las que el Estado, además, ayuda a proyectarse en el mercado mundial con fondos públicos) y al capital financiero, en especial a las nuevas instituciones de ahorro colectivo (fondos de pensiones y de inversión), con el fin de orientar al pequeño inversor

hacia los mismos. Y en paralelo se elevan los impuestos indirectos, que afectan al conjunto de la población, en especial a los sectores más débiles, para suplir la caída en la recaudación fiscal. Es decir, lo contrario de lo que hizo en su día Robin Hood. Se procede, asimismo, a un fuerte recorte del gasto social, pasando las prestaciones sociales a convertirse de un derecho a una especie de «limosna», la cual se concede si media una contraprestación laboral de por medio; se pasa pues del *wellfare* al *workfare*. Y se lleva a cabo igualmente una profunda desregulación del mercado laboral, que provoca que, p. ej. en EE UU, casi dos terceras partes de los asalariados hayan visto caer sus niveles de ingreso desde principios de los ochenta, al tiempo que se producía una creciente precarización de los puestos de trabajo y se incrementaba la jornada laboral (Thurow, 1997). Mientras tanto, los sueldos de los directivos empresariales en EE UU pasan de ser 40 veces el sueldo más bajo a principios de los ochenta, a unas 400 veces al filo del siglo XXI, en línea con la tendencia de que «el ganador se lo lleva todo» («*winner takes all*») que se impone en todos los ámbitos (el cine, el deporte, la música, etc.) (Samuelson, 2002). Todo ello permite bombear importantes volúmenes de renta hacia los mercados financieros, propiciando un desarrollo aún más intenso de los mismos, al tiempo que se refuerzan los beneficios empresariales, lo que actúa como un atractivo más para los inversores al aupar las cotizaciones bursátiles.

En definitiva, las reformas que promueven y acompañan el fin de la «represión financiera», y que entronizan el consiguiente predominio del capital financiero a nivel internacional, permiten una fuerte reconfiguración de la relación capital-trabajo a escala estatal y mundial. En el sentido de que dotan al capital de un creciente poder disciplinario, y debilitan sustancialmente la capacidad para el trabajo (asalariado y dependiente) de negociación de las

condiciones laborales; sobre todo por la competitividad exacerbada que implica, además, la apertura de las economías nacionales a la lógica del mercado mundial. Y es más, la reforma y desregulación de los mercados de trabajo se acaban convirtiendo en un atractivo adicional, de enorme importancia, de cara a captar las inversiones foráneas hacia los distintos territorios estatales. En concreto, las medidas pioneras en este terreno en EE UU y Reino Unido, en los espacios centrales, fueron un acicate más de cara a captar inversiones hacia Wall Street y la City. Por otro lado, la fuerte redistribución de rentas que acompaña a estos procesos va a alterar asimismo la estructura de la producción mundial que se va a orientar decididamente a satisfacer las verdaderas demandas solventes, aquellas para las que funciona el mercado mundial; esto es, principalmente la demanda que expresan las «clases medias» de los países centrales (pues las de los países periféricos tienen un peso bastante reducido, con tendencia a disminuir), especialmente aquellas que juegan en bolsa, y las elites (reforzadas) del Centro y las Periferias. Además, el poder adquisitivo de la demanda solvente de los espacios centrales se va a incrementar de forma sustancial respecto al resto del mundo, debido a la intensa revalorización de las divisas centrales respecto de las periféricas en esta nueva etapa.

El gobierno corporativo: la dictadura de los prestamistas

Las grandes empresas, especialmente en EE UU, han venido recurriendo cada vez más a los mercados financieros, de cara a financiar de forma más barata sus proyectos de expansión, perdiendo de forma progresiva importancia la financiación bancaria. La desregulación de los mercados

ha permitido a los grandes conglomerados emitir papel (acciones u obligaciones) con el fin de captar los capitales necesarios para proceder a la compra de otras empresas para engrosar su mercado y ganar tamaño vía adquisiciones. Es importante resaltar que la emisión y aceptación de este papel (títulos) ha sido posible por las potentes (y costosas) estrategias mediático-publicitarias de las grandes empresas (imagen corporativa), a través de la Aldea Global, sin las cuales este proceso hubiera sido sencillamente inconcebible. Estos títulos —una especie de «dinero financiero»—, que se crean sin ningún control de los Estados, se utilizan como moneda de cambio para adquirir otras empresas sin que medie ningún tipo de pago «en metálico» (Naredo, 2002 a)[8]. Y la aportación del ahorro colectivo a la compra de estos títulos se realiza fundamentalmente por parte de los fondos de pensiones y los fondos de inversión, que imponen su propia lógica en el gobierno de las empresas. Esto es, la «dictadura de los prestamistas» (Chesnais, 2001), o lo que se ha venido a llamar eufemísticamente el «*corporate governance*» (o gobierno corporativo), que no es sino la gestión de las empresas bajo el dominio financiero o atendiendo a las exigencias de este tipo de capital que reclama altas rentabilidades en el corto plazo: del orden de un 15% anual en los noventa (Blanchard, 2002), es decir, muy por encima del crecimiento económico. Ello ha acelerado la reestructuración productiva postfordista que ya estaba en marcha (para reducir costes, incrementar la productividad con la incorporación de nuevas tecnologías —robotización, p. ej.—, desactivar la capacidad de conflicto en el espacio de

8. Sobre todo en las fusiones y adquisiciones que se producen en los propios espacios centrales. En el caso de adquisiciones de empresas privatizadas en los países periféricos sí se busca el pago en activos denominados en divisas fuertes lo más líquidos posibles, incluyendo formas de pago «en metálico».

la producción, inaugurar una nueva relación capital-trabajo e implicar a éste último activamente en el propio proceso productivo), pero que se ha visto fuertemente impulsada por este progresivo predominio de la «economía financiera» sobre la «economía productiva».

El *corporate governance* está orientado, fundamentalmente, a «crear valor para el accionista». La gestión de la empresa se basa en aumentar su valor accionarial, procediendo en muchos casos las empresas a comprar sus propias acciones en el mercado para que no caiga el valor de sus títulos (aunque en teoría hay un límite para ello). Ésta es también una estrategia para defender a las empresas de posibles adquisiciones por otras (mediante el lanzamiento de OPAs —Oferta Pública de Adquisición de acciones—), aparte de intentar blindarse por otras vías (dificultando estas operaciones a través de sus estatutos internos); pues las propias empresas se convierten en una mercancía más que se compra y se vende en los mercados (financieros). Y una forma de comprometer a los gestores de las empresas en esta estrategia es mediante el pago de *stock options* (opciones sobre acciones), con lo cual están interesados en maximizar el valor bursátil de las compañías. En muchas ocasiones estas *stock options* se distribuyen asimismo, minoritariamente, entre los trabajadores para implicarlos en esta estrategia corporativa. De esta forma, también se ocultan los verdaderos gastos de estas sociedades (pues todo ello no se computa como costes salariales), lo que permite desarrollar distintas fórmulas de «contabilidad creativa», con el fin de crear una imagen irreal de beneficios que atraiga aún más dinero para la compra en bolsa de los títulos de estas grandes compañías; lo cual les permite lanzarse a la compra de otras empresas, posibilitándoles a su vez ampliar el tamaño de su mercado e incrementar su capitalización bursátil («*big is beautiful*»). Esta centraliza-

ción empresarial por captación y predación es una de las modalidades de acumulación (Chesnais, 2001). Y éste era el mecanismo febril que se instaló en los mercados financieros, principalmente en EE UU y en menor medida en «Europa», en la década de los noventa. Esta dinámica se ha visto bruscamente frenada desde el año 2000 por la crisis de los mercados financieros.

Este proceso de ampliación del tamaño del mercado empresarial, y sobre todo de la capitalización bursátil, coexiste, al mismo tiempo, con una progresiva descentralización de la actividad productiva en una constelación de empresas satélites, que funcionan bajo el control (directo o indirecto) de la empresa matriz, permitiendo abaratar enormemente los costes de producción; lo que, a su vez, posibilita el incremento de beneficios de la empresa central y su revalorización bursátil. Y en muchas ocasiones las empresas centrales descapitalizan a sus empresas satélites (que no cotizan en los mercados y que controlan directamente) para incrementar aún más su propio valor en bolsa. Se produce, por consiguiente, una creciente centralización y apropiación del valor y la plusvalía, que se impone sin remisión sobre su creación (Chesnais, 2001). Estos grandes conglomerados empresariales centrales gestionan una estructura productiva en red, conservando bajo su control directo, en general, sólo aquellas partes del proceso productivo de mayor cualificación tecnológica y, en especial, sus actividades de tesorería y financieras. Es más, su propia área financiera se convierte en un elemento central de toda su estrategia empresarial, que proporciona una parte creciente de los beneficios. Es decir, se genera una progresiva transferencia del valor extraído en términos monetarios por el «capital productivo», sobre el trabajo en el proceso de producción, hacia la esfera de funcionamiento del «capital financiero» (Bellofiore, 2001); una esfera

que se pretende independizar del funcionamiento de la «economía real».

Los *hedge funds* (fondos de alto riesgo): los grandes especuladores internacionales

Este «capital financiero» que siempre busca la máxima liquidez y que opera fundamentalmente en los llamados «mercados secundarios»[9] de las principales bolsas —y en concreto de Wall Street—, donde se compran y se venden todo tipo de títulos, se destina también, para su máxima revalorización, a aquellos otros mercados altamente especulativos. Entre ellos destacan sobre todo los mercados de divisas y, muy especialmente, el mercado de «futuros» sobre divisas. Pues como consecuencia de la existencia de un entorno monetario mundial de cambios flotantes, en el que las distintas divisas fluctúan entre sí, el «capital productivo», sobre todo aquel que opera en los mercados globales, se ve obligado a utilizar determinados instrumentos como los llamados «derivados» («futuros» y «opciones», principalmente)[10], con el fin de protegerse de las fluctuaciones de precios provocadas por los cam-

9. Los «mercados primarios» son aquellos donde se emiten por primera vez los títulos, mientras que los «mercados secundarios» son donde se negocia con ellos y donde el inversor puede intentar recuperar su inversión cuando lo precise, acumulando importantes beneficios si las cotizaciones han subido.

10. Un «derivado» es un instrumento financiero cuyo valor depende (o deriva de, de ahí su nombre) del precio de un activo subyacente (que puede ser una materia prima —el petróleo, p. ej.—, una divisa, una acción de una empresa, un índice de bolsa, etc.) en un momento determinado en el futuro. Los «derivados» pueden ser «opciones», cuando se tiene el derecho pero no la obligación de ejercitar la «apuesta» contraída (si ésta no es favorable), o «futuros», cuando se impone saldar dicha «apuesta».

bios de paridades entre las divisas; es decir, con el fin de protegerse de la incertidumbre. Pero estos mercados, de enorme tamaño, se han acabado convirtiendo en el punto central de la especulación financiera, pues la inmensa mayoría de las transacciones que se ejecutan en los mismos no tienen una relación directa con la «economía productiva». Además, son mercados altamente desregulados, pues son operaciones «fuera de balance», prácticamente sin control por parte de las autoridades públicas.

Los mercados de «derivados» (de todo tipo, no sólo los de divisas) han experimentado un crecimiento espectacular en los últimos años, lo que ha incrementado el riesgo de crisis sistémicas. Además, la desregulación imperante en los mismos impide saber la verdadera dimensión de dichos mercados, que sobrepasa cualquier consideración. En estos mercados es muy alta la exposición de los grandes bancos internacionales, que son los que proporcionan el crédito a los *hedge funds* (fondos de alto riesgo) para operar en los mismos. Los mercados de «derivados» se han convertido, pues, en una de las principales fuentes de volatilidad e inestabilidad de los mercados financieros internacionales. De hecho, la especulación con productos «derivados» está en el origen de la *crack* financiero de 1987 y de la famosa quiebra del Barings Bank, en 1995. El Barings Bank, uno de los grandes bancos internacionales británicos, quebró por las operaciones en el mercado de «derivados» de un broker suyo que operaba desde Hong Kong. Y es en estos mercados, especialmente en los de divisas, donde actúan prioritariamente instituciones como los *hedge funds*, aunque también intervienen en ellos los fondos de pensiones y de inversión, así como los propios bancos y las grandes empresas (Marazzi, 1998; Singh, 2000).

De cualquier forma, son los *hedge funds* —en los que se exige una muy alta inversión inicial para participar y

que están muy «apalancados», es decir, que pueden mover un capital muy superior al suyo (hasta 250 veces en el caso del LTCM, Long Term Capital Management, cuando entra en crisis en 1998), mediante la concesión de créditos bancarios— los principales jugadores en este casino monetario global y los que ejecutan las apuestas más arriesgadas, provocando las llamadas crisis monetario-financieras. Estos fondos pueden llegar a mover cantidades que superan el billón de dólares (bastante más que todo el PIB español anual). «Esto constituye una potencia de fuego verdaderamente asombrosa» (Gowan, 2000), con capacidad suficiente para alterar los mercados de divisas. Por así decir, los *hedge funds* hacen las jugadas especulativas que los bancos no pueden hacer porque lo tiene prohibido por ley, pero son los bancos los que les aportan la gasolina (esto es, los créditos) para que las puedan ejecutar. No hay muchos en el mundo, pues los que cuentan son poco más de diez, pero han estado en la raíz de las principales crisis monetarias que han sacudido el mundo desde principios de los noventa. Estas crisis han afectado desde a divisas de países centrales, a la libra y la lira (1992), y al propio Sistema Monetario Europeo (1993), hasta a los principales países periféricos (México, en 1994; sudeste asiático, en 1997-1998; Rusia y Brasil, en 1998; Argentina y Turquía, en 2001-2002; y Uruguay y Brasil también en 2002). Las consecuencias de este «terrorismo financiero» para los países periféricos han sido, y están siendo, devastadoras. Pero quizás antes de analizarlas, aunque sea brevemente, sería conveniente dar marcha atrás en la moviola con el fin de comprender qué consecuencias tuvo la quiebra del sistema de Bretton Woods en los países periféricos, que coincidió con el inicio de las crisis del petróleo; cómo se ha ido imponiendo el régimen de acumulación financiera basado, hasta ahora, en el Régimen Dólar-Wall Street, y

qué consecuencias ha tenido todo ello, cuya manifestación última están siendo las crisis monetario-financieras de la última década. Quizás esto nos permita entender otros aspectos, de enorme importancia, que explican asimismo la «necesidad» de que EE UU se haya embarcado en una estrategia de «guerra global permanente».

II.
FMI, BM y OMC: la triple alianza del capitalismo (financiero) global

EL ROTO *El País*, 24 de marzo ce 2002

«La responsabilidad por la crisis del peso de 1982 debe ser atribuida de forma compartida a acreedores y deudores. Los bancos extranjeros otorgaron préstamos en México de forma inconsciente y excesiva, y los líderes del partido gobernante, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), permitieron tremendas fugas de capital que ulteriormente imposibilitarían al Gobierno asumir el servicio, y no digamos ya el pago, de sus deudas externas.»

Susan Strange, *Dinero loco*

«Aunque la inflación ha existido en el pasado [...] el siglo XX ha representado su culminación. Los años ochenta produjeron una amplísima y devastadora ronda de hiperinflación, [...] esta vez en América Latina y África [...] La hiperinflación se produjo después de un periodo de desorden financiero y corrupción, inestabilidad política, y excesivo endeudamiento con los bancos occidentales.»

Jack Weatherford, *The History of Money*

«A medida que los ricos sacan su dinero del país, al Gobierno y al pueblo se les hace responsables del pago de una creciente deuda externa, que se ha estado transformando de privada en pública.»

Chandra Hardy,
«Brasil: El impago es una opción razonable»

Los planes de ajuste estructural: una estrategia para dominar el «Tercer Mundo»... y el «Este»

En los años setenta, como resultado de las crisis del petróleo (1973 y 1979-80), los países del «Sur» (no OPEP) incurren en un fuerte agravamiento, adicional, de sus déficits comerciales. Estos países, en lugar de acometer políticas de «ajuste», de acuerdo con la ortodoxia capitalista, buscan solventar dicho problema «coyuntural» recurriendo al endeudamiento internacional. En una situación, además,

en la que los altos niveles de inflación existentes y los bajos tipos de interés del dólar lo hacían atractivo, pues se podría decir que se daban, en la práctica, unos tipos de interés reales «negativos». Esta dinámica se ve favorecida, asimismo, y de forma especial, por la necesidad de reciclaje de los llamados «petrodólares», que los países de la OPEP habían depositado (para revalorizarlos) en los grandes bancos angloestadounidenses, principalmente, al haber incrementado abruptamente sus ingresos por la venta de crudo; pues el precio del crudo se multiplica casi por siete a lo largo de la década. Máxime, en unas circunstancias históricas que hacían difícil encontrar oportunidades de inversión (rentable) en los propios países centrales, debido a la fuerte caída del crecimiento que se produce como consecuencia de la crisis energética y la crisis del modelo de acumulación fordista. Así pues, «los bancos anglonorteamericanos estaban ávidos de prestar» (Gowan, 2000). De esta forma, los países periféricos se endeudan fuertemente en dólares, con el beneplácito de los centros de poder occidental, pues ello les permitía mantener el crecimiento y la demanda de bienes manufacturados del «Norte», ayudando a suavizar su crisis. Algo similar ocurrió con algunos países del «Este», de la órbita de la ex URSS, que habían recurrido a la financiación occidental para comprar determinados bienes en el mercado mundial, si bien la dimensión de su endeudamiento fue muy inferior a la de los países del «Sur».

Pero como consecuencia de la brusca subida de los tipos de interés del dólar, ya mencionada, que se produce en 1979, y de la consiguiente revalorización del billete verde, los países periféricos se encuentran de repente entre la espada y la pared. Al mismo tiempo, la aplicación de las políticas neoliberales, y el énfasis que ponen en su lucha contra la inflación, hacen que los tipos de interés reales se disparen, agravando aún más la situación. La

lucha contra la inflación es una exigencia incuestionable del capital financiero para que el «capital-dinero» no se deprecie. Todo ello cambia abruptamente las condiciones que hicieron «aconsejables» el endeudamiento de los países periféricos en la década de los setenta, y prácticamente «de la noche a la mañana» éstos se muestran incapaces de pagar no sólo el servicio de su deuda (esto es, intereses más amortización), sino ni tan siquiera los intereses de la misma. El primero que tira la toalla, que dice que no puede pagar, es México, en 1982, lo que provoca una fuerte conmoción, pues existe una posibilidad real de crisis del sistema financiero internacional, ante el temor de quiebras en cadena de los principales bancos a ambos lados del Atlántico norte, sobre todo cuando existía una amenaza real de impago del conjunto de los países del «Sur». En esta tesitura, los países del «Norte», atendiendo a la demanda de sus centros de poder financiero, encargan al FMI la gestión del llamado «problema de la deuda» de los países periféricos.

El FMI, que había perdido gran parte de sus antiguas funciones (de «policía monetario» internacional, supervisor del sistema de cambios fijos), al desaparecer el antiguo sistema de Bretton Woods, va a ser el instrumento central de imposición de un nuevo orden financiero internacional, aprovechando los nuevos poderes que se le conceden para gestionar y garantizar el pago de la deuda externa de los países periféricos. El BM, la otra institución «hermana» con sede también en Washington, le iba a acompañar en esta ardua tarea. Y entre las dos iban a aplicar las «políticas (o programas) de ajuste estructural» (PAES), que pasarían a conocerse como el «Consenso de Washington»[1]. En este sentido, la deuda externa no se contemplaba como un «pro-

[1]. El FMI iba a ser el encargado, principalmente, de proporcionar créditos de corto plazo para que los países periféricos pudiesen pagar

blema», sino como una verdadera oportunidad para imponer unas nuevas relaciones de poder (y dependencia) entre el Centro y la Periferia. Con los PAES, los países de la Periferia Sur perderían su relativa autonomía en el diseño de su política económica; y ésta pasaría a ser definida desde estas instituciones ubicadas en la capital estadounidense, de acuerdo con los intereses del nuevo régimen de acumulación financiera internacional que se estaba configurando, cuyo centro indiscutible era Wall Street. De cualquier forma, ambas instituciones tienen un carácter multilateral, supraestatal, en el que priman no solamente los intereses de EE UU, sino también de otros países centrales —especialmente de Europa occidental— y Japón, que hacían valer asimismo sus intereses. Aunque, por supuesto, el peso de EE UU es decisivo, al tener derecho de veto en ambos organismos. Así pues, la actuación de estas instituciones va a responder cada vez de forma más directa a los intereses del capital transnacional productivo y financiero, que va perdiendo poco a poco sus vínculos patrios (sobre todo el financiero), aunque utiliza perfectamente a los Estados de donde procede siempre que le conviene para sus estrategias de expansión y acumulación.

El «ajuste estructural» de los países periféricos se iba a llevar a cabo de forma que se garantizase el pago de los prestamistas internacionales, aunque fuese a costa de la concesión de nuevos créditos (del FMI y el BM) que endeudasen aún más a los países periféricos. Y para acceder a ellos era preciso que los Estados respectivos acometiesen una fuerte reestructuración de sus economías (y de sus propias estructuras estatales) acorde con los intereses hegemónicos en la nueva etapa de capitalismo global, de base crecientemente financiera. A este respecto, los PAES obligaban: a abrir las economías de los Estados periféricos a la lógica del mercado mundial, a orientar sus estructuras productivas hacia la exportación, a eliminar restricciones a las inversiones foráneas, a acatar las reglas comerciales multilaterales (establecidas por el GATT), a facilitar la actuación de las corporaciones transnacionales en sus territorios, a destinar gran parte de los presupuestos de los Estados al pago de la deuda externa (recortando el limitado gasto social que habían desarrollado), a eliminar subsidios que permitían la alimentación a bajo precio de sus masas urbanas, a privatizar las empresas estatales que se habían desarrollado en sectores clave (energía, telecomunicaciones, transporte, etc.), a desregular abruptamente sus mercados laborales (allí donde había una cierta regulación) y, finalmente, a devaluar sus monedas. En definitiva, era todo un programa de redefinición de las relaciones Centro-Periferia, a favor de los poderes económicos y financieros centrales, eliminando (es decir, obligando a abandonar) los intentos de muchos países periféricos de alcanzar una vía propia (nacional) de «desarrollo» (p. ej., la del movimiento de los países «no alineados»). Estos planes se impusieron no sin fuertes estallidos sociales (las llamadas «revueltas del hambre» de los ochenta), que se ahogaron en una feroz represión —con verdaderos baños de sangre en ocasiones (el «Caracazo», entre otros)— y que en muchos casos tuvieron que ser acompañados de ciertas «ayudas» políticas y hasta militares (golpes de Estado) para garantizar su ejecución[2].

al menos los intereses de la deuda, con el fin de que los bancos occidentales no tuviesen que dar los créditos por fallidos, alejando el fantasma de la quiebra. El BM se iba a hacer cargo de proporcionar financiación a medio y largo plazo —de acuerdo con los intereses del capitalismo global en relación con cada uno de los territorios—, principalmente para la construcción de infraestructuras, e iba a diseñar programas de reforma de las estructuras estatales de los países periféricos, con el objetivo de que fueran funcionales para dichos intereses en esta nueva etapa.

2. Los golpes militares para impulsar políticas económicas más acordes con los intereses del capitalismo global ya habían empezado en los

En los años noventa estos «programas de ajuste estructural» pasan a imponerse también en los países del Este y de la ex Unión Soviética, una vez que se colapsa el llamado «socialismo real» tras la caída del Muro de Berlín, en 1989. La quiebra del «socialismo real» iba a implicar la crisis de sus sistemas monetarios y estructuras productivas, así como la creciente dependencia de la financiación (y dinero) occidental para acceder y operar en el mercado mundial. Y este endeudamiento iba a ser utilizado por el FMI y el BM (junto con el BERD[3]) —los principales encargados, en un primer momento, de proporcionar los créditos— para imponer unas relaciones de creciente dependencia de todo este amplísimo espacio respecto de las dinámicas del capitalismo (ya totalmente) global; pues China hacía ya años que se estaba insertando, igualmente, de forma dependiente (aunque conservando todavía un importante grado de autonomía interna) en la economía de mercado mundial. Los programas de ajuste estructural que dictan el FMI y el BM para la nueva Periferia Este suponen, asimismo, una toma de control paulatina de su estructura productiva por parte del capital occidental, así como una creciente apropiación de la tierra y otros recursos naturales, pues se obliga a estos países a proceder a la mercantilización de dichos recursos a cambio de los préstamos del FMI y el BM. Sin embargo, estas reformas se están produciendo a un ritmo más lento de lo que desearía el capital occidental, ya que el «imperio de la ley» todavía no protege de forma «adecuada» las inversiones occidentales, pues predomina un capitalismo mafioso

sesenta y setenta en América Latina (Brasil, Chile, Argentina...), curiosamente allí donde se había fomentado una política de desarrollo mediante sustitución de importaciones o vías para una mayor redistribución de las rentas internas en detrimento del capital transnacional.

3. Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, un banco regional de desarrollo para este enorme territorio con sede en Londres.

estrechamente imbricado con las antiguas estructuras de poder de la llamada *nomenklatura*. Y hasta los propios créditos del FMI acabaron en ocasiones directamente en «paraísos fiscales», controlados por dichas estructuras mafiosas.

Pero las «reformas estructurales» del FMI y del BM no sólo se han aplicado con toda su dureza en las Periferias Sur y Este, sino que también se están desarrollando con otros ritmos y modulaciones en los propios países centrales. En este caso el papel del FMI y del BM es tan sólo indirecto, pues no tienen la capacidad de imposición de dichas reformas que les confiere la gestión de los créditos de cara a los países periféricos. De cualquier forma, los dictámenes del FMI y del BM, y especialmente los informes de la OCDE (el club de los países centrales), tienen una enorme influencia en el rediseño de las políticas económicas y financieras de los propios espacios centrales; si bien es cierto que los países centrales tienen un margen de maniobra, mayor o menor según su importancia, para negociar las condiciones de su adhesión a este nuevo régimen de acumulación mundial progresivamente financiarizado.

Los países periféricos se vuelven crecientemente dependientes del capital exterior

Como consecuencia de los PAES, se produce una tendencia manifiesta a orientar la gestión económica de los países periféricos a conseguir como sea divisas fuertes (esto es, de los principales países centrales, y en concreto dólares), con el fin de hacer frente a los compromisos (en ascenso) de su deuda externa. Además, la devaluación

obligada de sus monedas induce en muchos de estos países unos procesos de inflación descontrolada, en muchos casos de hiperinflación, que provocan una crisis profunda de sus monedas respectivas. A ello se suma que a los principales países periféricos se les induce a crear mercados financieros propios (los llamados «mercados emergentes») y a relajar (y en algunos casos eliminar) sus controles en la llamada cuenta de capital, permitiendo la libre circulación de capitales. Ello les obliga, asimismo, a hacer lo posible y lo imposible por atraer capitales foráneos con el fin de garantizar su financiación interna, pues sus monedas valen cada vez menos, están sujetas a procesos muy inflacionarios, con altos tipos de interés, produciéndose una creciente «dolarización» de sus economías.Ya que resulta, en principio, menos costoso endeudarse en dólares que en moneda local (mientras no cambie la paridad de la moneda), y los particulares prefieren tener sus ahorros en dólares que en moneda local. Además, sus elites gozan de todo tipo de facilidades, en el nuevo marco de alta movilidad de capitales, para poner sus ahorros a salvo en los países centrales o en paraísos fiscales, provocando una sangría de capitales. Los capitales locales se orientan cada vez más hacia los mercados mundiales, en especial hacia aquellas plazas financieras o sectores que ofrezcan las más altas tasas de rentabilidad, lo cual dificulta la financiación de la actividad económica local en los países periféricos.

Todo este cúmulo de circunstancias lleva a muchos países periféricos a intentar garantizar la paridad de su moneda a través de algún tipo de vínculo más o menos estricto con las divisas fuertes, y muy en concreto con el dólar (p. ej., la paridad «un peso-un dólar», mediante el llamado «*currency board*», en el caso de Argentina, que se quebró a finales de 2001). Y la acumulación como sea de divisas fuertes se convierte también en una auténtica

necesidad si quieren defender sus divisas de ataques especulativos, ya fáciles de llevar a cabo, al estar abiertas sus economías a la libre circulación de capitales. Se habían sentado pues las bases que iban a permitir las crisis monetario-financieras, impulsadas por los grandes especuladores internacionales, que se producen de forma inexorable desde hace más o menos una década.

Además, otro hecho adicional iba a contribuir, y facilitar, tales crisis monetario-financieras: el progresivo predominio de la deuda a corto plazo (en divisas fuertes, y en especial en dólares) en el endeudamiento exterior de los países periféricos. La deuda que contrajeron los países periféricos en los setenta era con los grandes bancos internacionales, y era a medio y largo plazo. Esto demostró ser un riesgo elevado para los bancos que proporcionaban dichos créditos, y es por eso por lo que luego fue titulizada para negociar con la misma en los mercados secundarios, ayudando a minorar el riesgo e incrementando la liquidez de los mismos. Dicha titulización y su negociación en los mercados secundarios contribuyó de forma importante a impulsar el volumen de negocio de Wall Street. Hoy en día la deuda que se emite por los países periféricos (los títulos de deuda pública) es de corto plazo, pues es muy difícil (para ellos) colocar en los mercados financieros deuda a plazos mayores. Lo mismo se puede decir de los préstamos que reciben. Como consecuencia de ello, si esos préstamos no se renuevan o los títulos se hacen cada vez más difíciles de colocar en los mercados al aumentar el llamado «riesgo país», cuando una crisis se percibe (o se gesta) en el horizonte, automáticamente se retira de forma masiva (por el comportamiento gregario del capital) esa financiación a corto plazo o se encarece hasta niveles insoportables, provocando una aguda crisis de liquidez para el país en cuestión, que a su vez precipita un mayor agravamiento de la crisis

monetario-financiera, ayudando al estallido incontrolado de la misma. Es decir, el creciente endeudamiento a corto plazo de los países periféricos incrementa su vulnerabilidad respecto a los (bruscos) movimientos de los mercados financieros.

Especulación capitaneada por los *hedge funds* y crisis monetario-financieras

En las crisis monetario-financieras que han salpicado la última década siempre han estado en primera línea de activación de las mismas los denominados fondos de alto riesgo, es decir, los *hedge funds*, seguidos de cerca por los grandes fondos de pensiones y de inversión. Todos ellos provenientes en general del mundo anglosajón, y muy especialmente de EE UU y, en menor medida, de Gran Bretaña, aunque muchos operan desde «paraísos fiscales». Las primeras, de mayor dimensión, se produjeron en territorio europeo occidental en el verano de 1992, tras el «No» danés en el referéndum sobre el Tratado de Maastricht (que fijaba las condiciones de creación de la Unión Económica y Monetaria). Dicho resultado genera una volatilidad en los mercados financieros (creada por los grandes inversores) que es aprovechada (e intensificada) por el fondo Quantum, un *hedge fund* dirigido por George Soros, para especular contra la libra esterlina y la lira italiana. La marea especulativa que induce su actuación provoca la salida de ambas divisas del Sistema Monetario Europeo (SME), ante la incapacidad de sus bancos centrales de poder mantener sus paridades dentro de las bandas de fluctuación del SME. Dos países europeos del G-7 eran incapaces de enfrentarse, con éxito, a la voluntad de los

grandes especuladores internacionales. Los beneficios cosechados por el Quantum Fund fueron enormes; se habla de unos 200.000 millones de pesetas en tan sólo dos días. Otro ataque especulativo lanzado en 1993, también en plena estela de la ratificación de Maastricht, acabaría haciendo saltar por los aires las bandas de fluctuación existentes en el SME, del 2,5%, viéndose obligados los bancos centrales europeos a situarlas en el 15%, con el fin de dificultar los ataques especulativos. Éstos eran los primeros grandes toques de atención (los había habido menores) de la capacidad de fuego de los grandes especuladores institucionales en el mercado más altamente especulativo: el mercado de divisas y, en concreto, el de «futuros» sobre divisas. Curiosamente, estos ataques coinciden con el periodo en que los países de la UE estaban decidiendo la creación de su futura moneda única y del poderoso Banco Central Europeo, que iba a operar, de acuerdo con sus estatutos, al margen de cualquier influencia del poder político.

Más tarde, a finales de 1994, se produce la crisis monetaria y financiera de México, que llegaría a ser caracterizada por Michel Camdessus, director gerente del FMI, como la primera crisis financiera del siglo XXI. De la noche a la mañana, ante el temor de que México no pudiese mantener la paridad entre el peso y el dólar[4], se gesta una huida de fondos del país azteca superior a los 40.000 millones de dólares. Y ante el temor de un colapso financiero de enormes proporciones en un país que es fronterizo con EE UU, y cuya estabilidad interna tiene una importancia estratégica para

[4]. Como ha apuntado Sanhauja (2001), la apertura comercial a la que se había obligado a México acentuó su desequilibrio comercial, que se intentó financiar vía entrada de capitales, lo cual provocó la apreciación del peso y el consiguiente aumento adicional del déficit, haciendo inevitable el batacazo.

su vecino del norte, se procede a arbitrar un enorme paquete de «ayuda», cuya finalidad última era salvaguardar los intereses de los inversores ubicados prioritariamente en Wall Street. El problema era de dónde sacar tamaña cantidad de fondos en tan breve lapso de tiempo. El FMI, con la inestimable ayuda de Clinton, consigue en pocos días organizar una «ayuda» de emergencia, que iba a endeudar en 40.000 millones de dólares adicionales al Estado mexicano. Una parte de esa «ayuda» la pone EE UU, otra el FMI, otra el BM, y el resto distintos países europeos que la tienen que sacar urgentemente de sus presupuestos estatales o bien endeudarse. Esta crisis supuso la primera fricción seria, en términos económico-financieros, entre EE UU y Europa occidental, por sus diferentes intereses en relación con México y con los sectores que habían propiciado la crisis. Y en dicha crisis se pudieron ver por primera vez los fuertes efectos de contagio que se producían en otros mercados «emergentes», sobre todo de América Latina. Este efecto de contagio se llegaría a conocer como el «efecto Tequila». Los países del «Sur» quedaban a partir de entonces divididos en dos grandes zonas: los países ya dependientes del Régimen Dólar-Wall Street[5], y aquellos otros que se ubicaban en la nueva zona de intenso crecimiento económico de Asia oriental y sudoriental (Gowan, 2000).

Los países de esta última zona estaban experimentando, ya desde hacía años, un espectacular crecimiento,

5. Estos países eran principalmente aquellos de América Latina y África a los que se les había aplicado ya sin contemplaciones los programas de ajuste estructural, y cuyas economías se encontraban ya en gran medida abiertas al mercado mundial; sus mercados de capital (allí donde existían) se habían desregulado y liberalizado en gran medida, y el Estado se encontraba en pleno proceso de regresión en el plano económico, sin ninguna capacidad para enfrentarse a las potentes fuerzas económicas y financieras externas.

orientado a la exportación, impulsado por un activo papel del Estado y del sistema financiero público en su potente industrialización, al tiempo que protegían su mercado interior. Es decir, a contracorriente, en gran medida, de las recetas que el FMI y el BM impulsaban a través de los PAES. Estos países «disfrutaban» también de una abundante inversión productiva proveniente de Japón. Todo ello estaba suponiendo, por primera vez en quinientos años, un serio reto al dominio occidental noratlántico en la economía global; máxime tras la irrupción de China como un polo de intenso crecimiento económico capitalista, con estrechas conexiones con las redes de capitales de la llamada diáspora china, de fuerte presencia en todo el área del Pacífico (Arrighi y Silver, 2001). A este respecto, las crisis monetario-financieras que sacuden dicha región en 1997 y 1998, impulsadas por los *hedge funds* estadounidenses, parece que gozaron del beneplácito (y apoyo) del Departamento del Tesoro de EE UU; y su actuación se inscribía en una estrategia más amplia para someter las dinámicas de acumulación capitalista del Pacífico al dominio noratlántico. En este sentido, se puede decir que la forma como se gestionó la crisis, una vez que estalla, por parte del FMI, aunque indudablemente benefició, en concreto, a los inversores de Wall Street, gozó de una cierta aquiescencia de los poderes económicos y financieros de la UE. La razón de ello es que permitió abrir a los intereses noratlánticos unas economías que hasta ese momento operaban con un elevado grado de autonomía. Esta aquiescencia europea era clave, pues los gigantescos paquetes de «rescate» que se organizaron (que en su conjunto fueron superiores a los 100.000 millones de dólares) hubieran sido impensables sin la concurrencia de los principales países de la UE. Especialmente cuando se marginaron las posibles soluciones de «salvamento» financiero que proponía Japón[6], cuya eco-

nomía y sistema financiero estaban también en el punto de mira de EE UU y la UE (Gowan, 2000).

Previo al inicio de la crisis, en el verano de 1997, distintos países de la región habían sido inducidos a iniciar la apertura de sus economías a la libre circulación de capitales, liberalizando su cuenta de capital. Esto les permitió acceder a una avalancha de créditos de corto plazo en dólares, con bajos tipos de interés, que les resultaban muy rentables para ampliar su capacidad de financiación interna, potenciando el crecimiento económico; al tiempo que se intensificaba la inversión foránea en sus mercados financieros y en el sector inmobiliario. Pero estos créditos a corto plazo no eran un maná, sino un cebo. «Y en el momento en que los sectores financieros de la región lo mordían, quedaban prisioneros, justo en el punto de mira de los *Hedge Funds* estadounidenses, que se preparaban para un ejercicio del tiro al blanco de la guerra financiera. Cuando los *Hedge Funds* dispararon, las líneas de servicio de crédito regresaron a Londres o Nueva York, arrastrando a una economía tras otra, que se retorcían de dolor como animales heridos hacia la mesa de operaciones del FMI y del Departamento del Tesoro estadounidense» (Gowan, 2000).

6. Japón había propuesto la creación de un Fondo Monetario Asiático, al que estaba dispuesto a aportar fondos para hacer frente a los desequilibrios financieros de corto plazo de la región. Sin embargo, dicha propuesta, que ponía en cuestión el papel del FMI, fue vetada por EE UU, con el apoyo de Reino Unido y otros países de la UE. China había apoyado la propuesta de Japón, lo que era un signo inconfundible de una posible coalición con Japón, en detrimento del papel de EE UU y la UE en el Pacífico (Gowan, 2000).

El FMI: un bombero pirómano al servicio del capital financiero

La gestión por parte del FMI de las distintas crisis monetario-financieras de la región convirtió la situación de mala en verdaderamente catastrófica, pues salvó los intereses de los acreedores internacionales e impuso una medicina (fuerte devaluación de sus divisas[7] e intensa subida de sus tipos de interés, entre otras medidas) que provocó una feroz depresión en todas las economías de la zona, incrementando bruscamente su endeudamiento externo, disparando los niveles de pobreza y exclusión y, por consiguiente, la inestabilidad política de toda la región (importantes movilizaciones contra el FMI en Corea del Sur, caída de Suharto en Indonesia, etc.). Pero eso sí, el FMI exigió a los países más afectados por la crisis (Corea del Sur, Indonesia, Tailandia), entre otras duras medidas de ajuste, que eliminasen los controles que protegían a sus principales empresas (y bancos) del dominio del capital extranjero, lo que implicó el progresivo control de tales conglomerados por parte del capital financiero (y productivo) de EE UU y, en menor medida, europeo-occidental. Estos capitales entraron a saco, a posteriori, para hacerse con las gangas que les ofrecía un mercado deprimido y con unos precios por los suelos, como resultado de la intensa devaluación de sus respectivas monedas. Desde entonces la mayoría de los países del sudeste asiático han quedado desarbolados, con unas economías cada vez más dependientes y endeudadas.

Los países de la región que mejor resistieron los ataques especulativos fueron los que no habían abierto sus fronteras a la libre circulación de capitales, como Mala-

7. Que ya habían sido devaluadas por los propios ataques especulativos.

sia o China; en el caso de China, además, su moneda ni siquiera era totalmente convertible. Y es de resaltar cómo, en plena crisis monetario-financiera de la región, en la Asamblea General del FMI y del BM en Hong Kong, en septiembre de 1997, se le encarga al FMI (bajo presión de EE UU, que transmitía los intereses de Wall Street) el total desmantelamiento de los controles de la cuenta de capitales en relación con *todos* sus países miembros, modificando un aspecto central de los acuerdos de Bretton Woods de 1944, el último vestigio de la llamada «represión financiera» de la postguerra mundial (el subrayado es nuestro). Es decir, en mitad de un incendio de enormes proporciones, se le dan más poderes al FMI (el organismo encargado, en teoría, de la estabilidad financiera internacional) para que se pudiese seguir echando más gasolina al fuego (presente o futuro), pues su nuevo mandato iba a impedir hasta el control, llegado el caso, de los capitales especulativos. Al tiempo que, por otro lado, y no sin fuertes reticencias, se le ampliaban los fondos disponibles, por parte de los países centrales, para que pudiera hacer frente a unas crisis monetario-financieras cada vez más frecuentes, de mayor dimensión y con mayor capacidad de contagio internacional; como quedó claramente manifiesto al extenderse posteriormente la crisis del sudeste asiático a Rusia (en el verano de 1998) y a Brasil (a finales del mismo año)[8]. La crisis rusa ocasionó la casi quiebra de uno de los mayores *hedge funds*, el LTCM, que tuvo que ser rescatado en una intervención, *in extremis,* que

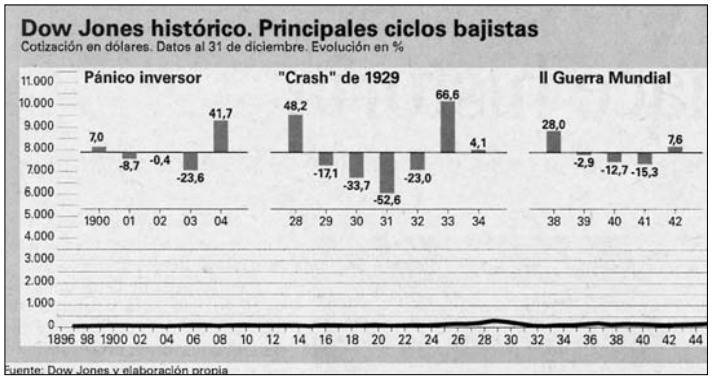
8. Una de las razones de la extensión de esta crisis a los países periféricos fue cómo afectó a los mercados mundiales de materias primas. Al provocar una recesión en todo el sudeste asiático, cayó bruscamente la demanda de materias primas, entre ellas el petróleo, induciendo una caída del precio de las mismas, que afectó a los países periféricos que exportan este tipo de mercancías. Éstos tuvieron mayores dificultades para pagar el servicio de su deuda y entraron en crisis.

organizó la Reserva Federal de EE UU[9]. Todo este cúmulo de crisis en los países periféricos de «primera fila» provocó una huida masiva de fondos de los llamados «mercados emergentes» y su refugio en los mercados financieros a ambos lados del Atlántico norte, sobre todo en Wall Street.

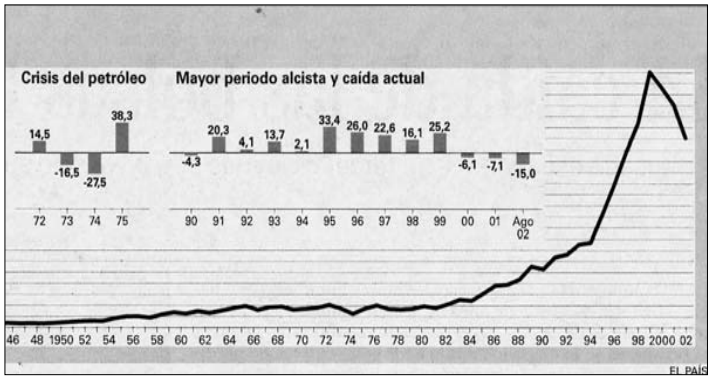
Este intenso flujo de capitales que volvían a refugiarse en Wall Street incidió, fue un factor más, en el estado de levitación permanente al alza en el que entró este mercado a finales de los noventa, y que Alan Greenspan caracterizaría como «exuberancia irracional de los mercados». Una expansión de la burbuja financiero-especulativa que parecía no tener fin. Hasta alcanzar su máximo en el año 2000. En Wall Street, a principios de dicho año, la sobrevaloración bursátil de las empresas respecto de su patrimonio neto se situaba en torno al 200%, cuando en 1929, el anterior máximo histórico, previo al famoso *crack*, se encontraba en el 130% (Naredo, 2001) (ver figura 1). Los mercados bursátiles de EE UU multiplicaron su valor por cinco veces y media en la década de los noventa (los de Europa occidental subieron en menor medida), mientras que su PIB (la «economía real») se multiplico «tan sólo» por una vez y media, muy por delante de la UE en el mismo periodo (BM, 2001).

De hecho, en los noventa, los estallidos monetario-financieros en los países periféricos proporcionan un fuerte estímulo a Wall Street, revalorizan el dólar

9. El LTCM (Long Term Capital Management) era el instrumento de un cártel de la totalidad de los bancos de inversión de EE UU, junto al mayor de los bancos europeos: el UBS. El LTCM especuló contra el rublo y no supo prever que Rusia iba a decretar el impago de sus bonos internacionales y que la «comunidad internacional» iba a dejar que ello sucediera. Y puesto que la Reserva Federal sólo interviene para tratar el «riesgo sistémico», esto quiere decir que la seguridad de todo el sistema crediticio de EE UU (y por extensión mundial) estaba amenazado por la actuación de un solo *hedge fund* (Gowan, 2000).



(haciendo bajar la inflación), posibilitan la reducción de los tipos de interés y, por medio de todo ello, favorecen a la economía interna de EE UU, pues la capacidad de consumo interno se dispara por el «efecto riqueza» que genera la bolsa. Se podría decir que «cada acto internacional de la "guerra financiera" de los *hedge funds* en cualquier parte del mundo, actúa como un espaldarazo a la liquidez de los mercados financieros estadounidenses» (Gowan, 2000). Esta expansión de la burbuja bursátil de Wall Street fue paralela al fuerte salto que experimentó el déficit por cuenta corriente de EE UU, que pasó del 1,7% del PIB en 1997, al 4,5% del PIB en el 2000 (Chesnais, 2001). EE UU estaba viviendo muy por encima de sus posibilidades, y ello era posible por el fuerte flujo de capitales que llegaban del resto del mundo, al calor de la revalorización de Wall Street (y la fortaleza del dólar), lo que le permitía financiar su agudo déficit por cuenta corriente. Y estos capitales permitían al mismo tiempo financiar la explosión de empresas de telecomunicaciones y de alta tecnología que iban a definir la «nueva economía» de ese periodo, cuya imagen deslumbrante sería el Nasdaq, el nuevo mercado donde cotizan dichas empresas, cuyas cotizaciones iban a des-



El País, 18 de agosto de 2002

afiar aún con más fuerza la ley de la gravedad[10]... hasta marzo del año 2000.

En definitiva, se podría afirmar que la gran mayoría de los países periféricos pierden su autonomía en materia de política económica en la década de los ochenta a manos del FMI y del BM, es decir, del «Consenso de Washington»; y que prácticamente todos ellos han perdido en los noventa no sólo la capacidad para definir su política económica, sino que su pérdida de soberanía ha ido aún más allá, pues han perdido su capacidad para definir su política monetaria, por la extrema debilidad que alcanzan sus divisas, zarandeadas por el capital financiero especulativo. Y en este período los países centrales, y especialmente EE UU, incrementan de forma sustancial su capacidad de compra sobre el resto del mundo, por la fortaleza de sus monedas, y en especial la del dólar, durante los años noventa.

10. Las irrupción de empresas de la «nueva economía», ligadas muchas de ellas a Internet, iba a generar revalorizaciones bursátiles espectaculares, en la mayoría de los casos antes de tan siquiera generar beneficios reales en su funcionamiento. El caso más espectacular fue la compra de un gigante de la comunicación como Time-Warner por una empresa tecnológica de reciente aparición como AOL.

Los «paraísos fiscales»: la rótula entre la «economía criminal» y el capitalismo global

Desde los años sesenta, en paralelo con la creación del mercado desregulado de «eurodólares» en «Europa», en concreto en la City de Londres, se asiste al establecimiento de un creciente número de plazas financieras extraterritoriales (*off-shore*), o «paraísos fiscales»[11], que iban a cumplir también un papel decisivo, entre otras cuestiones, para forzar una creciente mundialización financiera. Estos centros, además de servir de «forceps» (adicional) que obligaron a los diferentes Estados a liberalizar, desregular y abrir sus mercados financieros a las dinámicas del capitalismo global, han cumplido y están cumpliendo un rol determinante tanto en lo que a evasión fiscal se refiere, como en el lavado del «dinero negro» de las distintas formas de «economía criminal» (narcotráfico, venta ilegal de armas y especies, fraude privado, redes de prostitución, corrupción política…). De esta forma, las principales instituciones del capitalismo global —es decir, tanto las grandes empresas transnacionales como las distintas instituciones financieras— tienen un pie en estos centros y otro en los países centrales. Así, esta conexión entre las principales plazas financieras con los «paraísos fiscales» permite a las grandes instituciones financieras y principales empresas llevar a cabo sus operaciones de «zona gris», lo que les posibilita escapar a las reglas fiscales establecidas en los países centrales; al tiempo que, de esta forma, les permite seguir gozando de ayudas estatales de los países centrales por si «vienen mal dadas». Además, estos centros se convierten en verdaderos nodos de promiscuidad entre el «dinero negro» (normalmente, hasta ahora, en dólares[12]) y la «economía formal», en donde a través de una multiplicidad de «sociedades pantalla» se produce una ósmosis que permite al dinero procedente de actividades delictivas penetrar en los circuitos formales de los mercados financieros, perdiéndose cualquier rastro respecto a su origen. En definitiva, los paraísos fiscales se configuran como los centros preferentes para el blanqueo de dinero y la evasión fiscal.

El crecimiento de estos centros extraterritoriales «ha sido enérgicamente promovido por los propios EE UU, y los intentos de someterlos a disciplina por parte de la UE y otros países de la OCDE han chocado con la oposición de Washington» (Gowan, 2002). EE UU sólo empieza a prestar atención al papel de dichos centros como resultado de su lucha contra el narcotráfico, una actividad que a finales de los noventa movía la fabulosa cifra de unos 500.000 millones de dólares (Strange, 1999). De esta forma, EE UU impulsa en 1989 la creación del GAFI (Grupo de Acción Financiera Internacional) en el seno de la OCDE, una instancia que intenta, con no demasiado interés y poco éxito, tan sólo perseguir la actividad criminal vinculada al narcotráfico en los «paraísos fiscales» y no, por supuesto, todas aquellas operaciones que permiten a los grandes conglomerados (y fortunas) escapar de sus responsabilidades fis-

11. Al principio se localizan en «microestados» de las Antillas exbritánicas y exholandesas (Bahamas, Bermudas, Islas Caimán…), con ocasión de su independencia formal. Es decir, se localizaban cerca de EE UU, pero luego se han ido extendiendo por muy distintos lugares del mundo (Hong Kong, Singapur…), ubicándose en ocasiones en las inmediaciones de la propia UE (las islas del Canal, Chipre, Malta, p. ej.), o hasta en su propio corazón (Liechtenstein, San Marino, Mónaco, Andorra, Gibraltar…). Si bien es preciso recalcar que no todos gozan del mismo grado de opacidad para el capital, en especial en relación con el dinero proveniente del narcotráfico.

12. El euro está intentando hacerse un hueco en los mercados del «dinero negro», de ahí la emisión de billetes de un alto valor facial, los de 500 euros, que son los que se manejan en dichos mercados.

cales respecto de los Estados en donde operan. A nadie se le escapa la dificultad para perseguir un tipo de actividad y no el resto de las que se desarrollan en los «paraísos fiscales», pues el secreto bancario y la opacidad con que se desenvuelven el conjunto de operaciones hace difícilmente discernibles unas de otras, ya que todas ellas quedan al abrigo de posibles miradas indiscretas. «El mero hecho de que los "paraísos fiscales", donde los capitales escapan a las reglas establecidas por los Estados y organismos internacionales, gocen de buena salud, es algo tan vergonzoso como significativo: pone de manifiesto la supeditación de los Estados y los organismos internacionales a los intereses del capitalismo transnacional» (Chesnais, 2000).

En este sentido, las Cámaras de Compensación Internacional —que se sitúan en los países centrales, y que son las que garantizan (entre otras actividades) las operaciones entre los «paraísos fiscales» y los circuitos financieros formales— son, debido a su opacidad absolutamente tolerada, el complemento lógico de todo este entramado[13]. La Administración Bush había estado dificultando, en su primera etapa, la actividad del GAFI en relación con los «paraísos fiscales», pero tras el 11-S ha demostrado un claro interés por desvelar la posible utilización que hacen las «redes terroristas internacionales» de estos centros. Sin embargo, los sectores financieros son renuentes a verter luz sobre las abundantes zonas de penumbra del entramado financiero internacional; y los «paraísos fiscales» se encuentran entre las principales de ellas, pues en ello les va la supervivencia de sus suculentos beneficios.

En la actualidad hay más de setenta «paraísos fiscales» y su número va en aumento, situándose algunos de ellos

13. Clearstream es una de ellas y opera en Bruselas, manejando unos flujos monetarios anuales equivalentes a 250 veces el presupuesto del Estado francés (Robert, 2001)

entre las principales plazas financieras del mundo. En concreto, las Islas Caimán están consideradas como el quinto centro mundial de concentración de instituciones financieras después de Londres, Nueva York, Tokio y Hong Kong, y antes que las capitales financieras europeas continentales. Su creciente importancia corre en paralelo con el papel que han jugado como catalizadores de los ataques especulativos en las crisis monetario-financieras, pues muchos *hedge funds* se localizan, como se ha apuntado, en estas plazas financieras desreguladas (Singh, 2000). Además, la evasión fiscal que favorece la existencia de estos centros afecta a las cuentas públicas de los Estados centrales y periféricos, acentuando aún más su debilidad fiscal, ocasionada por la bajada generalizada de impuestos que promueve (y fuerza) la globalización financiera. Este hecho obliga a un creciente endeudamiento estatal en todo el mundo, que favorece al capital financiero y que es especialmente oneroso para los Estados periféricos por el abultado «riesgo país» (es decir, los tipos de interés usurarios) que tienen que soportar en la emisión de deuda que emiten. Y esta dinámica, junto con las crisis monetario-financieras y también la explosión de las llamadas «zonas francas», está siendo decisiva en la quiebra de las estructuras estatales periféricas.

Estos otros espacios extraterritoriales mencionados, las «zonas francas», empiezan a proliferar asimismo a partir de los setenta, y se han desarrollado especialmente en el sudeste asiático y en América Latina. Estos enclaves, con una gran diversidad de figuras jurídicas e incentivos, se establecieron como plataformas para la actividad productiva, con el fin de que no estuviesen sujetas a los marcos institucionales «más restrictivos» de los Estados periféricos, habiendo sido creadas por ellos mismos para captar inversiones extranjeras. Las «zonas francas», en general, son verdaderas zonas sin ley, con

una fiscalidad prácticamente nula para los beneficios empresariales, en donde la actividad sindical está prohibida, la regulación ambiental es inexistente y el orden y la disciplina laboral es garantizado, en muchas ocasiones, *manu militari*. En la actualidad hay casi unas 1.200 en todo el mundo, desde las maquilas centroamericanas a los «parques industriales» de China, y su creación y funcionamiento ha sido una forma asimismo de presionar para establecer un marco de libre comercio e inversión a escala internacional. Es decir, una vía expeditiva para no tener que esperar a las negociaciones más lentas del sistema GATT-OMC, así como una forma de forzar su desarrollo (Bertrand y Kalafatides, 2002).

La OMC: el poder en la sombra de las transnacionales y las finanzas

La creciente imposición internacional de un régimen de acumulación capitalista mundial dominado por el capital transnacional productivo, y sobre todo por el financiero especulativo, no se iba a poder (y no se puede) llevar a cabo sin otro tipo de «ayudas» de enorme importancia. Una de ellas, de una trascendencia insuficientemente valorada, iba a ser la aprobación de la Ronda Uruguay del GATT, en 1994, tras más de ocho años de «negociaciones» (el inicio de las mismas se produce en tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher), y la consiguiente creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), en 1995, que ha llegado a ser definida como «el poder invisible» (Bertrand y Kalafatides, 2002). El nuevo régimen de acumulación exige un grado muy elevado de liberalización y desregulación no sólo de las finanzas, sino también de la llamada inversión extranjera directa (IED) y

del comercio (Chesnais, 2001). El objetivo de la IED es el control directo de la gestión de las empresas en las que invierte (lo que la diferencia de la inversión en cartera). A ello va a contribuir de manera decisiva la OMC, ayudando a sus organizaciones hermanas de Bretton Woods: el FMI y el BM. La tercera pata de Bretton Woods, el GATT, esto es, su pata comercial, no adquirió *status* jurídico internacional propio hasta 1995, cuando se transformó en la OMC[14]. Y ello fue así porque EE UU se opuso en su día a que lo adquiriera, al contrario de lo que ocurrió con el FMI y el BM. EE UU prefería tener las manos absolutamente libres en materia de política comercial para no verse sometido a ninguna constricción en este terreno; no en vano sus grandes empresas eran las que dominaban el comercio mundial.

En las primeras rondas de negociación del GATT eran los países centrales (y en concreto EE UU, «Europa» y Japón) los que participaban principalmente en las mismas, abordando el desmantelamiento progresivo de los niveles de protección entre sus respectivos mercados y estructuras productivas. Más tarde, en los años sesenta y setenta, los países centrales, aparte de negociar entre sí, van imponiendo un progresivo desmantelamiento a los países periféricos en materia de productos manufacturados. Su potente industria quería penetrar en los mercados periféricos protegidos. En los ochenta, con una Nueva División Internacional del Trabajo en marcha, los países centrales van incorporando otros ámbitos de negociación, que finalmente se plasman abiertamente en

14. Hasta entonces, el GATT había funcionado a través de ocho rondas de negociación, siendo la Ronda Uruguay la última. En la génesis de la Ronda Uruguay cumplió un papel trascendental la presión del capital financiero (Bertrand y Kalafatides, 2002). El número de miembros de la OMC es en la actualidad de 144 países, mientras que el número de miembros del FMI y del BM es superior a 180.

la Ronda Uruguay: comercio agroalimentario, servicios y propiedad intelectual (protección de marcas, reconocimiento internacional de patentes, etc.). En la nueva fase del capitalismo global, el Centro se especializaba fundamentalmente en la «producción inmaterial» (los servicios[15] —incluidos los financieros—), y quería imponer su dominio planetario en este terreno y, de paso, controlar aún más también de esta forma la «producción material» que se deslocalizaba cada vez más hacia las Periferias. A los resultados de esta ronda se le iba a añadir, en una jugada maestra, la creación de un nuevo organismo internacional con un tremendo poder coercitivo sobre los diferentes Estados: la OMC; una institución, con sede en Ginebra, con capacidad para imponer su ley sobre los marcos jurídicos nacionales y con potestad para establecer sanciones económicas o, mejor dicho, con capacidad de otorgar a los Estados más poderosos el derecho de imponer sanciones en sus contenciosos (más bien en los conflictos de sus grandes empresas) con otros países en materia comercial.

Los Estados periféricos no han entrado a formar parte del sistema GATT-OMC por voluntad propia. Se les ha ido obligando a incluirse dentro de este entramado que dominaban los países centrales y a someterse a unas normas que benefician a las grandes empresas allí radicadas. En las dos últimas décadas, estas presiones se han canalizado asimismo a través del FMI y del BM, que exigían para acceder a sus créditos que los países periféricos acepta-

15. Los servicios que se incluyen en la Ronda Uruguay son: los seguros, la actividad bancaria y financiera en general, el turismo, la información, las telecomunicaciones, los transportes, los correos, la construcción, la ingeniería, la investigación, la publicidad, la asesoría jurídica y la cultura (con limitaciones). Un campo de actuación con grandes perspectivas de crecimiento y acumulación, donde el dominio occidental era y es incontestable.

sen el sistema GATT y los acuerdos de la OMC (a partir de 1995). Las rondas de negociación siempre han estado dominadas, y lo están, por el llamado QUAD (o cuadrilátero) formado por EE UU, UE, Japón y Canadá. Son ellos, o más bien sus grandes grupos empresariales y financieros, los que negocian previamente los acuerdos antes de someterlos al conjunto de países miembros y negociar, en todo caso, con los principales de entre ellos (India, Brasil, Indonesia, China —ahora—, etc.) el resultado final. Y dentro de este cuadrilátero destaca la presencia de EE UU y la UE, que intentan unificar posiciones de cara a las negociaciones[16], pues sin un acuerdo entre estos dos gigantes no es posible llegar a ningún resultado. A pesar de todo, Estados Unidos accedió en su día a la creación de la OMC, «planteando que si las reglas de la OMC fueran "injustas" con EE UU, los Gobiernos estadounidenses se verían obligados a ignorarlas» (Gowan, 2000). De hecho, EE UU se reservó la posibilidad de llevar a cabo represalias comerciales unilaterales a través de su Ley Super 301.

En definitiva, la OMC permite establecer un marco multilateral (supraestatal) estable o permanente (es decir, inalterable), con capacidad coercitiva, en el que los intereses corporativos y financieros de los países centrales tienen preponderancia sobre los marcos estatales que responden normalmente a intereses nacionales, obligando a liberalizar, desregular y privatizar de acuerdo a sus exigencias en los ámbitos acordados. Este cambio de marco permite superar abiertamente las condiciones que imponían las negociaciones país por país del FMI y el BM, en su cruzada por el «ajuste estructural»,

16. De hecho, después de la firma de la Ronda Uruguay, se crea en 1995 la TABD (Trans Atlantic Business Dialogue), es decir, un foro transatlántico de dialogo empresarial, con presencia de los grandes actores privados, para que ambos bloques presentasen una postura común en las negociaciones.

ampliando claramente su alcance. Tras la Ronda Uruguay, en 1997, se abordaron por la recién creada OMC dos acuerdos muy significativos, que avanzaban sustancialmente en el terreno de los servicios de telecomunicaciones y financieros respecto a lo ya conseguido en 1994. Estos dos sectores son clave en esta nueva etapa de la «globalización económica y financiera». Y en concreto, por lo que se refiere a los servicios financieros, se obligaba a los diferentes países miembros a establecer un proceso de apertura al capital transnacional de este ámbito central de su actividad económica.

En noviembre de 2001, en Doha, Qatar, la situación creada tras el 11-S[17] ha permitido abrir una nueva ronda de «negociación» en la OMC, la llamada «Ronda del Desarrollo», tras el fracaso de Seattle. En Doha se han establecido unas metas muy ambiciosas, sobre todo para la privatización (y transnacionalización) de los servicios públicos en el mundo entero (sanidad, educación, captación y abastecimiento de agua, transporte, energía, etc.), dejando la puerta abierta para eliminar en el futuro cualquier normativa estatal que regule las inversiones (entendiendo este concepto en sentido amplio), abriendo el gasto público nacional a la competencia transnacional, y sentando las bases para una progresiva apropiación y mercantilización de cualquier recurso (agua, biodiversidad, patentes sobre la vida, etc.); en contra de las exigencias del «pueblo de Seattle» que proclamó, en noviembre de 1999, que «el mundo no es una mercancía». Sin embargo, la movilización espectacular de Seattle logró crear las condiciones (animó la rebelión de muchos de los Gobiernos del «Sur» y agudizó las tensiones entre EE UU y UE) que posibilitaron la paralización de la llamada Ronda del Milenio de la OMC. Esta Ronda contemplaba una agenda aún más amplia que la aprobada en Doha, sobre todo en lo que a la desregulación de las inversiones a nivel mundial se refiere[18]. Se podría afirmar que nada sería igual a partir de entonces. Había emergido un nuevo sujeto colectivo plural, el llamado movimiento antiglobalización, que actuaba más allá de los marcos estatales, con una importante capacidad para cuestionar la legitimidad de las decisiones de las instituciones que surgen de Bretton Woods, que hasta entonces parecían que se tomaban impunemente en beneficio de los intereses económicos y financieros transnacionales.

De cualquier forma, se van sentando las bases para un cada día mayor dominio del dinero y de los poderes que lo representan a escala mundial —aunque sea a costa de una enorme erosión de legitimidad de las estructuras supraestatales encargadas de su potenciación—, lo cual contribuye decisivamente a posibilitar una transferencia de los derechos patrimoniales desde las estructuras locales de poder a estructuras de poder cada vez más globalizadas.

17. En plena guerra de Afganistán y con una tremenda presión de los países centrales, y de EE UU en concreto, sobre los países de las Periferias Sur y Este; y sin divisiones internas entre EE UU y la UE, entonces. Además, el Congreso de EE UU le daba plenos poderes a la Administración Bush para negociar acuerdos de liberalización comercial, lo que se conoce como «*fast track*».

18. En la Ronda Uruguay el QUAD (EE UU, «Europa», Japón y Canadá) quiso incluir un capítulo de desregulación de inversiones, pero los principales países periféricos se opusieron. Más tarde, «Europa» y sobre todo EE UU llevan este tema a la OCDE para aprobarlo en dicho ámbito, como Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), antes de someterlo a la OMC como un hecho consumado. La movilización internacional contra el AMI logra paralizar este acuerdo en la OCDE, en 1998, al conseguir que países claves se descuelguen del mismo, en especial Francia. Finalmente, la explosión popular de Seattle genera el clima para que los países de la Periferia Sur y Este se rebelasen contra el acuerdo que les traía «precocinado» el QUAD, cuyo objetivo era incluir estas cuestiones en la Ronda del Milenio (Bertrand y Kalafatides, 2002).

Ello genera una globalización patrimonial y provoca una dependencia cada día mayor de los países periféricos de las inversiones exteriores (inversión extranjera directa, inversión en cartera, etc.). En definitiva, se podría decir que se asiste a una especie de «recolonización» de los países periféricos por parte de los espacios centrales y, lo que es quizás más novedoso, por parte de las estructuras de poder empresarial y financiero provenientes de dichos espacios; las cuales operan en gran medida sin la mediación de sus respectivos Estados, aunque por supuesto se aprovechen de su capacidad de intervención, es decir, del poder político, económico y financiero de que disponen para lograr sus metas. A pesar de todo, «todavía quedan economías fuertemente autocentradas, poco abiertas a los intercambios comerciales y financieros con el exterior» (Chesnais, 2001); y es una tarea de la Santísima Trinidad (FMI, BM y OMC), junto con el G-7 y sus normales tensiones internas, el que no sea así. En este sentido, adquiere un valor clave un órgano (extremadamente opaco) de la OMC: el OEPC (Órgano de Evaluación de Políticas Comerciales), donde se coordinan las tres instituciones provenientes de Bretton Woods, cuyo objetivo es establecer un programa de desmantelamiento continuado de cualquier normativa estatal (social, laboral, medioambiental) que pueda significar un «obstáculo al comercio» (Bertrand y Kalafatides, 2002).

En la actualidad se está desarrollando con intensidad el proceso de «negociaciones» abierto en la Cumbre de Doha, y todo apunta a que se pretende dar una vuelta de tuerca de desregulación adicional sobre lo conseguido en la capital de Qatar, de cara a la próxima reunión ministerial de la OMC en Cancún (septiembre de 2003), incorporando ya definitivamente el capítulo relativo a la liberalización de «inversiones». Ésta sería una manera de eliminar, con carácter global, las restricciones de distinta naturaleza que todavía imponen los Estados al libre funcionamiento de la inversión exterior, liberalizando de forma absoluta la cuenta de capitales y afianzando de esta forma el poder mundial del capital transnacional productivo y, especialmente, del financiero-especulativo. Y es ésta también una vía de enorme importancia para someter a dicha lógica a grandes países que, como India y China[19] (dos gigantes que agrupan a unos 2.000 millones de personas), todavía gozan de una importante autonomía interna, pues habían quedado hasta ahora en gran medida al margen de la aplicación de los programas de ajuste estructural, debido a su limitado endeudamiento externo. Además, a China se le exige que haga que su moneda sea en el futuro totalmente convertible, eliminando las «murallas chinas» que hasta ahora aislaban a su divisa de las dinámicas de los mercados monetarios mundiales.

Finalmente, cabe reseñar que mientras que las «negociaciones» de la OMC tienen lugar a escala global, se están produciendo en los últimos años distintos intentos de avanzar más rápido a escala regional planetaria: desde la creación de distintas áreas de libre comercio de carácter supraestatal (TLC —entre Canadá, EE UU y México—, Mercosur, APEC —en el Pacífico—, etc., incluida la propia UE) hasta acuerdos entre estos bloques comerciales (UE-México, UE-Mercosur, TLC-Chile, UE-Chile…), los cuales incorporan una aún mayor desregulación en materia comercial y de inversiones que la que se ha conseguido hasta la fecha dentro de la OMC. Es decir, un mayor poder del capital transnacional productivo y financiero de los espacios centrales sobre los Estados, en general, y en concreto sobre los Estados periféricos, pues la meta es eliminar cualquier control de éstos sobre las inversiones externas. En este sentido, cobra especial

19. China ingresó en la OMC en la cumbre de Doha, tras intensas y conflictivas negociaciones.

relevancia tanto el inicio de un proceso de negociaciones tendentes a alcanzar un Nuevo Mercado Transatlántico, entre los EE UU y la UE, con el objetivo de crear un verdadero supergigante económico y comercial mundial, como el intento de establecer un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), desde Alaska hasta Tierra de Fuego, un proyecto de EE UU fuertemente contestado en toda América Latina para garantizar su dominio indiscutible en el hemisferio occidental. En todos estos acuerdos se contemplan la concesión de nuevos poderes al capital, en la línea de: «todos los derechos para los inversores, y todas las obligaciones para los Estados y sus poblaciones». De hecho, estos acuerdos contemplan la posibilidad de establecer sanciones económicas para los Estados que osen imponer cualquier tipo de «obstáculos» (económico, social, ambiental) al funcionamiento del «libre mercado». Del mismo modo, se dan «acuerdos bilaterales de inversión» entre los grandes Estados (o grupos de Estados) del «Norte» (EE UU, UE, Japón, etc.) y más de cien países del mundo, en donde la parte más poderosa impone todo tipo de condiciones a la parte más débil, para el libre acceso de sus capitales, y en los que se contempla también la posibilidad de imponer sanciones económicas a los Estados periféricos que no respeten los acuerdos.

III.

HACIA LA «GUERRA GLOBAL PERMANENTE» DE LA MANO DEL CAPITAL FINANCIERO

EL ROTO *El País*, 30 de diciembre de 2000

«La dolarización ha hecho estragos. Es muy fuerte que un país haya perdido la capacidad de emitir su propia moneda: ha de comprar los billetes (el papel moneda) a EE UU. Se está dando un fenómeno que acabará en catástrofe: los billetes de 1$ son los más usados y ya pasan de mano en mano, hechos unos papelajos renegridos. Literalmente se te hacen jirones en las manos, y el Banco Central no puede retirarlos de la circulación porque tendrá que comprar divisas al Imperio, cosa que no se puede permitir un país que tiene una inflación del 96% y apenas alcanza a pagar, con la mitad de su presupuesto nacional, los intereses de la deuda externa. Llega un momento en que ya nadie te admite el billete, y ahí queda inservible. ¡Aquí el dinero no se reproduce sin fin, se extingue!»

Fernando García Dory, carta desde Ecuador

«El dilema político es que Argentina ha sido vendida a los predadores de los mercados financieros globales por su propia clase dirigente, que se ha hecho obscenamente rica con el sufrimiento de la gran mayoría [...] *En Argentina se roba a los pobres para pagar a los ricos.»*

Salomón Partnoy, «Argentina: Un desastre neoliberal»

Límites en la actuación del FMI, conflictos con el BM y tensiones entre sus socios del «Norte»

En los últimos veinte años, como se ha señalado, el FMI y el BM han sufrido transformaciones profundas[1], que se

[1]. El BM ha ido cambiando sustancialmente desde los setenta, en el sentido de que se le ha dado un creciente peso al apoyo a la inversión privada, a través de la Corporación Financiera Internacional (uno de los componentes del BM), del AMGI (que asegura dichas inversiones) y del Centro Internacional para la Gestión de los Conflictos relativos a inversiones, reduciéndose el peso relativo del BIRD (Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo), que cana-

han operado como resultado de la progresiva eliminación a escala mundial de la llamada «represión financiera», a cuya casi desaparición ellos mismos han contribuido (y están contribuyendo) de manera decisiva. Sin embargo, el nuevo entorno que han ayudado a impulsar —un régimen de acumulación mundial progresivamente financiarizado— ha creado crisis monetario-financieras *in crescendo*, cada día más inmanejables, que han llegado hasta a provocar conflictos entre ambas instituciones, por la forma de abordarlas, pues sus lógicas de actuación pensamos que responden a intereses económicos distintos. En este sentido, cabría relacionar al FMI principalmente con la defensa de los intereses del capital financiero internacional, y al BM más bien con la promoción del capital transnacional productivo. Las crisis monetario-financieras, y la forma en que se ha producido la «resolución» de las mismas, han ido desembocando también en conflictos políticos en ascenso dentro de los propios actores políticos del «Norte», y entre éstos y los poderes políticos de las Periferias Sur y Este. Al mismo tiempo, la proliferación de conflictos sociales que las políticas del FMI y el BM han generado, y sobre todo la importante actividad del movimiento antiglobalización contra estas instituciones (en especial, las movilizaciones en 2000 de Washington y Praga —donde se tuvo que suspender la asamblea general—), han tenido asimismo una influencia determinante en la pérdida de legitimidad de las

liza los préstamos «normales» a los Gobiernos, y de los créditos concesionales (a bajo interés) de la AID (Agencia Internacional para el Desarrollo), que se destinan a los países más pobres. Estas cinco instituciones forman el Grupo del Banco Mundial. Asimismo, el poder del BM para determinar el conjunto de la política económica (de medio y largo plazo) de los países periféricos se ha ampliado, al hacerse responsable este organismo del establecimiento de lo que se denomina «la estrategia de asistencia a los distintos Estados periféricos» (*Country Assistance Strategy*) (Sanahuja, 2001). Los nuevos cometidos del FMI ya se han esbozado.

políticas del FMI y BM, y han causado un profundo deterioro de su imagen; y hasta en Barcelona, en junio de 2001, el BM tuvo que suspender un encuentro ante la «amenaza» de movilizaciones de denuncia. Todo ello, junto con la presión del capital financiero en la línea de demandar todavía «más madera», ha ido promoviendo la necesidad de una «nueva arquitectura financiera internacional», cuyos debates se han intensificado en los últimos años.

Los «paquetes de rescate», de dimensión creciente, que ha tenido que ir arbitrando el FMI para hacer frente a las crisis monetario-financieras, propiciadas por la desregulación financiera mundial actual, han evidenciado la dificultad cada vez mayor que tiene este organismo para recaudar los fondos necesarios. Los mercados financieros han crecido mucho más rápido que los fondos a disposición del FMI. El FMI no es un banco central mundial[2] y depende para orquestar esta liquidez del «dinero» que le puedan proporcionar otras instituciones, sobre todo los Estados centrales y en paralelo el BM, así como los bancos regionales de desarrollo (respaldados todos ellos, en última instancia, por los Estados centrales), pues sus fondos son limitados. «Nos encontramos así con un FMI que siendo incapaz de controlar la creación de liquidez [de "dinero"] internacional realizada por entidades privadas en beneficio de sus intereses expansivos, pide a los Estados cada vez más liquidez para paliar las crisis que tal comportamiento origina» (Naredo, 2001). El FMI ha jugado un papel clave en la distribución de los «costes» de las crisis financieras, al servicio activo de EE UU y en especial de los actores de Wall Street, pero con el consentimiento (más o menos) pasivo de «Euro-

2. «El FMI, a diferencia de los bancos centrales de los diferentes Estados, no puede imprimir "dinero papel", ni controlar la creación de "dinero bancario", ni mucho menos aún la creación de "dinero financiero"» (Naredo, 2001).

pa» y Japón, que también se benefician del terreno de juego que deja a su paso la actuación del FMI.

Sin embargo, el consenso con Japón se empezó a romper con ocasión de la resolución de la crisis del sudeste asiático, y más recientemente parece que se está rompiendo el consenso con «Europa» a partir del caso concreto de Argentina, que luego abordaremos. De cualquier forma, lo que sí está claro es que era impensable que se pudiera proceder a un salvamento continuado de los intereses especulativos del capital financiero, principalmente proveniente de Wall Street, acudiendo a la capacidad de intervención estatal de los países centrales. Máxime cuando los Estados centrales están condicionados en su capacidad de emisión de dinero por el propio marco del capitalismo financiero[3], cuando se ven impelidos a reducir su base fiscal para favorecer las rentas del capital y ayudar a impulsar el crecimiento, y cuando la capacidad de endeudamiento de los Estados periféricos no se podía seguir estirando *ad infinitum,* como resultado de las operaciones de «salvamento». Antes o después, la propia línea ascendente de intervencionismo, *a posteriori*, de los noventa tenía que quebrarse, como de hecho ha ocurrido ya con ocasión de la crisis de Argentina. El punto de inflexión.

Igualmente, se produce otro conflicto entre los intereses del capital financiero especulativo y el transnacional productivo, que se manifiesta a través de un enfrentamiento abierto, público, entre el FMI y el BM con ocasión de la forma de «resolución» de las crisis monetario-financieras del sudeste asiático. Este enfrentamiento se planteó de forma directa por Joseph Stiglitz, el economista jefe del Banco Mundial, que más tarde dimitiría (o se vería obligado a dimitir) (Stiglitz, 2002). Como ya se ha comentado, la «ayuda» proporcionada por el FMI a los países de la región provocó una muy profunda recesión en toda la zona, que llegó a ser calificada por un informe del Congreso de EE UU como más grave que la Gran Depresión de los años treinta en los países centrales (Meltzer, 2000). Se salvaban los intereses financieros especulativos a costa de provocar una importante depresión económica en la zona de mayor intensidad de crecimiento del mundo, lo que podría provocar una caída del crecimiento mundial, como de hecho ocurrió más tarde. Sin embargo, el refugio de los capitales huidos de esta región, y asistidos por el FMI, en las bolsas a ambos lados del Atlántico norte, y muy especialmente en Wall Street, disparó aún más al alza las cotizaciones bursátiles y reforzó, por tanto, la capacidad para crear «dinero financiero». Parecía que se inauguraba una nueva época en que la revalorización financiera se desvinculaba de la «economía real», es decir, del crecimiento económico. Esto es, que se era capaz, por fin, de crear dinero de la nada (endeudando a gran parte del mundo). Se había «encontrado» la piedra filosofal.

El crecimiento económico mundial cada vez era más débil, pero el fuerte crecimiento de EE UU, y en menor medida de «Europa», de fuerte carácter rentista, se mantenía debido al llamado «efecto riqueza»; es decir, a la capacidad de consumo de las «clases medias» del Norte, que veían incrementado de forma muy importante su poder adquisitivo como resultado de ingresos que pro-

3. Con carácter general, en principio, el capital financiero exige a los Estados caminar hacia el equilibrio o superávit presupuestario. En el caso «europeo» esto queda grabado, con letras de oro, en el llamado Pacto de Estabilidad. Si bien en los Estados centrales esta exigencia puede verse alterada con ocasión de una fuerte crisis de crecimiento. El ejemplo de Japón es paradigmático al respecto y, más recientemente, la actuación de EE UU tras el 11-S. Aun así, en Japón se ha llegado a un límite difícil de incrementar (deuda pública mayor del 150% del PIB), y lo mismo se puede señalar muy probablemente respecto de EE UU.

venían de su participación en unos mercados financieros al alza. Pero esta situación no podía permanecer así por mucho tiempo. Antes o después el «principio de realidad» se haría patente. Era imposible un crecimiento exponencial continuado de los agregados financieros a tasas que más que duplicaban las de la economía «productiva» o «real», a lo largo de los últimos veinte años (Naredo, 2002 b), y que fue especialmente intenso en la segunda mitad de los noventa (ver figura 1). De hecho, las exportaciones de EE UU a los países periféricos no hacían sino deteriorarse (hecho agravado adicionalmente por la fortaleza del dólar), y esta dinámica también estaba afectando en menor grado a «Europa» y Japón. De ahí la necesidad de encontrar también nuevos mercados para el sector servicios en los espacios periféricos.

Y es por eso por lo que desde el BM se empiezan a criticar abiertamente las políticas del FMI. Además, el BM (y los bancos regionales de desarrollo) se veía(n) obligado(s) a participar crecientemente como parte de los «planes de salvamento», liderados por el FMI, a través de los llamados «créditos de emergencia»; y eso les restaba capacidad de intervención para impulsar sus políticas de «desarrollo» (es decir, de crecimiento), que benefician al capital transnacional productivo. Además, las críticas en ascenso al papel de las instituciones de Bretton Woods hacen que el BM intente jugar también el papel de «policía bueno», pues es el encargado de impulsar políticas que generen crecimiento económico con el fin de —acorde con sus postulados— dar respuesta al cínico lema que jalona la entrada de su sede en Washington: «Nuestro sueño es un mundo sin pobreza». Y al mismo tiempo, es la institución que desde hace décadas mantiene un contacto más abierto con la llamada «sociedad civil internacional», esto es, el mundo de las ONGs de «desarrollo».

Hasta el propio director gerente del FMI, Camdessus, ante la avalancha de críticas que levanta su gestión, se ve impelido a manifestar en la Asamblea General en Washington, en 1998, que él también está a favor de la lucha contra la pobreza. Lo nunca visto. El FMI jamás, desde los años ochenta, había hecho una concesión retórica de cara a la galería. Su discurso había estado marcado siempre por la ortodoxia neoliberal pura y dura. Sin concesiones. No así el del BM, una entidad maestra en la elaboración del discurso del «desarrollo para todos», la «lucha contra la pobreza», la «igualdad entre géneros» y el «desarrollo sostenible». Más tarde, en 1999, tras la «Batalla de Praga» y la suspensión de la Asamblea General del FMI y el BM por las movilizaciones masivas en la calle, el nuevo director gerente del FMI, Horst Koehler, declaraba a la prensa, de forma patética, que él «no era un banquero, sino alguien con corazón» (*El País*, 27-9-2000). Y unos días antes, Wolfenshon, presidente del BM, reconocía haber perdido, a pesar de todo, la guerra mediática; y manifestaba entristecido en una entrevista que «si siguen repitiendo que el BM es la causa de todos los males, la opinión pública mundial se levantará contra nosotros» (*El País*, 25-9-2000). La legitimidad de estas instituciones estaba por los suelos.

Además, campañas internacionales de movilización por la anulación de la deuda externa cobran un creciente protagonismo mundial (Campaña «Jubileo 2000», impulsada, en un primer momento, por movimientos relacionados con distintas Iglesias), alcanzando de lleno a las reuniones del G-7 de los últimos años, y demandando una solución al BM y al FMI sobre todo en relación con los países «pobres» altamente endeudados (la mayoría del África subsahariana). Ante estas demandas, se arbitra un mecanismo de posible reducción de la deuda (que estos países, por otro lado, ya son incapaces de pagar) para solventar el impago

y obligar a estos países a abrir absolutamente sus territorios (y recursos) a la lógica del capitalismo global, si quieren acceder a la reducción de su deuda. Estas políticas de parcheo son fuertemente criticadas por las distintas campañas internacionales relativas a la eliminación de la deuda, que se va convirtiendo poco a poco en un clamor mundial, afectando adicionalmente a la legitimidad de estas instituciones y del propio G-7. A ello se suman también las críticas que se formulan contra el FMI y el BM como responsables, debido a sus políticas y exigencias, del estallido de las tensiones interétnicas en la ex Yugoslavia y en la región de los Grandes Lagos (Ruanda), que darían lugar a agudos conflictos que arrastrarían a guerras con centenares de miles de muertos (Chossudovsky, 1995 y 1996). E igualmente, el hecho de que las deudas con estos organismos tengan la máxima prioridad en cuanto al pago[4], dentro de la deuda externa de los países periféricos, les hace estar crecientemente en el «ojo del huracán» de esta cuestión que suscita una enorme sensibilidad internacional.

Cacofonía en el G-7 respecto a la «nueva arquitectura financiera internacional»

Todo este cúmulo de complejas circunstancias y tensiones hace que se precipite una serie de toma de decisiones, unas de carácter más bien cosmético y otras que van a suscitar posicionamientos de los principales actores mundiales que iban a ayudar a avanzar, no sin contradicciones, en el diseño de una «nueva arquitectura financiera internacional». Entre las primeras, cabe destacar la creación del llamado G-20, en 1999, en el seno del FMI. El G-20 es una plataforma sin capacidad de decisión propia, donde están representados los países miembros del G-7 más los llamados «mercados emergentes», es decir, los principales países periféricos que ven sacudidas sus monedas, mercados y sistemas financieros, como resultado de la actividad especulativa que parte de los primeros y sobre todo, hasta ahora, del mundo anglosajón. Ésta era, y es, una medida de maquillaje para simular que los intereses de los denominados «mercados emergentes» son tenidos en cuenta. Asimismo, el G-7 impulsa también la creación del llamado Foro para la Estabilidad Financiera[5], con el propósito de analizar formas de garantizar un mayor equilibrio en los mercados financieros ante el temor de que se pueda producir una crisis de alcance sistémico. Y al mismo tiempo se suscitan reflexiones, principalmente desde ambos lados del Atlántico norte, sobre la necesidad de reforma de la «arquitectura financiera internacional».

Los propios actores privados relacionados con los mercados financieros eran los primeros que habían disparado, poco tiempo antes, planteando la urgencia de la desregulación total de los movimientos de capitales, y la necesidad de someter al FMI y al BM a un Consejo Asesor del Sector Privado que expresase, de una manera todavía más palmaria, los intereses de los mercados financieros; reduciendo, de esta forma, la influencia del poder político de los principales Estados en el diseño de las políticas

4. De ahí que la deuda emitida por estos organismos tenga la máxima calificación de las agencias de *rating* internacional, esto es, lo que se denomina triple A (AAA). Y además, los países periféricos que no paguen su deuda con estas instituciones no serán elegibles para otros créditos, convirtiéndose en una especie de parias internacionales, incapaces de acceder a cualquier tipo de capital exterior.

5. Este Foro se crea en el marco del Banco Internacional de Pagos de Basilea, una institución internacional que coordina desde los años treinta los principales bancos centrales del mundo y que en los últimos años ha ampliado su alcance considerablemente, abarcando ya a cuarenta y cinco bancos centrales (Meltzer, 2000).

de estas instituciones (Chossudovsky, 1999). Más tarde, tras la debacle mundial provocada por las crisis de 1997 y 1998, se paralizan (o se suavizan) las propuestas más agresivas de desregulación total de movimientos de capitales, y tanto desde «Europa» como desde EE UU se formulan propuestas para alcanzar una «nueva arquitectura financiera internacional». Mientras, las Periferias Sur y Este asisten como convidados de piedra a este juego de ping-pong financiero en las alturas. En general, las propuestas europeas (sobre todo de Francia y Alemania) iban orientadas a garantizar una mayor presencia del poder político —o más bien de los poderes comunitarios y, en concreto, del «eurogrupo»— en estas instituciones, y que su actividad no respondiese tan directamente a los intereses de Wall Street; y más o menos lo mismo se puede decir de la actitud de Japón, que reclamaba un mayor protagonismo o que se tuvieran en cuenta sus intereses.

La principal propuesta que surge de EE UU es un informe al respecto del Congreso, el llamado «Informe Meltzer» (2000), que iba a tener una importante trascendencia posterior de cara al llamado Consenso de Monterrey (febrero de 2002). Ello es así porque surge de un Congreso con mayoría republicana, porque además es un informe de consenso —pues goza del apoyo demócrata— y porque sus ideas van a permear de forma importante la actitud de la Administración Bush. El Informe Meltzer representaba el punto de vista del poder político legislativo de EE UU, tras un tenso debate para ampliar los fondos concedidos al FMI[6], e intentaba ser una síntesis entre las posiciones del capital transnacional productivo («estadounidense») y el financiero especulativo. Es decir, no representaba directamente las posiciones de Wall Street e incluso las criticaba en algunos aspectos, si bien en términos generales se escoraba hacia sus intereses, a pesar de su retórica.

6. Una aportación de 18.000 millones de dólares para crear una línea de créditos de urgencia del FMI: Línea de Créditos Contingentes, para asistir a países en crisis.

El Informe Meltzer (2000) venía a plantear que el FMI debía funcionar como un «casi» prestamista en última instancia a escala internacional, proporcionando créditos de corto plazo para hacer frente a agudas crisis de liquidez, especialmente en países periféricos, que pudieran llegar a provocar crisis de alcance sistémico; es decir, que pudieran llegar a afectar al conjunto del sistema financiero mundial. Si bien dejaba claro que no se podía garantizar sin límite, como hasta entonces, la defensa de los intereses de los especuladores institucionales. Es más, denunciaba el alto coste para las arcas públicas de las políticas de «salvamento» del FMI, y se decantaba por no ampliar los fondos del FMI sin control y por que los especuladores institucionales asumiesen parte del coste de un comportamiento «irresponsable». También recomendaba ir caminando progresivamente hacia cambios fijos «fuertes» (*currency boards*) entre las monedas periféricas y las centrales, en concreto en relación con el dólar, y transitar aún más allá, hacia la total dolarización, con el fin de eliminar las crisis monetario-financieras. Y, aunque reconocía explícitamente que la propia configuración del sistema financiero internacional estaba orientada a crisis periódicas, se decantaba por seguir liberalizando los movimientos de capital a escala mundial; esto es, por liberalizar la llamada cuenta de capital de los países que todavía no lo hubieran acometido, aunque eso sí, de forma paulatina y controlada —se decía— para no precipitar las crisis.

En relación al BM y a los bancos regionales de desarrollo[7], entre otras cuestiones, el informe venía a seña-

7. Banco Interamericano de Desarrollo, Banco Asiático de Desarrollo, Banco Africano de Desarrollo y el Banco Europeo para la

lar el problema de que más del 70% de sus préstamos (no concesionales) estuvieran destinados a los principales países periféricos, los llamados «mercados emergentes»; esto es, a no más de once Estados[8] que, además, como consecuencia de las reformas acometidas, gozaban ya de acceso a los mercados financieros. Eso sí, apuntaba que el coste de dicha financiación era más o menos la mitad de la que se podía obtener en los mercados de capital privados. Y planteaba abiertamente que estos países y aquellos que ya hubiesen acometido las reformas necesarias (unos ochenta a nivel mundial) deberían financiarse exclusivamente a través de los mercados financieros, aunque fuese mucho más caro. Pues unos recursos escasos no se debían destinar a los «más dignos de crédito», ya que ello era una subvención encubierta y reducía la posibilidad de que otros países periféricos pudieran «disfrutar» de los mismos. De hecho, venía a señalar taxativamente que la llamada financiación multilateral (esto es, del BM y los bancos regionales) había ido decayendo en importancia relativa, junto con la llamada Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) de los Estados centrales, hasta convertirse en residual (del orden de un 2%); y que hoy en día era la financiación privada (Inversión Extranjera Directa —IED—, en cartera, títulos de deuda pública y privada, y préstamos) la que se orientaba de forma masiva hacia los países periféricos. Al contrario que en

Reconstrucción y el Desarrollo. Estos bancos regionales de desarrollo se crean en los sesenta (salvo el BERD, que surge en los noventa), como una forma de que los países de cada región tuvieran un mayor control sobre la financiación del «desarrollo». Pero posteriormente fueron entrando como miembros los propios países centrales para garantizar una mayor capacidad de financiación, lo que promueve una supeditación de su actividad a los intereses económicos y financieros hegemónicos.

8. Entre ellos los principales países periféricos: China, Argentina, Rusia, México, Brasil, India, Tailandia, Filipinas e Indonesia.

los años cincuenta, sesenta y setenta. Y que esta tendencia se debería promover aún más de cara al futuro, a través de la actuación del FMI, el BM y la OMC. Aun así, en los últimos años, desde la crisis de 1997, se está dando una salida neta de capitales de la inmensa mayoría de los países periféricos, como resultado de que el pago de los intereses de su deuda externa pública y privada, y de la repatriación de beneficios, es bastante mayor que el conjunto de los capitales que reciben del exterior (IED, AOD, inversión en cartera, préstamos...). Se está produciendo, pues, una sustracción neta de capital del Centro sobre la Periferia (Amin, 2002).

El Informe Meltzer apuntaba también que la actuación del BM y los bancos regionales de desarrollo debería destinarse a financiar proyectos en aquellos países (casi noventa en todo el mundo) que no tienen todavía acceso a los mercados financieros, por su debilidad institucional y limitado desarrollo de la economía de mercado; es decir, que ni tan siquiera las agencias de *rating* (de calificación de riesgo) internacional los habían podido calificar, de cara a la emisión de sus títulos de deuda. Al mismo tiempo, el informe planteaba que el BM y los bancos regionales no deberían actuar como prestamistas en la «resolución» de las crisis monetario-financieras; y que deberían cambiar su nombre por el de Agencias de Desarrollo (mundial o regionales, según el caso), ampliando su actividad a la intervención respecto a los llamados «bienes públicos globales». Por «bienes públicos globales» el informe entendía desde la creación de grandes infraestructuras interestatales de dimensión mundial o regional (esto es, no sólo de dimensión estatal, como hasta entonces), hasta la gestión de recursos medioambientales planetarios (tales como la biodiversidad, el agua, los bosques...), en la que se deberían introducir criterios de mercado (mer-

cantilización, privatización, tarificación); es decir, la perversión neoliberal del «bien común».

Igualmente, estas agencias deberían velar (junto con el FMI y la OMC) para que los países periféricos abriesen sus mercados a la penetración de las entidades financieras de los países centrales, y por supuesto de EE UU, y para que se estableciese el imperio de la ley para el *corporate governance* (el gobierno corporativo). Esto es, para que se impulsasen los derechos de propiedad privada corporativa en todos los ámbitos y se modificase la fiscalidad, con el fin de atraer la inversión privada exterior. En definitiva, el *corporate governance* global. Es decir, las nuevas agencias de desarrollo deberían orientar su actividad a promover el crecimiento de la actividad productiva («material» e «inmaterial») transnacional, impulsando además las reformas estatales necesarias en los países periféricos para ello; y deberían alejarse de la participación en políticas de «salvamento» en caso de crisis monetario-financieras. Todo esto significaba, en principio, que los fondos para actuar en tales episodios no iban a ser tan amplios como hasta entonces.

Por último, el Informe Meltzer introducía una polémica de importante calado. La conveniencia de achicar la capacidad de financiación del BM y de los bancos regionales de desarrollo, sobre todo en lo que a los préstamos concesionales (de bajo tipo de interés) se refiere; esto es, respecto a los Estados más endeudados y empobrecidos. En este sentido, se apuntaba que los créditos multilaterales (que deberían disminuir) y la propia AOD (que sería preciso incrementar) se deberían transformar en estos casos en donaciones, con contraprestaciones claras para el acceso a los mercados y territorios de los países «beneficiarios». Y que estas donaciones deberían ir destinadas directamente a empresas (transnacionales) de servicios (de educación, sanidad,

etc.) o en ocasiones a ONGDs, sin pasar dichos fondos a través de los Estados respectivos. Cabría entender que detrás de esta propuesta (que volvería a resurgir más tarde, de alguna forma, en la cumbre de Monterrey) se encuentran las posiciones de la derecha más dura estadounidense, con su intención de acabar con todo lo multilateral (entre otras instituciones, hasta con el BM), y favorecer directamente a sus empresas, marginando absolutamente a los Estados periféricos y consiguiendo al mismo tiempo el acceso irrestricto a los espacios favorecidos por estas medidas «filantrópicas».

Dolarizaciones, fin de la burbuja, 11-S y colapso de Argentina

En los últimos años, y más en concreto quizás desde 1999-2000, los acontecimientos parece que se aceleran a todos los niveles. Y el plano monetario, financiero y especulativo, en suma la tremenda potencia de las fuerzas del dinero, que operan ya prácticamente sin control, es quizás el principal responsable de esta loca deriva. Por un lado, hemos podido observar cómo se ha plasmado la transición hacia el dólar como moneda de curso legal en diversos países latinoamericanos, incapaces de hacer frente a la hiperinflación, a las crisis bancarias y al pago de su deuda, y en suma de defender ya sus propias monedas. Ecuador, Guatemala y El Salvador son buena muestra de ello. Estos países han rendido su soberanía monetaria a EE UU, con brutales consecuencias económicas, sociales y políticas (reducción del dinero en circulación, fuerte subida de precios, pérdida para el Estado de los beneficios de emitir moneda, pago de intereses por utilizar una divisa foránea, incremento

de la dependencia exterior, polarización social extrema, quiebra de la pequeña actividad económica, precarización y exclusión masivas...)[9]. Otros países del Cono Sur se encuentran ya en la antesala de tal decisión, con sus economías fuertemente dolarizadas, aunque todavía cuentan con una moneda propia de curso legal; cuya conservación les cuesta enormes esfuerzos debido a la fuerte dependencia del capital exterior, la deuda acumulada, la pérdida de confianza interna y externa, y los ataques de los especuladores internacionales. Algunos autores han apuntado que esta estrategia que promueve el FMI —la de la total dolarización en casos de gran debilidad institucional e incapacidad de hacer frente a los compromisos externos (p. ej., Ecuador)— es consecuencia del interés de EE UU en vincular directamente a economías enteras al dólar, ante la amenaza que pueda suponer, a medio plazo, la irrupción del euro (desde 1999) como divisa de reserva internacional, por la pérdida de derechos de señoreaje[10] que ello le puede suponer (Carchedi, 2000). De hecho, parece como si el capitalismo global se orientara, poco a poco, hacia un universo monetario de dos o tres divisas (el dólar, el euro y, tal vez, el yen o quizás, a medio plazo, el yuan).

9. A ello habría que añadir la incapacidad de los bancos centrales respectivos (ya meras figuras decorativas) para poder actuar como prestamistas en última instancia en caso de crisis bancarias; y que al hacerse imposible la devaluación, la competitividad se garantizará bajando aún más los costes laborales.

10. Los derechos de señoreaje son los beneficios que obtiene un Estado al emitir «dinero papel». Serían los ingresos que éste recibe sustrayendo al valor facial de los billetes o monedas que pone en circulación el coste real de emitir dicho dinero. En el caso de un Estado (o grupo de Estados) que emite una moneda de circulación mundial, como el dólar (o el euro), y que es aceptada como divisa de reserva internacional, estos beneficios se amplían considerablemente, suponiendo una especie de crédito del resto del mundo para el Estado (o grupo de Estados) que emiten la divisa en cuestión.

Por otro lado, en los espacios centrales, y en especial en EE UU, se asiste desde marzo de 2000 —como ya se ha mencionado— al inicio de la explosión de la burbuja financiero-especulativa, que se refleja primero con mayor intensidad en el Nasdaq, es decir, en los valores tecnológicos, pero que también alcanza de lleno a Wall Street. Se rompe a partir de entonces el mito de que los mercados financieros pueden evolucionar indefinidamente al alza, al margen o muy por encima de lo que acontece en la «economía real». Y ante el temor de que ésta también se frene y arrastre a una caída aún mayor de los mercados financieros, y viceversa (por la evaporación del llamado «efecto riqueza»), la Reserva Federal estadounidense procede a fuertes rebajas de los tipos de interés para mantener la actividad económica, especialmente el consumo, y para sustentar los mercados financieros. Más tarde, los atentados del 11-S y, en especial, el ataque a las Torres Gemelas, pieza clave del corazón financiero de Occidente, significaban un acontecimiento de enorme trascendencia en el cuestionamiento de la hegemonía de EE UU —y en especial del llamado Régimen Dólar-Wall Street— por la pérdida de confianza que podían inducir, a escala global, en el mantenimiento de los parámetros que garantizan su funcionamiento: un dólar fuerte y un intenso flujo de capitales del resto del mundo hacia EE UU, y en concreto hacia Wall Street. Es por eso por lo que uno de los objetivos de la respuesta militar sobre Afganistán era relanzar la fortaleza del dólar, que se vio afectada por los atentados, y hacer remontar las cotizaciones de Wall Street, que habían caído fuertemente tras el 11-S, y hasta el 7 de octubre, fecha de la intervención militar. El ataque sobre Afganistán apuntala al dólar y produce un rebote espectacular en Wall Street, que recupera el terreno perdido y supera las cotizaciones previas al desmoronamiento de las Torres

Gemelas[11]. Y al mismo tiempo, el paquete de medidas excepcionales que se pone en marcha con ocasión del 11-S (fuerte bajada adicional de los tipos de interés, relanzamiento del gasto público en materia militar, ayuda económica a los sectores afectados por la crisis, intensa bajada de impuestos...) pretendía también, entre otros objetivos, impulsar el crecimiento económico como sea, pues si no, se podían ver afectados los mercados financieros.

De repente, el crecimiento económico se convierte en una verdadera obsesión, pues no sólo había caído el crecimiento en las Periferias, sino que ahora el desplome afectaba también a los propios espacios centrales y, dentro de ellos, a EE UU. Si no se relanzaba el crecimiento económico se podía producir una verdadera deflación mundial (lo que hoy en día está empezando a suceder); es decir, una caída de los precios de todo tipo de activos (incluidos muy probablemente los inmobiliarios, donde hasta ahora se han refugiado gran parte de las inversiones que huían de los mercados financieros) y, por consiguiente, una evaporación de la riqueza ficticia acumulada de consecuencias imprevisibles. Aparte de que se podía generar un proceso de quiebras en cadena, pues si no hay crecimiento, no se puede pagar el endeudamiento creciente en el que se ha incurrido; incluido el endeudamiento contraído poniendo como aval los activos inmobiliarios, con precios absolutamente inflados en algunos países centrales (entre ellos, el Estado español).

11. Aunque en los últimos tiempos siempre que EE UU ha mostrado el «músculo militar» se ha reforzado el dólar y, en general, ha subido Wall Street, en este caso parece que además también se produjo una acción de la Reserva Federal comprando «futuros» sobre el índice de Wall Street. Una manera de ayudar a arrastrar al valor subyacente, utilizando menos dinero del que sería necesario si se hubiese actuado directamente en Wall Street.

Y es curioso cómo para relanzar el crecimiento los países centrales pueden alterar las políticas neoliberales cuando hace falta, apoyados y animados por el FMI, si bien dentro de ciertos límites; pero estas políticas anticíclicas no son factibles para los países periféricos en el actual marco financiero global.

Por otro lado, el presente régimen de acumulación mundial progresivamente financiarizado hace que, cuando un país periférico es alcanzado por una crisis monetario-financiera, se le impongan unas recetas que profundizan aún más la recesión, provocando lo que se llaman «*sudden stops*» (paradas bruscas). El FMI les obliga a devaluar de forma intensa sus monedas (si no lo hacen los propios mercados financieros), lo que encarece bruscamente sus importaciones —sobre todo de petróleo (para los países no OPEP)— que no pueden financiar; les conmina a elevar fuertemente los tipos de interés (que llegan a alcanzar tasas usurarias) para volver a atraer al capital foráneo, lo que yugula la actividad económica interna, colapsando el crecimiento y produciendo una fuerte transferencia de capitales de los sectores productivos a los financiero-especulativos (controlados, además, por el capital exterior); y les induce a reducir activamente un gasto público mermado para garantizar el servicio de la deuda (agravada por la devaluación), lo que implica un fuerte impacto social. Todo ello precipita a los países periféricos a una auténtica sima económica, con muy graves repercusiones políticas y sociales. El sueño del «desarrollo» posible y de un Estado independiente, con capacidad para actuar de forma autónoma en beneficio de sus «ciudadanos» por las procelosas aguas del capitalismo (financiero) global, ha terminado de desmoronarse por fin, si es que alguna vez existió realmente.

Y eso es lo que ocurrió en Argentina, hasta entonces un alumno modelo del FMI, cuando el 19 y 20 de diciem-

bre de 2001 el presidente electo, De La Rúa, tuvo que salir en helicóptero de la Casa Rosada huyendo porque las masas argentinas, al son de las cacerolas, salieron a la calle gritando: ¡Que se vayan todos! ¡Que no quede ni uno solo![12] El rechazo a toda la clase política era absoluto, así como a las instituciones financieras internacionales. La paciencia humana había llegado al límite y el «factor humano» había irrumpido por fin en escena, haciendo saltar por los aires lo que dictaba el FMI y lo que debían imponer como consecuencia las elites políticas. Los temerosos dirigentes que le siguieron no tuvieron más remedio que declarar la suspensión de pagos de una abultadísima deuda externa (de más de 150.000 millones de dólares, cuando en 1976, año del golpe militar, era de sólo 7.500 millones de dólares) (Partnoy, 2002), rompiendo las reglas de juego del capitalismo financiero global. Se veían obligados, además, a quebrar la paridad «un peso-un dólar» (establecida por ley), que ya no se podía mantener, pues se había secado el crédito internacional; sobre todo después de que el Gobierno en funciones declarara la suspensión del pago de la deuda y de que el FMI declarara que no «ayudaría» al Gobierno argentino en dichas circunstancias. Las consecuencias internas serían también pavorosas, pues las «clases medias» argentinas vieron esfumarse (por la pesificación de sus cuentas en dólares) gran parte de sus ahorros de toda la vida y se quedaron sin poder acceder al resto por la existencia del «corralito». Las grandes fortunas se habían adelantado y habían sacado antes el dinero (en dólares) del país, por eso se estableció el «corralito». El Gobierno era incapaz, pues, de garantizar la sacrosanta ley de la economía de mercado: la propiedad privada, a sus «clases medias». Y el resto de la sociedad hacía tiempo que estaba en el abismo, como resultado principalmente de los planes de ajuste estructural del FMI y el BM desde los ochenta.

Se abría, pues, una nueva etapa en la gestión de las crisis monetario-financieras internacionales, que era una lógica consecuencia de las tensiones y posicionamientos encontrados —más arriba mencionados— sobre cómo actuar en escenarios similares. Si bien, en este caso, se daba una serie de elementos nuevos de gran importancia: el hecho de que se declarara el impago de la deuda externa, sobre todo por la presión social; la enorme cuantía de la misma y la incapacidad del país para seguir endeudándose; la actuación de la nueva Administración Bush, pues era su primera intervención en una crisis de esta envergadura; y el hecho de que se produjera tras el 11-S, cuando EE UU estaba mostrando un posicionamiento cada vez más «unilateralista» en los asuntos mundiales. Además, se quería utilizar el caso de Argentina como un aviso para navegantes, en el sentido de que se podía dejar caer en el abismo a países enteros, si rompían las reglas del juego.

La actuación del FMI en la crisis argentina, negándose a aportar más fondos, mejor dicho, más créditos, tiene que ver con todo esto. Como decía su vicepresidenta Anne Krueger (2002): «para qué vamos a seguir aportando créditos a un país que no paga». Y añadía: «*los países* —como las empresas y los particulares— *deben pagar sus deudas y sufrir cuando no lo hacen*. De otro modo, la gente no estaría dispuesta a prestarles dinero y les resultaría mucho más difícil financiar las inversiones [...] Una respuesta sería que el FMI prestara a un país todo el

12. Unos días antes, el ministro de Economía, Domingo Cavallo, con plenos poderes desde hacía unos meses, había impuesto el llamado «corralito», por el que los ciudadanos argentinos veían vedado el acceso a sus cuentas bancarias para disponer libremente de sus fondos, ante la sangría de éstos que se estaba produciendo por la quiebra de la confianza pública en el sistema monetario-financiero.

dinero que éste necesitase para reembolsar la deuda a sus acreedores. Pero esto sólo serviría para que los países acumularan deudas indefinidamente. Además, el FMI tiene recursos limitados, por las reservas de los Estados miembros a emplear el dinero de sus contribuyentes para ayudar de emergencia a los acreedores privados [...] *Los inversores y prestamistas serían mucho más imprudentes si vieran que el FMI espera en el banquillo para garantizarles que les devuelven el dinero*» (los subrayados son nuestros).

Pero tal vez la forma concreta en que se ha desarrollado la actuación del FMI tenga que ver también, por qué no, con el hecho de que los vínculos de Mercosur —y en concreto de Argentina— en los últimos tiempos con el capital europeo y su comercio con la UE son más intensos que con EE UU (Barón, 2002). Y con la circunstancia de que Mercosur es una alternativa regional, que entra en conflicto con el interés de EE UU de impulsar el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Existe un interés manifiesto de EE UU en someter el área de Mercosur a sus designios y en desactivar este proyecto propio de los principales países de América Latina (Argentina y Brasil), al margen de México, así como en reducir la influencia europea en la región. De hecho, desde Bruselas y distintas capitales comunitarias, y en especial desde Madrid[13], se reclamaba insistentemente que actuase el FMI, pues la crisis argentina estaba afectando al capital europeo en la región; pero en Washington parecía que no se oían (o no se querían oír) estas voces provenientes del otro lado del Atlántico norte. El

13. El propio Gobierno español organizó un crédito puente de 800.000 millones de pesetas para «ayudar» al Gobierno argentino, ante la fuerte exposición de las empresas españolas en dicho país. Este préstamo fue votado *a posteriori* en el Parlamento, con el apoyo del PSOE, sin ningún tipo de debate.

divorcio entre las dos orillas era manifiesto. De cualquier forma, una vez que se decide dejar de «ayudar» a Argentina, se plantea un nuevo problema, que muy probablemente se va a manifestar cada vez más en el futuro: ¿qué se hace con un país que no paga?

Ley de Quiebras Internacional, Consenso de Monterrey y «Guerra Global Permanente»

El anterior secretario del Tesoro estadounidense de la Administración Bush, Paul O'Neill, ya avanzó la propuesta de resolver los problemas de incumplimiento de la deuda soberana de los Estados mediante una traslación a escala internacional de la Ley Federal de Bancarrotas de EE UU. Lo cual implica que los acreedores internacionales deberían pasar a hacerse con los activos físicos y las rentas públicas de las naciones deudoras; es decir, una especie de Ley de Quiebras Internacional que, al igual que las existentes a nivel estatal, establezca un procedimiento reglado para que los acreedores se puedan resarcir del quebranto ocasionado (es decir, recuperar parte de lo que se les debe), al no poder pagar el deudor sus compromisos adquiridos. Hasta ahora no existe nada igual a escala mundial, pues los Estados, en el plano jurídico internacional, en principio, hasta ahora, no se pueden declarar en quiebra. Pero, como decía la vicepresidenta del FMI, Anne Krueger (2002), «cuando las deudas de un país llegan a ser insostenibles, resolver el problema pronto y de forma ordenada redunda en beneficio de todos» (los acreedores, cabría añadir quizás mejor); si bien uno de los principales problemas que se plantea es cómo se garantiza, y quién lo hace, que los acreedores se

hagan con los bienes y las rentas del Estado que se declara en quiebra.

En definitiva, no es sólo que el Estado moroso haya perdido su soberanía económica y monetaria, sino que se haría preciso establecer algún tipo de intervención exterior (¿político-militar?), con todos los problemas que ello acarrea, para hacer que las resoluciones se cumplan. Como decía asimismo Anne Krueger (2002): «una de las barreras para demandar a los Gobiernos deudores es la dificultad de localizar y confiscar sus bienes». Además, la deuda externa de los países periféricos en los ochenta había sido contraída con un reducido número de actores (grandes bancos y Estados centrales), pero en la actualidad existe una multitud de acreedores desde que los Estados periféricos han recurrido a la emisión de títulos (bonos) en los mercados para financiarse, aparte de a los créditos a corto plazo de los bancos. Esto complica el problema de la acción colectiva. De cualquier forma, como planteaba también Anne Krueger (2002): «Una vez que la reestructuración haya sido aprobada por una mayoría suficiente de acreedores, los que no estén de acuerdo con ella estarán obligados a aceptarla».

Todo esto sucedía cuando se preparaba la conferencia de Monterrey (febrero de 2002) sobre «Financiación del Desarrollo», impulsada conjuntamente por NN UU, el FMI y el BM; es decir, poco tiempo después de la suspensión de pagos de Argentina. En esta conferencia el protagonismo del FMI y el BM era manifiesto, y especialmente se podría resaltar el papel del FMI; no en vano el presidente de la conferencia era el antiguo director gerente del FMI durante los años noventa, Michel Camdessus, cuando este organismo actúa descaradamente en beneficio de los acreedores internacionales en las crisis monetario-financieras que sacuden las Periferias Sur y Este. Michel Camdessus, al que se le acusó de hacer del FMI

una prolongación del Departamento del Tesoro de EE UU, y en especial de Wall Street, es un personaje odiado en la inmensa mayoría de los países periféricos, que conocen muy bien cuál es la medicina que aplicó; y, además, durante su mandato se habían llegado a producir —como se ha comentado— enfrentamientos públicos con el BM. La decisión, pues, de nombrarle presidente de la conferencia, aparte de polémica, no es por supuesto baladí y parece indicar cuál es la relación de fuerzas mundial que se establece en un capitalismo global de base crecientemente financiera. Aun así, los resultados de la conferencia, el llamado Consenso de Monterrey, se puede decir que son más o menos una prolongación de las conclusiones del Informe Meltzer ya mencionado, que pretendía ser una síntesis entre las posiciones del capital transnacional productivo y las del financiero especulativo, aunque se inclinase hacia los intereses de este último.

En el Consenso de Monterrey se incluyó, por supuesto, una referencia a la necesidad de establecer una Ley de Quiebras Internacional[14]. Sin embargo, la Administración Bush impidió cualquier debate público en torno a la aguda crisis que estaba afectando a Argentina, uno de los países más modernizados del «Sur», y a la posibilidad de que situaciones similares pudieran afectar a otros países periféricos, sean grandes o pequeños, más modernizados o menos. Todo lo que se les decía a éstos, que asistían como convidados de piedra a la Conferencia, era que la fórmula para «luchar contra la pobreza» pasaba por incrementar las inversiones foráneas y por impulsar la apertura de sus mercados; es decir, por profundizar en la dependencia del capital exterior. Pero sazonado, ade-

14. A aplicar cuando el nivel de endeudamiento de un país periférico fuera insostenible, debiendo en este caso los deudores y acreedores compartir responsabilidades, de acuerdo con la retórica empleada.

más, con la absoluta necesidad de garantizar (y ampliar) los derechos de la propiedad privada en sus territorios, sobre todo de carácter corporativo o transnacional, a través del imperio de la ley para defender estos derechos; y, por consiguiente, la prioridad de la reforma de sus Estados para que todo ello tenga lugar. A eso se le llama eufemísticamente «buen gobierno» (*good governance*). Eso sí, se les proponía también «atenuar las repercusiones de una inestabilidad *excesiva* de los mercados financieros» (CDM, 2002) (el subrayado es nuestro). Un programa verdaderamente revolucionario. Y para ello se abría la posibilidad, sin mayores precisiones, de que el FMI pudiese llegar a emitir Derechos Especiales de Giro (DEG) —una especie de dinero internacional— para hacer frente a sus problemas de liquidez ante la posibilidad de futuras crisis monetario-financieras[15], sobre todo con el fin de impedir el contagio a otros países. Se mencionaba, no obstante, que los fondos que se arbitrasen para solventar crisis monetario-financieras no debían menoscabar la «ayuda al desarrollo», que se debería incrementar[16], para que, por fin, «el siglo XXI sea el siglo del desarrollo para todos» (CDM, 2002); aunque, eso sí, se señalaba explícitamente que esa ayuda debería estar condicionada a la implantación de las reformas «pro mercado» más arriba señaladas, es decir, al «buen gobierno». Esto es, si no hay «buen gobierno» para los intereses del

15. Hasta ahora el FMI ha tenido una capacidad muy limitada de emisión de DEG's, reducida a contadas ocasiones, pues los Estados centrales, y en concreto EE UU, no han querido perder los derechos en exclusiva de emitir dinero fiduciario, esto es, «dinero papel».

16. Es más, se llegaba a plantear, en línea con lo avanzado por el Informe Meltzer, la posibilidad de que la ayuda a los países más pobres fuera en forma de becas, es decir a fondo perdido, pero eso sí, con la condición de que la provisión de los servicios fuera realizada por empresas del «Norte», o por ONGs, al margen de los Estados, y a cambio, por supuesto, de las reformas estructurales precisas.

capital transnacional, pues no habrá «ayuda al desarrollo». Más claro, el agua.

Y cómo no, se dedicaban también unas líneas a la necesidad de la represión de la financiación del «terrorismo internacional» que debe implicar a todos los Estados del mundo (como parte de la lucha del «Bien» contra el «Mal», añadiríamos nosotros). Pero estas líneas tienen una enorme importancia, pues significan que si no hay apoyo político a las estrategias de «lucha contra el terrorismo», a la «guerra global permanente» y, en la actualidad, a la más que probable guerra contra Irak, pues no se materializarán las «ayudas» (en concreto, de EE UU) y se dificultarán los créditos internacionales. Eso permite entender el apoyo total que ha cosechado EE UU en la votación del Consejo de Seguridad en la resolución que especificaba la vuelta de los inspectores a Irak, en unas condiciones y bajo unos supuestos que hacen que las NN UU hayan sido tomadas como rehén para «legitimar», en gran medida, una intervención militar de EE UU y Gran Bretaña sobre Irak decidida ya de antemano. No hubo ningún voto en contra entre los distintos miembros del Consejo de Seguridad, ni tan siquiera una abstención, y hasta Siria, un país árabe, votó a favor. Lo cual es un perfecto síntoma del poder del dinero. Monterrey, pues, marca un hito en el sentido de que los países periféricos no sólo deben aceptar la lógica económica del capitalismo (financiero) global, sino asimismo la lógica política y militar que éste, bajo el liderazgo indiscutible de EE UU, está imponiendo.

Los representantes de las burocracias estatales de dichos países allí presentes, que operan en íntima connivencia con las elites locales, absolutamente cooptadas ya, en general, por los intereses del capitalismo global, saben que no les queda más remedio que aceptar dichos designios, porque ya no tienen otra opción, aunque ello

pueda suponer que sus ciudadanos se echen a la calle algún día para pedirles también a ellos: ¡Que se vayan todos!; si es que el cuerpo social tiene capacidad de respuesta todavía, y no ha caído ya en un estado de caos y desintegración absoluta. Y para garantizar los intereses de este capitalismo global de base crecientemente financiera muy probablemente no quede otra alternativa que embarcarse en dicha Guerra Global Permanente; especialmente por la probable necesidad de alguna modalidad de intervención exterior en los Estados periféricos que quiebren —es decir, que no paguen su deuda externa—, con el fin de confiscar bienes que puedan resarcir a los acreedores internacionales, pues dichas quiebras prometen ser cada vez más frecuentes. Éste es otro componente más, de enorme importancia, que explica por qué la Administración Bush, que gestiona el país que es la máxima representación de este tipo de capitalismo, se ha embarcado en esta cruzada con ocasión de los acontecimientos del 11-S.

IV.
De la crisis del Régimen Dólar-Wall Street a la guerra contra Irak

EL ROTO — *El País*, 3 de julio de 2002

«¿Por qué han fallado los sistemas de control en las empresas que funcionaron bastante bien en el pasado? La raíz está en el rápido crecimiento de las capitalizaciones bursátiles a finales de los noventa, que generaron incuestionablemente un desmedido incremento de las oportunidades para la avaricia. Una codicia infecciosa pareció apoderarse del mundo de los negocios [...] *El fraude y el engaño son robos de propiedad* [...] *Perversamente se crearon incentivos para inflar las ganancias con el fin de mantener altas y al alza las cotizaciones* [...] *La falsificación y el fraude destruyen el capitalismo y la libertad de mercado y a largo plazo los fundamentos de nuestra sociedad.»*

Alan Greenspan,
comparecencia ante el Senado de EE UU, 16-7-2002

«El beneficio empresarial sin límites era lo más importante en los mercados, sin que nadie pensara en el mañana.»

George Bush,
declaraciones en Wall Street, 14-7-2002

Enronitis, caída de las bolsas, crisis del dólar y la «amenaza» de Sadam

En plena intervención militar sobre Afganistán se produce la quiebra espectacular de Enron, un gigante energético mundial, con actividades también en múltiples campos, y empresa maestra en la manipulación contable, en la creación de ciertos productos financieros y en centrifugar sus deudas hacia «entidades» periféricas. El valor de sus acciones pasa a ser prácticamente nulo en pocas semanas. La caída de Enron (con la destrucción de miles empleos y sus respectivas pensiones) se lleva por delante asimismo, al poco tiempo, a otro gigante: Arthur Andersen, la supervisora de sus cuentas, y una de las cinco grandes de la auditoría y consultoría internacional, verdaderas gestoras de la trastienda del *corporate governance*

global[1]. Las conexiones de Enron con la Administración Bush salpican a ésta de lleno, erosionando la cota de popularidad alcanzada por el presidente en su guerra contra el «terrorismo». Pero Enron era tan sólo la punta del iceberg. Decenas de otras grandes empresas se demuestra en las semanas y meses posteriores que están igual o peor. Enron no es un caso aislado. El llamado *corporate governance* (gobierno corporativo) se muestra tal cual es. En su loca carrera por crear «valor para el accionista» y atraer a inversores hacia sus títulos cualquier acción es válida, con el fin de «resaltar» los beneficios y ocultar «creativamente» las pérdidas o los costes. Es todo Wall Street el que está infectado. Y dicha enfermedad está instalada también, por extensión, en los mercados financieros del mundo entero, en mayor o menor grado; si bien el foco vírico está claramente situado en Wall Street, cuna del *corporate governance* y en donde se han llegado a dar sus niveles de fiebre más altos.

Conforme se van destapando los diferentes «escándalos» de «contabilidad creativa», los valores de las empresas afectadas se precipitan en el vacío. Lo que arrastra a otros títulos tras de sí, en una especie de bola de nieve que parte de Wall Street, el mercado financiero por excelencia, y que afecta a las bolsas de todo el planeta, en

1. Estas empresas gigantes (además de Arthur Andersen —ya desaparecida— están KPMG, Deloitte and Touche, Ernest and Young y Price Whaterhouse), con presencia mundial, que emplean en torno a medio millón de personas, «se han convertido en las enfermeras y los cirujanos de la globalización a favor de las transnacionales y las finanzas», que ayudan a toda la estrategia corporativa de evasión fiscal, reducción de costes laborales, etc. Estos gigantes empresariales nunca han detectado ni tan sólo un escándalo contable, a pesar de ser las responsables de las auditorías (obligatorias para todas las empresas que cotizan en bolsa), pues han compaginado también dicha función, al menos hasta ahora, con la consultoría a las mismas empresas (Simms, 2002).

especial a las de los países centrales y muy en concreto a las europeas. Se disuelve, pues, en el aire el capital (ficticio) especulativo de las bolsas, alcanzando la caída bursátil aproximadamente el 50%, como media mundial, en octubre de 2002, respecto de marzo de 2000 (*El País*, 10-11-2002). Y con los valores de los títulos se desploma igualmente la confianza no sólo en todo el entramado corporativo, sino también en el financiero, pues saltan a la luz igualmente «escándalos» de los llamados bancos de inversión, en su actividad de cara a los pequeños inversores (caso de Merrill Lynch, p. ej.[2]). Y hasta las agencias de *rating* parece que recibieron pagos de grandes empresas para no rebajarles la calificación de su deuda. De repente, parece como si todas las empresas y los altos ejecutivos estuviesen bajo sospecha. Y el pequeño inversor, el protagonista desconocido del «capitalismo popular», se pregunta si todavía se puede confiar en alguien, ya que sufre en carne propia el lado amargo de su juego «inocuo» en los mercados financieros, cuando hasta hace poco sólo conocía su cara más amable, la de las ganancias fáciles y en muchos casos espectaculares. *The New York Times* llega a publicar un artículo bajo el sorpresivo título: «¿Sobrevivirá el capitalismo a los capitalistas?», que define en pocas palabras la situación. Y el humorista Plantu, en una viñeta sensacional en el periódico *Le Monde*, muestra a un par de presuntos miembros de Al Qaeda que miran asombrados a un conjunto de edificios emblemáticos que se desmoronan —Wall Street, Enron, WorldCom...—, mientras comentan entre sí: «ya no hace falta derribarlos, lo hacen ellos solos».

2. Los analistas de Merrill Lynch recomendaban a sus clientes comprar títulos de empresas con las que mantenían determinados vínculos de negocios. Más tarde, se ha demostrado que era una práctica común en los bancos de inversión.

La vorágine es tan espectacular en unas pocas semanas, en el verano de 2002, que el presidente George Bush se ve obligado a acudir a Wall Street, a clamar por la necesidad de establecer la «responsabilidad corporativa», amenazando con endurecer los delitos de fraude y manipulación contable. La confianza en torno a las (cuentas de las) compañías que cotizan en Wall Street es absolutamente clave, pues si no, no acudirán los inversores de EE UU y del resto del mundo, y ello alterará los equilibrios básicos, internos y externos, de su economía (financiarizada). De hecho, en paralelo al desinfle de Wall Street y a la retirada de inversiones, el dólar empieza a devaluarse de forma considerable (ver figura 2), y se llega a temer por una bajada abrupta de éste, pues al mismo tiempo las crisis monetario-financieras se enseñorean también sobre Uruguay y Brasil, como veremos más adelante. Ante estos acontecimientos, la presión es

El País, 28 de diciembre de 2002

tal que el Congreso logra en un tiempo récord, en pleno «descanso» veraniego, consensuar una nueva legislación sobre una regulación más «estricta» de la contabilidad y auditoría corporativa, así como el endurecimiento de los «delitos de cuello blanco», relativos a la veracidad de la información que se ofrece a los mercados financieros. Aun así, las llamadas *stock options* no son puestas en cuestión, a pesar de las acusaciones de que son una de las razones principales de los «escándalos» contables. Aquéllas son un elemento clave del *corporate governace* (gobierno corporativo), muy criticadas porque se las relaciona directamente con el intento de los altos directivos de crear como sea «valor para el accionista», corriendo riesgos enormes. De cualquier forma, cuando se empiecen a aplicar los nuevos criterios contables, en vigor desde agosto de 2002, los beneficios de muchas de las corporaciones de Wall Street se desinflarán probablemente aún más; y con ello quizás su valor en bolsa, destruyéndose la capitalización ficticia y provocando seguramente quiebras adicionales. Y es muy probable que tras las quiebras de las grandes corporaciones, veamos en los próximos tiempos, igualmente, quiebras de los grandes bancos de alcance mundial[3] (con las repercusiones que ello puede tener al operar en diferentes países) o de los principales fondos de pensiones y de inversión; pues son éstos los que les han proporcionado los créditos o han comprado su «dinero financiero»

3. En especial los grandes bancos de inversión: Citigroup, JP-Morgan-Chase, Goldman Sachs y Merrill Lynch, que han incurrido en comportamientos de alto riesgo ante la competencia de instituciones no bancarias y que operan en estrecha conexión con los *hedge funds*, facilitándoles «apalancamiento» para sus operaciones especulativas con «derivados». Asimismo, las principales aseguradoras mundiales atraviesan también una aguda situación de crisis, debido a los efectos del 11-S y a las inundaciones en Centroeuropa.

(bonos corporativos) que hoy en día dichas corporaciones no pueden pagar.

Una mayor caída de Wall Street precipitaría una devaluación adicional del dólar; pero si el dólar se devalúa, se devalúa la riqueza de una gran parte de los que la poseen en todo el mundo, ya que la mayoría de los activos de todo tipo están en dólares. Y así, distintos actores en todo el planeta, y no sólo en los países centrales o en el propio EE UU, parecen estar contentos con mantener la realidad ficticia de un dólar alto para evitar importantes repercusiones económicas en el corto plazo. Y es la tiranía del corto (cortísimo) plazo la que condiciona los mercados financieros, aunque después venga el diluvio. Ésta es quizás una de las razones principales por las que desde los distintos centros de poder no se cuestiona (abiertamente, hasta ahora)[4] la nueva estrategia de «guerra global permanente» impulsada por EE UU, una de cuyas razones es la de apuntalar la hegemonía del dólar a través de mostrar como sea músculo militar. «El llamado proceso de globalización financiera hizo que numerosos acreedores de la enorme deuda emitida por EE UU, materializada en dólares y títulos emitidos por entidades ligadas a este país, fueran los primeros interesados en mantener sus cotizaciones. Sólo así se puede entender el apoyo sin precedentes que recibió EE UU cuando el episodio del 11-S amenazó con hundir más la situación crítica que atravesaba la bolsa de Nueva York,

4. Se han suscitado críticas crecientes a la actuación de la Administración Bush entre algunos de sus socios europeos. En concreto Schröder se manifestó claramente en contra de la guerra contra Irak durante las elecciones alemanas, y Chirac también ha llegado a expresar reticencias. Asimismo, Canadá se ha distanciado de una posible intervención. Pero todo ello, antes de la cumbre de la OTAN en Praga, en noviembre de 2002. Después, se producen muchas tensiones que se analizan más tarde en un apunte de última hora.

estrechamente ligada al resto de los mercados internacionales» (Naredo, 2001). Y es también por eso por lo que, ante la amenaza de una nueva caída del dólar y de Wall Street, la Administración Bush adopta una loca huida hacia delante, planteando embarcarse en el futuro cercano en arriesgadas aventuras militares (como la guerra contra Irak) que también están relacionadas con intereses económicos y políticos concretos (control de los recursos petrolíferos y rediseño del mapa político de Oriente Medio), pero que podían ser abordados, pensamos, en parte, al menos por el momento, mediante otras estrategias no tan belicistas y desestabilizadoras.

Es curioso observar cómo los tiempos de la definición de la escalada militar contra Irak coinciden, *grosso modo*, con los momentos más críticos de la reciente evolución de Wall Street y de debilidad del dólar (ver figura 2). Es en junio de 2002, en pleno episodio de escándalos contables y de caída de las cotizaciones, cuando George Bush anuncia en la Academia Militar de West Point la nueva doctrina de su Administración: la de la «guerra preventiva». Más tarde, se produce un periodo de *impasse*, hasta finales de julio, con serias tensiones internas (entre los «halcones» y las «palomas» de la Administración Bush y del Partido Republicano) sobre la conveniencia del ataque contra Irak; tensiones aderezadas por críticas a la potencial actuación unilateral de EE UU contra Irak de prominentes figuras (Kissinger, Schwarzkopf y hasta altos mandos del Pentágono y el propio Al Gore). A finales de julio, no sólo acude Bush a Wall Street, sino que se decanta ya abiertamente por la guerra contra Irak, al tiempo que las dos Cámaras aprueban la nueva legislación contable de las empresas que cotizan. Después, a finales de septiembre, la Administración Bush presenta formalmente al Congreso su nueva concepción militar estratégica, en la que se contempla la «guerra preventi-

va»; en la que se manifiesta taxativamente que «nuestras fuerzas militares serán lo suficientemente fuertes como para disuadir a adversarios potenciales de perseguir una carrera militar tendente a sobrepasar o igualar el poderío estadounidense» (Lewis, 2002); y en la que se declara la voluntad de que EE UU no debe estar sometido a reglas de carácter multilateral. Y es a partir de esta firme declaración de poderío militar incuestionable, y también como consecuencia, más tarde, de la aprobación de la futura intervención contra Irak en las dos cámaras legislativas, del voto unánime después en el Consejo de Seguridad y de haber puesto firmes a sus aliados europeos en la posterior cumbre de la OTAN en Praga, que el dólar se refuerza (a pesar de haber vuelto a bajar los tipos de interés) y Wall Street deja de caer, se estabiliza e incluso manifiesta un cierto repunte en sus cotizaciones.

Al mismo tiempo, esta estrategia militarista le permite a la Administración Bush cubrir el flanco de la legitimidad interna, que empieza a deteriorarse considerablemente, aunque todavía no de forma preocupante. La nueva Administración es visualizada por la población de EE UU como la defensora de los grandes intereses corporativos. Además, muchos de sus miembros provienen del gran mundo empresarial, relacionado con los intereses petrolíferos, incluido el propio presidente, y se han hecho públicos recientemente procesos de manejo de información privilegiada y posible conocimiento de manipulación contable en los que han estado inmersos (Bush y Cheney, entre otros). Todo ello ha tenido un amplio impacto en la llamada opinión pública interna. Y así, ante el temor de que un agravamiento de la crisis económica y financiera incida aún más negativamente en la población estadounidense, sobre todo en aquella que vota (en torno al 50% de la población), que coincide aproximadamente con aquella que juega en bolsa (la

mitad también de la población), la estrategia adoptada es una fuga hacia adelante de corte fuertemente militarista. Especialmente de cara a las elecciones de noviembre de 2002, en las que los republicanos han cosechado un importante triunfo. El objetivo de dicha estrategia es reagrupar a la población en torno a las estructuras de poder político en base al fervor patriótico, intentando desactivar, de esta forma, las posibles críticas que le pueda formular el Partido Demócrata en el frente interno, así como hacer olvidar o acallar los «escándalos» que salpican a la Administración Bush. En el frente externo, el fervor patriótico condiciona y limita las posibles discrepancias partidistas, que las hay, pero que no parecen fundamentales, al menos por el momento, o no se expresan claramente como tales por miedo a parecer débiles... y generar inseguridad. En EE UU hay un enorme temor a que se considere su territorio, y en concreto sus mercados financieros, como un espacio no seguro para invertir. De hecho, se hace gala de que no se defiende la liquidez de la misma forma en Wall Street que en un «mercado emergente», pues para eso está la Reserva Federal de EE UU (Chesnais, 2001).

Es por eso por lo que a Bush no le ha resultado muy difícil obtener el respaldo del Congreso y el Senado en su cruzada contra Irak, si bien ha conseguido un mandato menos amplio y flexible de lo que buscaba; aparte de verse «obligado» a pasar por las NN UU (eso sí imponiendo sus propias condiciones), presionado también por su socio británico, para conseguir una mayor legitimidad. Pero, más tarde, después de la clara victoria electoral en noviembre de 2002 por parte de los republicanos, parece que se produce un cierto cierre de filas en EE UU y se acallan las tensiones en torno a la futura guerra contra Irak. Estas tensiones se habían producido ante el temor del coste económico que ésta pueda suponer, la

repercusión que llegue a alcanzar en el mercado del crudo, el esfuerzo militar necesario y su impacto sobre Oriente Próximo y el mundo islámico, etc. Se ha llegado a hablar de un posible coste de hasta 1.600.000 millones de dólares en los peores escenarios (el coste de la Guerra del Golfo fue de 80.000 millones de dólares), un precio del crudo de hasta 75 dólares el barril (al menos, durante unos meses) y la necesidad de ocupación del territorio (en dichos supuestos negativos) de entre cinco y veinte años (Nordhaus, 2002). Existe un temor, auspiciado probablemente desde sectores económicos (no relacionados con el complejo militar industrial) y algunos minoritarios del mundo financiero, a que una guerra en las presentes circunstancias no diera los resultados apetecidos (como ocurrió con la guerra contra Afganistán), sino que pudiera precipitar la recesión económica, agudizar el déficit estatal, agravar la crisis de confianza en los mercados financieros, incentivar una retirada de inversores de Wall Street[5], precipitar una aún mayor debilidad del dólar a medio plazo y, en definitiva, acelerar la crisis del Régimen Dólar-Wall Street. Y, por consiguiente, a medio plazo también la crisis de la propia hegemonía estadounidense.

Sin embargo, parece que, en general, y especialmente después de la aprobación en las dos Cámaras y de la victoria republicana, se confía en que una intervención militar estadounidense en Irak contribuya también a apuntalar el dólar, evitando una mayor quiebra del Régimen Dólar-Wall Street. Al menos de momento, la actitud extremadamente belicista de EE UU, arropada por las NN UU,

5. Según *The Financial Times*, Arabia Saudí ha retirado ya más de 200.000 millones de dólares de Wall Street. A ello ha contribuido la actitud crecientemente beligerante de la Administración Bush con la monarquía Saudí (*El País*, 22-8-2002).

ha conseguido frenar el declive del dólar. En situaciones de alta tensión internacional el dólar siempre ha tendido a subir, por su papel hasta ahora de divisa refugio internacional, máxime cuando EE UU ha mostrado su tremenda potencia militar. Es curioso cómo los dos países que muestran una actitud más belicista en esta cuestión, EE UU y Gran Bretaña, son los que tienen los mercados financieros en dólares más importantes del mundo, pues la City de Londres posee un mercado en «eurodólares» que es el mayor a escala global, con mucho, después de Wall Street (Lietaer, 2001). Y caso de que el dólar se depreciase bruscamente, se vería seriamente afectada la riqueza capitalizada en dicho mercado y, por consiguiente, los activos financieros que en él se negocian. No sólo eso, una crisis del dólar podría provocar el pánico en los mercados bursátiles, y generar una onda de choque más grave y rápida aún que la de 1929, estallando una aguda depresión-deflación mundial, pues hoy en día están interconectados, en tiempo real, los distintos mercados financieros mundiales (que son, además, mucho más numerosos y potentes que entonces) (Lietaer, 2001). Y sus efectos serían bastante más graves que los de la Gran Depresión, pues el ámbito de la economía monetaria a escala mundial es muchísimo más amplio que en los años treinta. A este respecto, es curioso constatar los apoyos que ha experimentado la más que probable próxima intervención militar en Irak.

El director gerente del FMI ha manifestado en la asamblea general del FMI y BM en Washington, de septiembre de 2002, que no vería como un problema la actuación de EE UU contra Irak, sobre todo si es una guerra corta. El economista jefe del FMI, Kenneth Rogoff, ha alertado en el mismo foro sobre la posibilidad de una bajada abrupta del dólar en las presentes circunstancias; es decir, se podría llegar a entender, si no se producen aconteci-

mientos que alteren los actuales escenarios (esto es, si no hay guerra). El BM, más preocupado por la «economía productiva», ha llamado la atención sobre la repercusión en el crecimiento mundial del alza del crudo que se podría derivar de la intervención militar. Soros, uno de los máximos representantes del mundo financiero, ha planteado que ve conveniente el ataque, aunque es crítico con Bush en otros terrenos. Alan Greenspan opina que la repercusión de la guerra sobre los mercados será bastante limitada (que en el lenguaje críptico que normalmente utiliza supone que para nada se opone a la misma). Gordon Brown, el ministro del Tesoro británico, es curiosamente uno de los más fervientes partidarios de la guerra dentro del gabinete Blair. Hasta *The Wall Street Journal* se ha mostrado claramente a favor de la intervención contra Irak (Lewis, 2002). Y hasta algún analista financiero ha llegado a plantear «recuperar el mercado por la fuerza» (Krugman, 2002) o, lo que es lo mismo, impulsar el dólar y Wall Street a partir de la lluvia de bombas sobre Irak, como sucedió con la guerra en Afganistán. En todas estas declaraciones se justifica, sin ningún rubor, la posibilidad de saltarse por las bravas el marco de relaciones internacionales —que ha prevalecido durante casi sesenta años— por medio de una «guerra preventiva».

Cuesta mucho creer que, teniendo el poder que tiene el capital financiero en el actual capitalismo global y especialmente dentro de EE UU, el poder político y militar estadounidense —por mucha autonomía que tenga, que por supuesto la tiene— sea capaz de embarcarse en un cambio de coordenadas internacionales de este calibre sin al menos el beneplácito (cuando no el apoyo manifiesto, según todos los indicios) del capital financiero. Además, esta estrategia de guerra contra Irak puede también ayudar a desactivar uno de los nubarrones que se ciernen sobre el dólar: la amenaza del euro. Así

pues, en torno a la guerra contra a Irak parece que se mueven bastantes más intereses que simplemente el olor a petróleo y el deseo de rediseñar el mapa geopolítico de Oriente Medio, que ya de por sí es mucho. Muchísimo. Pero aún hay más: el fuerte olor a dinero, que está por encima de cualquier consideración. Y todo parece indicar que uno de los artífices de toda esta estrategia es el asesor directo de Bush, Karl Rove, un hombre de inmenso poder, con fuertes conexiones con el mundo financiero. Como ha dicho *The Wall Street Journal* (19-12-2002), en un artículo titulado «¿Quién dirige la economía de EE UU?», Karl Rove no sólo impartía las grandes orientaciones económicas al ex secretario del Tesoro (O'Neill), sino que «es el poderoso zar político de la Casa Blanca, cuando le dejan sus ocupaciones bélicas». Kart Rove fue el que diseñó toda la estrategia electoral para noviembre de 2002, basada en el monotema de la necesidad de la guerra contra Irak, por la «tremenda amenaza» que supone el régimen de Sadam Hussein.

Sin embargo, a finales de diciembre de 2002, el dólar ha vuelto a su tendencia a la baja (ver figura 2) como resultado de la crisis de EE UU con Corea del Norte, otro componente del «Eje del Mal». El hecho de que el régimen norcoreano haya desafiado a EE UU, en relación con la eliminación de controles respecto de su capacidad para producir armamento nuclear, y las posteriores bravuconadas de Donald Rumsfeld diciendo que EE UU podría mantener dos guerras importantes al mismo tiempo sin problemas, han hecho que los inversores se asustasen ante tanto desvarío y que el dólar se empezase a devaluar otra vez claramente en relación al euro. Ello ha provocado que enseguida saliera terciando Colin Powell, diciendo que en el caso de Corea del Norte la crisis se podría resolver por la vía diplomática, y que George Bush apoyara la postura de su secretario de Estado, descalificando a los «halcones»

del Pentágono en este caso (pues se les había ido la mano), lo que ha suscitado no pocas críticas internas por su incoherencia en materia de política exterior y los dobles raseros a la hora de tratar con los «enemigos externos». Además, Irak posee muy importantes reservas petrolíferas y Corea del Norte no, aunque tenga la posibilidad, real, de desarrollar armas nucleares. Tal vez, el deseo de apuntalar el valor del dólar *manu militari* se demuestre más complicado (y efímero) de lo que parece, sobre todo en un plazo de tiempo no muy dilatado, cuando empiece la guerra contra Irak y los escenarios se compliquen enormemente. Lo que sí es claro, también en este caso, es la importante relación que se establece entre el valor del dólar (en especial respecto al euro, su competidor directo) y la política exterior estadounidense.

Última hora: en el momento en que se cierra este texto (mediados de enero, a unos días de la reunión del Consejo de Seguridad para valorar la «labor» de los inspectores de NN UU) la situación parece que se complica enormemente. Se extiende un clamor mundial de rechazo a la guerra contra Irak. Existe un gran temor entre los dirigentes del mundo árabe musulmán a que la guerra cree una situación insostenible que desemboque, por la presión de la calle, en crisis de sus regímenes autoritarios y corruptos. El nuevo Gobierno turco, de tendencia islámica, un país clave de cara al ataque, intenta distanciarse de la posición de EE UU, a pesar de ser miembro de la OTAN, pues tiene al 90% de su población en contra de la intervención. Y eso a pesar también de las presiones económicas de todo tipo que está recibiendo, cuando atraviesa una situación monetaria y financiera desesperada[6]. Las «opiniones públicas» europeas son

6. Turquía ha sufrido en los últimos años, como resultado de la liberalización de los movimientos de capitales, una importante depre-

contrarias también a una guerra cuyas razones no entienden. Lo cual está presionando a los dirigentes políticos a distanciarse de la posición de EE UU y Gran Bretaña. El propio Blair tiene que lidiar con un creciente escepticismo de su población respecto a la necesidad de ir a la guerra, y se ve obligado a plantear que sería conveniente tener una cobertura de las NN UU que apoye la intervención. Aunque al mismo tiempo manifiesta que si EE UU decide atacar, Gran Bretaña participaría también en la guerra. El presidente de la Comisión Europea, Prodi, y Mister PESC, Solana, después de mantener durante meses un silencio absoluto, se han posicionado contra la guerra. Y reclaman también la vía de las NN UU. El voto de China y Rusia no está claro, si los inspectores no encuentran nada (como hasta ahora) y el Consejo de Seguridad tiene que dar luz verde a un ataque. Francia y Alemania exigen también una doble resolución. Todo ello hace que George Bush al haber acudido, en su día, presionado, a las NN UU para intentar legitimar su ataque contra Irak, y establecer así su nuevo Nuevo Orden Mundial, se haya metido en una auténtica ratonera.

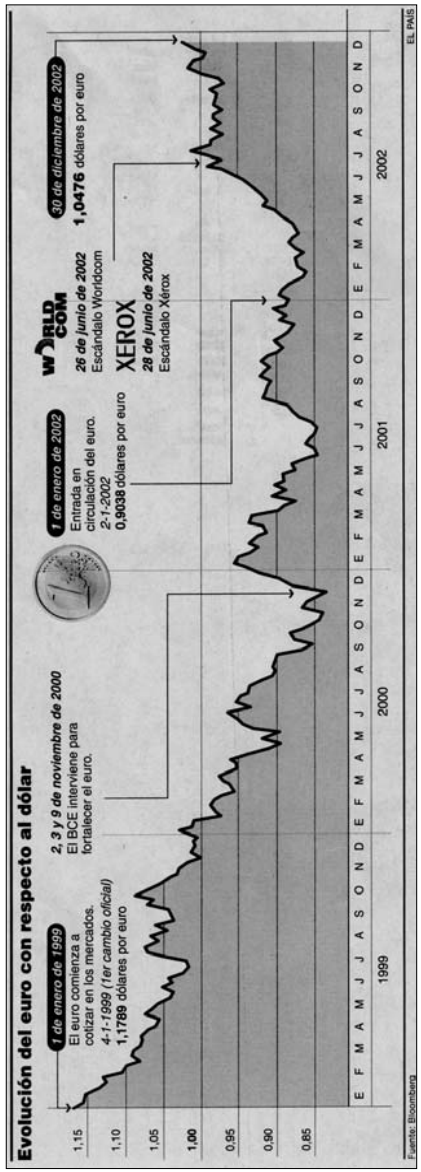
ciación de su moneda, una agudísima inflación, una intensa caída del crecimiento económico y una fuerte crisis de su sistema bancario. El FMI en este caso no ha dudado en «ayudar» a Turquía (al contrario de lo ocurrido en Argentina) por el valor estratégico del país. Y esta «ayuda», por supuesto, ha disparado aún más el endeudamiento externo, creando una situación insostenible. El descontento social se ha manifestado recientemente en las urnas, y los partidos laicos «oficiales» han sido barridos del mapa, consiguiendo la mayoría absoluta un partido de orientación islámica (moderada). Otro factor humano que no estaba previsto. Y ahora, EE UU amenaza con presionar al FMI para que no le dé más créditos, si el nuevo Gobierno no apoya la guerra. Pero la economía turca será una de las más perjudicadas si la guerra se empantana; y el nuevo Gobierno teme, aparte de a su población, que la posible secesión del Kurdistán iraquí agudice las tensiones en la espacio kurdo de Turquía. En fin, un cóctel verdaderamente explosivo, como en todo el mundo árabe-musulmán.

El factor humano ha entrado en juego, y el creciente rechazo de la población mundial a una guerra de incalculables consecuencias no puede ser obviado por muchas instituciones. Aparte de que muchos intereses económicos se verían afectados por la situación bélica. Además, para colmo de males ha estallado la situación en Venezuela, lo que no estaba en el guión, y han caído abruptamente sus exportaciones mundiales de crudo, lo que afecta especialmente a EE UU. Pero si en estas circunstancias se produce un ataque sobre Irak, el crudo se puede poner por las nubes, lo que incidiría en todos los países del mundo, incluido por supuesto en la UE, agravando la situación económica, ya muy deteriorada; de ahí quizás los pronunciamientos de sus dirigentes. Y es ante este cúmulo de factores que los mercados financieros están volviendo a castigar al dólar, y que Wall Street y las bolsas de todo el mundo están empezando a flexionar otra vez a la baja. EE UU, que sigue firmemente decidido a lanzar la guerra, intenta como sea poner orden en todo este jaleo, reclamando el apoyo de la OTAN, lo cual haría, en principio, que sus aliados europeos se tuvieran que plegar al dictado estadounidense; y sopesa la posibilidad de no tener que acudir al Consejo de Seguridad para someter la intervención a una nueva aprobación del mismo. De cualquier forma, la decisión de atacar parece que está tomada de antemano, pues los sectores que han decidido lanzar este fortísimo envite saben que, si el ataque no se materializa, sería una señal indefectible de «debilidad» estadounidense y eso contribuiría a mostrar, en toda su crudeza, los desequilibrios de la economía de EE UU, precipitando con toda seguridad la caída del dólar y de Wall Street. Y en estas circunstancias el euro está subiendo en relación al dólar, y el precio del oro se está disparando.

El reto del euro, la subida del oro y la crisis generalizada de confianza

El euro se ha revalorizado en parte en los mercados de divisas en 2002 (después de casi una caída de tres años, desde 1999, que llegó a superar el 25% en relación al dólar), pero no por verdadera fuerza propia, sino como consecuencia de la debilidad del dólar en el último año (ver figura 3). Y ello a pesar de que la UE está intentando integrar de forma acelerada sus mercados financieros y está acometiendo todas las reformas pertinentes (de desregulación, liberalización y privatización en todos los terrenos: mercado laboral, sistema de pensiones, servicios públicos, mercados financieros...) para poder desarrollar toda la potencialidad del euro e impulsar una actividad financiera potente que pueda competir en mejores condiciones con Wall Street[7]. En definitiva, la UE se está incorporando de forma acelerada al régimen de acumulación financiarizado, y el camino hacia el euro ha sido una vía perfecta para imponer las políticas neoliberales en «Europa»; al tiempo que ha agudizado la competencia dentro del Mercado Único europeo (ya fuertemente intensificada

[7]. Los mercados bursátiles en la UE están menos desarrollados que en EE UU (los mercados financieros de EE UU tienen un volumen de capitalización doble que todos los de la UE juntos) (NN UU, 2001); y, además, en «Europa» las grandes empresas, hasta ahora, han acudido más a la financiación bancaria. Existen distintos procesos de integración de los diferentes mercados bursátiles europeos, entre los que destaca Euronext, que agrupa a las bolsas de Ámsterdam, Bruselas, París y Lisboa. Otro proyecto, el de la integración de las bolsas de Londres y Frankfurt ha embarrancado, por el objetivo de ambas de intentar capitanear los mercados financieros europeos. De cualquier forma, para el 2005 la UE tiene previsto integrar todos sus mercados financieros y dotarse de una nueva normativa sobre OPAs, a escala europea, más acorde con la hegemonía y la lógica del capital financiero, como en EE UU.



El País, 31 de diciembre de 2002

por éste), lo que está favoreciendo a las grandes empresas de la UE, que operan a escala europea, al eliminar también los riesgos y costes cambiarios entre distintas divisas.

Igualmente, el euro está posibilitando una fuerte expansión del mercado de bonos en los mercados financieros europeos para las grandes empresas de la UE, convirtiéndose la moneda única en un importante instrumento para ampliar el dominio del capital europeo a escala continental y mundial. Y, al mismo tiempo, el euro está ayudando a proteger a «Europa» de las oleadas especulativas en los mercados financieros, aunque su población más débil sufre la fuerte subida de precios que ha significado su puesta en circulación. El euro, además, permite superar la base económica del marco, la divisa principal y moneda ancla del antiguo Sistema Monetario Europeo, que era bastante más restringida, posibilitándole una mucho mayor proyección internacional. De hecho, unos 56 países del mundo (sobre todo en Europa del este y África), de los más de 190 existentes, utilizan ya alguna fórmula de nexo de su divisa con el euro. Y en algunos de los países balcánicos el euro funciona ya como moneda de curso legal, es decir, están «eurizados», con todo lo que ello supone para los mismos, como en el caso de la «dolarización». Lo mismo puede ocurrir con los futuros nuevos miembros de la UE, que ingresarán en ésta pero probablemente no en el eurogrupo (por las exigencias que se les impongan y para no «debilitar» la moneda única), aunque lleguen a tener al euro como moneda de curso legal, quedando pues «eurizados»; es decir, con sus mercados abiertos al capital de la UE, formando parte del Mercado Único europeo, pero sin controlar la emisión de moneda y los privilegios que se derivan de ello (y los perjuicios de lo contrario). Aun así, la práctica totalidad de los mercados de materias primas del mundo cotizan todavía en dólares, y la proyección

geográfica, económica y financiera del dólar por el momento es incontestable. Sin embargo, el euro es una seria amenaza para la hegemonía mundial del dólar en el medio y largo plazo (Gowan, 2000; Fdez. Durán, 2002).

Pero el euro, como veremos, tiene por ahora una debilidad congénita, que es la del propio proyecto que le ha dado a luz. Esto es, la debilidad (y complejidad) político-institucional de la UE, y mucho más aún de una UE ampliada, que va a funcionar a «varias velocidades»; y la dificultad, por el momento, de dotarse de un proyecto militar autónomo potente a escala comunitaria, pues hasta ahora a la UE le ha resultado enormemente difícil impulsar una estructura militar propia, y esta situación se ha complicado después de la Cumbre de la OTAN en Praga[8]. Sin esos dos componentes claves el euro no puede ser, por el momento, una alternativa seria al dólar a escala mundial, aunque sí suponga ya un importante reto a su hegemonía. De hecho, se podría decir que el mundo «disfruta» ya de un sistema monetario internacional de corte fundamentalmente bipolar (aunque con dos polos principales de importancia asimétrica). Además, los cambios de hegemonía monetaria a lo largo de la historia no han sido ni tranquilos ni lineales, y en muchos casos han

8. La UE había decidido ya, no sin tensiones, dotarse de una Fuerza de Reacción Europea que debía entrar en funcionamiento en 2003, en la que no participarían la totalidad de los países miembros. Esta fuerza ha tenido serios problemas para plasmarse por la dificultad de poder acceder a la utilización de los medios de la OTAN (Turquía, como miembro de la OTAN, ha puesto hasta ahora importantes problemas para ello). Además, la OTAN (en la que no participan todos los países de la UE) en la cumbre de Praga ha decidido crear una Fuerza de Intervención Rápida, de carácter agresivo, que competiría con la anterior y que supeditaría la estrategia militar europea a la de EE UU. Al mismo tiempo, la entrada en la futura UE de los países del Este, más «atlantistas», va a dificultar adicionalmente el peso de los países de la UE más «europeístas» de cara a la concreción de un brazo armado propio de una UE ampliada.

implicado graves conflictos político-militares y transformaciones profundas en el sistema-mundo capitalista.

En este sentido, la futura guerra contra Irak está consiguiendo erosionar el papel del euro por distintas razones. En primer lugar, está provocando una seria división interna en la UE, debido al apoyo explícito de Blair, Berlusconi y Aznar a la estrategia militarista de EE UU; lo cual contribuye a dificultar una política exterior autónoma de la UE (si es que la tiene) y la concreción de un proyecto político-militar propio. Especialmente cuando está en pleno debate el futuro proyecto institucional de la UE (Convención Europea para 2004), que pretende establecer el complejo funcionamiento de una «Europa» mucho más amplia (25 miembros a partir de 2004) y heterogénea; cuando se ha abordado ya (en Praga) la ampliación de la OTAN a un gran número de países del Este, y cuando esta Alianza Atlántica es una estructura militar claramente dominada por EE UU. Se va a dar el hecho curioso de que muchos de esos países van a ingresar en la OTAN antes que en la UE. Además, una «Europa» a 25 va a dificultar aún más tener una política exterior independiente del gigante estadounidense, pues la mayoría de los nuevos socios son claramente «pro-Bush».

Por lo que se refiere a las razones del apoyo tan incondicional de Aznar, éstas son difíciles de comprender, pues no se pueden explicar sólo en base a los compromisos militares suscritos con EE UU, al rédito político que el PP obtiene en la lucha contra el «terrorismo», al autoritarismo del inquilino de la Moncloa o al protagonismo mundial que el jefe del Gobierno consigue al respecto; sobre todo porque existe un muy amplio rechazo popular a la guerra y porque han existido asimismo, hasta ahora, fuertes vínculos con Francia y Alemania. Quizás cabría hacer una posible interpretación al respecto. España, al igual que EE UU y Reino Unido, manifiesta un fuerte déficit

comercial, que hasta hace poco se había logrado equilibrar por los ingresos vía turismo. Sin embargo, en los últimos tiempos la balanza por cuenta corriente se ha vuelto negativa, lo mismo que le ocurre también a EE UU y a Reino Unido. Pero se ha logrado el equilibrio exterior en esta etapa principalmente porque ha habido una ingente inversión (especulación) extranjera que ha acudido al sector inmobiliario, provocando un boom espectacular de la construcción y de los precios de la vivienda. Si este flujo de capitales desapareciera, los desequilibrios de la economía española se manifestarían en toda su crudeza, más aún por el hecho de que España pierde a pasos agigantados competitividad, por tener una mayor inflación que la media europea (pues ya no puede devaluar su moneda), y se avecina (está ya aquí) una fuerte competencia adicional de los países del Este. ¿Intenta, pues, Aznar mantener la ficción de la fortaleza de la situación española, sumándose al carro de los posibles «vencedores», y dar de esta forma la apariencia de seguridad a los inversores que acuden a especular aquí? Si estos capitales no llegasen, el «milagro español» saltaría literalmente por los aires, lo que de todas formas ocurrirá antes o después.

En todo caso, lo cierto es que una subida de los precios del petróleo, como resultado de la guerra, afectaría más a «Europa» que a EE UU, por cotizarse el crudo en dólares y por la mayor dependencia de la UE respecto al abastecimiento exterior del «oro negro». Y es tal vez ante unos escenarios futuros de enorme complejidad, en los que no existe una alternativa fiable al dólar —pues el euro no lo está siendo claramente por el momento—, que se produce asimismo un hecho absolutamente novedoso en los últimos tiempos. Y éste es el alza espectacular del precio del oro, y lo que ello supone o más bien lo que indica.

El oro parece que empieza a verse como «dinero» otra vez, o más bien como depósito de valor, una de las funciones del dinero[9]. El punto más alto del precio del oro se da en 1979, en plena crisis de confianza respecto al dólar y en pleno estallido de la segunda crisis energética. Otra razón que explica la fuerte subida de los tipos de interés del dólar en aquel entonces. Y es por eso por lo que, desde los años ochenta, los bancos centrales de los países centrales (valga la redundancia) han estado vendiendo oro, como consecuencia de una estrategia promovida por los Estados principales y el FMI para bajar el precio de este metal precioso, con el fin de que el oro no compitiese con unas monedas que ya no estaban respaldadas por ningún vínculo físico. Era preciso que las divisas principales brillaran con luz propia para que actuasen como verdadero dinero internacional (especialmente el dólar); y era también imprescindible que el oro, el metal que a lo largo de la historia había funcionado como el dinero por excelencia, pasara a un segundo o tercer plano o que, incluso, desapareciera absolutamente del universo monetario. Para ello era importante que su precio en el mercado estuviera controlado, a fin de que no actuara o compitiera como depósito de valor. De ahí, las ventas de oro por parte de los bancos centrales. Pero en los últimos tiempos el oro está volviendo a resurgir como el dinero por excelencia, sobre todo en lo que a depósito de valor se refiere. Y la demanda mundial de oro es ahora muy superior a su oferta, por eso su precio sube como la espuma. Pero no son sólo grandes fortunas, grandes empresas o instituciones financieras las que diversifican sus inversiones hacia el oro[10], sino que importantes Estados periféricos, como por

9. Las funciones del dinero son actuar como estándar de valor, unidad de cuenta, medio de pago y depósito de valor.

10. Hay fondos de inversión vinculados al oro, y en la actualidad el IVA para la compra de oro ha bajado en España del 33% al 0%; es decir, que en la actual situación de crisis se está favoreciendo la compra de oro por los poderosos.

ejemplo China e India, no sólo diversifican sus reservas en dólares hacia el euro, ante el temor de la desvalorización del dólar, sino que están empezando a demandar también fuertes cantidades de oro para que sus reservas no se devalúen si cae el dólar; y el euro no actúa como verdadera divisa refugio mundial, que es lo que está ocurriendo. Por eso sube el oro. Los inversores compran oro cuando los activos financieros (denominados en las monedas principales) empiezan a perder credibilidad, porque lo hacen también las divisas respectivas (Wegerif, 2002; De Blas, 2002).

Estas tendencias son una muestra de la profunda desconfianza que empieza a reinar en los principales reductos del poder económico y financiero mundial sobre un capitalismo global atravesado por enormes contradicciones, cuyas perspectivas en el corto y medio plazo —por no decir en el largo plazo— son todo menos halagüeñas; ya que es probable que se conozca próximamente un agravamiento de la crisis, cuyo epicentro sea EE UU, de consecuencias imprevisibles. En este sentido, es posible asimismo que en los próximos meses asistamos no sólo a una continuación de crisis monetario-financieras en la Periferia (las recientes crisis de Uruguay y Brasil son buena muestra de ello), sino a una agudización de las tensiones entre las monedas del núcleo central del capitalismo global: EE UU y UE (Bergsten, 2002). Y por consiguiente a un agravamiento de las tensiones políticas (y tal vez militares) entre ambos bloques. De hecho, dichas tensiones se vienen incrementando soterradamente desde principios de 2002, tras el «fin» de la guerra de Afganistán, si bien hasta ahora no han estallado abiertamente. Es más, los países de la UE se están sometiendo, en general, a la estrategia de EE UU, aunque ya se manifiestan de forma pública en ocasiones las divergencias de criterios e intereses, que han aflorado claramente con ocasión de la futura guerra contra Irak —por lo menos, antes de la cumbre de la OTAN, en Praga—, lo que no había ocurrido en materia militar desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

De cualquier forma, la UE no es un bloque homogéneo, muchos de sus países mantienen una fuerte dependencia de EE UU, y eso le hace más difícil expresar una postura cohesionada. En este sentido, la posición de Gran Bretaña, discrepante con el eje París-Berlín en materia de política exterior y militar común, es muy elocuente. El Reino Unido se está especializando claramente en la «producción inmaterial», en especial en todas aquellas actividades relacionadas con la actividad financiera. No en vano la City de Londres es el principal centro financiero de la UE y uno de los principales del mundo[11]. Sin embargo, este papel se puede ver menoscabado por otras plazas financieras europeas, en concreto por Frankfurt, si Gran Bretaña no llegase a formar parte del euro. Y es por ello por lo que el Reino Unido pretende convertirse en la rótula que ligue a la futura UE con EE UU, intentando consolidar el papel de Londres como principal centro financiero europeo de cara al futuro. En este sentido, la City se promueve asimismo como el centro mundial del comercio de emisiones de CO_2, de acuerdo con el Protocolo de Kioto, un mercado que promete ser espectacular; el Reino Unido intenta jugar esta baza propia a pesar de que EE UU no haya firmado dicho Protocolo, procurando no perder comba, en este campo, respecto a otras plazas financieras del continente. Además, Gran Bretaña siempre ha jugado como plataforma principal de los intereses de EE UU respesto a Europa. Y en la actualidad se presenta como trampolín de la industria biotecnológica estadounidense de cara a la UE, debi-

11. Londres es el mayor mercado de divisas del mundo y posee la mayor concentración bancaria del planeta.

do a su firme apoyo a los alimentos transgénicos y a la investigación con embriones humanos, lo que aún no está «asumido» en el continente. Y el papel de rótula entre la UE y EE UU adquiere aún más relevancia cuando existen presiones a ambos lados del Atlántico norte, por parte de las elites económicas, para caminar hacia un gran mercado transatlántico.

Sin embargo, la incógnita del futuro ingreso del Reino Unido en el euro todavía no se ha despejado, a pesar de que Blair se ha mostrado dispuesto a dar ese paso. La razón es que existe una «opinión pública» muy reticente al respecto, y que los principales sectores económicos y financieros, si bien han mostrado su inclinación a favor de la moneda única, no quieren dar ese paso a cualquier precio, por miedo también a perder margen de maniobra propio. De todos modos, llama la atención que, a pesar de que el Reino Unido no esté en el euro, en la etapa post 11-S ha estado desempeñando un importantísimo papel de cara a la proyección exterior de la UE, especialmente por la fuerte relación que mantiene con EE UU; y que esta actitud está condicionando de forma muy considerable el presente y el futuro del propio «proyecto europeo».

Así pues, debido a todas estas tensiones, la UE ha sido incapaz, hasta ahora, de plantar cara abiertamente a medidas proteccionistas acometidas unilateralmente por EE UU, al margen de la OMC, que lesionaban gravemente sus intereses, tales como el establecimiento de aranceles para proteger su industria del acero o la aplicación de ayudas adicionales a su agricultura. Estas medidas funcionan como una especie de devaluación encubierta del dólar, para defender su propia actividad económica, sin tener que abordar abiertamente una depreciación de su divisa que pudiese afectar negativamente a las cotizaciones de Wall Street; es decir, sin poner en cuestión el Régimen Dólar-Wall Street. El problema que se plantea

es: ¿por cuánto tiempo se puede apuntalar dicho régimen cuando la confianza parece que se desmorona a todos los niveles? Y cuando los especuladores siguen actuando en un entorno absolutamente desregulado, haciendo estallar bombas de relojería que a su vez precipitan un derrumbe mayor de la confianza y de la gobernabilidad, y así sucesivamente. El caso de Brasil es en este sentido paradigmático.

El FMI se «salta» sus (nuevos) «principios» en Brasil por temor a una crisis global

En verano de 2002, en paralelo al derrumbe de las cotizaciones en Wall Street, fruto de la crisis de confianza en la contabilidad de las grandes empresas que allí operan, empiezan a saltar todas las alarmas por la aparición de dos nuevas crisis en América Latina y, en concreto, en Mercosur. Uruguay se veía obligado a levantar otra especie de «corralito», ante la sangría de fondos que estaba experimentando su banca pública y semipública, por la falta de confianza en el sistema bancario, al tiempo que las inversiones extranjeras abandonaban el país y su moneda se precipitaba en el vacío. Y Brasil veía sacudida la cotización del real[12] e incrementados hasta niveles astronómicos el llamado «riesgo país», ante los ataques de los especuladores institucionales y el abandono de la

12. Brasil ya había sufrido un fuerte ataque especulativo contra su moneda hacía cuatro años, que había hecho saltar por los aires el llamado Plan Real de Cardoso. Dicho plan, de fuerte contenido neoliberal, vinculaba el real al dólar, con una paridad uno a uno. En el intento de defender su moneda, entonces, el Banco Central de Brasil había perdido más de 35.000 millones de dólares, y el país se había visto obligado a endeudarse adicionalmente a través del FMI.

financiación privada internacional. La razón, el temor suscitado por la posibilidad de que la oposición política de «izquierdas» (y en concreto Lula) pudiera llegar, a finales de 2002, a gobernar este inmenso Estado. Al principio, el FMI se mantiene al margen, en línea con su teórico cambio de rumbo, y su principal patrón, EE UU, en boca de su secretario del Tesoro, O'Neill, afirma que no se van a dar «ayudas» a estos Gobiernos para que luego acaben en cuentas privadas en Suiza[13]. Estas declaraciones suscitan un alud de críticas, no sólo en Brasil, sino asimismo en la comunidad financiera internacional (de EE UU y la UE) y hasta en el propio Tesoro estadounidense.

Más tarde, O'Neill se ve obligado a rectificar ante la gravedad del incendio que él mismo está contribuyendo a avivar con sus propias declaraciones. La rectificación responde a que la crisis podía llevarse por delante a la principal economía latinoamericana (con más de un 40% del PIB de la región), a las fuertes presiones de Wall Street por sus intereses en la zona y al temor a que la quiebra del gigante carioca (con una deuda externa, pública y privada, de más de 220.000 millones de dólares, cuando en 1980 era de «sólo» 70.000 millones) (Hardy, 2002) pudiera acabar deprimiendo aún más los mercados financieros de todo el mundo, provocando una crisis fuera de control de carácter sistémico. Así pues, el FMI se compromete a «ayudar» a Brasil con 30.000 millones de dólares. Igualmente, a pesar de que el tamaño de la economía de Uruguay es bastante limitado, el FMI arbitra también otra «ayuda» de 1.500 millones de dólares (imponiendo como exigencia que se privatizase la banca pública) que se materializa en cuestión de días, antes de que volvieran a

13. Las declaraciones de O'Neill, que proviene de ALCOA (fue su Consejero Delegado), la principal empresa mundial del sector del aluminio, han suscitado muchas veces las críticas del mundo de Wall Street.

abrir los bancos después de una semana de cierre. En este caso parece que el temor era a que la pérdida de confianza de la población en el sistema bancario se pudiera trasladar a Brasil, y de ahí, quién sabe si a otras zonas del mundo. La confianza es un bien frágil pero clave para que funcione, por ejemplo, el sistema bancario en una economía capitalista[14] que puede quebrarse fácilmente, como se pudo ver en el caso de Argentina, y que una vez que se quiebra es difícil volver a reconstruir.

De ahí quizás la celeridad de la actuación del FMI en Uruguay, y la celeridad también con la que su Parlamento aceptó las exigencias del FMI, pues se reunió en sesión de urgencia para aprobar la privatización de la banca, a pesar de que un 70% de la población uruguaya había rechazado por referéndum, hacía diez años, las privatizaciones del sector público (Galeano, 2002). La prensa recogió que hasta se habilitó un avión desde EE UU para llevar dólares «en metálico», con el fin de que los bancos tuvieran liquidez cuando abrieran, pues Uruguay es una economía fuertemente dolarizada, y la mayoría de los clientes (entre ellos muchos argentinos) que retiraban sus fondos lo hacían de sus cuentas en billetes verdes. Se ha llegado (de forma inducida) a una situación en la que el dólar es la única moneda en la que las clases medias de América Latina confían, hasta ahora, como depósito de valor.

Pero el FMI no se iba a pillar los dedos. Ni EE UU tampoco. EE UU permite al FMI que abra el grifo del dinero para evitar el colapso brasileño y el contagio (el llamado «efecto Samba») a todo el continente (y quizás a todo el mundo). Además, es en América Latina donde EE UU

14. Los bancos no disponen de «dinero en metálico» para poder satisfacer la demanda de todos sus clientes si éstos deciden, de repente, de forma masiva, disponer «en efectivo» del dinero que mantienen en los llamados «depósitos a la vista». Y todo funciona porque hay confianza.

vende principalmente sus productos, y si este mercado se colapsa supondría un verdadero efecto *boomerang* para su propia «economía productiva», que no está para muchos trotes y a la que es preciso ayudar como sea. Y de esta forma se salvan también los intereses de sus principales bancos en Brasil (Citigroup, Bank of America...), a los que se les permite retirarse sin problemas de este país, al que se endeuda aún más con la «ayuda» del FMI. Las instituciones financieras de la UE (entre ellas, las «españolas») estaban altamente implicadas en Brasil y también aplauden la medida. Y, asimismo, al FMI le sirve la promesa de un futuro crédito (pues del 80% del mismo no se podrá disponer hasta 2003) para atar de pies y manos a todos los futuros candidatos a la presidencia. El FMI impone unas condiciones draconianas para acceder al mismo: entre las conocidas, la de conseguir un superávit presupuestario de casi el 4% del PIB para garantizar el servicio de la deuda; y que sólo se irá librando el crédito conforme se vaya pagando, sin problemas, la deuda contraída. Cualquier veleidad, pues, de gasto social del futuro Gobierno queda no sólo descartada, sino, de antemano, bruscamente recortada. A renglón seguido, Cardoso, el presidente anterior, reúne a todos los futuros candidatos para que se comprometan públicamente, es decir, ante sus electores y sobre todo ante los mercados financieros, a acatar las condiciones del FMI. Y a éstos «no les queda más remedio», amenazados por la espada de Damocles del FMI y los mercados financieros, que someterse al poder del dinero, es decir, del capital exterior, y decir amén. A esto ha quedado reducida la democracia, y sobre todo la soberanía, de uno de los principales Estados del «Sur».

Pero nadie ha dicho hasta ahora si el FMI tiene los fondos suficientes para comprometer tal crédito, y si no, de dónde y cómo los conseguirá. De todas maneras, al

FMI le quedan unos meses por delante para lograrlos. De hecho, en la última asamblea del FMI y el BM en Washington, el FMI ha propuesto volver a incrementar las aportaciones de los países miembros. Y, además, se sabe que se intenta comprometer al BM y al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en la aportación de créditos que ayuden a alcanzar dicha cantidad. Hasta se ha llegado a hablar de la posibilidad de que el FMI se financiase en los mercados con el apoyo de los Estados para hacer frente a las crisis (DOT, 2000). Es decir, de la noche a la mañana, se olvidan las recomendaciones de la Comisión Meltzer, los posicionamientos de la nueva Administración Bush y las declaraciones del nuevo equipo del FMI. Muy mal debían (y deben) de estar las cosas para que ello sea así, o muy fuertes debían (y deben) de ser las presiones de Wall Street; es decir, muy grande debe de ser el poder del capital financiero o muy débil debe de ser el poder político tanto en la Periferia como en el Centro. La nueva filosofía parece que se ha quebrado nada más plantearse. Y hasta el FMI y la Reserva Federal de EE UU, según la prensa, instaron a la gran banca internacional a que mantuviera el crédito a Brasil, como medida de apoyo adicional a los créditos del FMI, pues si no, se podía producir la bancarrota total de Brasil.

Eso sí, O'Neill manifestó que la «ayuda» a Uruguay era un «caso excepcional» y que a Brasil se le «ayudaba» porque era un país comprometido con políticas ortodoxas. Lo que, según él, no era el caso de Argentina. Quizás se le debió olvidar manifestar que lo que les debe preocupar del caso argentino es que, aparte de que el Estado no paga (y no tiene visos de poder hacerlo regularmente)[15], el poder político no controla ya a su población y le resul-

15. Está incumpliendo los pagos hasta con el FMI, el BM y el BID, ante el temor a quedarse sin reservas.

ta, por tanto, difícil imponer lo que demanda el FMI y el capital internacional. Y eso que el Gobierno Duhalde está comprometiendo su casi inexistente prestigio interno en intentar aprobar todas las condiciones que le impone el FMI antes de «soltar la guita», en beneficio principalmente del capital financiero internacional[16]. Y tal vez no quieren que esto se pueda repetir en el caso de Brasil, aunque sea a costa de engordar la deuda y de seguir cebando una situación cada día más insostenible. Porque de todas formas, tal y como están las cosas, la crisis monetario-financiera de Brasil es la crónica de un acontecimiento anunciado. Sobre todo tras la subida de Lula al poder, y a pesar de los esfuerzos que éste está haciendo, hasta el momento, para intentar contentar en la medida de lo posible a los mercados financieros[17]. De hecho, la noticia del macrocrédito tan sólo hizo subir los mercados un día. Eso sí, fue un día de euforia. Pero poco dura la alegría en casa del pobre. O quizás (o también) lo que se vaya buscando es crear una situación caótica, en que la única solución sea la total dolarización de la economía brasileña, haciendo saltar Mercosur por los aires y sometiendo además a Brasil —el único país de todo el continente con capacidad de contestación a EE UU— al ALCA.

16. El FMI ha obligado a retirar una ley que permitía encausar a banqueros que promoviesen la fuga de capitales y otra ley que favorecía a los deudores argentinos en detrimento de los acreedores internacionales; y está exigiendo que se supriman los bonos que han emitido las provincias para solventar los agudos problemas de liquidez y que se suban las tarifas de los servicios «públicos» privatizados.

17. En lo que se refiere a los nombramientos de los responsables del Banco Central y del Ministerio de Hacienda. Aunque también tiene la presión de gran parte de su partido, de los potentes movimientos sociales de Brasil y hasta de parte del empresariado nacional, principalmente de aquellas empresas todavía no controladas por el capital exterior, para que se enfrente al dictado del FMI y de los mercados financieros. Al día de hoy todavía no se conoce cuál será su futuro programa de gobierno.

Se está jugando con fuego a todos los niveles, pero ello es así porque se ha creado un entorno financiero global muy altamente desregulado en el que toda la sinrazón es posible. Hasta los especuladores institucionales pueden ganar dinero, y mucho, con mercados financieros que bajan. Existen productos financieros para ello (los *warrants*[18], por ejemplo). Eso sí, de alto riesgo. Y se puede especular también contra el dólar y el euro, y al mismo tiempo comprar oro a mansalva, aunque tal cosa pueda desestabilizar hasta a los propios países centrales. Todo es posible y todo se hace. Pero todo tiene un coste económico, social, ambiental y político (de gobernabilidad y legitimidad) cada día más elevado. De ahí, quizás, el que se plantee la necesidad de la «guerra global permanente». Y todo ello está llevando a la pérdida de confianza en instrumentos e instituciones claves de todo el actual entramado financiero internacional.

El pequeño inversor pierde la fe en las bolsas. Los ahorradores de las «clases medias» pueden perder la fe en los sistemas de pensiones privados (de hecho está ocurriendo ya), pues no saben si lo allí invertido puede reducirse bruscamente o desaparecer totalmente. Al tiempo que le dicen que tiene que olvidarse de las pensiones del Estado y abrazar ciegamente estos nuevos productos. Cuando empiece el colapso de los precios de los activos inmobiliarios (tal vez como en Japón), la gente que allí ha invertido no sabrá a dónde orientar sus inversiones. Unas inversiones que creía seguras, con un valor siempre al alza. Mucha gente en algunos países periféricos (hasta

18. Los *warrants* son un producto financiero «derivado», adecuado principalmente para el pequeño inversor que cotiza en las bolsas de valores. Son una «opción» que otorga a su poseedor el derecho a comprar o vender cierta cantidad de activo subyacente en unas condiciones prefijadas de antemano y en una fecha futura también prefijada de antemano.

ahora) está perdiendo la fe en el sistema bancario, y saca el dinero de él y lo mete debajo del «colchón», a pesar de la inflación. Los más avispados, o los que tienen más medios, logran poner sus ahorros (en dólares o en euros) a buen «recaudo» en los países centrales o en los paraísos fiscales, las únicas huchas seguras (eso creen). Mientras tanto las economías periféricas se quedan sin ahorro y sin crédito, o el que hay es a precios astronómicos, y sin éste no puede funcionar una economía de corte capitalista. La posible quiebra de instituciones bancarias en el Centro puede llegar a provocar dinámicas similares. Los Estados no podrán hacerse cargo de muchas de ellas pues ya están altamente endeudados. Mucha gente se quedará sin parte de sus ahorros y retirará gran parte del resto. De repente, toda la montaña de créditos acumulados puede quedar al descubierto, lo que provocaría una probable contracción del crédito (*credit crunch*) por parte de las instituciones financieras restantes, que tendría una inmediata repercusión sobre la actividad productiva, etc. Éste no es un escenario de ciencia-ficción, gran parte de este guión está pasando ya en muchas partes del mundo. Y aquí, en el Centro, también puede ocurrir. Y es tal vez por eso por lo que EE UU intenta mantener contra viento y marea el Régimen Dólar-Wall Street, y el resto de países centrales y periféricos no pueden sino comulgar con las ruedas de molino que Washington les impone.

El Régimen Dólar-Wall Street: ¿un proyecto de EE UU contra el resto del mundo?

EE UU es el principal deudor del mundo, si bien goza de una enorme ventaja pues puede pagar su deuda en su

propia moneda, gracias al papel del dólar como divisa hegemónica mundial[19]. Su volumen de endeudamiento parece que no preocupa a ninguna de las instituciones globales, incluido el FMI, puesto que nadie le pide que limite su endeudamiento. Ahora bien, «si tuviera que pagar su deuda en otras divisas distintas que el dólar, pronto se vería en dificultades muy serias. Sobre todo, si el dólar deja de ser la unidad de cuenta y el medio de pago dominante en el mundo» (Gowan, 2002). Y añadiríamos, si al mismo tiempo se produce también una depreciación del dólar respecto de otras divisas principales, pues ello incrementaría relativamente el peso de su deuda. En la actualidad EE UU se ha convertido en mucho más dependiente del capital exterior que en los años ochenta, cuando bajó otra vez el dólar; y es por eso —como se ha apuntado— que para mantener esos flujos de capitales externos necesita mantener como sea el atractivo de un dólar alto y un mercado como Wall Street potente (muy potente), a fin de hacer asimismo seductoras las inversiones en dólares. Si estos equilibrios se alteran, EE UU entraría en una relación muy adversa con sus acreedores mundiales. Y es por eso por lo que se intenta mantener militarmente el llamado Régimen Dólar-Wall Street. Sin embargo, se da el hecho curioso de que esa estrategia implica un enorme gasto militar, que es preciso financiar de alguna forma, y eso pasa por profundizar la dependencia del capital exterior, al agudizarse los déficits presupuestarios. En definitiva, las nuevas aventuras «imperiales» de EE UU en distintas regiones del planeta van a

19. EE UU es el principal emisor (y por lo tanto deudor) de «dinero papel», «dinero bancario» y «dinero financiero» (pues la mayoría de los títulos se cotizan en dólares en los mercados financieros), lo que sitúa su capacidad de compra sobre el resto del mundo muy por encima de lo que le permitiría la producción y comercio de mercancías (Naredo, 2002 a).

ser financiadas (lo están siendo ya), en gran medida, paradójicamente, con capitales del resto del mundo, sobre todo provenientes del Pacífico asiático (BIS, 2002)[20]... hasta que seguramente se quiebre la confianza de éstos en el futuro de la hiperpotencia militar. Pero todos los inversores temen una quiebra del *statu quo.*

Además, la situación mundial en lo que se refiere al crecimiento económico, clave para que no se entre a escala planetaria en una profunda deflación-depresión mundial, depende de que haya alguna «locomotora» que tire del crecimiento mundial, papel que hasta ahora desempeñaba EE UU. Pero es muy probable que si EE UU se embarca en arriesgadas aventuras militares, que disparen el gasto público, la hiperpotencia se vea en la necesidad de elevar los tipos de interés del dólar para financiar dicha estrategia; pues ante el temor de cada vez mayores déficits presupuestarios, que engrosarían aún más su deuda, el capital exterior reclamaría para invertir en bonos públicos estadounidense una rentabilidad más alta. Lo que repercutiría negativamente sobre el crecimiento de EE UU y, por consiguiente, en su papel como «locomotora» del crecimiento mundial; e incidiría adicionalmente en un encarecimiento del endeudamiento de las grandes empresas, provocando una mayor caída de Wall Street. Por otro lado, EE UU ya ha bajado prácticamente todo lo posible sus tipos de interés para impulsar el crecimiento y no le queda mucho más recorrido en el descenso de los mismos. Así pues, se habla de que EE UU podría entrar en una situación similar a la de Japón; esto es, en una atonía respecto al crecimiento

20. EE UU presenta un fuerte déficit por cuenta corriente, en la actualidad del orden de un 5% del PIB. La UE, en su conjunto, tiene un ligero superávit, si bien Gran Bretaña manifiesta un importante déficit. Y Japón y otros países del Pacífico asiático presentan un importante superávit (BIS, 2002).

económico que provocará una bajada de precios de todo tipo de activos: la temida deflación-depresión que arrastraría al conjunto del mundo tras de sí, aunque Greenspan haya manifestado que no hay límite para inyectar la liquidez que haga falta con el fin de alejar el peligro de deflación en EE UU. Y es por eso también por lo que se busca una nueva «locomotora» del crecimiento mundial que sirva de relevo (o que complemente) a EE UU, pero sin poner en cuestión el Régimen Dólar-Wall Street. En pocas palabras, la cuadratura del círculo.

Esto permite entender las recomendaciones de Horst Koehler, director gerente del FMI, en su última reunión de Washington, en las que proponía que «Europa» actuase de relevo en el papel de «locomotora» del crecimiento mundial (de esta forma, se reduciría la dependencia de EE UU), flexibilizando los tipos de interés (más altos que los del dólar), relajando las condiciones del Pacto de Estabilidad y llevando a cabo las reformas estructurales oportunas (reformas laborales, bajadas adicionales de impuestos, desregulaciones y privatizaciones de servicios públicos y, sobre todo, privatización del sistema público de pensiones). Esto permitiría impulsar el crecimiento (mundial), inyectar nuevos volúmenes de capital en los mercados financieros (lo que ayudaría a mantener los valores bursátiles), pero indudablemente parte de estas medidas podrían llegar a afectar a la cotización del euro. Y esos volúmenes de nuevos capitales liberados quizás se orientasen, una vez más, hacia Wall Street. Es por eso por lo que el guardián de la ortodoxia monetaria europea, el Banco Central Europeo, se ha resistido hasta ahora a bajar los tipos de interés (que están bastante más altos que los del dólar) y, sobre todo, a poner en cuestión el Pacto de Estabilidad. La razón es que el euro todavía es una divisa débil, en relación con el dólar especialmente, y esas medidas podrían profundizar aún más su debilidad. Y el

capital europeo, sobre todo el capital financiero, ha apostado claramente por el objetivo de un euro fuerte.

En la actualidad se asiste a un intenso debate en torno al Pacto de Estabilidad «europeo» que obliga a los distintos países del «eurogrupo» a caminar hacia el déficit cero en sus cuentas estatales[21]. La economía europea está todavía mucho menos financiarizada que la de EE UU (y Gran Bretaña), y el peso de la llamada «economía productiva» es superior a pesar de su progresiva terciarización. Y es por eso por lo que los principales países de la UE —y en concreto Alemania y Francia— han abogado por una flexibilización del Pacto de Estabilidad que les ayude, mediante una cierta intervención estatal, a impulsar el crecimiento. Pero tanto el Banco Central Europeo como distintas voces del mundo financiero europeo ya han advertido que el Pacto de Estabilidad debe ser intocable, y que alterarlo sería muy peligroso y significaría minar la confianza en el euro. A pesar de ello, en los últimos tiempos hemos asistido a una cierta flexibilización del mismo, sin poner en cuestión sus rasgos fundamentales. Además, una mayor debilidad del euro supondría un incremento de la inflación, pues las materias primas (como el petróleo y el gas) se cotizan en dólares, lo que repercutiría adicionalmente en reducir el atractivo de las inversiones en euros. Se observa, pues, una intensificación de las tensiones a escala europea entre el capital transnacional productivo y el capital financiero, posicionándose los Gobiernos de los principales países (y algunas voces dentro de la Comisión, incluido su presidente) claramente del lado del capital transnacional productivo europeo (favorable a impulsar el crecimiento), pues el mantenimiento a ultranza del Pacto de Estabilidad repercutirá, en la actual coyuntura, en una caída del crecimiento y en una elevación de los niveles de paro y, por consiguiente, en una deslegitimación de los Gobiernos que dependen más del voto popular[22].

Mientras tanto, el capital financiero especulativo mundial se desplaza de unas inversiones denominadas en unas divisas a otras, intentando mantener el «valor» de su «capital dinero». Le da lo mismo que éstas sean en dólares, euros o yenes (o, en otro orden de cosas, en oro), lo que verdaderamente le importa es mantener su «valor». Y son esas inversiones las que intenta atraer el capital financiero europeo con el atractivo de un euro fuerte y con la integración y desregulación de sus mercados financieros (prevista totalmente para 2005), aunque sea a costa de la caída del crecimiento en «Europa». Sin embargo, se mueve en el filo de la navaja, no sólo por la pérdida de legitimidad para las instituciones públicas que ello puede suponer (incluidas las propias instituciones comunitarias, que atraviesan ya una fuerte crisis de legitimidad), sino porque si se profundiza mucho la caída del crecimiento, eso puede afectar a sus principales empresas, a sus cotizaciones en los mercados (ya de por sí muy dañadas) y, en definitiva, *a posteriori*, al propio mundo financiero. Además, el capital financiero europeo se encuentra indebidamente representado dentro de las instituciones centrales del capitalismo (financiero) global, como el FMI y el BM. En el FMI la voz de «Europa» se encuentra dispersa y su peso, por tanto, está diluido res-

21. Y que contempla la posibilidad de imponer importantes multas si el déficit sobrepasa el 3% del PIB.

22. En general, se puede decir que los partidos de la derecha europea (el PPE y liberales) se posicionan a favor del mantenimiento del Pacto de Estabilidad, y que los partidos socialdemócratas y verdes se definen a favor de flexibilizarlo aún más. Esto puede mostrar una diferencia entre sus bases electorales respectivas, los que poseen patrimonios financieros más o menos importantes y los que obtienen sus ingresos principalmente de su relación salarial.

pecto al poder que ejerce en dicha institución EE UU. En este sentido, el capital financiero europeo sabe que las recomendaciones del FMI pueden ser píldoras envenenadas de cara a un mayor poder «europeo» en el escenario mundial. Y que sus propuestas, como las de flexibilizar el Pacto de Estabilidad y reducir los tipos de interés del euro, que pueden incrementar la debilidad del euro, pueden ser un regalo del «cielo» para apuntalar el dólar. Eso sí, posibilitando una cierta función de «locomotora» del crecimiento mundial, de la que se beneficiarían principalmente las inversiones en dólares; especialmente, quizás, a corto plazo, si se materializa la intervención militar contra Irak.

Además, la principal economía de la zona euro, Alemania, está entrando en un escenario enormemente complicado pues ha caído de una forma importante el crecimiento, que es un reflejo también del fortísimo descalabro que han experimentado sus mercados financieros, esto es, el 70% desde el año 2000 (*El País*, 15-12-2002). Es decir, ha habido un «efecto riqueza» negativo, que puede afectar, que lo está haciendo ya al conjunto de la UE y al euro. Y se aventura que dicha economía podría entrar en una fase de depresión-deflación, que tendría importantes repercusiones sobre su sistema bancario, que ya hoy en día está en una situación de gran debilidad. Ante esta situación, y para salvar las cuentas públicas, sectores de la coalición «roji-verde» habían propuesto una tímida subida de impuestos sobre los principales actores económicos y sectores sociales con más ingresos, que ha sido descartada de plano por Schröder. Éste se ha decantado claramente por la ortodoxia monetario-financiera y ha propuesto una importante reducción de impuestos, una amnistía fiscal a los capitales evadidos y una importante reforma laboral, con el fin de volver a recuperar el crecimiento e incrementar la inversión en

los mercados financieros. Pero todo ello incrementará los problemas en el medio plazo, aparte del alto coste social que sin duda conllevará. Y otros países del eurogrupo como Portugal (al que se ha abierto ya un procedimiento sancionador) y Francia están incumpliendo el Pacto de Estabilidad. Las costuras de la camisa de fuerza del Pacto de Estabilidad, y en definitiva del euro, se están rompiendo, pues es muy difícil aplicar la misma política monetaria a realidades económicas tan distintas.

Y Japón se encuentra postrado en una situación de recesión-deflación desde hace casi una década. Sus mercados de valores han caído hasta un 80% en relación a su máximo histórico a principios de los noventa (*El País*, 15-12-2002). Una verdadera debacle que ha tenido un importante efecto sobre el consumo también por el «efecto riqueza» negativo (Fdez. Espejel, 2002). Y lo mismo se podría decir respecto de la importante caída de precios en su mercado inmobiliario. Todas las medidas de gasto público que se han tomado (apoyadas por el ortodoxo FMI) para impulsar el crecimiento han fallado, y lo único que han conseguido es situar la deuda pública en torno al 140% del PIB, aparte de inundar todo su escaso territorio de más obras públicas aún. Lo mismo se podría decir de la reducción de los tipos de interés para apoyar el crecimiento; éstos ya son prácticamente cero, pero el crecimiento no repunta. Es más, se produce lo que se denomina la «trampa de la liquidez»; es decir, la gente prefiere tener el dinero en efectivo en casa que depositado en un banco, por su baja rentabilidad, o invertido, pues sabe que las cosas valdrán menos mañana que hoy. Todo ello incide muy negativamente en su sistema financiero, que está afectado por una muy alta morosidad y que tendrá que ser rescatado de alguna forma, probablemente, por un Estado ya altísimamente endeudado. De hecho, Japón dedica en la actualidad

dinero público a comprar acciones de sus bancos (a través de la llamada Corporación para la Compra de Acciones Bancarias), lo nunca visto, para evitar una crisis mayor de sus bancos, lo que está elevando aún más su deuda pública. Se ha creado un auténtico círculo vicioso, al que no se ve fin. Y el FMI recomienda a Japón que devalúe el yen para impulsar el crecimiento. A lo que se opone Japón, por el alto coste que le supondría en importaciones claves, como el petróleo, que debe pagar en dólares, y por lo que le supondría de pérdida de peso en el capitalismo (financiero) global. El fantasma de esta depresión-deflación nipona amenaza a «Europa» y a EE UU y, por consiguiente, al mundo entero.

Por otro lado, recientemente Wall Street ha conseguido que Bush, tras el apoyo brindado de cara a las elecciones, destituyera a los responsables de la política económica, y en concreto al secretario del Tesoro O'Neill, nombrando a un nuevo equipo más afín a las exigencias de los mercados financieros (John Snow y Stephen Friedman). El nuevo equipo es favorable a mayores reducciones de impuestos como vía para impulsar el crecimiento y como mecanismo de proyectar nuevas cantidades de ahorro para sostener las cotizaciones de Wall Street; sobre todo porque se contempla también una fuerte reducción de impuestos sobre los beneficios obtenidos en bolsa. Ello va a agudizar los déficits presupuestarios, haciendo a EE UU más dependiente aún del capital exterior. En este sentido, es curioso observar cómo se pretende reducir a la mitad el número de funcionarios de la hiperpotencia (se habla de privatizar cerca de un millón de puestos de trabajo en la Administración) para intentar paliar esta situación. Y en paralelo se señala que se quieren invertir los fondos de la renqueante Seguridad Social estadounidense en la bolsa, como una vía adicional de inyectar más dinero en Wall Street, con el fin de

ayudar al repunte de dicho mercado y hacerlo atractivo a las inversiones del exterior. Es decir, se quiere complementar la estrategia de guerra para apuntalar el dólar con medidas internas de corto plazo que promuevan al mismo tiempo el auge de Wall Street. Aunque todo ello suponga agravar los escenarios de medio y largo plazo, sobre todo si la estrategia de guerra contra Irak se complica más de lo previsto y se entra en los escenarios más negativos comentados anteriormente. Todo ello, por supuesto, tendrá un coste social muy importante, que incidirá seguramente en la legitimidad política futura.

Al mismo tiempo, el capital transnacional financiero especulativo, que se mueve en muy gran medida sin estar atado a vínculos patrios y cuyas sedes principales, por ahora, son Wall Street (fundamentalmente) y la City londinense, sigue consiguiendo gran parte de sus ganancias especulando contra las divisas periféricas, las más fáciles de alterar su paridad. Esto provoca —como se ha señalado— un creciente endeudamiento de los países periféricos y una amenaza cada día mayor de insolvencia o quiebra de los mismos. Es por eso por lo que el tema estrella de la asamblea general del FMI y el BM, en otoño de 2002 en Washington, ha sido los grandes riesgos que plantea la deuda soberana de estos países y la necesidad (y urgencia) de establecer una Ley de Quiebras Internacional. En este sentido, se ha hablado de dos posibles vías para hacer frente a este problema. La primera sería la posibilidad de que la emisión de bonos de los Estados periféricos llevara incluidas unas «cláusulas de acción colectiva», por la que si los Estados en cuestión no pueden pagar, quede claramente establecido cuál es la forma en que los acreedores internacionales se resarcirán de sus créditos impagados (incautación de bienes, p. ej., de los Estados respectivos, entre otras medidas) sin tener que acudir a litigios interminables. La segunda, más lenta, pues es pre-

ciso aprobarla y arbitrarla, es el establecimiento de una Ley de Quiebras Internacional, bajo el nombre de Mecanismo de Reestructuración de la Deuda Soberana. Esta vía contemplaría el tratamiento del conjunto de la deuda soberana, en caso de quiebra, no sólo la emitida a partir de ahora. El FMI se ha comprometido a poner sobre la mesa una propuesta al respecto para su reunión de abril, de 2003, pero Wall Street muestra serias reticencias al respecto (*The Economist*, 5-10-2002).

En principio, al FMI le gustaría que la forma de hacer frente a las crisis monetario-financieras fuera como había sido hasta la crisis de Argentina; es decir, que el FMI organizara los paquetes de «ayuda» necesarios para permitir hacer frente a los desaguisados que su comportamiento especulativo comporta, salvaguardando al mismo tiempo sus intereses, endeudando adicionalmente a los países periféricos y haciendo recaer sobre los Estados (y contribuyentes) del Centro la financiación de dichos paquetes. Pero sabe que eso probablemente ya no va a ser factible, por las condiciones económico-político-sociales existentes, y que va a tener que apechugar con parte de su comportamiento «irresponsable»; lo que intenta es que ese coste sea mínimo. Así, uno de los problemas que se plantea es quién va a controlar o de quién va a depender la instauración de un futuro Tribunal Internacional de Bancarrotas, que se pretende crear como parte del nuevo marco mundial que regule las quiebras de los Estados. Wall Street es contrario a que dependa directamente del FMI o, más bien, a que el poder político tenga una presencia importante en dicho tribunal; y manifiesta un interés explícito por tener un papel notable en el mismo, con el fin de hacer valer sus intereses. Igualmente, Wall Street teme que se produzcan suspensiones de pagos temporales de los países periféricos (algo que parece que prevé, en principio, la futura

ley), y que sea una figura a la que se pueda recurrir fácilmente o sin control para evitar situaciones de alta tensión y desestabilización política; es decir, para que no ocurra lo de Argentina o para que no se llegue a situaciones similares.

Por otro lado, lo que todo ello va a suponer para los países de la Periferia es que el coste de su deuda se va a incrementar, y los flujos de capitales se van a reducir, cuando éstos se han convertido en «imprescindibles» para ellos en el actual régimen de acumulación financiarizado mundial. Del mismo modo, una agudización de la crisis internacional —esto es, de la caída del crecimiento— afectaría gravemente a los países periféricos que han reorganizado toda su estructura productiva de cara a la exportación y a la capacidad de compra de los países centrales. Incluidos gigantes como China e India. A lo que cabría añadir el efecto que puede tener, para los países no OPEP, un encarecimiento del crudo, sobre todo cuando el valor de sus monedas se está colapsando absolutamente en relación con las divisas centrales, y en especial respecto del dólar. Por poner un ejemplo, la paridad del real brasileño respecto del dólar ha caído, en tan sólo cuatro años, de una relación uno a uno a una relación cuatro a uno. Esto significa que sólo su factura petrolífera, que hay que pagar en dólares, se ha multiplicado por cuatro, considerando un precio del crudo constante; cosa que no ha sido así, pues el petróleo se ha encarecido sustancialmente en el último periodo. La situación, pues, que se puede crear en muchos de ellos es potencialmente explosiva. El propio George Soros manifestaba en una reciente entrevista (*El País*, 20-10-2002) que ello puede implicar que los países periféricos se puedan ver tentados (o mejor dicho, obligados por sus poblaciones) a imponer controles sobre los movimientos de capital; y que si Brasil lo hiciera, «sería el principio del fin de la desintegra-

ción del sistema». Y alertaba, a continuación, que «la globalización tal como la conocemos se va a desintegrar».

En definitiva, el capitalismo global de base financiera, cuya máxima expresión es el Régimen Dólar-Wall Street, está generando unos desequilibrios mundiales crecientemente inmanejables y se ve obligado a incurrir en una estrategia de guerra global permanente para hacer frente a los mismos. Pero esta estrategia es difícilmente mantenible en el medio y largo plazo, no sólo por sus crecientes costes, sino por su inviabilidad político-social. El Régimen Dólar-Wall Street se está convirtiendo pues en un proyecto del capitalismo (financiero) global de EE UU contra el resto del mundo. Y tal vez se podría afirmar que la política exterior de Bush es la política exterior no sólo de su capital transnacional productivo, sino especialmente del capital financiero especulativo. Pero es preciso tener en cuenta que el régimen de acumulación financiarizado no está sólo centrado en EE UU (y Gran Bretaña), sino que «Europa» camina a pasos agigantados en la misma dirección, si bien, por ahora —y es de prever también en el corto y medio plazo— en una posición subordinada respecto de EE UU; sobre todo porque EE UU no le permite hacer otra cosa y no tanto, quizás, porque la UE no quiera o porque no pueda.

V.
Capitalismo (financiero) global: sociedad, ecología, ciberespacio y Estado

EL ROTO *El País*, 21 de julio de 2001

«El colapso del sistema financiero global sería un acontecimiento traumático de consecuencias inimaginables. Sin embargo, me cuesta menos imaginar este escenario que la continuación del actual régimen.»

George Soros, *La crisis del capitalismo global*

«Un creciente número de iniciativas locales están intentando lidiar con la pérdida de sentimiento comunitario que está ocurriendo en el mundo entero, a través de la introducción de nuevos sistemas monetarios y de intercambio que favorecen la cooperación social y la construcción comunitaria.»

Bernard Lietaer, *The future of money*

Culto al dinero y «aceptación» de la degradación laboral y social: el nuevo espíritu del capitalismo

Durante siglos, el comercio (de larga distancia[1]) y sobre todo la banca —y en concreto todo aquello ligado al préstamo de dinero exigiendo un interés— fueron «reprobados socialmente y considerados deshonrosos por ver en ellos la encarnación de la codicia, el lucro y la avaricia» (Boltansky y Chiapello, 2002). Antes, en el mundo antiguo, la sociedad condenaba al que se enriquecía a costa de los demás. Pero en el capitalismo (financiero) global de finales del siglo XX se le consideraba (y todavía parece que se le considera) un héroe: un triunfador, ejemplo para el conjunto de la sociedad (Morán, 2002). El cambio ha sido espectacular. El capital financiero no sólo ha

1. El «mercado», como institución gobernante del conjunto de la vida económica y social, se origina con el predominio del comercio internacional sobre los mercados locales. Antes había una separación estricta (espacial y temporal) entre el comercio de larga distancia y el local (Polanyi, 1989).

logrado desembarazarse, emanciparse, de cualquier control político y social, ha conseguido igualmente «liberarse de un cierto número de obstáculos ligados a su modo de acumulación anterior y a las demandas de justicia que había suscitado [...] Estos cambios ideológicos han acompañado a las recientes transformaciones del capitalismo [...] Transformaciones que [en parte, también] el propio capitalismo genera [en su funcionamiento] a partir de las críticas que se le formulan [...] Llamamos espíritu del capitalismo a la ideología que justifica el compromiso [social] con el capitalismo. [De cualquier forma], este compromiso con el capitalismo conoce en la actualidad una importante crisis [no podía ser de otro modo] de la que dan fe el desconcierto y el escepticismo social crecientes» (Boltansky y Chiapello, 2002).

Este «compromiso social» con las dinámicas centrales del nuevo capitalismo (financiero) global no se ha producido de forma espontánea. Ha sido una labor compleja preparada, no sin tensiones, durante años, por fundaciones*, think tanks* (centros de pensamiento), agencias de comunicación, etc., ligadas a los intereses dominantes. Desde el progresivo sometimiento del funcionamiento de las estructuras políticas (en concreto, el sistema de partidos, sobre todo los de «izquierda») a los intereses de las elites económicas y especialmente financieras[2], quebrando progresivamente sus compromisos sociales (caso de la socialdemocracia) —ya que era des-

2. A través, entre otras medidas, del cambio en la financiación de los partidos. Desde sus propios miembros —en su día— al Estado, y de éste a los poderes económicos y financieros. «El dinero ha ejercido el control sobre la política [en EE UU] desde que el Tribunal Supremo interpretó [a principios de los setenta] que el gasto de las campañas y donaciones a los candidatos son formas de libertad de expresión que protege la constitución» (Pfaff, 2002). Tales cambios se van produciendo también en «Europa», aunque con mayor retraso.

de estas estructuras políticas desde donde se debían impulsar los cambios pertinentes—, hasta toda una estrategia de comunicación, aprovechando el tremendo poder de creación de «realidad» de los *mass media*, la Aldea Global, con el fin de modificar la subjetividad de las sociedades de masas para presentar como beneficiosas, e incluso ineluctables, las reformas exigidas por el nuevo capitalismo (financiero) global (privatizaciones de empresas y servicios públicos, creación de sistemas de pensiones privados, reducción del gasto social, etc.); así como para imbuir en las distintas sociedades los nuevos valores dominantes (el culto al dinero, el individualismo agresivo, el consumo indiscriminado, la competitividad como valor supremo, la fe en los mercados financieros para el pequeño inversor[3], etc.). Al tiempo que el propio capitalismo incorporaba en su propio funcionamiento interno (a raíz del ciclo de luchas de finales de los sesenta —1968—) ciertas demandas (mayor «autonomía» personal a nivel productivo, incorporación de saberes individuales, «flexibilización» de las estructuras jerárquicas, trabajo en equipo, etc.), que desactivaban resistencias a su dominio y que podían serle funcionales en esta nueva etapa, en que la incorporación de las nuevas tecnologías de la información y comunicación permitía un nuevo funcionamiento (en red) de las estructuras económicas, productivas y de poder. Detrás de una aparente descen-

3. El «capitalismo popular» hubiera sido imposible de conseguir sin una muy activa labor de las agencias de comunicación (*Public Relations* —PR— *Industry*). Primero había que poner el acento en toda una estrategia de comunicación acerca de lo mal que operaban las empresas públicas bajo el Estado y, por tanto, en la necesidad de privatizarlas; y luego, más tarde, en lo atractivas que eran estas empresas de cara a su privatización para que el pequeño inversor acudiera a comprar sus títulos en bolsa. Curiosamente EE UU y Reino Unido se configuran como los dos polos mundiales más importantes de agencias de PR que operan hoy en día a escala mundial (Millar y Dinan, 2000).

tralización y «autonomía» individual (en ciertos sectores y en muchos casos forzada), que suscita en principio apoyo social, se oculta un fortalecimiento de la concentración del poder económico y financiero y, en definitiva, un «reforzamiento del poder disciplinario del capital sobre el trabajo» (Morán, 2000).

Pero el nuevo capitalismo (financiero) global ha conseguido mucho más que todo eso, es decir, que la masiva adhesión social a sus valores y que hasta nuestros propios deseos estén dominados por la lógica del capital, que ya es mucho. El nuevo capitalismo (financiero) global ha generado unas condiciones en las Periferias Sur y Este que hacen que los nuevos «esclavos» de finales del siglo XX y del siglo XXI (la fuerza de trabajo multiétnica transnacional) no necesiten ser cazados, transportados y subastados a través de complejas y engorrosas redes comerciales de carne humana, como en los primeros siglos de expansión del capitalismo a escala mundial (Abramsky, 2001). Pues la mayor amenaza, hoy en día, para estos nuevos «esclavos» es la exclusión (al haber acabado con su mayor o menor grado de autonomía y autosuficiencia) más que la explotación. Y hoy se ofrecen ellos mismos, sin problemas, para ser explotados en condiciones inimaginables en sus países de origen, o en otros más o menos cercanos; y hasta cruzan océanos y continentes, pagándose ellos mismos el viaje (endeudándose hasta las cejas) y arriesgando en muchos casos sus vidas para intentar penetrar como sea en las fortalezas del «Norte», con el fin de emplearse (con papeles o sin ellos) en trabajos de miseria y en condiciones de enorme explotación y desarraigo. Esto es, en general, junto con un constante acoso policial, lo que les ofrece el «paraíso occidental», no la falsa imagen edulcorada del mismo que percibieron a través de la Aldea Global. En definitiva, a principios del siglo XXI, más de 140 millones

de personas se desplazaban por el planeta (siendo, a pesar de todo, el grueso migraciones Sur-Sur, o Este-Este) intentando escapar de la miseria y la opresión (Pereda y otros, 2002), para caer en una situación, en general, no sustancialmente diferente; aunque eso sí, con posibilidad de acceder al «dinero», a través de la venta de su fuerza de trabajo, cosa que se les niega en sus lugares de origen, a pesar de haberles hecho dependientes del mismo. En este sentido, las crisis monetario-financieras en los países periféricos están siendo un factor de enorme importancia en la actual intensificación de los flujos migratorios.

Lo más importante que exportan hoy los países periféricos (en cuanto a fuente de ingresos) es su fuerza de trabajo, incluida la más cualificada. Hasta se establece una cadena internacional de cuidados, una familia internacional globalizada, en donde, en general, es la fuerza de trabajo femenina de los países periféricos la que acude a servir y a cuidar los núcleos familiares de las «clases medias» del «Norte», principalmente a sus mayores, abandonando a sus propias familias e hijos, a los que mantienen a distancia. Ahora se rapiñan los afectos y no sólo las materias primas. Además, en los países periféricos, «donde mucha gente sacrificó sus vidas por la "liberación nacional", están ahora compitiendo unos con otros para atraer inversión extranjera [el mismo capital que abusó de ellos durante siglos]. Ésta es la forma en que el "desarrollo" capitalista está sirviendo a la humanidad hoy en día. El capitalismo ha alcanzado tal nivel de sofisticación y crueldad que la mayoría de la gente en el mundo tiene que competir para ser explotada, prostituida, [servilizada] o esclavizada si quiere sobrevivir» (Abramsky, 2001).

Mientras tanto, esta competencia acrecentada, a la que ha contribuido la deslocalización productiva, la intensificación del comercio mundial y la progresiva eliminación

de cualquier obstáculo al mismo, está echando abajo las conquistas laborales y sociales conseguidas por la clase trabajadora en los países centrales, tras más de cien años de luchas de un potente (en su día) movimiento obrero. Y en este sentido, las nuevas formas de gestión del capitalismo global, que promueve el progresivo dominio mundial del capital financiero, el llamado «gobierno corporativo» (y su tejido productivo en red), impulsado por la dictadura de los prestamistas, es una presión más, de enorme potencia, que exige la degradación constante de las condiciones laborales —incluida la destrucción de empleo—, salariales y sociales en beneficio del accionariado (con el fin de crear «valor para el accionista»). Una estrategia orientada al muy corto plazo, impulsada fiscalmente por los propios Estados que, a veces, llega a comprometer hasta la propia viabilidad futura de las empresas; al tiempo que se desmantela el «Estado social» y se privatiza gran parte de su actividad para mayor beneficio de los mercados financieros. Pero se da la paradoja de que en muchas ocasiones los propios asalariados, o parte de ellos, colaboran también indirectamente en estas dinámicas, al ser participantes en los fondos de pensiones y de inversión o al recibir *stock options* y acciones, convirtiéndose en protagonistas indirectos de los procesos de exclusión, explotación y desmantelamiento social; lo cual es un elemento más que contribuye a romper la antigua unidad de la clase trabajadora y la paulatina aceptación de los valores dominantes, que van permeando poco a poco al conjunto de la sociedad.

Se desarrolla una actividad productiva caracterizada por la proliferación de cosas en gran medida innecesarias, mientras los bienes de primera necesidad (la vivienda, la salud...) se van convirtiendo en crecientemente inaccesibles para la mayoría de la población. Y en esta fábrica global mundial, donde los países centrales se especializan en

la «producción inmaterial»[4], es la valoración de esta actividad la que se lleva la parte del león (siguiendo la llamada «regla del notario»[5], según dirían Naredo y Valero (1999)), condicionando de forma importante el funcionamiento de la ley del valor-trabajo, que hoy en principio operaría a escala planetaria, pero mediatizada fuertemente también por las bruscas alteraciones que puede introducir el loco funcionamiento de los mercados financieros[6]. Mientras tanto, se hace de la flexibilidad, la movilidad y la precariedad los valores supremos, pues no hay nada fijo y estable, lo que introduce una enorme ansiedad y provoca la

4. El «trabajo inmaterial» es el que produce el contenido informacional y cultural de las mercancías (investigación, diseño, la propia producción cultural de la Aldea Global, etc.), el que se encuentra en la interfase de una nueva relación entre la producción y el consumo (marketing, publicidad, logística, etc.), para que aquéllas lleguen a los mercados, y el que se encarga de la gestión y coordinación de una producción crecientemente globalizada (ingeniería, contabilidad, auditoría, asesoría, etc.), en la que cabría incluir también todos los procesos ligados con la actividad financiera (banca, bolsa, seguros, divisas, etc.).

5. «Mayor retribución de las tareas de gestión, comercialización y dirección, frente a las más ligadas a la producción [...] Jerarquización del trabajo humano inversa a la penosidad de éste [...] A mayor penosidad del trabajo, menor retribución del mismo [...] La tasa de revalorización creciente por unidad de coste físico que se observa a medida que las actividades avanzan hacia las fases de elaboración final y comercialización» hasta llegar a la mesa del Notario, en el caso por ejemplo de la producción y venta de viviendas (Naredo y Valero, 1999).

6. Distintas transformaciones replantean hoy en día el funcionamiento de la ley del valor trabajo, tal como había sido definida en su día por Marx: el hecho de que se ha acabado la centralidad del trabajo «productivo» (o «material»); la cada día mayor acumulación de capital productivo, tecnológico y físico (infraestructural); la intervención del Estado que ha permitido la autonomización del valor en relación a los capitales particulares; el coste social de la fuerza de trabajo que es preciso tener en cuenta; y el hecho de la práctica subsunción real del conjunto de la vida por el capital, lo que hace difícil saber qué es lo que mide qué, es decir, cuándo el tiempo de la vida se va convirtiendo también en tiempo de producción (Guigou y Wajnsztejn, 1999; Negri, 1993).

«corrosión del carácter» (Sennet, 1999). Pero esto, a su vez, consigue una intensa sumisión de las personas y de sus subjetividades a las dinámicas del mercado. Máxime, por las nuevas formas de organización del trabajo de tipo postfordista, que fomentan una creciente individualización, con la implicación del trabajador más central (y «estable») en las estrategias de la empresa, y la absoluta desafección del resto, es decir, del trabajador más precario y satelizado. Todo ello conlleva una fuerte atomización y desestructuración social, una pérdida de identidades colectivas y solidarias, y del valor del trabajo y la dignidad (sobre todo para los excluidos y precarios), así como la creación de falsas identidades a través del consumo (compulsivo), con un fuerte culto al dinero como vía para acceder al mismo. Detrás de estas tendencias radica el práctico fin del movimiento obrero, en especial en los países centrales, que no de la proletarización de la humanidad, que camina a pasos agigantados (Fdez. Savater, 2001), aunque todavía la mitad de la humanidad vive en el mundo rural. Y es por eso por lo que el capital ha roto, unilateralmente («la rebelión de las elites»), aquel pacto entre el capital y el trabajo existente en la posguerrra mundial, que hoy (él cree que) ya no necesita mantener, pues ha (había) logrado desactivar la capacidad de antagonismo social.

Auge de tensiones, desigualdades y resistencias: crisis de legitimidad del capitalismo (financiero) global

Otro componente de gran importancia para entender los cambios producidos por el nuevo capitalismo (financiero) global en nuestras sociedades es el desarrollo paralelo de la feminización del trabajo que se da junto a las tendencias señaladas, con fuertes implicaciones en lo que a las relaciones de género se refiere. En los países centrales este desarrollo viene en gran parte provocado por la voluntad de las mujeres de conseguir una mayor independencia económica y personal del varón; pero se está convirtiendo también en una creciente exigencia, hoy en día, por la necesidad de llegar a tener dos sueldos para poder mantener el núcleo familiar. Ello casa, asimismo, con la demanda de fuerza de trabajo femenina relacionada con los procesos de terciarización en esta nueva etapa. Pero, por un lado, «las políticas neoliberales de flexibilización laboral y reducción de gastos sociales, exigen un incremento del trabajo no remunerado en el espacio privado [el espacio doméstico] para paliar sus efectos; [este tipo de trabajo ha venido siendo realizado de forma casi exclusiva por las mujeres. Y por otro,] la irrupción de un gran número de mujeres en la esfera pública [el ámbito del mercado] ha hecho emerger, en parte, el conflicto entre estos dos espacios y sus respectivos habitantes, los hombres y las mujeres. La lógica del mercado se enfrenta [pues] a la lógica del cuidado [...] En el ámbito del mercado rigen los criterios de racionalidad económica [y de obtención del máximo beneficio]. En la esfera privada prevalece el altruismo, en lugar del egoísmo, la mano tendida en lugar de la mano invisible» (Del Río, 2002).

Esto genera un grave problema para aquellos que necesitan de las tareas de cuidado que el mercado no cubre, pero que parasita, a pesar de la doble jornada que en muchos casos se ven obligadas a hacer las mujeres. El funcionamiento del mercado no podría concebirse sin el trabajo doméstico y de cuidado, que representa más de dos tercios del trabajo total y que es trabajo no monetarizado (Del Río, 2002). El problema es especialmente grave para aquellos núcleos familiares (en que trabajan los dos

conyuges) que no tienen los ingresos suficientes para poder recurrir a la mano de obra inmigrante (femenina), con el fin de que se haga cargo de dichas tareas que el Estado está dejando de asumir, sobre todo en lo que al cuidado de los mayores se refiere. Esta población pasa entonces a tener un carácter sobrante, a vivir sola si puede y a estar cada vez más desatendida, sobre todo las mujeres mayores. La familia, una institución en crisis, pasa a convertirse en una estructura crecientemente inestable y frágil, y a concebirse por la lógica de mercado como un factor de rigidez temporal y geográfica, aunque sea utilitaria al sistema para su funcionamiento diario y para la necesidad de reproducción de la fuerza de trabajo a medio plazo. Al mismo tiempo, las rupturas familiares hacen recaer el mantenimiento de la prole, en general, sobre las mujeres, que se encuentran en una situación precaria y mucho más difícil para acceder al mercado de trabajo, siendo ésta una de las causas principales de la cada día mayor feminización de la pobreza. De esta forma, detrás de una aparente mayor igualdad, las dinámicas del nuevo capitalismo global están profundizando las desigualdades de género incluso en el propio «Norte».

La expansión de un capitalismo global de base financiera está significando un verdadero terremoto en las estructuras sociales de todo el mundo. La distribución del ingreso (donde gana terreno el componente rentista) y, sobre todo, del patrimonio planetario es cada día más desigual, no sólo a nivel interestatal, sino también dentro de cada uno de los Estados y entre los géneros. Es más, la globalización financiera genera una estructura mucho más jerarquizada del sistema mundial de Estados, reforzando al mismo tiempo las relaciones de dominio entre el Centro y las Periferias Sur y Este; al tiempo que se intentan mantener y reforzar, en ocasiones, y especialmente con la lógica de la «guerra permanente», los

mecanismos de opresión patriarcal, aunque no sin fuertes resistencias de las mujeres por los cambios que ellas mismas han conseguido alcanzar en las últimas décadas. La estructura de clases se organiza con un componente cada vez más transnacional, al desdibujarse la vinculación de las formas de propiedad e ingreso con espacios territoriales («soberanos») específicos, lo que conlleva una progresiva interpenetración de las elites que, por supuesto, todavía no han perdido su vínculo nacional, pero en las que se observan unas formas de comportamiento y unos intereses cada vez más compartidos, a pesar de sus posibles conflictos. Esta pérdida del vínculo nacional es especialmente acusada en las elites de las Periferias Sur y Este, cuyos intereses se encuentran cada vez más vinculados con los de las elites centrales. Es más, dichas elites son cada día más rentistas y tienen cada vez más su patrimonio financiero en el exterior. Y en lo que respecta a las elites del Centro, la confluencia, hasta ahora, parece mayor en las elites económicas y financieras, a pesar de conflictos concretos que se hayan podido dar; y quizás menor en las elites políticas ligadas al Estado-nación. Sin embargo, la situación de crisis del capitalismo (financiero) global está agudizando estas tensiones.

Las «clases medias»[7], a pesar de su progresiva homogeneización en términos culturales y de formas de vida a escala planetaria, conservan un mayor vínculo con el Estado-nación, habiéndose identificado hasta ahora plenamente con el presente espíritu del capitalismo. Sin embargo, la profundización en el régimen de acumulación de base financiera ha sido particularmente lesiva

7. Cada vez más identificadas con los sectores profesionales cualificados de la tecnoestructura productiva, y menos con la pequeña propiedad que tiende a desaparecer progresivamente o a ser engullida dentro de las dinámicas del capitalismo global (las franquicias, por ejemplo).

para estos sectores (minoritarios) en las Periferias; y la crisis de los mercados financieros en la actualidad en los países centrales lo está siendo ahora para los mismos sectores (mucho más amplios) en los espacios del «Norte», sobre todo para aquellos que operan en los mercados financieros. De cualquier forma, en los países centrales, su adhesión inquebrantable al nuevo espíritu del capitalismo parece que empieza a manifestar grietas, en concreto en su aceptación del liderazgo de empresas e instituciones financieras que están destruyendo el valor de sus inversiones, pues sus ahorros están sufriendo una merma importante. Esto, por supuesto, no significa una puesta en cuestión de la lógica del capitalismo (financiero) global, pero sí un paulatino distanciamiento de las elites (económicas y financieras) que lo conducen. Si bien, ante el temor de escenarios futuros de inseguridad en ascenso, estos sectores apoyan sin vacilación las estrategias de endurecimiento de los Estados que les venden «seguridad» (guerra contra el «terrorismo», lucha contra la inseguridad ciudadana, criminalización de la pobreza, lucha contra la inmigración), es decir, distintas versiones de la «guerra global permanente». Sin embargo, en los países periféricos la situación es muy diferente, debido al profundo impacto que tanto los programas de ajuste estructural —desde hace dos décadas— como las crisis monetario-financieras —de la última década— están teniendo sobre sus «clases medias», hasta el punto de que en algunos casos llegan a borrarlas prácticamente del mapa (como en Argentina, por ejemplo). En las Periferias la desafección de las «clases medias» al capitalismo (financiero) global empieza a ser ya un hecho, como se ha podido ver con las cacerolas en el país del tango; así como —en estos casos— la ruptura con las elites económicas y políticas, a las que consideran vendidas al capital exterior y que no tienen en cuenta sus intereses.

Finalmente, los sectores más afectados por las transformaciones que impulsan las nuevas dinámicas del capitalismo en los países centrales (de fuerte disminución y reestructuración-flexibilización del antiguo proletariado industrial, precarización masiva de mujeres y jóvenes, desmantelamiento del «Estado social», etc.) ven agravada su situación, ya de por sí frágil, como resultado de la agudización de la crisis actual. Ante este escenario, que significa la ruptura del «contrato social» que se fue consolidando a lo largo del siglo XX y que llegó a «entronizar» el llamado Estado del Bienestar, lo que en la práctica supone la puesta en cuestión de los derechos de ciudadanía —que en principio les garantizaba el Estado-nación—, la reacción está siendo en muchos casos el ascenso de las fuerzas políticas de la extrema derecha, que prometen la vuelta a un pasado mítico y que presentan como chivo expiatorio de todos los males al «otro». Estas fuerzas, erróneamente llamadas «antisistema», manejan ambiguamente una mezcla de discurso de fondo ultraliberal y, al mismo tiempo, de reforzamiento del Estado-nación, para acceder con este señuelo al corazón de unos sectores sociales que han sido abandonados ya por éste; pero también se dirigen a los sectores más conservadores de las «clases medias», con su énfasis en la mano dura para imponer la «ley y el orden». Y presentan al «otro» como el responsable de que les arrebaten sus derechos adquiridos o su pérdida de *status*. Este discurso nacionalista, autoritario, populista, xenófobo y racista, de gran arraigo en los estratos más débiles de las sociedades centrales, se recubre de ciertos componentes de discurso «antiglobalización», lo que deja doblemente desarmada a la «izquierda» tradicional. De cualquier forma, una tendencia que sí denotan estos procesos es la ruptura profunda que se está produciendo en todos estos sectores con las elites económicas, financieras y políticas (mayoritarias), así

como con ciertos elementos del nuevo espíritu del capitalismo y, en parte, con la lógica de sus estructuras. Por otro lado, la fuerza de trabajo multiétnica transnacional existente en los países centrales es incapaz, en general, de expresar de forma organizada sus demandas, por la enorme dificultad de manifestar sus intereses en un entorno sociopolítico que no le reconoce los mínimos derechos y que en muchos casos le amenaza con la expulsión si pierde el puesto de trabajo.

Mientras tanto, en las Periferias Sur y Este se dan cita una enorme diversidad de situaciones y grados de modernización, pues no hay que olvidar que es en estas regiones donde todavía pervive la mayor parte de los mundos rural e indígena del planeta, y que la expansión del capitalismo global se produce en gran medida a expensas de los mismos[8]. Éstos se van incorporando poco a poco a la lógica mercantil, a la economía monetaria y a la competencia del mercado mundial, aportando el sustrato sobre el que luego juega el capitalismo de base financiera. Esta incorporación no se produce de forma inocua, pues conlleva la destrucción de las estructuras comunitarias y de los distintos grados de autonomía de las mismas, provocando el éxodo masivo hacia las grandes concentraciones urbanas, donde ya coexisten masas enormes de excluidos y precarios, lo que configura unas metrópolis explosivas; pues estas masas ya saben que habitan un mundo sin ningún futuro para ellas más que el de la degradación constante de sus condiciones de vida. Y a las pocas «islas» que parecían que podían «salir»

8. A nivel planetario la población urbana (un indicador de modernización) representa el 50% de la población total del planeta. Esta cifra es superior al 75% en la tríada: EE UU, Europa occidental y Japón. En cambio, en amplias regiones de la Periferia Sur la población rural es en ocasiones superior al 60-70% (China, India, Nepal, etc.) (NN UU, 1997).

de esa infracondición (aunque fuera a costa de la degradación de su entorno ambiental y en condiciones de enorme explotación), como por ejemplo los países del sudeste asiático u otros «mercados emergentes», el capitalismo (financiero) global —con sus crisis monetario-financieras— les ha clarificado rápidamente que su futuro es el *no future*. Máxime cuando la creciente brecha tecnológica Centro-Periferias no hace sino agudizar unas diferencias ya de por sí abismales, marginando a aquéllas progresivamente de cara a nuevas formas de capitalismo, donde se refuerza el dominio de los móviles sobre los inmóviles y de los conectados al ciberespacio sobre los apegados a la geografía local.

Y es por eso por lo que ante esta ausencia de futuro para la inmensa mayoría de la humanidad, que hoy promueve la expansión imparable del capitalismo (financiero) global, surge en los últimos años, no por casualidad, un movimiento de movimientos: el llamado «movimiento antiglobalización», con una gran proyección mundial y hasta ahora importante repercusión social, en el que confluyen una enorme diversidad de sujetos sociales (movimientos campesinos, indígenas, de mujeres, sindicales, vecinales, ecologistas, de parados, precarios, excluidos, etc.) que se oponen a su despliegue, porque saben que la única dinámica que fomenta es una dinámica de explotación, degradación, alineación, dominio y muerte. Este retorno de la contestación social es un elemento más, muy importante, que contribuye a la crisis de legitimidad del actual modelo. Aunque en paralelo también se expande la degradación social, la cual lleva aparejada el auge de comportamientos desordenados de todo tipo. Las islas de «aparente orden» cada vez van siendo más limitadas y por ahora se sitúan principalmente en el Centro, mientras el caos se va apoderando, en general, de las Periferias. Pero la lógica de la expansión constante del capital (que lleva

inscrita en sus propios genes) está empezando a chocar ya, por otro lado, con los límites ecológicos planetarios. El despliegue del capitalismo (financiero) global parece que ya sólo puede realizarse profundizando en la lógica de la «guerra global permanente» y en la destrucción sin «fin» del entorno natural.

El capitalismo (financiero) global acelera la crisis ecológica planetaria

Hasta el advenimiento del capitalismo industrial, las diferentes sociedades humanas habían tenido un impacto ambiental más bien limitado[9], pues habían basado su funcionamiento, en general, en los flujos de materiales y energía que aportaba la fotosíntesis y sus derivados, así como en las energías renovables que provenían en última instancia del sol. La adicional extracción de minerales de la corteza terrestre era bastante restringida, pues quedaba reducida a la capacidad del trabajo humano (aunque éste fuera de carácter esclavo) y animal. La concentración urbana fue por consiguiente también escasa, salvo en los grandes imperios, en donde sus capitales adquirieron un tamaño considerable, pero limitado si se compara con la situación presente. Los modelos territoriales tenían de forma preponderante un carácter disperso y autosuficiente, basándose el funcionamiento de los núcleos urbanos en los recursos que podían obtener

9. De cualquier forma, la actividad humana siempre ha tenido un impacto sobre el entorno y las especies que lo habitan. Desde la presión de las sociedades cazadoras-recolectoras sobre la fauna, hasta la repercusión sobre la flora (y fauna) de las sociedades agrícolas. En el caso de Mesopotamia, p. ej., la sobreexplotación agrícola acabó desertificando el suelo, lo que contribuyó al fin de dicha civilización.

prioritariamente de los territorios cercanos. El coste y las dificultades de transporte así lo obligaban; salvo, quizás, en el caso de las capitales de los grandes imperios, en las que se garantizaba su funcionamiento diario, asimismo, con recursos provenientes de los territorios que dominaban. Esta situación se empieza a alterar con la expansión del capitalismo comercial europeo, que posibilita la circunnavegación de África y el llamado «Descubrimiento de América», desde finales del siglo XV. Esta circunstancia iba a activar los procesos de concentración urbana en el continente europeo y un cierto nivel de transporte de materiales (entre ellos, oro y plata, en un primer momento) a escala transoceánica. Pero iba a ser con el capitalismo industrial y su creciente dominio mundial, cuando estos procesos se iban a intensificar y, con ello, sus impactos ecológicos.

El capitalismo industrial permitió depender menos de las producciones de la fotosíntesis y de las energías renovables para apoyar su funcionamiento en la extracción y sobreexplotación de las riquezas naturales preexistentes. De esta forma, este modo de producción facilitó el alejamiento de la actividad humana «del modelo de funcionamiento de la biosfera, cuando empezó a usar masivamente combustibles fósiles para acelerar las extracciones [minerales] de la corteza terrestre, y a extender el transporte horizontal [motorizado] en gran escala por todo el planeta[10] [...] La energía y los minerales derivados de estas extracciones, no sólo aceleraron los procesos industriales a ellas vinculados, sino todos los procesos de explotación del agua, de la atmósfera y de los recursos bióticos del planeta [...] Con la civilización indus-

10. La verticalidad preside, en general, el grueso de los movimientos de los materiales base de la biosfera (Naredo, 2002 b). El reino vegetal hace circular los materiales en sentido fundamentalmente vertical.

trial, la Tierra se ha ido convirtiendo en una gran mina [sobre todo en la actualidad], [caracterizada] por la masiva extracción y transporte horizontal de materiales» (Naredo, 2002 b). Todo esto permitió y fomentó los procesos de concentración urbana, que se empezarían a acelerar desde entonces[11], posibilitando una fuerte expansión de la economía monetaria que beneficiaba las dinámicas de acumulación de capital. Y, en paralelo, se fue impulsando una progresiva destrucción del medio rural tradicional, con el fin de proveer de mano de obra a la actividad industrial, que se fue localizando cada vez más en las ciudades, al tiempo que se profundizaba el comercio transoceánico con los territorios bajo el dominio colonial, de donde se extraían materias primas y en los que se introducían las manufacturas de las metrópolis respectivas.

De cualquier forma, se puede decir que hasta casi la segunda mitad del siglo XX pervive todavía en muchos países centrales un mundo rural relativamente vivo, poco modernizado desde el punto de vista capitalista. Y a pesar del importante crecimiento urbano que se había dado en estos países hasta entonces, éste va a experimentar un salto sustancial, adicional, en las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial, junto con el fuerte crecimiento del modelo industrial fordista. Esta intensificación de la urbanización se hizo factible también por el incremento de la productividad agraria que posibilitó la llamada «revolución verde», que significó la definitiva «industrialización» de la agricultura. Todo ello auspició un incremento de los impactos ecológicos, ya que el metabolismo industrial (y el consumo en ascenso) primaba la apertura de los ciclos de materiales en la producción (sus residuos ya no se convertían en futuros recursos), y el propio proceso productivo tenía cada vez un carácter más nocivo desde el punto de vista ambiental (sobre todo por la irrupción de la industria química). Hasta la propia agricultura se transformó en una actividad muy productiva, pero gran consumidora de recursos (combustibles fósiles y agua) y altamente contaminante (agroquímicos). De esta forma, hasta las actividades que habían tenido antaño un carácter más o menos «sostenible» (explotación de bosques, pesca y agricultura) se convierten en progresivamente insostenibles, debido al ritmo de extracción de recursos y a las prácticas dañinas que impulsa el mercado y la competitividad. Ello hace que los países centrales vayan agotando cada vez más su relativa autonomía respecto a los recursos básicos que se situaban en sus territorios, y que dependan de forma creciente —para mantener su metabolismo industrial y su propio funcionamiento diario— de los recursos de los países periféricos[12].

A esta presión creciente sobre los recursos renovables y no renovables planetarios, cabría añadir la que se suma como resultado de los procesos de «desarrollo» de los países periféricos en la segunda mitad del siglo XX que, además, desarticulan estructuras productivas y comunitarias preexistentes (no modernizadas), de bajo consumo de recursos y reducido impacto ambiental.

11. El porcentaje de población urbana mundial a principios del siglo XIX era sólo del 3% (de una población total de 1.000 millones), el 15% a comienzos del siglo XX y el 33% en 1950 (Beauchard, 1993). Con la «globalización» se ha llegado al 50% al filo del siglo XXI, con una población mundial que supera los 6.000 millones (NN UU, 1997). Esto es, en doscientos años la población urbana global se ha multiplicado por 100, pasando de 30 millones de personas a unos 3.000 millones.

12. Hasta más allá de la mitad del siglo XX, los principales minerales utilizados en la producción industrial (carbón y hierro) se obtenían en los propios espacios centrales. Incluso en el caso del petróleo, EE UU se autoabastecía sin problemas hasta hace medio siglo (Naredo, 2002 b). Todo esto ha cambiado radicalmente.

Dichos procesos disparan las dinámicas de urbanización en los espacios periféricos que hasta entonces habían sido, en general, limitadas. De esta forma, en pocos años, sus principales aglomeraciones metropolitanas (México D.F., Sao Paulo, Shangai, Calcuta, etc.) empiezan a sobrepasar, en términos poblacionales, a las principales conurbaciones del «Norte», convirtiéndose en megaciudades cada día más ingobernables. Al tiempo que estos países acentúan las actividades de extracción de materias primas y la agricultura de exportación con el fin de financiar las necesidades del «desarrollo». Todo ello intensifica la demanda de todo tipo de recursos (en especial combustibles fósiles), el consumo de espacio y la degradación ecológica. Aun así, estos amplísimos espacios, mucho menos degradados que los territorios centrales y todavía vírgenes algunos de ellos, son los que van a cumplir un papel trascendental en la siguiente etapa de «globalización económica y financiera», pues sin su aportación esta nueva ronda de crecimiento económico no hubiera sido factible.

Esta fase más reciente, la del capitalismo global de base crecientemente financiera, se ha llegado a caracterizar como «postindustrial» en los países centrales; y se ha mencionado que caminábamos hacia la progresiva «desmaterialización» de la economía. Nada más radicalmente falso. No sólo el consumo de recursos *per cápita* (con una población mundial que crece exponencialmente) está creciendo a escala planetaria, sino que lo está haciendo en los propios territorios centrales, a pesar de la «desmaterialización de su economía», de la creciente deslocalización industrial (la más consumidora de recursos) a determinados países periféricos y de la mejora de la eficiencia en los procesos productivos parciales. El conjunto de los países centrales importa muchas más toneladas de las que exporta, manifestando una entrada neta (en ascenso) de materiales del

resto del planeta[13]. Y eso a pesar también de que cada vez más los países centrales exportan un volumen de residuos en aumento hacia los territorios periféricos. Ello es posible por la capacidad de compra de los países centrales y sus empresas para usar no sólo los recursos, sino también los sumideros planetarios (incluidos los fondos marinos, que se utilizan sin ningún coste económico: «ancha es Castilla»). De esta forma, a pesar igualmente del desequilibrio global del comercio en términos físicos, el balance es positivo, en su conjunto (salvo principalmente para EE UU y Reino Unido), en términos monetarios (debido a la llamada Regla del Notario); EE UU y Reino Unido logran hacer frente al desequilibrio exterior en el ámbito financiero, es decir, atrayendo capitales del resto del mundo hacia sus mercados financieros (Naredo y Valero, 1999).

A este respecto, la caída de la paridad de las monedas periféricas, en relación con las monedas centrales, y la creciente orientación de la actividad económica de los países periféricos hacia la exportación (como resultado de los PAES, la presión del pago de la deuda externa y la necesidad de conseguir como sea divisas fuertes) ha ayudado a esta intensificación sin precedentes de la extracción de materias primas, que han visto bajar en términos relativos —y en muchos casos absolutos— su precio en los mercados mundiales en los últimos veinte años (Naredo y Valero, 1999; Naredo, 2002 b). Hecho que no ha incentivado el ahorro ni el reciclaje, y mucho menos en la actual «civilización» del «usar y tirar». Es más, las formas de producción y consumo del capitalismo global llevan aparejadas una verdadera explosión de la producción de residuos. Las Periferias, pues, se van convirtien-

13. Combustibles fósiles (petróleo, carbón, gas natural), minerales, recursos agroforestales y pesqueros, y biodiversidad, así como los productos manufacturados que proporciona la presente «fábrica global».

do en un inmenso territorio de apropiación y (en menor medida, por ahora, de) vertido. Dos de sus funciones en el actual marco del capitalismo global.

Por otro lado, la creciente «globalización» productiva, aparte de implicar un crecimiento exponencial del transporte motorizado (por la cada día mayor separación espacial entre producción y consumo, y por la articulación de los procesos productivos a escala global) y, por lo tanto, de gasto de combustibles fósiles (en concreto derivados del petróleo), está suponiendo también una degradación a la baja de cualquier normativa ambiental con el fin de ser competitivos (al igual que ocurre con la normativa laboral o social). De hecho, las empresas se deslocalizan allí donde las restricciones ambientales son más reducidas o inexistentes, con el objetivo de reducir costes potenciales e incrementar beneficios. Lo que presiona a los países centrales para que «flexibilicen» su normativa ambiental, más «estricta», pues si no sus empresas se quedarán fuera del mercado. Aparte de que la OMC actúa para promover su progresiva eliminación, pues se considera que representan obstáculos al «libre comercio». Eso sí, todo ello recubierto de una retórica «verde» de promoción del «desarrollo sostenible», ya que hoy en día todo es «desarrollo sostenible» o se vende en nombre del mismo.

Pero este «desarrollo sostenible», que parece que puede llevar aparejado el presente capitalismo global —pues tan sólo presenta (nos dicen) ciertas disfunciones que es preciso corregir—, está promoviendo una intensificación aún mayor de los procesos de concentración urbana y metropolitanización[14], provocando un crecimiento edificado en

14. En 1800 sólo había una ciudad, Londres, que superase el millón de habitantes; en 1900 había diez, y en torno al año 2000 casi cuatrocientas «ciudades» eran urbes millonarias, situándose algunas de ellas cerca de los veinte millones de habitantes y superando varias los diez (Naredo, 2000; Fdez. Durán, 1993).

mancha de aceite, una verdadera lengua de lava que engulle el territorio suburbano (la anticiudad), con una demanda enorme de infraestructuras de transporte, necesarias para acoger una movilidad motorizada que crece de forma exponencial. El transporte motorizado hoy en día «progresa» a un ritmo prácticamente el doble que el crecimiento económico mundial (Fdez. Durán, 2000); y ya muestra una incapacidad manifiesta de seguir expansionándose de forma constante, pues es imposible un crecimiento económico continuo en un ecosistema finito como es la biosfera. De hecho, nos estamos aproximando a marchas forzadas a los límites ecológicos por el lado de la finitud de los recursos no renovables, en especial de los combustibles fósiles. El transporte motorizado (absolutamente ligado a la «globalización económica» y al «libre comercio mundial») se está constituyendo como uno de los núcleos duros de la presente crisis ecológica planetaria, al ser uno de los principales responsables del reforzamiento del llamado «efecto invernadero», que provoca el consiguiente cambio climático. Este «efecto invernadero» es también impulsado, cómo no, por el carácter cada día más energívoro de la «fábrica global» y las formas de consumo que lleva aparejadas. En este caso, este aspecto de la crisis ecológica es consecuencia de los efectos del metabolismo del actual modelo productivo; el otro lado de la moneda de la inviabilidad ecológica (a medio plazo) del capitalismo global, en la que el cambio climático tan sólo es una de sus múltiples facetas (lluvias ácidas, degradación de suelos, contaminación de las aguas y la atmósfera, etc.).

Esta inviabilidad ecológica queda claramente reflejada en lo que se refiere a un recurso que va a ser clave en el futuro: el agua. Mejor dicho, que ya lo es en muy gran medida hoy en día. En la actualidad «se utiliza casi la mitad del flujo anual de agua accesible y, al ser en buena parte devuelta en forma de contaminación, invalida una

porción todavía superior» (Naredo, 2002 b). Lo que va a provocar, según el Banco Mundial, que más de la mitad de la población mundial se encuentre con gran dificultad para acceder al agua potable hacia el año 2025; es decir, más de cuatro mil millones de personas (WB, 2002). Como ha dicho uno de los vicepresidentes del BM, «las guerras del próximo siglo [refiriéndose al siglo XXI] serán en torno al agua» (Barlow, 1999). Y «conforme la crisis en torno al agua se intensifica, los Gobiernos alrededor del mundo —bajo la presión de las empresas transnacionales (a través de la OMC)— están proponiendo una solución radical: la mercantilización y el transporte masivo de agua [...] Esta privatización del agua, incluida la subterránea [las entrañas de la tierra], orientará este recurso básico a satisfacer las demandas de aquellos territorios y actividades que lo puedan pagar: ciudades del "Norte" y áreas de alta renta, así como industrias intensivas en agua, y entre ellas la agricultura [de exportación] y la producción *high tech*» (Barlow, 1999). Y centenares de millones de personas se quedarán sin tan siquiera poder acceder a este recurso vital. El mercado del agua se configura, pues, como uno de los negocios más importantes de las próximas décadas, incluido el comercio masivo (intra e interestatal) con este recurso, al que se le ha llegado a bautizar como el «oro azul» (Barlow, 1999).

Y a todas estas dinámicas cada día más insostenibles en el plano de «lo productivo» cabría añadir la incidencia que está teniendo la progresiva financiarización del capitalismo global, que acentúa, aún más, el deterioro ecológico planetario. Por un lado, las crisis monetario-financieras cada vez más recurrentes en los países periféricos obligan a un endeudamiento adicional de éstos, lo que les fuerza a intensificar el ritmo de extracción de materias primas, con el fin de obtener las divisas fuertes necesarias

para el pago de su deuda *in crescendo* y defender sus divisas. Dichos países ponen a la venta todo lo imaginable: recursos naturales, territoriales, hídricos, forestales, biodiversidad, etc., con el fin de «hacer caja» y poder enfrentar una situación desesperada. Por otro lado, las dinámicas del capitalismo (financiero) global dan una capacidad de compra a las empresas y (a determinados) particulares del Centro sobre el resto del mundo impensable hace tan sólo unos años. Y la gestión de sus recursos pasa a estar presidida por la lógica del mercado, de obtención del máximo beneficio, que choca frontalmente con estrategias orientadas a la conservación.

Un sector digno de reseñar, por su íntima relación con las dinámicas del capitalismo (financiero) global, es el turismo de masas transcontinental con origen en los países centrales. Este sector, de muy alto impacto ambiental (la «horda blanca», se le ha llegado a denominar), se ha podido desarrollar en los últimos 20-25 años por el elevado poder adquisitivo adquirido, principalmente vía mercados financieros, por las «clases medias» del Centro, así como por el paralelo incremento de su poder de compra sobre el resto del mundo, que ha propiciado la abrupta caída de las paridades de las monedas periféricas en relación con las monedas centrales. Lo mismo se podría decir, en general, de la movilidad motorizada privada, que se concentra de forma prioritaria en los países centrales, pues en torno al 90% del parque de automóviles mundial se ubica en los países de la OCDE, donde habita menos de un sexto de la población mundial (Fdez. Durán, 2000). De esta forma, aunque una parte importante de la movilidad es de carácter «obligado» (por las características del nuevo modelo territorial), sería impensable la explosión habida de la movilidad motorizada privada en los últimos veinte años en el Centro, sin un fuerte abaratamiento relativo de los derivados

del petróleo respecto a la capacidad de compra de una parte importante de sus «clases medias»[15].

En definitiva, el crecimiento imparable de la «economía financiera» ha generado la creación de una tremenda «riqueza virtual», pero con una enorme capacidad de compra real (al menos mientras subsista la burbuja financiero-especulativa y las actuales relaciones de poder monetario, político y militar) que progresa (o al menos ha progresado) exponencialmente, al tiempo que asistimos a una cada día mayor regresión del llamado «capital natural». Hecho que llama poderosamente la atención y que debería encender todas las alarmas. Desde el discurso económico dominante se ocultan estos hechos e incluso se manifiesta que será una mayor riqueza monetaria (propiciada por una mayor expansión del capitalismo global), medida a través del PIB, la que permitirá conseguir en el futuro el «desarrollo sostenible» para todos. Pero no sólo el PIB cierra los ojos al deterioro del mundo natural, sino que se contabilizan como positivas para el mismo actividades destructivas para el entorno. De esta forma, se resalta cómo los países centrales llevan ya años orientándose poco a poco al «des-

15. El precio del petróleo ha venido cayendo (se ha incentivado su caída desde los poderes centrales) desde principios de los ochenta hasta finales de los noventa, salvo subidas puntuales en las crisis internacionales (en especial, con ocasión de la Guerra del Golfo); pero en los últimos años ha venido mostrando una cierta tendencia al alza. Aun así, y a pesar de la inflación, el poder adquisitivo de las «clases medias» de los países centrales se ha incrementado mucho más, principalmente por ingresos financieros «extrasalariales», lo que ayudaría a explicar la fuerte explosión de la movilidad motorizada. Estos escenarios están cambiando ya, y lo pueden hacer aún más en el futuro, como resultado de la guerra contra Irak, a corto plazo, y por el tensionamiento al alza de los precios del crudo, a medio y largo plazo, como resultado de la progresiva incapacidad de la oferta de poder servir una demanda en ascenso, situación que aparecerá probablemente entre 2010 y 2020 (Rifkin, 2002).

arrollo sostenible», a través de mejoras tecnológicas y políticas de reducción de impacto ambiental, encubriendo e ignorando los datos que manifiestan justo lo contrario. Al tiempo que se enmascara, además, que los países centrales están importando «capacidad de carga» del resto del mundo a través del comercio internacional. La «huella ecológica» del Centro no hace sino ampliarse fuera de sus fronteras, con importantes impactos ambientales directos (minería a cielo abierto, deforestación masiva, etc.). Y esto es factible, en gran medida, por la existencia todavía de un mundo poco modernizado (y en muy contados casos todavía virgen), en rápida regresión, que se utiliza como fuente adicional de recursos o como sumidero de residuos. Esta relativa «sostenibilidad local» en el Centro se logra, pues, a costa de una creciente insostenibilidad global, a la que contribuyen, igualmente, cada día más, los intentos de «desarrollo» de los espacios periféricos.

Por último, parece imprescindible al menos mencionar otros muy graves riesgos ecológicos que probablemente veremos en el futuro cercano. Se están liberando de forma creciente organismos modificados genéticamente en nuestra entorno «natural», cuyas consecuencias no han sido para nada evaluadas, despreciando el mínimo principio de precaución. Los intereses de la industria biotecnológica que se mueven detrás de estos procesos son enormes, pues inmensos territorios de la vida se quieren anexionar a la lógica de acumulación del capital. Es más, se está patentando ya la propia vida (las normas de la OMC lo posibilitan ya y se quieren ampliar), y se pretende conseguir fabulosos beneficios a partir del control de la reproducción de la misma. Pero esta privatización de la herencia genética conlleva riesgos extraordinarios, pues las barreras interespecíficas, que en la naturaleza separan los reinos vegetal, animal y a la pro-

pia especie humana, así como a las distintas especies entre sí, se están rompiendo; y la ciencia, basada en la razón instrumental y en el afán de conseguir como sea el máximo beneficio, se está convirtiendo ya en un auténtico «aprendiz de brujo» que no controla lo que inventa, en especial sus consecuencias. Hasta ahora las crisis alimentarias («vacas locas», «pollos con dioxinas», etc.) se han producido como resultado de primar a costa de lo que sea (en concreto, la salud de la población) la acumulación de capital, si bien todavía en el territorio de la producción industrializada, pero «pretransgénica». Sin embargo, estamos en el umbral —de hecho lo estamos atravesando ya— de un cambio cualitativo de incalculables consecuencias: las crisis genético-ecológicas y su impacto sobre el entorno y sobre la propia naturaleza humana (Bertrand y Kalafatides, 2002).

El dinero al entrar el siglo XXI: un huracán sin control de potencial devastador

A lo largo de su evolución histórica, el dinero ha sufrido transformaciones sustanciales que trastocaron las estructuras de poder preexistentes, generando otras nuevas. Se podría decir, simplificando, que ha habido tres cambios principales en la historia del dinero. El primero, cuando aparece el «dinero moneda» (en el reino de Lidia, en Anatolia, en el siglo VI antes de Cristo)[16], que extendió el comercio y los mercados de la época, y

16. Anteriormente, se había producido el desarrollo de muy diversas formas de «dinero mercancía» (sal, cacao, ganado, trigo, etc.) en las diferentes sociedades humanas con el fin de facilitar el intercambio. En la región de Mesopotamia se desarrollan, desde el tercer milenio antes

produjo la erosión y el declive de los grandes imperios tributarios de la historia (Egipto, Persia). Se genera pues un nuevo sistema de dominio, organización productiva y cultural, la llamada civilización clásica en el Mediterráneo, cuyo punto culminante sería el Imperio Romano: el primer imperio basado en la moneda. Tras la caída de éste, en la que tuvo una importancia decisiva la crisis de su sistema monetario, se retrae bruscamente el comercio, el dinero pasa a cumplir un papel residual (con diversidad de monedas locales de reducida circulación) y se consolida el poder feudal (junto con el de la Iglesia). Al final de esta etapa, el poder monárquico se configura como el responsable único de la emisión de moneda. Un privilegio exclusivo.

El segundo gran cambio en las formas del dinero sería la aparición del «dinero papel» (que lleva aparejado el dinero de cuenta, o dinero de crédito, permitiendo trascender la limitada oferta de plata y oro). Su primera manifestación sería la llamada «letra de cambio», que surgiría en el siglo XIV en el norte de Italia, emitida privadamente por el embrión de lo que luego sería la banca comercial, el nuevo poder (junto con el de los mercaderes); el «dinero papel» propiamente dicho no aparecería hasta el siglo XVIII. Esta segunda generación de dinero, que contribuiría a destruir el poder feudal, daría lugar al desarrollo del moderno sistema capitalista que perdura hasta nuestros días y que provocaría la aparición, más tarde, de los bancos centrales (controlados por el capital privado, pero con el apoyo estatal) que acompañarían (y reforzarían) la creación del Estado-nación, la institución política trascendental de esta épo-

de Cristo, formas de «protodinero» (lingotes y piezas metálicas, en concreto de oro y plata) para impulsar el comercio como medio de pago y depósito de valor. El siguiente paso sería la acuñación de moneda.

ca histórica. Es en este amplio periodo que se produce la separación entre el poder político y el poder económico, que no existía como tal en las sociedades precapitalistas; al tiempo que se produce la ruptura de la relación entre riqueza inmobiliaria y poder (aristocracia), al aparecer nuevas formas de materialización de la riqueza y poder ligadas al dinero (burguesía). Y ahora, al principio del siglo XXI, estamos entrando en otra nueva etapa histórica: la del «dinero electrónico». El desarrollo del «dinero electrónico», que se viene manifestando en las últimas décadas y que se intensificará en el futuro, provocará muy probablemente transformaciones quizás tan importantes como las dos precedentes. El nuevo dinero, en especial en su dimensión financiera, se manifiesta como puro poder (Weatherford, 1997; Lietaer, 2001).

En cada evolución, el papel del dinero en la organización social, y en la propia vida, se ha ido ampliando e intensificando. Pero quizás uno de los aspectos principales a considerar es el hecho del «interés» que ha acompañado a lo largo de casi toda su vida, aunque no siempre, al funcionamiento del dinero. La existencia de este componente ha tenido un importante impacto social y ecológico (este último claramente visible hoy en día), hecho que provocó que las principales religiones bíblicas prohibieran aplicar interés a los préstamos que se concedían. Es más, existía una tradición bíblica de perdón periódico de las deudas (entre otras, las leyes de jubileo de Moisés) para que los campesinos no perdieran sus tierras y sus pertenencias (Wegerif, 2001). Después de casi mil años en que queda sentenciada —por el cristianismo, primero, y por el Islam, más tarde— la prohibición del interés, éste es rescatado, de forma subrepticia, por la banca comercial que se desarrolla de forma potente en el norte de Italia en los albores del capitalismo[17]. Y va a acompañar ya a éste, de forma indisoluble, a lo largo de toda su existencia, primero de una forma más o menos enmascarada (en cuanto a la terminología que se utiliza para sortear los problemas con la Iglesia) y luego ya a pecho descubierto, hasta que en el siglo XIX se suprimen formalmente las leyes contra la usura en los distintos países europeos (Leyshon y Thrift, 1997). Sencillamente, el capitalismo no se podría entender ni concebir sin este componente fundamental.

Es la otra cara de la moneda, valga la redundancia, del funcionamiento del dinero en el sistema capitalista, pues la creación de dinero en el capitalismo está íntimamente ligada a la creación de deuda, a través de la generación del crédito bancario. Como dice Rowbotham (1998), el 95% de la masa monetaria[18] de los países desarrollados está ligada al crédito bancario y, por consiguiente, es generada como deuda. Este porcentaje se ha ido incrementando a lo largo de todo el siglo XX, como resultado de la creciente «bancarización» de las economías centrales. El Estado (junto con los bancos centrales) sería el que, en principio, emitiría un dinero (monedas y billetes) libre de interés, pero el porcentaje de este dinero en «metálico» es cada día más residual. Más que nunca, el dinero en circulación no lo emite el Estado, ni los bancos

17. Durante todo ese tiempo sectores de la comunidad judía cumplieron un papel importante como prestamistas y cambistas, pues aunque los judíos condenaban la aplicación de interés a los miembros de su comunidad, sí permitían que se cargase interés en los préstamos a miembros de otras creencias religiosas. Además, a los judíos se les consideraba como «extranjeros», miembros «extraños» a una sociedad profundamente religiosa, a los que se les excluía del acceso a la tierra, pero a los que se les permitía que ejercieran dichas funciones que interesaban, además, a las propias estructuras de poder de cara a los intercambios monetarios y mercantiles (de larga distancia) (Simmel, 1990; Weatherford, 1997).

18. El agregado monetario llamado M1, que incluye monedas, billetes y los «depósitos a la vista» bancarios (es decir, las cuentas corrientes).

centrales, sino los bancos privados. El propio Estado para financiarse se ve obligado a recurrir a la banca privada (y desde hace poco también a otras instituciones financieras) a fin de garantizar su propio funcionamiento. Éste es el modelo de funcionamiento monetario y financiero que se fue sedimentando desde el Renacimiento y que quedó firmemente consolidado a partir de la creación a finales del siglo XVII del Banco de Inglaterra, el embrión de los futuros bancos centrales que serviría de ejemplo para todos los países sistema-mundo capitalista. De esta forma, la creación de moneda nacional (una función en teoría pública y que se realizaba a través de los bancos centrales) se convertía en un privilegio principalmente del sistema bancario a través de la generación *ex nihilo* (es decir, de la nada) de crédito, esto es, del llamado «dinero bancario»[19]. Y es por eso por lo que la inmensa mayoría del dinero que circula hoy en día lleva aparejada la creación de deuda.

El que ello sea así tiene serias implicaciones. En primer lugar, la creación del dinero como deuda provoca una escasez crónica de dinero y promueve una creciente competencia, a todos los niveles (una guerra de todos contra todos), para su obtención; además, este hecho refuerza las diferencias sociales y la concentración de la riqueza, pues no sólo accederán a él los que ya dispongan del mismo o tengan suficientes avales, sino que los que se vean obligados a endeudarse (sean empresas, particulares o Estados), se verán abocados a dedicar una importante cantidad de sus ingresos al pago de sus deudas, si es que no caen en el impago y en la quiebra; e igualmente eso repercute en un encarecimiento de todos los precios. Por citar el ejemplo de Gran Bretaña, un 70% de su población está endeudada; y en este país, uno de los más bancarizados del mundo, 97 de cada 100 libras que circulan las crea el sistema bancario a través del crédito (Leyshon y Thrift, 1997; Huber y Robertson, 2000).

Al mismo tiempo, la creación de un sistema monetario y financiero basado en el interés compuesto crea un imperativo insoslayable de crecimiento económico continuo, pues si no, no es posible pagar las deudas adquiridas. Se crea, en consecuencia, una necesidad continua e insaciable de crecer (o el sistema crece o se colapsa), en la que prima el corto plazo, que es incompatible con la «sostenibilidad» ecológica, en el medio y largo plazo (Dothwaite, 1999). Y finalmente, el actual sistema monetario y financiero es un sistema procíclico[20], en el sentido de que refuerza y amplifica aún más los periódicos episodios de expansión y crisis que acompañan a la economía capitalista. Y al funcionamiento del sistema bancario, a la creación de este «dinero bancario» basado en la generación de deuda, cabría añadir la explosión actual de nuevos activos financieros que promueve también la creación de volúmenes crecientes de deuda adicional. Es por eso por lo que tanto los Estados (todos) como las empresas y los particulares se encuentran altamente endeudados, generándose un paisaje mundial de aguda y creciente insolvencia. Cada generación se encuentra con una deuda mayor que la anterior, que además crece

19. Los bancos generan dicho «dinero bancario» a partir de los depósitos que obtienen, pues pueden emitir nuevos créditos (poniendo en circulación ese nuevo «dinero») tan sólo inmovilizando una fracción pequeña de los mismos, y así en cascada. Ese dinero por así decir se «extingue» cuando se saldan los créditos, siendo el beneficio de los bancos (entre otros) el pago de los intereses que obtienen por los créditos que conceden. Ésta es una rueda que funciona sin fin e *in crescendo*.

20. Pues el sistema financiero no dará créditos si no hay perspectivas de beneficio, lo que agudizará las tendencias depresivas. Y viceversa, los impulsará en periodos de expansión, intensificando la euforia.

exponencialmente (Rowbotham, 1998). Un crecimiento canceroso que se produce a costa del marco de vida donde se desarrolla. El interés compuesto es una máquina destructiva invisible, que es todo menos algo «natural» y que beneficia indudablemente al poder financiero.

El interés es el «precio» que paga el capital productivo por el uso del dinero al capital financiero; lo mismo se puede decir de los Estados cuando se endeudan, que compiten también con el capital productivo para acceder al capital financiero. El capital productivo compra la capacidad potencial de producir plusvalor del dinero como capital en el proceso productivo. El dinero pues lubrica el circuito del capital productivo. El dinero es adelantado, por tanto, por el capital financiero buscando participar en el reparto de dicho plusvalor. Sin embargo, es conveniente resaltar que se ha producido un cambio trascendental en la relación existente entre el capital productivo y el capital financiero, desde las primeras etapas del desarrollo capitalista hasta la actualidad. Ha cambiado totalmente el «equilibrio» entre el capital productivo y el capital financiero, que pasó indudablemente por distintas coyunturas, siendo este último absolutamente dominante y determinante en la actualidad; si bien las altas finanzas siempre cumplieron un papel de enorme importancia en la evolución del capitalismo (Arrighi, 1999). Y es más, hoy en día el capital financiero busca independizarse (para su expansión) ilusoriamente del proceso productivo, debido a la capacidad que tiene en el presente de crear dinero ficticio (y de que se acepte), a través de la emisión de una gran diversidad de instrumentos financieros que generan un aumento continuo de deuda a todos los niveles. Si bien este dinero que sólo existe en forma de deuda, ante una absoluta insolvencia de los deudores —que es lo que está ocurriendo en la actualidad— se disuelve en el aire.

Pero es conveniente enfatizar que, aunque el capital financiero es el sector dominante sobre otras formas de capital, no es independiente de ellas. Todo ello hace necesario actualizar y completar el pensamiento crítico sobre el funcionamiento del dinero en la presente etapa del desarrollo capitalista (Leyshon y Thrift, 1997)[21], ya que —como dice Naredo (2002 a)— «nos encontramos en una tercera fase de la acumulación capitalista, todavía escasamente analizada». Pues «como es sabido, el capitalismo es un sistema histórico que emergió sobre una "acumulación primitiva" de capital derivada de la expropiación y mercantilización del patrimonio sujeto a formas de propiedad o de tenencia precapitalistas. Cobró después fuerza la acumulación propiamente capitalista, analizada por Marx y otros autores, basadas en las "plusvalías" extraídas de la producción y venta de mercancías.

21. Leyshon y Thrift (1997) plantean que los esquemas marxistas deben ser reconsiderados en profundidad porque los economistas clásicos (y Marx era uno de ellos) asumían que estaban tratando principalmente con un sistema sofisticado de «dinero mercancía» (es decir, vinculado de algún modo con el mundo físico), pero los cambios en más de un siglo desde que se publicó *El Capital* han sido muy amplios y profundos. De esta forma, el importante desarrollo del Estado y de su papel en la economía, la intensa expansión del dinero de crédito, la desaparición de cualquier conexión del dinero con el mundo físico (con el oro, en concreto), el papel hegemónico del sistema financiero en la economía mundial, la explosión de capital ficticio a través del sistema de «dinero virtual» y otros muchos cambios han alterado absolutamente el paisaje del dinero y, en concreto, de sus formas de creación y apropiación. En el análisis clásico, el capital financiero cumplía una función subsidiaria en relación a la producción, pero hoy en día es imposible relegar el papel del mismo a una consideración más o menos marginal, cuando se ha convertido en el pivote absolutamente central de la economía global. Además, dichos esquemas no prestan tampoco, de acuerdo con dichos autores, la suficiente relevancia a otras consideraciones sociales y culturales del dinero, y muy en especial a la «confianza» que se otorga a aquellas instituciones que emiten hoy en día las distintas formas de dinero; y a las razones sobre las que se sustenta tal «confianza».

Sin embargo, ahora asistimos a una tercera ola de acumulación realizada por un reducido número de empresas transnacionales [y grandes instituciones financieras] a base [principalmente] de crear dinero [financiero], para comerciar con el patrimonio vinculado al capitalismo tradicional y al desmantelamiento del sector público», que se suma a los procesos anteriores y que opera sobre ellos condicionando su funcionamiento. El capital financiero internacional, pues, está funcionando como una verdadera bomba aspirante del valor y de las riquezas productivas y naturales de todo el planeta. Es más, se refuerza esa apariencia de que «ya no es el trabajo el que valoriza, sino el capital [la realidad se presenta invertida]» (Morán, 2000).

En la actualidad, el «dinero» como algo definido y definible está desapareciendo, pues una enorme variedad de activos e instrumentos financieros está usurpando las funciones del dinero tradicional[22], emitidos por nuevos actores que desbordan el quehacer histórico del Estado y hasta de la propia banca (Naredo, 2002 a). Y nos encontramos con que sabemos muy poco acerca del mismo, cuando su función tiene un papel tan decisivo en nuestras sociedades. El «dinero» en la actualidad se está continuamente reinventando para eludir cualquier tipo de control estatal (y por supuesto social), al tiempo

22. «Desde una tarjeta de plástico con un *chip* incorporado, a un impulso magnético que circula por las "autopistas de comunicación" e interconecta y modifica los asientos contables de empresas o particulares entre puntos alejados, pasando por la emisión de pasivos que suplen las funciones del dinero por parte de entidades cuya capacidad de convencimiento hace que otros les confíen sus fondos [...] El poder del dinero no reside ahora en quien lo tiene ahorrado (atesorando oro, billetes o cuentas bancarias) sino en quien tiene la posibilidad de que se lo presten, prometiendo ganancias futuras mediante la emisión de pasivos o deudas que todo el mundo acepta como depósito de valor» (Naredo, 2002 a).

que se vuelve cada vez más abstracto, pues se ha ido desmaterializando progresivamente a lo largo de la historia hasta convertirse en pura información. El «dinero» es uno de los primeros dominios donde se ha desarrollado plenamente la «era de la información». La mayoría de las transacciones financieras han ido siendo informatizadas desde hace unas dos décadas. Y los principales mercados financieros del mundo se hayan interconectados en «tiempo real», estableciéndose crecientes flujos monetarios entre los mismos, en donde el «dinero electrónico» (o «dinero virtual») puede funcionar prácticamente sin barreras. El tiempo y el espacio han sido comprimidos dentro del sistema financiero global, que ha aprovechado totalmente las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. El «dinero» es una sustancia viva (pues tiene capacidad de reproducirse) que opera de forma nómada, circulando constantemente, 24 horas al día, alrededor del mundo. Y el «dinero» que, en principio, se había inventado para facilitar el comercio y el mercado, se ha transformado en un verdadero fin en sí mismo. Y así, las transacciones puramente monetarias se han convertido en el mercado por excelencia, que impone sus propias reglas a todo el planeta. Los mercados monetarios (que comercian con dinero, esto es, con divisas) se han integrado a escala global y funcionan *non stop*, sin interrupción. Lo cual crea un mercado, a la vez, abierto y único, que no está ubicado en un lugar concreto (como los mercados financieros de acciones y bonos, aunque tenga nodos de mayor intensidad), pues los especuladores pueden comprar y vender divisas desde cualquier parte del mundo, con sólo presionar una tecla de ordenador.

Y estos mercados, donde se comercia sólo con divisas, son con mucho el mayor mercado del mundo, el más desregulado y el que condiciona todos los demás. Dia-

riamente se negocian en ellos más de dos billones de dólares. Esta cifra, verdaderamente fabulosa, equivale a 100 veces el volumen de negocio diario de todas las bolsas del mundo. En este mercado se negocia con la volatilidad de las paridades entre las diferentes divisas y su riesgo de cara al futuro, siendo el propio mercado el que incentiva una cada día mayor volatilidad (y riesgo), pues en ésta (y en éste) se encuentran sus propias expectativas de beneficios; sobre todo cuando más del 98% de las transacciones son puramente especulativas en dicho mercado (Lietaer, 2001); lo cual contrasta fuertemente con la situación a principios de los setenta, cuando éstas representaban menos del 10% (Singh, 2000). Se ha llegado a decir que para este capital especulativo el «largo plazo» son los próximos diez minutos. Y es hacia este mercado donde se dirigen, por consiguiente, los volúmenes mayores de capital, y sus resultados condicionan el funcionamiento de los demás mercados financieros, al alterar la paridad entre las divisas.

De esta forma, todos los Estados del mundo, incluidos los más poderosos, hasta el propio EE UU, se encuentran vigilados y condicionados por esta fuerza brutal que son los mercados financieros, y muy en concreto por la de su máximo exponente: los mercados de divisas. Éste es un espacio de flujos, más que de nodos, es decir que trasciende la geografía de localidades y mercados financieros específicos, aunque se apoye en ellos (la City de Londres, p. ej., alberga el principal mercado mundial de divisas). Lo cual convierte al sistema financiero internacional en un espacio (virtual) cada vez más desenraizado, produciéndose una creciente promiscuidad y cosmopolitismo de los capitales que circulan sin fin por el mismo. Y en este sentido, «el sistema financiero alcanza un grado de autonomía de la "economía real" sin precedentes en la historia del capitalismo, llevando a

éste hacia una era de peligros financieros también sin precedentes» (Leyshon y Thrift, 1997). Por eso es un sarcasmo la retórica oficial de que los mercados toman siempre las mejores decisiones y que tienden al equilibrio, cuando son intrínsicamente inestables y con tendencia a generar crisis sistémicas, como hasta el mismo George Soros ha manifestado. Este especulador, después de haber hecho una enorme fortuna especulando en los mercados financieros, gracias a su desregulación, desde hace un tiempo clama por una regulación de los mismos para hacer frente a un más que probable colapso o quiebra del sistema financiero global (Soros, 1999).

En definitiva, este flujo de «dinero electrónico», estos capitales financieros, se generan y operan cada vez más sin necesidad de recurrir al dinero «físico» emitido por los Estados, salvo todavía como unidad de cuenta en la que se contabilizan las operaciones (Naredo, 2002 a). Ello hace que el poder de los Estados se esté socavando progresivamente, de forma muy sustancial para los de carácter periférico, a pesar de que prácticamente a lo largo de todo el siglo XX, salvo las dos o tres últimas décadas, el poder de los mismos (en concreto en el Centro) de cara al control de la creación del dinero creció enormemente, en especial en los «treinta gloriosos» (1940-1970)[23]. Se está produciendo ya desde hace años una emancipación casi total del poder financiero respecto de

[23]. Y ello fue así como resultado del conflicto social cada día más abierto, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, y la necesidad de desactivarlo a través de la progresiva creación del llamado Estado social. Además, la creación del sufragio universal y del sistema de partidos, que operaba en la misma dirección, hizo inviable las políticas liberales del siglo XIX que imponía a nivel internacional el llamado patrón-oro. El patrón-oro se abandona después de la Primera Guerra Mundial, especialmente a partir de los años treinta, para intentar atender a ciertas demandas sociales, lo que obliga a los Estados a intervenir cada vez más en el funcionamiento de los bancos centrales.

los vínculos que lo supeditaban al poder político, acabando con la «represión financiera» que se le había impuesto en la posguerra mundial. De esta manera, el poder financiero no sólo supedita (ahora) el quehacer del poder político a sus intereses, sino que la «economía financiera» se impone a la «economía real», igual que la «realidad virtual» se impone sobre la realidad creando una «virtualidad real». De cualquier forma, aunque el capital financiero es el sector claramente hegemónico, que impone su lógica a los demás, su funcionamiento no es independiente (aunque quisiera) de lo que acontece en la «economía real». Su deseo de generar dinero de la nada (gracias a su poder) no es viable durante mucho tiempo, al margen de lo que sucede en el plano «productivo», imponiéndose antes o después el principio de realidad; por lo que se puede decir que su actuación disfruta de una autonomía sólo relativa (Chesnais, 2001).

Lo que sí se puede afirmar es que los bancos centrales han perdido mucha capacidad de control sobre el dinero en circulación, no sólo respecto del llamado «dinero bancario»[24], sino sobre todo respecto del «dinero financiero», que cada día opera con menos controles a escala mundial y cuyas locas dinámicas someten a otras instancias de poder (político y económico). Y, paradójicamente, esta masiva creación actual de «dinero financiero» que, en principio, debería demandar de los Estados y los organismos financieros internacionales un intervencionismo más potente del que reclamaba, en su día, la creación del «dinero bancario», actúa como un verdadero tifón, pues funciona ya sin casi ningún tipo de restricción, generando crisis *in crescendo*.

24. Y es preciso resaltar que los bancos de EE UU, y ahora de «Europa», al crear «dinero bancario» están creando dinero mundial, pues el dólar es una divisa de alcance global, lo que intenta emular el euro.

El dinero: una «sustancia» multifacética en proceso de fuerte transformación

A pesar del creciente predominio del «dinero electrónico», los otros tipos de dinero no desaparecen, aunque sí van adquiriendo un papel cada vez más residual, sobre todo en los espacios centrales. Es más, en los sociedades más «desarrolladas» el dinero «en metálico» es utilizado por sectores sociales cada vez más marginales, formándose lo que se ha venido a denominar el *cash guetto* (esto es, el gueto de los que funcionan sólo con dinero «en metálico»), pues ciertos sectores sociales quedan al margen de poder acceder al «dinero bancario», a través de alguna forma de crédito (ya que no son dignos de confianza del sistema bancario), y mucho más de poder llegar a disponer de «dinero financiero». De hecho, las tarjetas de crédito se establecen de acuerdo al poder adquisitivo de sus usuarios (normal, de «oro», de «platino»), quedando al margen de las mismas los que no disponen de unos ingresos mínimos y regulares. En EE UU y en el Reino Unido se está produciendo un creciente abandono de las oficinas bancarias de los barrios más marginales, quedando su población y su actividad económica excluidos del acceso al crédito, y en manos de usureros (y de las «casas de empeño») que con la ayuda de mafias locales garantizan el «cobro» de los préstamos. Y esta situación es cada vez más generalizada en extensos territorios y amplios sectores sociales de los países periféricos. La única ventaja que les queda a los prisioneros del «dinero en metálico» es que sus transacciones no quedan registradas, pues hoy en día cualquier transacción monetaria en las distintas formas de «dinero electrónico» permite establecer un perfecto seguimiento de los que las utilizan, y un perfil detallado de sus gustos y comportamientos. En definitiva, se asiste a un dominio prácticamente absoluto

del dinero en los espacios altamente modernizados, en los que se produce una cada día mayor subsunción real de la vida en el capital[25], al haberse mercantilizado ya la inmensa mayoría de los ámbitos de nuestra existencia, convirtiéndose el dinero —como decía metafóricamente George Orwell— en el aire que respiramos.

El dinero ha tenido siempre un fuerte carácter simbólico que ha ido impregnando cada vez más las pautas culturales, hasta llegar a su máxima expresión en el presente. El dinero es una sustancia que incorpora y expresa el valor económico abstracto, siendo la expresión o representación más pura del mismo. El dinero es pues una expresión del valor. El dinero es un estándar del valor de las cosas, de las mercancías, pero no tiene un valor intrínseco en sí mismo. El dinero es por tanto una sustancia que sirve y funciona como equivalente general o universal de todos los valores. Pero «nunca un objeto que debe su valor exclusivamente a su cualidad como un medio, a su convertibilidad en valores concretos, se ha transformado de forma tan profunda en un valor psicológico tan absoluto, en un propósito final tan global que gobierna nuestras conciencias» (Simmel, 1990). Todo esto lo escribía Simmel en su famosa obra *La filosofía del dinero*, hace ahora algo más de cien años, en el tránsito del siglo XIX al siglo XX, y ya apuntaba que en los mercados monetarios (entonces muy limitados, si se compara con la situación presente) el dinero deja de ser un medio, un puro instrumento, para transformarse en un fin en sí mismo. Al tiempo que resaltaba cómo el dinero se recrea y opera especialmente en los espacios altamente urbanizados, rompiendo y disolviendo los lazos sociales preexistentes. Pero el dinero ha ido adquiriendo cada vez más vida propia, al desprenderse de las ataduras políticas y sociales que han condicionado a lo largo del siglo XX su funcionamiento, sometiendo a su vez, cada día más, todos los ámbitos de nuestra existencia a sus designios, y convirtiéndose en la vanguardia de la mercantilización (homogeneizadora) de las distintas sociedades humanas y del planeta en su conjunto.

En la actualidad, esta construcción humana que es el dinero (pues, como señalaba Gertrude Stein, lo que diferencia al ser humano de los animales es el dinero), que se vuelve cada vez más como «Dios», totalmente abstracto y sin presencia corporal, domina el mundo; y este dominio se ejerce por aquellos que lo emiten o controlan su creación y acumulación. Y en su presente forma, de capitalismo global de base crecientemente financiera, cuyo centro hegemónico es el Régimen Dólar-Wall Street, está muy probablemente amenazado por fuertes crisis, pues funciona como un verdadero casino planetario; pero —como se ha dicho— lo que no sabíamos era que era un casino sin reglas. Y es por eso por lo que se orienta, como se ha intentado expresar anteriormente, hacia formas de gestión de «dominio fuerte», en donde los Estados, en concreto los centrales, y muy específicamente EE UU y Reino Unido, los dos máximos exponentes de este régimen progresivamente financiarizado, realizan la «política exterior» de «guerra global permanente» que caracterizaría a esta nueva fase de acumulación capitalista. Sin embargo, las propias dinámicas de metamorfosis del dinero están trastocando sustancialmente las relaciones entre el poder político, el poder económico y, especialmente, el financiero, lo que abre una enorme cantidad de interrogantes acerca de sus interrelaciones de cara al futuro. Se está iniciando una lucha verdaderamente titánica por el control de las nuevas formas

25. Aun así, todavía hay muchos márgenes que no están subsumidos por la lógica del capital. En este sentido, por ejemplo, las redes sociales de los inmigrantes se mueven por hilos (y relaciones) que no están relacionadas mecánicamente con la lógica mercantil y que tienen fuertes componentes solidarios.

emergentes de dinero, que trastocará de forma muy importante los «equilibrios de poder» hasta ahora conocidos.

El Estado-nación está perdiendo control, como se ha apuntado, sobre las nuevas formas de «dinero electrónico». De hecho, están ya apareciendo formas de «cuasi-dinero» (o «dinero privado») emitido por las propias empresas transnacionales. Así, p. ej., las «millas aéreas» con que obsequian las compañías aéreas a sus clientes habituales se pueden utilizar no sólo para comprar nuevos billetes, sino también para el acceso a determinados servicios (alquiler de coches, hoteles…), cumpliendo por tanto funciones asociadas al dinero. Lo mismo se podría decir de ciertas tarjetas de crédito que emiten cadenas comerciales u otro tipo de grandes empresas. Estas formas de «pseudodinero» se están desarrollando con profusión en los últimos tiempos, y es previsible que lo hagan más en el futuro. De hecho, el mismo Alan Greenspan ha manifestado que prevé la aparición de nuevas «monedas privadas», con sus respectivos mercados, en el futuro (Lietaer, 2001). Y en EE UU se está teniendo una actitud de más *laissez faire* respecto a las nuevas formas de «dinero electrónico» que en la propia UE; el desfase tecnológico en este campo es manifiesto y la desregulación también.

En este sentido, se está produciendo un intenso debate acerca de cuáles serán las instituciones que puedan emitir el nuevo «dinero electrónico» (*e-money*), que estará íntimamente ligado a la extensión del papel de Internet[26]. Las grandes empresas de telecomunicaciones están amenazando en este terreno a los bancos y a otras instituciones financieras. Quienquiera que controle los nuevos sistemas de emisión de «dinero electrónico» se encontrará con el poder de emitir dinero y disfrutará de los derechos (de señoreaje) que ello lleva aparejado. Lo cual comportará, seguramente, una pérdida adicional de poder del Estado-nación tal y como lo conocemos hoy en día; no sólo por la pérdida de los derechos de señoreaje que ello suponga, sino asimismo porque hará todavía más difícil el cobro de impuestos, al poder sortear más fácilmente el control estatal, reduciéndose por tanto aún más su base fiscal. ¿Pero qué pasará con estas «monedas privadas»? ¿Serán estables? ¿Generarán la suficiente confianza en los que las utilicen? ¿Habrá un prestamista en última instancia cuando quiebren las instituciones que las emitan? ¿Qué papel cumplirán respecto a las mismas los organismos multilaterales (en concreto el FMI y el BM)? ¿Serán los Estados los que apechuguen con las consecuencias de una emisión indiscriminada de estas nuevas formas de dinero? Etc. Lo único que parece claro es que el poder del dinero crecerá aún más, se ampliará de forma adicional el papel del dinero en la sociedad, la desregulación será todavía más acusada y los riesgos inherentes a todo ello se intensificarán. Sin embargo, la agudización de la crisis económica y financiera global está significando un considerable freno al desarrollo de estas nuevas formas de «cuasi-dinero», quizás por la falta de confianza que lleva aparejada.

Pero también estamos entrando en una época de creciente polémica social sobre el dinero a escala mundial; lógica consecuencia de la brutal situación a la que está arrastrando este capitalismo (financiero) global a amplísimos sectores de la humanidad y a grandes espacios geográficos, así como a un creciente número de enclaves y sectores sociales en los propios países centrales. Las dinámicas del capitalismo global nos han hecho dependientes de la economía monetaria, pero hoy en día no pueden

26. Hoy en día van aumento, poco a poco, las transacciones económicas, financieras y mercantiles en el ciberespacio. Y ello hace posible para los particulares no sólo poder acceder de forma individual a la compra y venta de bienes y servicios en la red, sino participar asimismo directa y crecientemente en los propios mercados financieros, sin la intermediación de los llamados *brokers*.

acceder a la misma miles de millones de personas, porque han sido directamente excluidas, porque no tienen acceso a un trabajo asalariado (o a uno mínimamente retribuido) o porque se han quedado sin la ayuda que le brindaba el Estado social (allí donde lo hacía) en tiempos de crisis. Y esta situación de colapso para cada día mayores volúmenes de población mundial y territorios se produce sin que hayan entrado (todavía) en crisis profunda los espacios centrales y sus sistemas monetarios y financieros. Es fácil poder imaginar lo que sucedería en ese caso nada improbable. Es por ello por lo que no queda más remedio que mantener (y reforzar) este «orden», por el momento, mientras sea posible, *manu militari*.

Se está iniciando, pues, un creciente debate sobre los elementos claves de los sistemas monetarios y financieros en todo el mundo. Un debate que había sido muy intenso en las primeras décadas del siglo XX, y especialmente durante los años treinta, cuando los sistemas monetarios y financieros centrales entraron en una profunda crisis, pero que posteriormente se había apagado hasta prácticamente desaparecer de la esfera pública. Sin embargo, este nuevo debate se ha venido desarrollando a lo largo de los noventa, y promete profundizarse en los próximos años. Desde la necesidad de controlar los flujos monetarios especulativos a escala internacional (Tasa Tobin[27], p. ej.),

[27]. La Tasa Tobin es una tasa reducida que se impondría a las transacciones monetarias de corto plazo para dificultar la especulación. Se ha llegado a definir como un mecanismo que echaría arena en los engranajes de la especulación financiera. La organización ATTAC promueve, en distintos países, la urgencia de su promulgación. Pero en diferentes instancias internacionales se ha rechazado de plano cualquier atisbo en cuanto a su instauración. EE UU se opone fuertemente a ella. Y la UE (en concreto el ECOFIN) ha desestimado claramente su establecimiento, con posterioridad a un debate en el Parlamento Europeo, a instancias de ciertos sectores de la socialdemocracia francesa y de los verdes, con resultado también negativo.

a la urgencia de instaurar una Renta Básica (universal), a escala estatal, para hacer frente a los impactos más negativos del actual capitalismo global y garantizar, al mismo tiempo, unas condiciones sociales (mínimas) que permitan hacer realidad los derechos de ciudadanía. Desde la necesidad de anulación de la deuda externa de los países periféricos a la perentoriedad de acabar con los paraísos fiscales. Desde la necesidad de reforma en profundidad de las instituciones financieras y comerciales globales (FMI, BM y OMC), hasta aquellos que plantean la urgencia de abolirlas. Desde la necesidad de controlar el poder de la banca y otras instituciones financieras, y reformar su funcionamiento en cuanto a su capacidad de creación de dinero (propuestas como el *100x100 banking*[28]), a los que proponen que sea el Estado el encargado de emitir el llamado «dinero de crédito» (como «crédito público», libre de deuda) y no sólo el «dinero papel» (Huerta de Soto, 1998; Rowbotham, 1998; Huber y Robertson, 2000). Y hasta existen experiencias de banca alternativa en distintos países que se han promovido desde organizaciones sociales. Todo este debate está empezando a estallar, y este estallido se está produciendo principalmente en los ámbitos donde opera el llamado «movimiento de movimientos», y muy especialmente en el Foro Social Mundial de Porto Alegre y en los foros regionales planetarios que se están desarrollando a partir del mismo. En este debate coexisten posturas más reformistas con posturas más rupturistas, radicales o anticapitalistas. Pero lo que falta es la fuerza social suficiente para poder llevarlas a cabo.

Al mismo tiempo, y al igual que en los años treinta, en plena Gran Depresión, se está manifestando una verdadera explosión de iniciativas locales, en la actualidad no

[28]. Esto es, que los bancos no puedan emitir más «dinero bancario» que los depósitos a la vista que posean.

institucionales[29] en su inmensa mayoría, que impulsan la creación de nuevas formas de intercambio (sistemas de trueque) y de dinero «no convencional» (monedas locales o complementarias), basadas en el control social o comunitario. Este nuevo «dinero» se saca sin interés en una cantidad que se considera suficiente (no hay escasez, aunque tampoco sobreabundancia), de forma que fomente la cooperación social, lo que permite la emergencia de nuevas estructuras comunitarias (de contrapoder local) que se consolidan en torno a estas nuevas formas monetarias y de intercambio. Estas nuevas formas surgen de abajo a arriba, posibilitan el control social sobre el dinero e intentan dar respuesta, dentro de la complejidad (y contradicciones) que ello implica, a la situación creada por la ausencia de dinero en unas sociedades y en unos territorios que ya habían sido monetarizados, pero a los que se les ha retirado la posibilidad de acceder al dinero. Ello permite también que puedan florecer formas de intercambio no monetarias, basadas en la llamada «economía del don (o del regalo)»[30], así como una diversidad de formas de cooperación social. Lo cual es una muestra de que es posible establecer muchos sistemas monetarios y de intercambio, que no hay un único modelo (basado en el dinero, el interés, la escasez, la competencia, el crecimiento y la acumulación) y que el

29. En los años treinta, se produjo una verdadera profusión de monedas locales en Europa y Norteamérica (EE UU y Canadá), en general emitidas desde las propias instituciones municipales, con el fin de solventar la acusada escasez de dinero a escala estatal. Después de un corto periodo en el que poder central permitió (en contra de su voluntad) su circulación, la práctica totalidad de ellas fueron posteriormente suprimidas para que dicho poder no se viera socavado. Curiosamente, cuando Roosevelt lanzó el *New Deal*, en 1933, prohibió en paralelo el uso de cualquier moneda local o complementaria (Lietaer, 2001).

30. En la que han estado basadas muchas civilizaciones tradicionales (Mauss, 1923-24).

dinero, que es una convención social, no es algo neutro. Y en ocasiones, se utilizan las posibilidades que brinda la «sociedad de la información», de funcionamiento en red e inteligencia colectiva, para la concreción de estas nuevas formas de organización horizontal, descentralizada y local (Lietaer, 2001).

En Argentina, p. ej., entre cinco y siete millones de personas operan regularmente con sistemas de trueque y distintas formas de monedas locales o complementarias, intentando dar respuesta a las necesidades sociales más básicas y posibilitando también nuevas formas de relación social y comunitaria[31]. Y de forma ocasional estos sistemas alcanzan ya a unos diez millones de argentinos, es decir, uno de cuatro habitantes del país participa de alguna manera en estos procesos (Situaciones, 2002). Y procesos parecidos, aunque todavía de menor dimensión, se están produciendo también en otros países de América Latina fuertemente afectados por la deuda externa y las crisis monetario-financieras. A ello ha contribuido, que duda cabe, la riqueza de su tejido social. Todo esto está empezando a suponer un importante reto a las estructuras de poder centralizadas, y en concreto al poder del Estado, pues permite la paulatina emergencia de formas de organización social y contrapoder popular, al tiempo que erosiona la lógica de los mercados mundiales y estatales, es decir, la propia lógica del capital. Estas iniciativas permiten construir nuevas formas de socialidad, de autogestión popular, y nuevas estructuras productivas y de consumo (a pesar de todas las contradicciones y tensiones que su propio desarrollo supone), al margen del imperativo del beneficio y de la lógica de la acumulación sin fin. Y son un

31. Y no sólo eso, las distintas «provincias» han estado emitiendo diferentes monedas (patacones, lecops, etc.) ante la ausencia de dinero estatal en circulación, monedas que el FMI exige erradicar.

aspecto más, de enorme importancia, en el camino de generación de esos «otros mundos posibles» que es necesario empezar a construir ya. Se podría afirmar, quizás, que por primera vez en la historia de la humanidad, desde la aparición de las formas más arcaicas del «dinero mercancía», la gente empieza a intentar controlar la emisión de dinero, aunque estas dinámicas tengan todavía, por supuesto, un carácter residual o complementario.

Frente a las dinámicas del capitalismo (financiero) global que nos obliga a caminar hacia un mundo que impone la dictadura de dos o tres monedas —cuya creación depende de estructuras de poder cada vez más jerarquizadas y centralizadas— o de nuevas formas de «dinero virtual» controladas por los grandes poderes económicos y financieros, está surgiendo una enorme diversidad de experiencias prácticas (descentralizadas) que se oponen al yugo que significa este cada día mayor control del poder del capital. En definitiva, asistimos a un creciente debate sobre el papel del dinero en el capitalismo (financiero) global actual; y a una verdadera irrupción de nuevas formas de entender (y controlar) el dinero en la creación de «nuevos mundos posibles» —sobre todo a partir de praxis concretas en este terreno, pues el dinero es una construcción social—, y también de nuevas formas, en paralelo, de incrementar la capacidad de autonomía personal y comunitaria al margen del propio dinero. Toda esta polémica no ha hecho más que empezar. Las estructuras de poder la temen de verdad. De ahí la necesidad de imponer sus criterios mediante la lógica de la guerra, pues no hay ningún espacio ni posibilidad de debate y reflexión al respecto que pueda incorporar las mínimas demandas sociales o medioambientales, con el fin de alcanzar un mundo más justo, equitativo y «sostenible». Pero lo quieran o no, este debate está ya en marcha, es imparable, y este libro pretende ser un pequeño aporte en ese camino.

Un apunte de última hora: Una brutal maquinaria de guerra dispuesta a aplastar Irak, a pesar del rechazo mundial

BENNETT

«Convocamos a una guerra sagrada contra Irak en nombre de la paz, la libertad y Dios [...] *El rumbo de esta nación no depende de la decisión de otros* [...] *EE UU es un país fuerte y honorable en el uso de nuestra fuerza. Ejercemos el poder sin conquista, nos sacrificamos por la libertad de otros* [...] *La libertad que apreciamos no es el regalo de EE UU al mundo, es el regalo de Dios a la humanidad* [...] *Ponemos nuestra confianza en el Dios del amor.»*

George Bush, discurso sobre el Estado de la Unión, 28 de enero de 2003

El texto anterior se había cerrado el 19 de enero. Desde entonces los acontecimientos se han precipitado, y los hechos tal y como se están produciendo parece que abundan en las tesis que se han señalado en este texto; es decir, que detrás de la futura guerra contra Irak hay mucho más que petróleo, y que un elemento decisivo para entender lo que está sucediendo es cómo se intenta frenar la crisis del Régimen Dólar Wall-Street *manu militari.* Cada vez está más claro que EE UU está procurando apuntalar la hegemonía del dólar a través del uso de la fuerza militar y, asimismo, por supuesto, mediante el poder que le dará el control de los recursos fósiles de la región de Oriente Medio (satisfaciendo al mismo tiempo los intereses de sus compañías petroleras y posicionándose mejor ante futuros escenarios de escasez), aunque tal proyecto haga estallar un volcán que no sabrá cómo sofocar. En el intento de mantener su hegemonía monetaria, EE UU se está enfrentando abiertamente con la «vieja Europa» (en palabras de Rumsfeld) y con la amenaza que le supone la irrupción del euro[1]. Es curioso cómo el

[1]. Recientemente ha trascendido el hecho de que Irak había aceptado el pago en euros de su petróleo, y que otro país de la OPEP (y del Eje del Mal), Irán, estaba barajando también la misma posibilidad. Ello

posicionamiento crítico de Francia y Alemania, los dos países claves de la zona euro, no se ha producido hasta muy recientemente, hasta que el presidente de la Comisión, Prodi, y Mister PESC, Solana (en un primer momento)[2], se declararan contrarios a la futura guerra contra Irak. Más tarde el Parlamento europeo se pronunciaría igualmente en el mismo sentido. Las instituciones que representan, al máximo nivel (al margen del Consejo Europeo), los intereses centrales (económicos y financieros) europeos se han manifestado contra la estrategia unilateral de EE UU. Asimismo, este posicionamiento ha sido resultado también de la importante oposición pública europea a la guerra, que ya se había manifestado a mediados de enero en la calle en las principales ciudades del viejo continente y que previamente, en noviembre, había logrado congregar en Florencia, con ocasión del Foro Social Europeo, a cerca de un millón de personas.

A finales de enero se produce un vuelco de la situación con la llamada carta de «los ocho», bajo el título «Europa y América deben de permanecer unidas», que supone un apoyo explícito a las tesis de EE UU. Es curioso, igualmente, constatar cómo esta famosa carta (que han firmado los primeros ministros de España, Gran Bretaña, Dinamarca, Portugal, Italia, Polonia, República Checa y Eslovaquia) ha sido una «sugerencia» del *Wall Street Journal* a Aznar, que éste hizo extensiva a dicho «club». La carta la suscriben dos países «euroescépticos» que no están en el eurogrupo (Gran Bretaña y Dinamarca), tres países del eurogrupo no centrales en la actual «construcción

tendría una fuerte repercusión sobre la hegemonía del dólar, sobre todo si esta actitud se generalizase dentro de la OPEP, pues el petróleo es la mercancía más importante que se comercia en los mercados mundiales (Douthwaite, 2003).

2. *A posteriori*, tras la carta de «los ocho», Solana, Mr. PESC, que depende del Consejo Europeo, se vio obligado a matizar sus declaraciones.

europea» (Italia, España y Portugal), los tres con Gobiernos fuertemente neoliberales, y tres futuros miembros de la UE ampliada (Polonia, República Checa y Eslovaquia). La misiva de apoyo a las posiciones de Washington ha puesto en abierta evidencia la ausencia de un proyecto político «europeo» propio y ha abierto una profunda brecha en la UE. El que tres países futuros miembros se enfrenten a las tesis que defienden (tímidamente) las estructuras comunitarias y el eje franco-alemán indica la gravedad de la situación a la que se enfrenta el «proyecto europeo», que por ahora se está construyendo fundamentalmente en torno a una moneda única y un mercado único[3]. Dichos países prefieren ponerse a la sombra de la hiperpotencia, y apoyar sus pasos, antes que supeditarse a los centros de poder principales de la «vieja Europa». Tal vez buscan con esta postura mejorar su capacidad de negociación de cara a su ingreso en la UE. Y lo mismo se podría decir de España y Portugal, que (además de las razones ya esgrimidas para el caso español anteriormente) intentarían de esta forma obtener una mayor capacidad de influencia propia dentro de la actual UE[4]. En el caso de España cabría añadir, además, que el Gobierno intentaría buscar también con esta decisión la posible defensa de los intereses de las inversiones españolas en América Latina, por el poder que EE UU tiene en el FMI de cara a su actividad en esta región.

La capacidad de influencia y el poder de presión de EE UU sobre la UE ha quedado de manifiesto tras el apoyo

3. Aunque se acompañe, eso sí, de un reforzamiento de los aparatos represivos internos y del recorte de las libertades a escala comunitaria, así como de la construcción de una «Europa fortaleza» de cara a los flujos migratorios provenientes del exterior.

4. En el caso español, el Gobierno consigue también una mayor potenciación de la industria de «defensa», como resultado de los nuevos acuerdos bilaterales España-EE UU.

a sus tesis del llamado «grupo de Vilnius» (los otros diez países del Este que ingresarán en la UE en 2004 o 2007, y que ya han pasado a formar parte, o lo harán, de la nueva OTAN) y su posible implicación (como comparsas) en el futuro ataque militar liderado por la hiperpotencia y Gran Bretaña. Estos países son un verdadero Caballo de Troya de los intereses de EE UU dentro de la futura UE y de la OTAN, y su integración debilitará aún más el proyecto político y por supuesto militar de la «construcción europea»; lo que afectará probablemente a la fortaleza del euro y ayudaría a reforzar el poderío del dólar, seriamente cuestionado por la situación económica de EE UU, como hemos visto. El poder del dinero es tal que sólo un reducidísimo núcleo de países es capaz de sustraerse a la capacidad de influencia y presión (económica, financiera, mediática, política y militar) de EE UU. Y aun así, vacilan ante el tremendo poder disuasorio de Washington. Tan sólo Francia, Alemania y Bélgica se han opuesto a la estrategia de EE UU, y han podido lograr (sólo durante unos días) paralizar la implicación de la OTAN en el futuro ataque contra Irak, creando una seria crisis en el funcionamiento de la Alianza Atlántica. Al final, la OTAN ha sorteado la oposición francesa, recurriendo a una reunión del Comité de Planes de Defensa (donde no está presente el país galo), venciendo la resistencia de Bélgica y Alemania. Y la excusa que se ha esgrimido, el apoyo a Turquía ante un eventual «ataque» de Irak, parece que tarda en materializarse, pues dicho país está vendiendo muy cara su futura implicación en el conflicto; Turquía exige más ayudas económicas directas de EE UU, así como futuros préstamos por valor de 50.000 millones de dólares por parte del FMI.

Al mismo tiempo, tras la presentación del ambiguo informe de los inspectores el 14 de enero, que ha vuelto a dejar la pelota en el alero, Francia y Alemania parece que van a proponer en la reunión del Consejo de Seguridad de NN UU un nuevo plan para «garantizar el desarme de Irak», que no pasaría por una estrategia de guerra (a corto plazo) y que, en principio, gozaría también del apoyo de China y Rusia. Esta actitud del eje franco-alemán no se debe entender para nada en clave «pacifista», pues dichos países han manifestado recientemente en Versalles su firme voluntad de caminar hacia una «Europa» más armada y mejor coordinada en materia de seguridad, con el objetivo de convertirla en un verdadero «actor internacional». Además, Francia tiene intereses económicos directos en Irak, al igual que Rusia, pues empresas petroleras de estos países (TotalFinaElf y Lukoil) mantienen contratos con el régimen de Sadam Hussein.

En estas circunstancias, es decir, si esta oposición se llega a cristalizar en el seno del Consejo de Seguridad (Francia ha amenazado con utilizar su derecho de veto)[5], no le cabrá otra opción a EE UU que sortear a las NN UU, lanzando la maquinaria de guerra contra Irak sin la bendición de dicho organismo multilateral, aunque intentando dar una apariencia de multilateralidad al conseguir el apoyo, por otras vías, de un cierto número de países. Como ha dicho Rumsfeld ante las iniciativas dilatorias, «el tiempo de la diplomacia se ha acabado»; y las NN UU se convertirán, si es así (es decir si no respaldan la estrategia de EE UU), en un organismo «irrelevante» de cara al futuro. El jefe del Pentágono ha acusado a París y Berlín de querer aislarse y de minar a las NN UU y a la OTAN, y ha llegado a comparar a Alemania con Cuba y con Libia.

5. El Consejo Europeo, reunido el 17 de febrero, ha logrado consensuar de forma precaria (presionados también por las movilizaciones contra la guerra) una tímida propuesta que aboga por la voluntad de solucionar «pacíficamente» el «problema de Irak» en el marco del Consejo de Seguridad, sin llegar a descartar de forma absoluta la posibilidad de recurrir al uso de la fuerza si no hay otra solución.

De cualquier forma, toda esta situación genera una enorme inseguridad que se refleja en los mercados financieros, incluido Wall Street, y en el propio dólar. Además, la oposición a la guerra está creciendo dentro de EE UU, y ésta se agudizará probablemente si se produce un ataque contra Irak al margen de las NN UU. El capital teme enormemente toda esta inseguridad política, y la situación se está complicando cada vez más conforme transcurre el tiempo antes del imparable ataque a Irak. En la reunión del Foro Económico Mundial de Davos, Michael Mussa, que fue un alto ejecutivo del FMI, había señalado que «Bush tiene que conseguir que la guerra no se alargue para que no sufran la economía y los mercados financieros»; y directivos de entidades financieras afirmaron también que temían una guerra larga, por sus efectos en el dólar y en los mercados financieros. El propio George Soros había manifestado en el mismo foro que «si los pozos son preservados, una victoria fácil puede impulsar más la economía norteamericana que el paquete de estímulos fiscales aprobados por la Administración Bush» (*El Mundo*, 24-1-2003; *El País*, 28-1-2003). No importan, pues, el número de muertos y la destrucción que pueda ocasionar la intervención armada, sino que la preocupación es que no afecte en demasía a los mercados financieros y, sobre todo, a la cotización del dólar, que se vería reforzado (se estima) si la guerra es «corta»; y hasta muchos analistas auguran un fuerte auge de las bolsas *a posteriori*, como ocurrió tras la Guerra del Golfo en 1991, aunque la situación no es para nada comparable.

Es por todo esto por lo que se está barajando un ataque masivo, contundente y brutal sobre Irak, en el que no se descarta el uso de armamento nuclear, para forzar un rápido aplastamiento del régimen de Sadam Hussein. Es decir, se avecina una verdadera masacre humana para intentar solventar la crisis del Régimen Dólar-Wall Street

(que habría que sumar al millón de muertos —la mayoría niños— que ya ha provocado el embargo contra Irak), aparte de que en el camino pueden saltar por los aires instituciones como las NN UU o las propias estructuras de la Unión Europea, al menos tal y como funcionan en la actualidad. Uno de los máximos representantes de los intereses noratlánticos en España, Antonio Garrigues Walker, apunta que «se está jugando con las cosas de comer» (*El País*, 4-2-2003). Pero lo que está sucediendo también es que una verdadera marea de contestación mundial se ha puesto en marcha para denunciar las estrategias de «guerra global permanente» y, sobre todo, el futuro ataque a Irak que es su verdadera entronización a escala mundial. Y este rechazo ciudadano planetario supone también un cuestionamiento de primer orden a las estrategias del capitalismo (financiero) global, que teme una aguda pérdida de legitimidad de todo el entramado institucional internacional, por las dinámicas desplegadas por unos psicópatas borrachos de poder que operan con absoluto desprecio por la vida de la humanidad.

Y es por eso, igualmente, que hemos visto cómo en el Foro Económico Mundial de Davos se alzaban voces prominentes contra la guerra, sobre todo de importantes compañías transnacionales, y que se ha abogado por dinámicas que propicien la confluencia de Davos y Porto Alegre. Hay un verdadero pavor a que se entre en escenarios de creciente inestabilidad, ingobernabilidad y contestación mundial. De esta forma, cabe entender la recepción que ha tenido Lula en Davos, como un «representante» del Foro Social Mundial (FSM) de Porto Alegre. Desde el foro de Davos se venía buscando, desde hace tiempo, establecer pasarelas de contacto con el FSM que permitieran reconducir la contestación al neoliberalismo que supone todo aquello que se reúne en Porto Alegre. Y la aparición de Lula en Davos ha propiciado esta volun-

tad, que se ve reforzada desde importantes sectores de la socialdemocracia mundial. Sin embargo, la actitud de Lula ha sido muy criticada dentro del FSM, por arrogarse una representatividad y un mensaje que para nada le había sido otorgado por la gran pluralidad contestataria de Porto Alegre. Y hasta el propio Kofi Annan se ha dirigido al FSM para pedir apoyo a las NN UU en su «voluntad» de parar la guerra, pues sabe que si ésta se produce (como muy probablemente sucederá) los días de este organismo están contados.

Pero la oposición mundial a la guerra como máxima expresión de las nuevas formas de gestión del capitalismo (financiero) global ha entrado en unas dinámicas de extensión y profundización difícilmente controlables por las estructuras de poder. Sobre todo porque las estructuras políticas de todo el mundo tienen un muy escaso margen de maniobra para oponerse a esta «crónica de una guerra anunciada», lo que acentuará aún más la crisis de legitimidad de las estructuras estatales. Las movilizaciones que han tenido lugar en todo el planeta el 15 de febrero han tenido una magnitud, extensión y repercusión que han marcado un auténtico antes y después en la contestación mundial a las nuevas formas de gestión del capitalismo (financiero) global, hasta el punto de que se empieza a hablar del nacimiento de una nueva potencia, la opinión pública mundial, como la única capaz de plantar cara a al hegemonia de EE UU (palabras de Patrick E. Tyler en el *New York Times* del 17- 2-03). Por primera vez las protestas han tenido una genuina dimensión mundial, han sido un verdadero clamor global contra la guerra, pues se han desarrollado en más de seiscientas ciudades de casi setenta países de los cinco continentes, incluidos algunos del mundo islámico, cosa que hasta ahora no había ocurrido, lo cual tiene una enorme importancia simbólica. Especialmente en un momento

en que un Sharon «reelegido» prepara también su endemoniada maquinaria de guerra para, al calor de la masacre contra Irak, aprovechar para aplastar «definitivamente» al pueblo palestino. Pero el «factor humano», a pesar de la desestructuración social galopante, se ha puesto en funcionamiento quizás como nunca antes en la historia. Y esta marea humana, aunque no logre parar en un primer momento las estrategias de muerte y destrucción, va a poner en cuestión probablemente la viabilidad (y legitimidad) de la «guerra global permanente» en el medio plazo. Como se ha señalado en la Introducción, las nuevas formas de dominio fuerte del capital no van a poder ser mantenibles y gestionables, como las propias estructuras de poder empiezan a temer, a pesar de su huida hacia adelante.

La bestia de las fuerzas del dinero, el poder del capital, no reconoce lealtad ni a EE UU ni a «Europa» (de ahí su creciente huida hacia el oro), pero sabe que no puede prosperar ya sin el concurso del poder político y, sobre todo, sin el despliegue brutal de la fuerza militar. A esta bestia le gustaría, quizás, independizarse en estos momentos de sus estrechos vínculos con el dólar, pero no puede, pues —como ya hemos dicho— la mayoría de la riqueza mundial está en activos denominados en dólares. Y, además, para que el dólar reine, para que no entre en crisis, es (piensan) imprescindible la guerra, aunque ello genere una aún mayor inseguridad respecto al billete verde a medio plazo[6]. Y esa guerra la tiene que llevar adelante como sea EE UU, que es apoyado (hasta ahora)

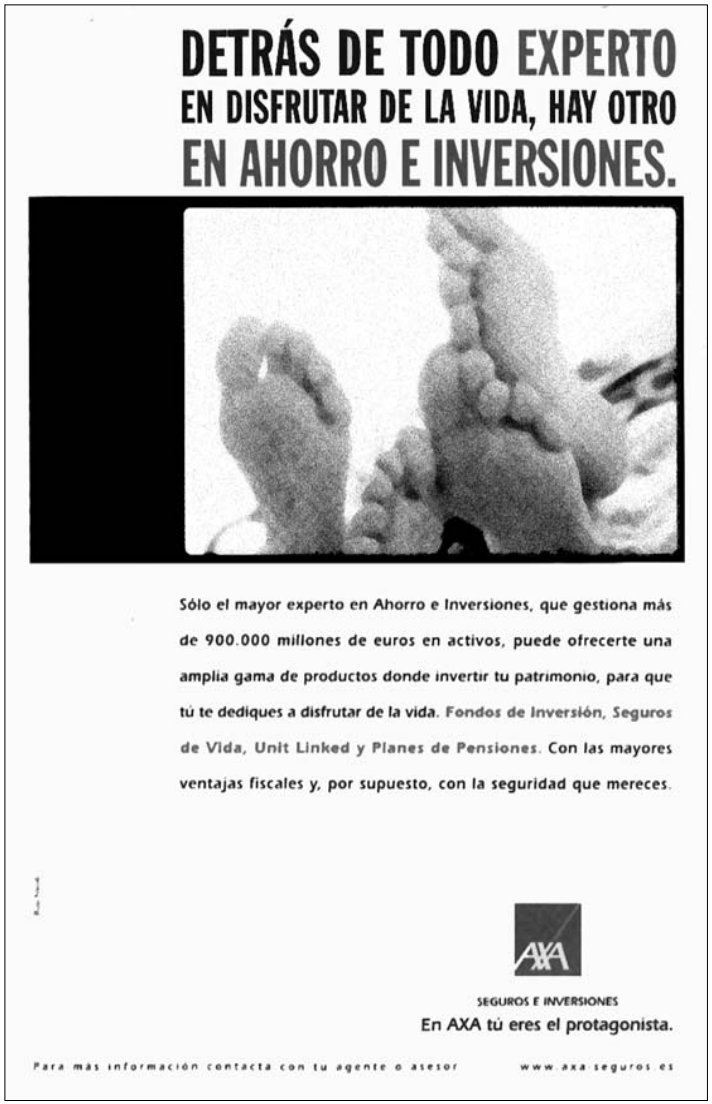
6. El mismo Greenspan ya ha advertido que el fuerte gasto militar que se ha presupuestado, que se va a disparar probablemente aún más de cara al futuro, sobre todo si la intervención se complica y si se tiene que hacer en solitario, o asumiendo la mayoría de los costes, va a ser difícil de financiar y que ello puede llegar a repercutir sobre los tipos de interés, yugulando el crecimiento y debilitando al dólar.

sin reservas (a pesar de sus temores) por el capital financiero mundial, con base prioritariamente en EE UU y Gran Bretaña. En esta deriva parece que se está dispuesto a todo, hasta a hacer quebrar el «proyecto europeo», que es el que más directamente puede llegar a amenazar en estos momentos la primacía del dólar. La crisis, pues, está servida, pero la contestación mundial también, pues se están desarrollando ya con fuerza las dinámicas de deserción y desobediencia global a la lógica de guerra. Mucha gente parece que se está hartando de tanta mentira con la que se intenta encubrir los verdaderos intereses que se mueven tras las dinámicas de «guerra global permanente». Después del ciclo de luchas globales que parecía que se interrumpía tras los acontecimientos de Génova, y especialmente tras la nueva situación mundial creada con ocasión del 11-S, que provocó una cierta parálisis de la contestación mundial (aunque no de las resistencias locales), la obscenidad del nuevo discurso del capitalismo (financiero) global está provocando un enorme descrédito de las estructuras de poder, generando un nuevo auge de la movilización global. Y parece que sólo se va poder poner coto a todo ello a través de un fuerte incremento de la represión a todos los niveles, lo que derivará en una aún mayor pérdida de legitimidad, sobre todo cuando no se puede ofrecer nada a cambio, acelerando probablemente la crisis del proyecto modernizador a escala global.

Queda por último señalar que estas dinámicas de contestación a la «guerra global permanente», y en concreto a la guerra contra Irak, le están estallando en pleno rostro al Gobierno Aznar; y que en esta escalada de contestación la actitud valiente y decidida del mundo de la cultura ha cumplido un papel de primer orden como catalizador del rechazo popular. Comparativamente a su población se puede afirmar que las movilizaciones en el

Estado español han sido las más importantes del mundo. Aznar y el PP se han metido en un auténtico callejón sin salida, en el que tienen una muy difícil marcha atrás, pues hasta el Papa (en este caso) se ha declarado abiertamente en contra de la guerra, aunque Trillo (miembro del Opus Dei) diga que eso no debe ser vinculante para sus católicos votantes. Y el normalmente seguidista PSOE (que en su día nos metió en la OTAN) ha encontrado en esta situación una oportunidad de oro para someterles a un fuerte desgaste. Indudablemente sería muy difícil entender la postura PSOE si no tuviese en esta ocasión un apoyo manifiesto de importantes sectores del capital español (muy probablemente más vinculados al capital productivo), la cobertura de la socialdemocracia europea, el visto bueno de los poderes comunitarios, así como, por supuesto, el soporte de una «opinión pública» manifiestamente contraria a la guerra.

Madrid, 18 de febrero de 2003



El País, 20 de abril de 2002

Bibliografía general

ABRAMSKY, Kolya (Compilador) (2001) *Reestructuring and Resistance. Diverse Voices of Struggle in Western Europe*, Londres, editado por Kolya Abramsky.

AMIN, Samir (2002) «El Capitalismo Senil», *El Viejo Topo*, Barcelona, 173 (diciembre).

ARRIGHI, Giovanni (1999) *El Largo Siglo XX*, Madrid, Akal (Cuestiones de antagonismo).

ARRIGHI, Giovanni y BEVERLY, Silver (2000) *Caos y Orden en el Sistema-mundo Moderno*, Madrid, Akal (Cuestiones de antagonismo).

BARLOW, Maude (1999) *Blue Gold*, San Francisco, Internacional Forum on Globalization (special report).

BARÓN, Enrique: «La Apuesta Americana», *El País*, 29-Agosto-2002.

BELLOFIORE, Ricardo (2001) *Come Sconfingere il Capitale Financiario. Portata e Limiti della Tobin Tax*, Camera del Lavoro di Brescia.

BERGSTEN, Fred (2002) «Euro versus Dólar: ¿Habrá una Lucha por la Hegemonía?», *Economía Exterior*, 20 (primavera).

BERTRAND, Agnes y KALAFATIDES, Laurence (2002) *OMC, le Pouvoir Invisible*, París, Ed. Fayard.

BEAUCHARD, Jean (1993) «Ou va la Ville?», *Actions et Recherches Sociales*, París, 1 (enero).

BIS (Bank of International Settelments) (2002) *72 Annual Report*, Basilea, BIS.

BLANCHARD, Olivier: «Que Callen esos Agoreros», *El País*, 10-11-2002.

BM (Banco Mundial) (2001) *La Lucha contra la Pobreza*, México, Banco Mundial.

BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Eve (2002) *El Nuevo Espíritu del Capitalismo*, Madrid, Akal (Cuestiones de antagonismo).

CARCHEDI, Giugliemo (2001) *For Another Europe*, Londres, Verso.

CASTRO SOTO, Gustavo (2001) «Intereses de la Guerra», *Boletín de CIEPAC*, Chiapas (México), 265 (otoño).

CE (Comisión Europea) (2000) *Towards a European Strategy for the Security of Energy Supply*, Bruselas, CE.

CEO (Corporate Europe Observatory) (2002) *Rio+10 and Beyond: Strategies Against the Greenwash of Corporate Globalisation*, Girona, Seminario.

CHESNAIS, François (2000) *Blanchisement de l'Argent Sale et Mondialisation Financiere*, París, Informes de ATTAC.
— (2000) *La Teoría del Régimen de Acumulación Financiarizado: Contenido, Alcance e Interrogantes*, París, Forum de la Regulation.
CHOSSUDOVSKY, Michel (1995) *IMF and Rwanda*, Third World Network Features (http://www.hartford-hwp.com/archives/35/033.html).
(1996) «Dismantling Yugoslavia; Colonizing Bosnia», *Covert Action*, 56 (primavera).
(1999) «Guerras Financieras», *Viento Sur* (invierno).
COLECTIVO SITUACIONES (2002) «La Rebelión Popular del 19 y 20 de Diciembre. La Experiencias de Lucha en Argentina», Jornada en el CSO El Laboratorio (materiales inéditos), Madrid (julio).
DE BLAS, Javier: «El Oro Resplandece en Época de Crisis», *Expansión*, 23-11-2002.
DEL RÍO, Sira (2002) «Mujeres, Globalización, UE. Algunas Reflexiones», *Molotov* (marzo).
DOTT (Department Of The Treasury) (2000) *Response to the Internacional Financial Institution Advisory Commissión*, Washington, DOTT.
DOUTHWAITE, Richard (1999) *The Ecology of Money*, Bristol, Green Books (The Schumacher Society).
— (2003) «The Dollar, the Euro and the War against Irak», *Electronz*, 305 (febrero).
ESTEVA, Gustavo (1994) «The Age of Development»; Sachs, Wolfgang (editor) *The Development Dictionary*, Londres, Zed Books.
FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (1993) *La Explosión del Desorden. La Metrópoli como Espacio de la Crisis Global*, Madrid, Fundamentos (primera edición).
— (2000) «Transporte versus Sostenibilidad»; en García Barreno, Pedro (director): *La Ciencia en tus Manos*, Madrid, Ed. Espasa Calpe.
— «Euro versus Dólar, y el Papel Fantasma de la UE tras el 11-S» (www.nodo50.org).
FERNÁNDEZ ESPEJEL, José Andrés: «Las Paradojas de la Inflación», *El Sur*, 20-10-2002.
FERNÁNDEZ SAVATER, Amador (2001) «Desobedecer y Desertar contra el Estado de Excepción Planetario»; en: *Pensar el Futuro*, Santander, Editorial La Ortiga.
GALEANO, Eduardo (2002) «The Rope», *Third World Resurgence*, Penang (Malasia), 143-144.
GOWAN, Peter (2000) *La Apuesta por la Glogalización*, Madrid, Akal.
— (2002) «¿El Fin de la Hegemonía Estadounidense», *New Left Review* (edición en castellano), 13 (marzo/abril).
GRAVINA, Héctor (1944) «La Economía Global y el Estado Español», Madrid, Foro Alternativo Las Otras Voces del Planeta (inédito).
GREIDER, William (1987) *The Secrets of the Temple: How the Federal Reseve System Runs the Country*, Nueva York, Touchstone Books.

GUIGOU, J. y WAJNSZTEJN, J. (1999) *La Valeur sans le Travail. Anthologie et Textes de Temps Critiques*, París, L'Harmattan.
HARDY, Chandra (2002) «Default is a Reasonable Option», *Third World Resurgence*, Penang (Malasia), 143-144.
HERNÁNDEZ HOLGADO, Fernando (2002) «Comentarios al borrador del texto: "Capitalismo (financiero) global y guerra permanente"», Valencia, Carta inédita.
HUBER, Joseph and ROBERTSON, James (2000) *Creating New Money. A Monetary Reform for the Information Age*, Londres, New Economics Foundation.
HUERTA DE SOTO, J. (1998) *Dinero, Crédito Bancario y Ciclos Económicos*, Madrid, Unión Editorial.
KENNEDY, Paul: «EE UU y Europa: ¿Marte o Venus?, *El País*, 22-12-2002.
KLARE, Michael (2001) *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Nueva York, Metropolitan Books.
KRUEGER, Anne: «¿Deberían Poder Declararse en Quiebra Países como Argentina», *El País*, 18-1-2002.
KRUGMAN, Paul: «Acciones y Bombas», *El País* Negocios, 29-9-2002.
LAMARCA, Chusa (2001) «Ella para Él, Él para el Estado, y los tres para el Mercado»; en *Feminismo Es y Será* Jornadas Feministas de Córdoba, Universidad de Córdoba.
LEWIS, Anthony: «Bush and Irak», *The New York Times Review of Books*, 7-11-2002.
LEYSHON, Andrew y THRIFT, Nigel (1997) *Money and Space. Geographies of Monetary Transformation*, Londres, Routledge.
LIETAER, Bernard (2001) *The Future of Money*, Londres, Century.
LÓPEZ PETIT, Santiago (2002) «El acontecimiento 11 de Septiembre. Polifemo Busca a su Enemigo», *Panóptico*, 3 (nueva época),Virus editorial (mayo).
MARAZZI, Christian (1998) *E il Denaro Va. Esodo e Rivoluzione del Mercati Finanziari*, Torino, Edizioni Casagrande, Bollati Boringhieri.
MAUSS, Marcel: «Essai sur le Don: Forme et Raison de l'Echange dans les Societés Archaiques»; en *L'Année Sociologique I (1923-24)*, págs. 30-186.
MELTZER COMMISSION (2000) *Recommendations for Reform of International Financial Institutions*, Washington, US Congress.
MILLER, David y DINAN, William (2000) «The Rise of the PR (Public Relations) Industry in Britain, 1979-98», *European Journal of Communication*, Londres, vol. 15 (1).
MORÁN, Agustín (2000) «La Renta Básica: Por los Derechos Sociales, contra la Economía de Mercado y la Moneda Única»; en Iglesias, José (coord.) *Renta Básica Ya,* Barcelona, Virus.
— (2002) «Taller sobre el dinero», Madrid (mayo), Foro Social Transatlántico, inédito.
NAREDO, José Manuel (2000) «Ciudades y Crisis de Civilización», *Documentación Social*, 119 (abril-junio).

— (2001) «Claves de la "Globalización" Financiera y de la Presente Crisis Internacional», *Documentación Social*, 125 (octubre-diciembre).
— (2002 a) «El Decálogo de la Globalización Financiera»; en *El Balance Nacional de la Economía Española*, Madrid, FUNCAS.
— (2002 b) «Las Raíces Económico-Financieras de la Crisis Ambiental. Un Tema Tabú en Nuestros Tiempos»; en Vidal Beneyto, José (editor): *Hacia una Sociedad Civil Global*, Madrid, Taurus.
NAREDO, José Manuel y VALERO, Antonio (dirs.) (1999) *Desarrollo Económico y Deterioro Ecológico*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor (colección Economía y Naturaleza).
NEGRI, Antonio (1993) «Valor-Trabajo: Crisis y Problemas de Reconstrucción en lo Post-moderno», *Futur Anterieur*, París.
NN UU (1997) *Plan de Acción Mundial. Habitat 96*, Nueva York, NN UU.
— (2001) *Perfil Financiero Mundial*», Nueva York, NN UU.
NORDHAUS, William: «Iraq: The Economic Consequences of the War», *The New York Times Review of Books*, 5-12-2002.
PARTNOY (2002) «Argentina: A Neoliberal Disaster», *Third World Resurgence*, Penang (Malasia), 143-144.
PEREDA, Carlos, DE PRADA, Miguel Ángel y ACTIS, Walter (2002) «Migraciones Internacionales: Entre el Capitalismo Global y la Jerarquización de los Estados»; en *Políticas Sociales y Estado de Bienestar en España: Las Migraciones. Informe 2002*, Madrid, FUHEM.
PÉREZ TAPIAS, José A. (2002) *Diálogo Intercultural en la Época de la Globalización*, Las Palmas de Gran Canaria, I Jornadas Internacionales de Reflexión Crítica sobre Globalización (noviembre), inédito.
PFAFF, William: «El Poder del Dinero en la Política Estadounidense», *El País*, 31-1-2002.
POLANYI, Karl (1989) *La Gran Transformación*, Madrid, Ed. La Piqueta.
RIFKIN, Jeremy: «El Gran Cisma», *El País*, 10-12-2002.
ROBERT, Denis (2001) «Revelation$», InterATTAC (www.attac.org).
ROWBOTHAM, Michael (1998) *The Grip of Death. A Study of Modern Money, Debt Slavery and Destructive Economics*, Londres, Jon Carpenter.
SAMUELSON, Paul A.: «La Podredumbre de la Gestión Empresarial Estadounidense», *El País* Negocios, 25-8-2002.
SANAHÚJA, José Antonio (2001) *Altruismo, Mercado y Poder. El Banco Mundial y la Lucha contra la Pobreza*, Madrid, Intermón-Oxfam.
SAÑA, Helenio (1994): «La agonía de la sociedad burguesa»; en *Jornadas sobre la crisis de la ciudad*, Santa Cruz de Tenerife, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo (marzo).
SENNET, Richard (1999) *La Corrosión del Carácter*, Barcelona, Anagrama.
SIMMEL, Georg (1990) *The Philosophy of Money*, Nueva York, Routledge.
SIMMS, Andrew (2002) «Accounting for the accountants», *Third World Network*, Penang (Malasia), 143-144.

SINGH, Kavalgit (2000) *Taming Global Financial Flows. A Citizen's Guide*, Londres, Zed Books.
SOLANA, Javier: «Las Semillas de una Posible Ruptura entre EE UU y Europa», *El País*, 13-1-2003.
SOROS, George (1999) *La Crisis del Capitalismo Global. La Sociedad Abierta en Peligro*» Madrid, Editorial Debate.
STIGLITZ, Joseph (2002) *El Malestar en la Globalización*, Madrid, Ed. Taurus.
STRANGE, Susan (1999) *Dinero Loco. El Descontrol del Sistema Financiero Global*, Barcelona, Paidós.
THUROW, Lester: Entrevista, *El País*, 3-5-1994.
VERDÚ, Vicente: «El Núcleo», *El País*, 4-1-2003.
WACQUANT, Loïc (2002) «Voces desde el Vientre de la Bestia Americana»; en Burton-Rose, Daniel, Pens, Dan y Wright, Paul: *El Encarcelamiento de América*, Barcelona, Virus.
WALLERSTEIN, Emmanuel (1997) *Ecología y Costes de Producción Capitalista: No Hay Salida*, Binghampton University, Ferdinand Braudel Center.
WEATHERFORD, Jack (1997) *The History of Money*, Nueva York, Three Rivers Press.
WEGERIF, Boudewijn (2001) «Clean Slate», *What Matters* (mayo).
— (2002) «Gold Report», *What Matters* (junio).
WORLD BANK (WB) (2002) *Johanesburg and Beyond. An Agenda for Action*, Washington, WB.

GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

Luchas y resistencias
Ramón Fernández Durán,
Miren Etxezarreta,
Manolo Sáez,
L.P.R. (la Polla)

El análisis de las instituciones, acuerdos y actores que hacen posible la fase actual de expansión capitalista que conocemos como "globalización", y de sus costes sociales y económicos y la política represiva que la acompaña nos permiten entender mejor el contexto en el que surgen y se desarrollan las actuales luchas antiglobalización, reflexionar acerca de sus prácticas y apuntar posibles prioridades futuras en el trabajo local y global para dotar de una base transformadora sólida a estas luchas.

(3ª edición ampliada) 214 págs., 10,50 □, ISBN 84-88455-50-X

ARGENTINA

Apuntes para el nuevo protagonismo social
Colectivo Situaciones

Los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre en Argentina, con motivo de la congelación de los depósitos bancarios, dieron lugar a una revuelta popular de dimensiones hasta ese momento desconocidas, pero que avivaron y enriquecieron experiencias anteriores de resistencia popular, y dieron lugar a una amplia red de piquetes, asambleas, escraches, ocupaciones de fábricas y nudos de trueque. El Colectivo Situaciones, de Argentina, nos presenta los hechos y nos analiza lo novedoso de una práctica política asamblearia que cuestiona las formas políticas tradicionales, y se plantea cómo se pueden estructurar formas de intervención política comunes sin sacrificar la autonomía y horizontalidad de las asambleas.

256 págs., 12 □, ISBN: 84-96044-10-6

EL ENCARCELAMIENTO DE AMÉRICA

Una visión desde el interior de la industria penitenciaria de EE.UU.

Daniel Burton-Rose, Dan Pens y Paul Wright

El presente libro es una selección de artículos publicados en *Prison Legal News*, una revista independiente editada íntegramente por personas presas, en los que se recogen de manera temática investigaciones y denuncias en torno a los cambios en la legislación penal, la manipulación mediática, la censura, las torturas y diferentes formas de humillación en las prisiones, la explotación laboral, el negocio de las prisiones privadas, el racismo, los nuevos modelos de aislamiento para acabar con actitudes rebeldes y también, por supuesto, las formas de resistencia y luchas de las personas presas.

El encarcelamiento de América es una lectura necesaria para conocer los horrores que nos depara la doctrina de tolerancia cero que ya se empieza a aplicar en Europa, sino somos capaces de pararla a tiempo.

376 págs., 15 □, ISBN: 84-96044-02-5

BRAVA GENTE

El MST y la lucha por la tierra en el Brasil

Bernardo Mançano Fernandes, João Pedro stédile

Sobre la base de una entrevista del profesor Bernardo Mançano Fernandes, miembro del Sector de Educación del MST, a João Pedro Stédile, uno de los fundadores y miembro de la dirección nacional del Movimiento, el presente libro permite al lector/a familiarizarse con los orígenes y principios del MST, saber cómo funcionan sus cooperativas y asentamientos, de qué forma se hacen las ocupaciones de tierras improductivas, la represión, las dificultades, etc.; todo lo cual nos permite comprender cómo se han llegado a los actuales 500 campamentos con más de 100.000 familias ocupando tierras a la espera de una verdadera reforma agraria.

184 págs., 10 □, ISBN: 84-96044-00-9

MANIFIESTO CONTRA EL TRABAJO

Grupo Krisis/Robert Kurz

El fin de la sociedad del trabajo por efecto de la revolución microelectrónica es imparable, por lo que el trabajo no puede continuar siendo el valor de cambio ni el factor de integración social que pretenden las burocracias sindicales y socialdemócratas. Lo que ahora resulta necesario, de verdad, no es luchar por "puestos de trabajo", sino la lucha contra el trabajo en sí mismo, ese principio de coerción social al que la humanidad se ha sometido durante más de dos siglos.

(2ª edición) 80 págs., 5 □, ISBN 84-88455-20-8

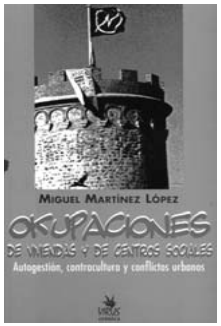
TODO SOBRE LA RENTA BÁSICA

Introducción a los principipios, conceptos, teorías y argumentos

José Iglesias Fernández, Josep Manel Busqueta, Manolo Sáez Bayona, L.P.R. (La Polla)

Ante los intentos de recuperar desde el poder la propuesta de la RB, desposeyéndola de su contenido anticapitalista y transformador, nace este libro, el cual sintetiza las bases y argumentos que se han ido desarrollando en torno a la propuesta de la RB como mecanismo eficaz para defendernos/atacar al capitalismo. Contra cualquier lectura conservadora o edulcorada de la RB por parte de sindicatos o partidos, este texto pretende responder a las siguientes cuestiones: quiénes, con qué, por qué y contra qué etapa del capitalismo luchamos.

(2ª edición) 142 págs., 8,40 □, ISBN 84-88455-99-2



OKUPACIONES DE VIVIENDAS Y DE CENTROS SOCIALES

Autogestión, contracultura y conflictos urbanos

Miguel Martínez lópez

El análisis de los orígenes, contenidos teóricos, formas de lucha, historia y circunstancias que dan lugar al movimiento okupa en el Estado español, nos permite acercarnos a uno de los movimientos sociales de mayor importancia de los últimos 20 años. El conocimiento directo del entorno y la labor de investigación del sociólogo gallego Miguel Martínez, basada en la consulta de octavillas, panfletos, dossieres, fanzines y revistas del entorno okupa, así como su participación en foros de discusión y las conversaciones con algunos de sus protagonistas nos dan una visión muy cercana del día a día de la okupación, sus protagonistas, sus discusiones y problemáticas y la incidencia en la reestructuración urbana y los procesos de especulación inmobiliaria.

330 págs., 13 □, ISBN: 84-88455-36-4

MANUAL DE GUERRILLA DE LA COMUNICACIÓN

Cómo acabar con el mal

grupo autónomo a.f.r.i.k.a.
Luther Blisset
Sonja Brünzels

El surgimiento de nuevos movimientos sociales en la última década se ha visto acompañado de nuevas formas de ocupación del espacio público y de entender la (contra)información. Sin embargo, muchas de estas formas no son nuevas. En el manual se hace un exhaustivo repaso histórico y conceptual de los grupos, ideas y formas de actuación que podemos asociar a la práctica de la guerrilla de la comunicación.

(2ª edición) 234 págs., 13,20 □, ISBN: 84-88455-84-4